

COMPLOT

OSCAR PINO SANTOS

Autor: Oscar Pino Santos

Colección: Temas de Actualidad

Portada: Irma Carrión

© Editorial Nuestro Tiempo, S.A.
Avenida Universidad 771-103 y 104
Delegación Benito Juárez
México, D.F., C.P. 03100

ISBN 968-427-187-5

Primera edición: 1992

Derechos reservados

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

INDICE

	Pág.
Advertencia al lector	7
Prólogo	9
Introducción	19
Capítulo 1: El Coronel King redacta un memorándum	43
Capítulo 2: El presidente Eisenhower entra en escena	85
Capítulo 3: Un verano caliente en Washington	114
Capítulo 4: La tía de Sicilia	149
Capítulo 5: Se inicia la gran aventura	197
Capítulo 6: Breve curso sobre técnicas de asesinato	236
Capítulo 7: Hacia “Bahía de cochinos”	267
Capítulo 8: Las cápsulas envenenadas: balas perdidas del plan de invasión	309
Capítulo 9: De la “Operación Mangosta” a la “Crisis de los Misiles”	356
Capítulo 10: Juegos operativos	386
Epílogo:	430
Notas bibliográficas	470

“y conoceréis la verdad y la verdad os libertará”

Evangelio de San Juan.

Capítulo Octavo Versículo 32.

Inscripción a la entrada del cuartel general de la CIA en Langley, Virginia, colocada por órdenes de Allen W. Dulles.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Esta obra comenzó a elaborarse inspirada en la idea de referirse sólo —o, al menos, esencialmente— a los atentados contra la vida de Fidel Castro, como bien puede apreciarse en las páginas del Prólogo y la Introducción. Más, luego, ocurrió algo inesperado. Y ello consistió en que la propia secuencia de los hechos investigados, tal y como ocurrieron en la vida real, fue complicando la trama y trascendiendo aquel objetivo inicial de tal manera, que la narración de aquellos complots se convirtieron más bien en algo así como el hilo conductor de un proceso mucho más complejo e históricamente significativo. Esto es, en el contenido, tendió a trazar el modelo de comportamiento de una gran superpotencia —en este caso los Estados Unidos—, cuando enfrentada al imprevisto surgimiento de un desafío

que fuerzas decisivas en su política doméstica y externa, siguiendo por cierto una pauta de conducta más que secular, estimaron que ponían en peligro sus tradicionales intereses hegemónicos a escala regional y, en algún sentido, también mundial. Y, en la forma, tendió a exponer cómo la respuesta a ese desafío fue uniendo instituciones del más alto nivel gubernamental, corrientes políticas, grupos marginales de la sociedad y personajes, en una línea de acción que sin duda influyó en el desencadenamiento de hechos que vinieron a culminar en uno de los más trágicos magnicidios de la era contemporánea. Pues, según razonamientos y testimonios nada desestimables, fueron probablemente manos entrenadas para disparar contra aquel dirigente cubano las que apretaron el gatillo, cuando estaba en la mira telescópica de sus rifles la cabeza del presidente de los Estados Unidos.

Tales circunstancias determinaron finalmente la estructura del presente libro y que incluye —siguiendo el mencionado hilo conductor de los complots contra la vida de Fidel Castro— el proceso de toma de decisiones en el gobierno de los Estados Unidos (capítulos 1 al 3); la historia de la Mafia y sus modos de operación (capítulo 4); las intimidaciones del proyecto que desenlazó en el fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos en Cuba (capítulos 6 al 8); la política de desquite posterior implícita en la Operación Mangosta, a su vez conducente a la Crisis de los Misiles de Octubre de 1962 (capítulo 9); un recuento de ciertas actividades de inteligencia y contrainteligencia (capítulo 10); y el Epílogo referente al asesinato de John F. Kennedy —que cierra la obra con un infausto episodio ocurrido en las postrimerías de 1963 y que ahora, al cabo de casi tres décadas, vuelve a reabrirse en la esperanza de hallar una verdad que, en parte al menos, tal vez el lector encontrará en estas páginas.

PRÓLOGO

Este libro tiene un coautor cuyo nombre es Onex.

Onex es un perro y su contribución consistió más bien en facilitar que esta obra se escribiera.

Es una historia que merece ser contada.

En 1985 yo me encontraba en los Estados Unidos aprovechando una generosa invitación académica del Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard. Fue en aquellos días que cayó en mis manos un documento del Congreso de ese país en el que a través de 346 páginas de menuda letra se evidenciaba —con abrumadoras pruebas testimoniales— la participación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y los máximos niveles del gobierno norteamericano en los más inauditos complots para asesinar a Fidel Castro y otros líderes extranjeros.¹ El tema hacía tiempo que me interesaba y luego de un primer estudio de aquel informe del Comité Church del Senado que había realizado la investigación y del acopio de algunos otros recursos bibliográficos, decidí regresar a Cuba para procesar los materiales disponibles y después, nuevamente aprovechando otra amable invitación de Harvard, volver allá para continuar el trabajo.

Por desdicha, al intentar ese retorno —con pasaporte en regla, modelos y cartas de la Universidad reiterando sus deseos de acogerme de nuevo— las autoridades norteamericanas decidieron esta vez negarme la visa alegando ciertos artículos e incisos de las leyes de inmigración según las cuales mi humilde persona podía ser considerada nada menos que un peligro para la seguridad nacional de los Estados Unidos.

El saber después que en la democrática y vecina potencia existe una lista negra con más de dos millones de nombres entre los que en una época se incluían los de Pablo Picasso y Charles Chaplin y más recientemente los de Graham Green y Gabriel García Márquez, no me pareció entonces gran consuelo. Y aquel proyecto sobre los complots contra la vida del dirigente cubano —ya con cientos de fichas elaboradas— fue a parar a una gaveta donde permaneció durante meses y meses.

Fue entonces cuando, dramáticamente, entró en escena Onex.

Onex es un pastor alemán por cuya sangre —según consta en su pedigree oficial— corren los genes de algo así como media docena de *siegers* o campeones del mundo en su raza. Onex tiene una estructura perfecta, una cabeza de fotografía, un color negro combinado con amarillo fuego bellísimo, y 85 libras de músculos que cierta vez, durante la dolorosa cura de una otitis, levantaron en peso a tres hombres que lo sujetábamos. A Onex lo entrené yo mismo con ayuda de expertos y, cuando estaba en forma, realizaba sin fallar todos los ejercicios de obediencia; era capaz de seguir la huella de una persona a través de 10 kilómetros de campos y montes, y, a la orden, atacar a un supuesto enemigo que, si no tenía bien reforzado su traje de protección, podía quedar como para no contarlo.

Onex, literalmente, me adora.

Cuando escribo, él permanece allí, echado, los ojos fijos en mí, contemplándome como hipnotizado durante horas, presto a gruñir o ladrar de protesta, cada vez que me levanto —aunque sólo sea para tomar café. Yo comprendo esos sentimientos. Soy —dado su temperamento— el único amigo que tiene en el mundo.

Pero Onex, una noche lluviosa, en medio de la más absoluta oscuridad y excitado (por la vista no advertida por mí de otro perro que hay en la casa, al que odia por celos o tal vez por rivalidad ancestral en la imposición de los derechos de jefatura de manada), se lanzó sobre mí con la furia de una bestia salvaje. Atacó, por cierto, aplicando la técnica aprendida durante meses de entrenamiento: hincándose sus temibles colmillos en el antebrazo derecho (táctica para inmovilizar un enemigo). La sensación que se experimenta cuando esto ocurre, dicho sea de paso, es tan inolvidable como terrible: la extremidad agredida del cuerpo parece recibir algo así como un cálido vaho al que varios cuchillos atravesaran penetrando la carne. Lo peor: Onex hizo esto mostrando cierto defecto que jamás pudo superar: una vez mordiendo, no hay Dios que le haga soltar la presa.

Y comenzó la lucha desigual. Nadie en los alrededores para auxiliarme. Ningún objeto cercano para defenderme. Sólo recuerdo que, a mis gritos perentorios con la orden clásica, “¡Aus!” (¡suelta!), Onex respondía apretando las mandíbulas hasta que sentí, allí en el antebrazo, un ligero como crujir de huesos. El perro estaba furioso y, lo confieso, yo también. Caímos revolcados en el suelo. Como mis golpes con el puño libre parecía ni sentirlos y el estrellarle la cabeza contra una pared tampoco, opté, sí señor, por morderlo yo a él, clavándole mis dientes en el cuello, pero con un resultado que debió ser parecido al de tratar de cortar una plancha de acero con una tijerita casera. Finalmente, tinto en sangre, logré sentarme, jadeante, y reflexionar unos instantes. El también se mantuvo quieto, pero aún agarrando fuertemente mi antebrazo. Fue cuando pensé: «El se está comportando como lo que es, un animal irracional con todos sus instintos agresivos en acción y yo, al luchar como lo estoy haciendo, lo único que logro es excitarlo más. Mi única superioridad en esta situación es la que me da la inteligencia. ¿Por qué no cambiar de táctica?». Entonces comencé a pasarle la mano libre, suavemente, por el lomo, mientras le musitaba al oído

aquellas frases de halago y cariño a que lo tenía acostumbrado. Fue cuando ocurrió el milagro. Su cuerpo tenso comenzó a relajarse, su mirada feroz a cambiar por una más tranquila y, súbitamente, aflojó las mandíbulas y sus colmillos abandonaron mi antebrazo. Comprendí enseguida lo sucedido. Acababa de reconocerse. Y, cuando aún tambaleándome pude ponerme en pie, a mi orden de retirarse a una esquina respondió de inmediato, moviendo la cola y, según pude divisar en la oscuridad, con una expresión entre dócil y confusa en la mirada, como preguntándose a sí mismo qué había pasado. Pero todo este incidente tuvo sus consecuencias.

Los colmillos llegaron a los huesos, pero no los fracturaron. Pasaron junto a las arterias, pero no las penetraron. Y aunque las horribles heridas dejaron tan al descubierto músculos y tendones que el brazo parecía ideal para una clase de fisiología, no eran tan graves que no prometieran una rápida curación. El problema consistió en un proceso infeccioso que me llevó varias veces a la mesa de operaciones y que, entre intervenciones quirúrgicas y tratamientos de rehabilitación para restaurar la funcionalidad del brazo y la mano, supuso semanas y semanas de hospitalización —y aun meses de inactividad laboral.

Sin embargo, aunque primero enyesado y luego vendado, podía leer, subrayar y finalmente, garabateando, comenzar a tomar notas. Decidí entonces aprovechar el tiempo disponible volviendo a trabajar en la investigación de los complots contra la vida de Fidel Castro. El informe del Comité Church del Senado de los Estados Unidos contenía un volumen de información impresionante, pero suscitaba más interrogantes que respuestas. Para comenzar sólo reconocía ocho atentados contra la vida de Fidel Castro, cuando era sabido que hubo dos o tres decenas de ellos. Estaban ausentes tanto el contexto histórico en que se produjeron las conspiraciones como algunos componentes esenciales de la forma en que se tramaron y, no menos significativamente, el papel desempeñado por algunos de sus protagonistas. Los complots, por ejemplo, no podían comprenderse sin tomar en cuenta la ruptura que representó la Revolución Cubana en el tradicional proceso de hegemonía norteamericana sobre la pequeña Isla. Tampoco, sin considerar ciertas intimididades de los modos de comportamiento en los Estados Unidos del Poder Ejecutivo, el Consejo Nacional de Seguridad y desde luego la CIA. Y ni siquiera, por lo menos en el caso de uno de los más insólitos de aquellos complots, sin contar con los antecedentes de una institución del bajo mundo norteamericano del crimen como es la Mafia.

El informe del comité senatorial —no obstante sus utilísimos aportes informativos y al indiscutible valor que el senador Frank Church y sus colegas demostraron no sólo al realizar las investigaciones sino al decidir publicarlas— adolecía de otras fallas. Para mencionar sólo una de ellas, pero particularmente sensible, los protagonistas de aquellas confabulaciones que habían testificado aparecían a veces con sus responsabilidades muy diluidas y en algunos casos, como en el del notorio Richard Bissell —jefe de los Servicios Clandestinos de la CIA en aquella época— confusas y con sus personalidades y ejecutoria llenas de contradicciones. Más aún. Ciertos testimoniados se presentaban sólo vagamente identificados o utilizando nombres supuestos. ¿Quién era, por ejemplo, el “Jefe de Apoyo”, alto oficial de la CIA a quien se encargó de toda la confabulación magnicida con la Mafia? ¿Quién era el “Dr. Scheider” bioquímico de la División de Servicios Técnicos de la CIA que preparaba los tóxicos letales con que se planeaba cometer el asesinato? ¿Quién era “el cubano” de alto nivel en los predios de exiliados anticastristas comprometido con la tarea de que las cápsulas venenosas llegaran a su destino?

Había también sin esclarecer algunas incógnitas relacionadas con aquellos complots que vinculaban a éstos, sin duda, a acontecimientos de la más diversa jerarquía y contenido — algunos teniendo repercusiones ya recogidas por la historia del mundo contemporáneo (Bahía de Cochinos en 1961 y Crisis de los Misiles en 1962) y otros que parecerían más bien formar parte de las intrigas de una novelita romántica (triángulo amoroso entre una bella mujer, el capo de la mafia chicogoense Sam Giancana y el presidente de los Estados Unidos, J. F. Kennedy). Dicho sea de paso, ¿cuál fue la real participación de Giancana y sus cófrades en una de las conjuras y cuál la responsabilidad de los hermanos Kennedy en esa y tal vez otras más?

Yo estaba bastante familiarizado con la historia de las relaciones cubano-norteamericanas y, particularmente, contaba con buenos recursos bibliográficos sobre temas tan especializados como por ejemplo el de la CIA, incluyendo los trabajos clásicos de David Wise y Thomas Ross (“The invisible government”, 1964), el de Haynes Johnson (“Bay of Pigs”, 1964), el de Víctor Marchetti y John D. Marks (“The CIA and the cult of Intelligence”, 1974), el de Phillip Agee (“Inside the Company: CIA Diary, 1975), el de Ray S. Cline (“CIA: the evolution of the Agency from Roosevelt to Reagan”, 1981) y otra buena docena más. Pero en ellos no encontraba las respuestas que buscaba. De pronto, recuerdo que estando aún en el hospital, recibo de un amigo norteamericano la fotocopia del impresionante trabajo de Warren Hinckle y William Turner (“The fish is red: story of the secret war against Castro”, 1981) y, poco después la nueva versión del libro de Peter Wyden (“Bay of Pigs”, 1978). Esto representó un verdadero salto cualitativo en mi nivel de información. Pero, también, nuevas demandas en el insaciable proceso investigativo. Muchas de éstas quedaron sin satisfacer —es honesto reconocerlo. Pero otras sí, a veces de curiosa manera. Una amiga, por ejemplo, que había estado de visita en Cuba por dos semanas y tenía un listado de títulos que yo necesitaba, escasa de tiempo para comprarlos o adquirirlos por tratarse de ediciones agotadas, recorrió varias bibliotecas públicas de Cambridge, Massachussets, y pidió prestados los libros. Los trajo en otro viaje que hizo a Cuba y puntualmente los devolvió a su regreso a los Estados Unidos. Los empleados de aquellas bibliotecas no pudieron imaginar que durante quince días tales ejemplares habían estado en otro país, servido para confeccionar docenas de fichas y retornado indemnes a sus estantes sin necesidad de visas de las autoridades inmigratorias norteamericanas. En otra ocasión recibí un video sobre la CIA y en él pude contemplar a mis anchas las figuras de algunos de los protagonistas de los complots de asesinato. Como sabía ya tanto sobre sus vidas y milagros, no me sorprendió que fuesen tal y como los había imaginado. Pero no dejó de ser impresionante observar la reacción de Richard Helms —uno de los más destacados participantes en aquellos acontecimientos y que ascendió luego a director de la CIA— contestando las preguntas de uno de los senadores del Comité Church. Helms respondía iracundo, las líneas de su rostro endurecidas, la mirada desafiante y los gestos de quien está fuera de sí —protestando altanero porque se le acusara a él y a la CIA por la comisión de fechorías de las cuales no eran los únicos responsables. Entonces, no sin cierta razón, decía: “En aquella época hacíamos muchas cosas contra Cuba... Proyectos de invasión, sabotajes contra su economía, esfuerzos por arruinar su producción azucarera, envío de embarcaciones para operaciones de infiltración... Pero aquí todo el mundo estaba comprometido con esas acciones... El Fiscal General, los departamentos de Estado y Defensa, el Consejo de Seguridad Nacional... el mismo presidente... Todas aquellas ac-

tividades de la CIA la conocían y hasta las impulsaban los más altos niveles de nuestro gobierno... ¿Por qué singularizarnos a nosotros?... ¡Era la política de los Estados Unidos hacia Cuba!”.

Las piezas del rompecabezas que al principio representaban para mí los complots contra la vida de Fidel Castro, fueron así completándose y ubicándose cada una en su lugar, hasta ofrecer una imagen definida y bastante exacta acerca de cómo habían ocurrido realmente las cosas. Y allí donde las fuentes bibliográficas —sobre todo norteamericanas— de que pude disponer ofrecían un vacío, mis propias investigaciones de muchos años sobre las relaciones cubano-estadounidenses y hasta experiencias personales —todo ello unido a una intensa labor de búsqueda de fuentes: desde enciclopedias, publicaciones periódicas, filmes, videos, museos, mapas urbanos, entrevistas y aun recorridos o rememoración de lugares donde se escenificaron algunos de los hechos luego narrados— cubrieron a mi juicio de manera satisfactoria el espacio con los datos y deducciones necesarios. Lo que quiere decir que en esta obra se ha intentado lograr el más sólido respaldo posible para un trabajo de su naturaleza. Pues, incluso las escenas y diálogos expuestos se basan en fuentes orales y escritas irreprochables, siendo pocos los casos en que fue necesario reconstruirlos y ello más bien acorde con la lógica que con la fantasía. En realidad, hasta algunas casi increíbles ocurrencias y coincidencias que aparecen aquí o allá, tuvieron lugar tal y como se narran, pues la historia —la vida— se desenvuelve a veces en forma que ni siquiera la más poderosa imaginación puede concebir.

Para los especialistas queda el trabajo de definir el género literario a que pertenece un libro como éste que —¡oh lo real maravilloso de esta parte del continente!— debe tanto a la labor investigativa como a los afilados colmillos de un perro pastor alemán. ¿Acaso es historia? Pudiera decirse que sí, puesto que refiere hechos que verdaderamente ocurrieron en el pasado; pero también cabría decir que no, porque el estilo expositivo utilizado no es el propio de esa disciplina de las ciencias sociales. ¿Tal vez se trata de una novela? Y la respuesta sería sí, por la trama argumental y el uso de recursos típicamente narrativos; más, por otro lado, no, porque aquí la invención por el autor de hechos y personajes brilla por su ausencia: aquellos acaecieron y estos existieron realmente. Mas, ¡un momento!, ¿quizá se trata de una novela histórica? Y de nuevo habría que repetir que sí, porque se inspira en sucesos que ciertamente tuvieron lugar; pero, otra vez, no, porque ese género admite un margen de licencia imaginativa e interpretativa al escritor y en este caso faltan esos componentes: sólo hay descripción, objetiva y, si se me permite la palabra, “desideologizada”, de hechos, personajes y comportamientos. Entonces, ¿de qué se trata? Tal vez de un poco de todos los géneros mencionados. Incluso con sus dosis —directa o indirecta— de la llamada literatura de testimonio y una intención como aquella que inspiró al Truman Capote de “A sangre fría” y su discutido reclamo de haber descubierto un género nuevo: la *nonfiction novel*.

Ahora, al terminar de escribir lo anterior, levanto mi mano y el antebrazo lleno de indelebles cicatrices, y veo allí cerca a Onex, echado y contemplándome como siempre con ojos de adoración que parecen decir “yo no hice nada, aquello fue un error”. Y, recordando aquel accidente, evoco también el contenido esencial de este libro, brotándose espontánea una canina metáfora. Con Onex funcionó la táctica de pasarle la mano, hablarle bajito y musitarle frases de cariño. Mas, he aquí que se me ocurre hacerle una invitación al lector. Y

ésta consiste en que, una vez leído este libro, trate de contestar la siguiente pregunta: ¿cree él que esa táctica daría también resultados con los Estados Unidos.

Oscar Pino Santos

Primavera de 1992.

INTRODUCCIÓN

I

El Inspector General de la Policía de Nueva York pasea, con el despacioso andar de quien está cansado, por los pasillos del Hotel Waldorf Astoria. Hacia el final de uno de ellos, antecedida por un gran vestíbulo lujosamente amueblado, destaca la amplia portada que da a un bar. El inspector piensa que, si no estuviera de servicio, un trago le vendría bien. Bueno, decide, aunque sea una Coca Cola. Y entra. No hay mucha gente allí a esa hora y se dirige hacia la barra. Un poco más allá, solitario, un hombre de cierta corpulencia, tal vez de unos 45 años, el claro cabello muy escaso y unos espejuelos que le dan cierto aire intelectual, escancia pensativo un vaso de whisky con soda. El inspector, con un ligero esfuerzo de memoria, enseguida lo reconoce. Es el tipo de la CIA que le fuera presentado ese mismo fin de semana y que ahora, también reconociendo al Inspector, se le acerca y toma asiento junto a él en una banqueta. Se nota que tiene deseos de conversar.

Son los días finales del mes de septiembre de 1960 y la presencia del Primer Ministro Fidel Castro ha dado lugar a que las autoridades de la ciudad —responsables de la protección de los jefes de Estado que con tanta frecuencia vienen a participar en la Asamblea General de la ONU— decretaran una movilización policíaca, particularmente intensa al tratarse del tan conocido como controvertido dirigente cubano. Para suavizar un tanto el esfuerzo de los jefes de aquel cuerpo —con sus horas extras de vigilia y tensión— se arrendó una suite en el lujoso hotel, situado a sólo unas pocas cuerdas de la ONU, donde los altos mandos tendrían un acogedor cuartel general.

El hombre de la CIA, con su vaso de whisky en la mano, mira con lástima la Coca Cola que a sorbos bebe el Inspector. Luego, con gesto comprensivo, inicia una charla que pretende sea animada. El Inspector no tiene nada que hacer y escucha con cortesía lo que dice su interlocutor, apenas asintiendo con un gesto o emitiendo un breve comentario.

Súbitamente, como decidiéndose, dice el de la CIA:

—Bueno, sus desvelos por proteger a Castro van a terminar muy pronto.

—Sí. Acaba de llegar, pero no va a estar muchos días por aquí.

—No lo digo por eso. El se va a marchar, mejor dicho, se va a marchar lo que quede de él, que no será mucho... no, señor.

—No entiendo.

El de la CIA mira a su alrededor y, aunque evidentemente satisfecho de que no hay nadie cerca, dice bajando la voz:

—Esto es muy confidencial. En la Agencia hay un plan consistente en colocar una caja de tabacos en cierto lugar donde Castro suele cogerlos para fumar. Cuando lo haga, a la primera chupada, ¡pum!, el tabaco va a estallar como una bomba. ¿Qué le parece?
El policía quedó de una pieza, pero enseguida se recuperó, encogiéndose de hombros.
— ¡Bah! —dijo—. ¡Déjese de bromas pesadas!
—No es broma... ¡Le volaremos la cabeza a Castro!
—La hora no es buena para tomarme el pelo, no, seguro que no.
—Puedo jurárselo.
El Inspector mira desconcertado a su interlocutor. ¿Habla en serio? Hasta parece nervioso. Su instinto de policía comienza a despertarse.
—¿Y dónde será eso? ¿Cuándo? —inquire, ya tenso—.
—No se lo puedo decir —responde el otro y apura un trago.
—¡Vamos!... Ya me confió lo más importante... ¡Venga el resto!
—Uuumm... —fue la respuesta.
—Yo le insistiría...
El hombre de la CIA mira hacia el fondo de su vaso de whisky. Parece reflexionar. Rápidamente levanta la cabeza, mira con picardía al Inspector, y lanza una carcajada.
—No se preocupe —dice—. Nada va a ocurrir.
—¡Ah, ya sabía yo!
—Usted no sabe nada. El plan se preparó, pero hace un par de horas me llamaron: lo acaban de cancelar.
—¿Qué pasó?
—Castro abandonó el Hotel Shelbourne donde se alojaba y, mochila al hombro, se instaló en los jardines de la ONU.
—Eso lo sé.
—Bueno, pero ahora se mudó para un hotel de negros en Herlem.
—Sí el “Teresa”. ¿Y qué?
—Que nuestro plan, coño, ¡se jodió!

II

El abogado neoyorkino acababa de regresar de La Habana y se sometía resignado al *debriefing* (“cuentamelotodo”) de un oficial de la CIA. No era su primer retorno de un viaje a la capital de Cuba donde había estado ya varias veces —últimamente gestionando la liberación de 24 norteamericanos (tres de ellos de la propia CIA) que guardaban prisión por actividades subversivas y espionaje. Ahora, principios de 1963, conversando en su bufete con aquel oficial, en un paréntesis para tomar café y a modo de comentario casual, aludió a su propósito de regalarle a Fidel Castro un traje de pesca submarina.
—Es su deporte favorito —dijo—. Y, aquel día que nos invitó a pasear en un yate por la playa de Varadero, el almuerzo consistió en un gran pescado harponeado por él mismo en el fondo del mar.
El de la CIA, también como en tono casual, dijo:
—Tengo colegas en la Agencia que son expertos en ese deporte y podrían aconsejarle sobre el equipo a comprar.
—¿Ah sí? Muchas gracias. Lo cierto es que yo no entiendo mucho de eso.

Dos semanas más tarde el oficial de la CIA se presentó de nuevo en el bufete. Llevaba una gran caja consigo y exhibía una sonrisa de satisfacción. Colocó la caja sobre un sofá y saludó.

—Resuelto el asunto —dijo—. Vamos a ahorrarle muchas molestias.

El abogado miró sorprendido, alternativamente, al oficial y la caja.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Del equipo de pesca submarina que usted desea regalarle a Castro. No lo involucramos como es debido para que usted lo vea. Me aseguraron que es lo mejor que puede encontrarse en el mercado.

El abogado frunció el ceño.

—Pero, yo entendí que ustedes iban sólo a aconsejarme el tipo, marca... los implementos... qué sé yo... Y nunca pensé que lo comprarían... Esto es muy embarazoso para mí.

—¡Bah! No se preocupe. No es fácil encontrar un equipo así. Y, aunque algo costoso por su calidad, si usted lo desea la Agencia puede sufragar el gasto...

—Tengo razones para preocuparme, pues sucede que precisamente ayer por la tarde lo compré con la ayuda de un amigo mío que es experto en eso.

—¿Qué usted compró ya el equipo?

—Ayer.

—Bueno... puede devolverlo... Este que traigo aquí es algo especial... Para uso de profesionales en ese deporte... Le garantizo que...

—De eso ni hablar. Yo les agradezco a ustedes la diligencia que han mostrado en este asunto. Pero se trata de algo muy personal... Castro se ha comportado muy amable con nosotros... Y lo menos que puedo hacer es tomarme el trabajo de buscarle el regalo que le quiero hacer... Este que me recomendaron es de primera... Y a mi gusto, por razones de presentación y todo lo demás... No, me excusan, pero...

—Doctor, le garantizo que este equipo que le traigo...

—Ni una palabra más. Dele las gracias a sus colegas por la molestia... Pero esto es asunto resuelto.

El oficial se encogió de hombros.

—OK. Como usted diga.

Y un rato después salía del bufete llevando en las manos la misma caja conque había entrado.

A Langley, Virginia, cuartel general de la CIA, el paquete llegó un día más tarde.

Dijo un jefe:

—Quemen esa caja con todo lo que tiene adentro.

Era una prudente decisión.

Lo que contenía la caja era un equipo de pesca submarina debidamente tratado por la Dirección de Servicios Técnicos de la Agencia. Los implementos para respirar habían sido contaminados con bacilos de tuberculosis. Y el traje de inmersión estaba impregnado con los hongos que producen el “Pie de Madura” (maduramicosis), una enfermedad que comienza atacando las extremidades inferiores, aflorando como tumefacciones y fístulas, y penetrando —hasta destruirlos— músculos, tendones y huesos. Tan difícil de acertar con el antibiótico apropiado, que con frecuencia hay que amputar las partes afectadas. Aún así, muchas veces no puede evitarse la muerte por septicemia.

III

—¡Ya viene... ahí está! —dice alguien y una racha de aplausos estremece el lugar, mientras los periodistas, apretujados por la gente y entre interjecciones, pisoteos y empujones, tienen que aprestarse a tomar notas con los codos pegados al cuerpo, y los camarógrafos levantan las cámaras por encima de sus cabezas para lanzar relampagueantes flashes.

Fidel Castro, en efecto, de visita en Chile por invitación del presidente Salvador Allende aquel mes de noviembre de 1972, acababa de aparecer, rodeado por los sonrientes miembros de su delegación, destacadas personalidades del país anfitrión, carabineros que intentan conservar el orden y escoltas que miran inquisitivos y serios a todas partes. Fidel viste sencillo uniforme de campaña y saluda a aquella masa entusiasta que le vitorea y contempla como midiéndole en toda su estatura, deteniendo la mirada en las barbas legendarias y sorprendiendo la expresión entre afable y curiosa del rostro. Observa a los camarógrafos que han logrado ocupar las posiciones más ventajosas y ahora defienden su pequeño espacio vital de la presión multitudinaria. Dos de ellos, que por lo visto trabajan juntos, se han ubicado en un punto privilegiado, más lejos de la gente pero más cerca del líder cubano.

Uno de ellos, el que porta la cámara, destapa el lente y lo enfoca. Ahí lo tiene.

Encuadradito. La imagen revelando el pecho amplio y las estilográficas en uno de los bolsillos de la camisa. La cabeza completa y tan bien definida que hasta se precisan los hilos de la barba. Parece una foto de *close up* en colores.

El hombre que sostiene en sus manos la cámara musita a su compañero:

—El momento se acerca. Recuerda que las instrucciones... ¿Eh, qué te pasa? Tienes mala cara... Nada de nervios ahora... Toma el equipo...

Pero el hombre no parece escuchar: emite un gemido.

—¿Qué te ocurre? —pregunta el que aún tiene la cámara.

—El dolor en el vientre... otro retorcijón.

—Eso se te pasa... Es la tensión... En unos momentos todo termina.

—¿Qué tensión ni carajo que se le parezca... esto es un ataque apendicular!

El de la cámara echa un vistazo a su alrededor. El bullicio, los aplausos y gritos de vivas a Fidel continúan. Este, sonriente, va avanzando unos pasos. Y ya está a sólo unos pies de ellos a quienes, no, nadie presta atención.

Dice entonces:

—No te me apendejes ahora.

El otro no contesta. Está demudado y se pasa la mano por el abdomen. Súbitamente, se retuerce como fulminado por un cuchillo que lo atravesara de golpe.

—Yo me voy —dice—. No aguanto más.

¡Coño! ¿Y el trabajo?

¡Al carajo con eso! Te digo que me voy.

El de la cámara lo mira con rara expresión.

Parece dudar.

—¿De verdad te marchas?

—Ya lo estoy haciendo.

—Bueno, te acompaño.

Y, abriéndose paso a empujones, atraviesan el lugar y no se detienen hasta que llegan a una esquina próxima, donde un hombre —delgado, con cabello y bigote negros, la expresión adusta— se les acerca interrogante.

Con tono excitado le cuentan lo ocurrido.

El hombre, entre furioso y escéptico, escucha. Trasciende en su rostro lo que está pensando ¿De cierto el individuo que ahora se retuerce de dolor junto a él está sufriendo un ataque apendicular agudo o todo es pura simulación?

De pronto se dirige al que aún lleva la cámara.

—¿Por qué no haces tu el trabajo? Te espera una suma de dinero como para que no tengas problemas el resto de tu vida... ¿Okey?

—¿Yo solo? ¿Te has vuelto loco? ¡Ni soñarlo!

—Bueno, está bien. Coge a éste y llévalo en un taxi al hospital... Dame la cámara.

—Aquí la tienes.

El hombre toma la cámara. Comprueba rápidamente que una palanquita de seguridad está en su posición correcta. Y porta ahora el equipo colgando de su brazo derecho, como si fuera un arma. Lo es. Oculta, dentro de la apariencia exterior de un equipo de filmación, adaptada a tan inédito estuche, hay una ametralladora.

IV

El programa que ha de cumplimentar Fidel Castro en su visita al norte de Chile es bien intenso. Deberá llegar el viernes 12, en vuelo directo desde Santiago, a Antofagasta, y partir de Iquique el martes 16. Entre ambas ciudades portuarias visitará las minas de salitre de Valdivia y María Elena, y las famosas de cobre de Chuquicamata. Las actividades previstas no dejan mucho tiempo para el descanso. Quiere ver las minas y hablar con los obreros, pero también resulta obligado asistir a las recepciones oficiales y las concentraciones populares de bienvenida que sus anfitriones han organizado —y a las cuales deberá trasladarse en automóvil cubriendo distancias de cientos de kilómetros. Pero no se queja del agotamiento. Lo estimula el cálido recibimiento en todos los lugares a los que llega —con aquellas entusiastas multitudes que se forman a la sola convocatoria de su nombre. Y se recupera disfrutando la novedad que a su vista ofrecen aquellas regiones septentrionales, con su tramo de majestuosa cordillera andina paralela a la de la costa levantándose casi a ras del Pacífico, y entre ambas cadenas montañosas, el seco, despoblado e impresionante desierto de Atacama.

Hoy, domingo 14 por la madrugada, Fidel ha salido de María Elena y tomado la carretera rumbo a las minas de cobre de Chuquicamata, casi a tres mil metros sobre el nivel del mar. Pero, cuando la caravana de vehículos lleva ya un buen trecho recorrido, súbitamente, se detiene.

—¿Qué ocurre? —pregunta alguien.

—Nada —contesta otro—. Sólo que a la vuelta de esa curva han dejado abandonado un automóvil que debe haber sufrido un desperfecto.

—¡Pero qué lugar para dejar un auto! En la curva ni se veía. Pudimos chocar,— comenta alguien más.

Los escoltas de Fidel Castro se han apeado de su jeep. Algunos llevan sus armas terciadas en el pecho y miran, inquisitivos, los alrededores. Todo normal. Silencio y quietud. Allá

abajo, en un vallecito, la brisa mueve las arenas formando curiosas líneas en torno a unas rocas que emergen remedando gesticulantes figuras humanas. Es casi imposible concebir un escenario más seco, descolorido y ausente de vida.

Pero no hay tal soledad.

A unos 150 metros de distancia, en un punto algo más alto y ocultos detrás de una gran roca, apartando cada gajito de la rala maleza con cuidado para no delatar su presencia, varios hombres —¿tres?, ¿cuatro?— observan la caravana.

Uno, rodilla en tierra, tiene entre las manos la manilla de un detonador.

Musita en voz casi imperceptible a otro:

—¿Todo va bien?

—Perfecto. Espera mi señal.

—Okey.

Este otro mira hacia el grupo que allá abajo se mueve y parece como si discutieran el procedimiento para apartar el auto que obstruye la vía. La figura de Fidel Castro se destaca. Ha tomado unos prismáticos y con ellos recorre el paisaje —interrumpido allá a lo lejos por las estribaciones de la cordillera.

Acá arriba, tras la roca, el que parece estar al mando le dice al que opera el detonador:

—Ve preparándote.

El hombre pestañea nervioso y lo mira:

—¡Ahora!

Y la manilla del detonador desciende con rapidez. Su tramo de recorrido es breve: unos centímetros, y lo cursa en fracciones de segundo. ¡Tac!... Llegó al final.

El grupo mira ansioso a lo que va a ocurrir un poco más abajo —donde se encuentra detenida la caravana.

No ocurre nada.

— ¡Te dije que ya! —repite imperativo el que había dado la orden.

—Usted dijo “¡ya!” y apreté el detonador... pero algo ha fallado... Aquello no explotó.

—Repíte.

—Ya lo hice... es inútil.

¡Mierda!

Mientras tanto, los acompañantes de Fidel Castro, ahora actuando al unísono, con un gran esfuerzo acaban por mover el auto situándolo a un costado de la carretera y abriendo un espacio estrecho pero suficiente para que continúe el viaje.

Alguien se seca el sudor que le corre por la frente:

¡Caramba! ¡Cómo pesaba ese auto!

En su maletero había una carga conteniendo 400 lb de dinamita.

V

El Iliushin en que Fidel Castro viajaba de regreso a Cuba, luego de una estancia de 25 días en Chile, comenzó a descender suavemente sobre la pista del aeropuerto de Lima en Perú. En su asiento, olvidado de ajustarse su cinturón de seguridad, Fidel Castro comentaba con animación los resultados del Campeonato Mundial de Béisbol recién celebrado en La Habana.

— ¡Victoria de Cuba diez a cero! —decía con expresión de alegría estampada en el rostro—. ¡Tremendo juegazo debió ser!

Alguien se volvió hacia él:

—Comandante, acabamos de tocar tierra: llegamos.

—Pues, ni lo sentí. Este aparato se posó como una paloma. ¡Qué pilotos!

Y, luego de alisar el cabello un poco revuelto y volverse a ajustar la gorra militar, miró hacia afuera por la ventanilla oval a su izquierda. Desde el avión, que continuaba avanzando cada vez a menor velocidad, divisábase ya el edificio principal del aeropuerto, con el público aglomerado en la terraza y flameando banderitas cubanas y peruanas, extendiendo largas telas con leyendas de bienvenida y evidentemente, por los gestos, lanzando algunos vítores al aire. Un poco más acá, el cuadro marcial de soldados de las tres armas y la orquesta —todos en rígida postura de atención. Formando un aparte se observa un grupo de personas entre las que se distingue al presidente del país, general Juan Velazco Alvarado. Apenas a 60 metros de distancia, en una pista lateral, desde dentro de un avión Beech-Craft Barón, varios hombres contemplan la escena.

—¿Todo listo? —dice uno.

—Sí, pero hay que esperar que el IL se detenga y él salga.

—Según el protocolo, debe ser el primero en aparecer por la escalerilla.

—Sí.

Pasan unos segundos.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunta el que primero habló.

—Nada... Es decir, el IL no se detiene... Sigue por la pista en dirección al hangar aquel... Pero ¿qué rayos hacen?

—Déjame ver... ¡Los muy cabrones van a parquear en la zona de seguridad aquella... ¡Coño! Desde aquí no se va a divisar cuando bajen. Y en la parte del recibimiento hay mucha gente: una jodida multitud.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a acercarnos hasta poderlo ver... Y ahí mismo es la cosa.

—De eso ni hablar.

— ¡Cómo ni hablar! ¿Qué carajo pasa?

—Pasa que, si me acerco más, luego no hay puñetero modo de irse de aquí... Todos los vuelos están suspendidos ahora y hay mucha vigilancia... Mira cómo están las pistas.

—¡Coño, verdad!

—¿Entonces?

—Nos vamos en cuanto podamos. Esto se jodió.

—Bueno, ayúdame a esconder el equipo.

—OK.

Y el cañón calibre 22 que está junto a la puerta entreabierta del avión es recogido y, cuidadosamente envuelto y envasado, se le oculta de nuevo.

VI

Los intentos de asesinar a Fidel Castro organizados directa o indirectamente por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos antes narrados sólo representan una muestra dramática —y hasta casi increíble a veces por el papel que en ellos desempeñó el

azar— cuyo interés reside en que incluye uno de los primeros de esos conocidos complots (el de Nueva York en septiembre de 1960) y el último (Lima, principios de diciembre de 1972) sobre los que se dispone de información. Entre ambos, sin embargo, hubo casi tres docenas más —algunos de ellos, los mejor documentados, descritos en esta obra.

El atentado que se preparó aprovechando la visita de Fidel Castro a Nueva York a fines de 1960, para participar en la XV Asamblea General de la ONU, tiene también importancia porque apunta un hecho significativo: los complots —no ya sólo contra su imagen pública sino contra la vida del líder cubano— se inician a fines del verano de 1960.¹ La veracidad de la existencia de aquel complot está fuera de dudas, pues cuenta con un testigo irreprochable: el Inspector Jefe del Departamento de Policía de Nueva York (luego ascendido a Comisionado), Michael J. Murphy.

Murphy recordaría después que Fidel Castro arribó a Nueva York el 18 de septiembre de 1960, presidiendo —como Primer Ministro de Cuba— la delegación que representaría su país en la XV Asamblea General de la ONU. Durante su estancia ocurrieron varios incidentes memorables: prohibición por el gobierno norteamericano de que traspusiera los límites de la isla de Manhattan, abandono obligado del hotel en que se alojaba y protesta simbólica en los jardines de la ONU, traslado de la delegación a un modesto hotel del barrio negro de Harlem (donde le visitaría el Primer Ministro soviético Nikita Jhruschov) y discurso de varias horas que pronunció en la Asamblea General de aquella organización internacional.

La llegada y estancia por varios días en la ciudad de un dirigente tan controvertido y exaltador de los ánimos tanto de partidarios como opositoristas suyos —decía años más tarde Murphy a unos investigadores—, dio lugar a que en el Departamento de Policía se adoptaran medidas especiales para garantizar su seguridad y también el orden público. Dado que todo esto representaba una sobrecarga de trabajo y tensión para la policía se decidió aliviar un tanto a los mandos estableciéndose su cuartel general en un lugar tan cómodo y suntuoso, a la vez que estratégicamente situado, como el Hotel Waldorf Astoria. —Fue allí donde se enteró del complot, ¿no?

—Sí. El hombre de la CIA se me aproximó con una historia escalofriante. La Agencia, según me contó en un tono como casual, tenía un plan consistente en colocar una caja de tabacos en cierto lugar donde seguramente Castro tomaría uno para fumar. Cuando lo hiciera, el tabaco explotaría volándole la cabeza.

—¿Cuál fue su reacción entonces?

—Al principio, no queriendo creer lo que escuchaban mis oídos, pensé que el hombre me estaba tomando el pelo con una broma que, dado el asunto de que se trataba, parecía bastante estúpida.

—¿Y luego?

—El tipo no tenía aspecto de bromista y, además, estaba algo nervioso. Me di cuenta que aquello era algo serio.

—¿Se quedaría usted sorprendido!

—¿Sorprendido? No, anonadado... ¡Y el plan se me contaba a mí, que estaba allí para proteger a Castro, no para enterrarlo!

—¿Y en qué paró aquello?

—Al cabo, el individuo me dijo que no tenía por qué preocuparme, pues el plan lo acababan de cancelar... ¡Oiga, qué respiro de alivio el mío!

VII

Fue Desmond Fitzgerald el de la idea de contaminar el equipo de pesca submarina que el abogado James Donovan intentaba presentar como regalo a Fidel Castro.

Fitzgerald, meses después de la Crisis de los Misiles de Octubre de 1962, había sustituido a un impetuoso y casi incontrolable oficial llamado William Harvey como jefe de la “Fuerza de Tarea W” —a cargo de la parte que correspondía a la CIA en la “Operación Mangosta”, aquel programa de acciones contra Cuba que pretendió ser el desquite del gobierno norteamericano por el estruendoso fracaso de la invasión a Bahía de Cochinos.

A Fitzgerald —un hombre alto y de buena presencia— solían llamarlo Des Fiz y era un graduado de la Universidad de Harvard que durante la Segunda Guerra Mundial se incorporó a la Oficina de Servicios Estratégicos (la OSS, predecesora de la CIA), enviándosele a trabajar a China. Luego, —transición muy normal de la época— pasó a la nómina de la propia CIA, trabajando en las estaciones en Raigón y Roma. Tenía fama como una suerte de *rara avis*, entre los oficiales —usualmente dados a practicar el más discreto anonimato tanto en su trabajo como en la vida privada. Des Fiz actuaba distinto. Se casó —a bombos y platillos— con una conocida damita de la alta sociedad de la que algún tiempo después se separó, mas sin perder la costumbre de asistir a cuanta fiesta sonada se diera en los más exclusivos predios de Washington. Extrovertido y con una fachada de pensador liberaloide, su personalidad ajustaba a la perfección en el nuevo ambiente sociopolítico que imponían en la capital los Kennedy. La gente cercana a él en la Agencia, sin embargo, lo tenía bien calado como tipo con mas imaginación que inteligencia, puro desparpajo sin discernimiento e inescrupulosidad sin eficacia.

Cuando Des Fiz supo a principios de 1963 —por los informes obtenidos del abogado James Donovan y también de su colega de gestiones en Cuba, John Nolan, ayudante del hermano del Presidente y Fiscal General de Estados Unidos, Robert Kennedy— que Fidel Castro tenía afición por la pesca submarina, tuvo una primera y a su juicio genial idea.

—Podemos —le propuso a sus jefes inmediatos— buscar un caracol vacío, que sea grande, bonito y exótico. Lo rellenamos con un material explosivo y lo dejamos caer en uno de esos fondos marinos por donde Castro acostumbra a bucear.

—Sí, ¿y qué?

—¿Cómo y qué? El explosivo lo hacemos estallar por control remoto un día que se encuentre de pesca submarina por allí...

—Y... ¡pum!, Castro salta hecho pedazos en medio de un estruendoso remolino de aguas... ¿no? —La verdad es que tu fantasía no tiene límites.

—¡Pero puede dar resultado!

—Bueno, para complacerte, si me preparas el proyecto te prometo enviarlo a la División de Servicios Técnicos para su estudio.

—De acuerdo.

La División de Servicios Técnicos consideró el plan, pero sus conclusiones, expuestas en un breve memorando, eran tajantes: “Esta idea”, decía. “carece de sentido práctico”.

Des Fiz, sin embargo, no se desalentó.

Y, cuando le llegó el informe con el dato de que Donovan se proponía regalarle un equipo de pesca submarina a Fidel Castro, nuevamente se prendió el bombillito de su inventiva. El

tal equipo, lucubró, podría contaminarse con algunos gérmenes que invalidaran o mataran al líder cubano. Pero ahora, más precavido, consultó primero con la División de Servicios Técnicos, la cual, en principio, consideró que esta vez la idea no era tan descabellada. Y, aprobado el plan a más alto nivel, el equipo fue tratado en la forma que ya se ha descrito. Sólo hubo un fallo y éste consistió en que el abogado que iba a hacer el presente —ajeno además al complot— se negó a utilizar aquel equipo, prefiriendo obsequiar uno comprado por su cuenta.

Richard Helms, al mando de la Vicedirección de Servicios Clandestinos (oficial aunque eufemísticamente denominada Vicedirección de Planes) en aquella época y, más tarde, Director de la CIA (1966-1973) reconoció ante un comité senatorial del Congreso en 1975 que la maquinación del equipo de pesca submarina realmente existió.

—Fue idea de Desmond Fitzgerald —dijo—. Pero, Desmond no puede declarar porque ya falleció.

—¿Y realmente llegó a contaminarse el equipo con aquellos... microbios?

—Sí. Pero, me parece, el equipo no llegó a salir del laboratorio.

—¿Usted cree?

—Es lo que yo recuerdo.

VIII

¿Cuáles fueron las reacciones de Bishop, Veciana, Hemmings y Posada Carriles ante el fracaso de los tres atentados que se prepararon contra la vida de Fidel Castro aprovechando su visita a Chile en noviembre de 1972? Ellos tenían a su cargo llevarlos a cabo siguiendo planes cuidadosamente elaborados. Pero, ¿qué ocurrió? ¿Había algo mal concebido en aquellos proyectos? ¿Se pasó por alto algún detalle o hubo ineficiencias en su ejecución? ¿Acaso intervino el azar? ¿O el destino?

Bishop —particularmente Bishop— tenía que hacerse esas preguntas y hallar una respuesta convincente para exponerla en el informe a su jefe en los altos mandos de la CIA.

Bishop —Maurice o Harold Bishop, personaje de una historia que merece narremos con más detenimiento que las anteriores.

¿Cuál era su verdadero nombre? No se sabe.² ¿Qué se hizo de él? Tampoco se sabe. Un día, a mediados de la década del setenta, sencillamente, se esfumó y nunca más se le volvió a ver. Pero algo se conoce sobre su personalidad. Estatura de 6 pies 2 pulgadas y 200 libras de peso, cabellos oscuros y ojos claros, fríos, surcados por prematuras arrugas, hablar apasionado, singularmente cuando aludía a rusos, comunistas y revolucionarios. Entonces, perdía la compostura. Un día alguien le escuchó decir: “Goldwater, qué lastima de político, demasiado a la izquierda para mi gusto”. Hablaba fluidamente el francés, tal vez porque trabajó en la estación de la CIA en París. O en la de Bélgica (tenía un pasaporte belga). Seguro, sí en la de La Habana, donde conoció y trabó amistad con “Tony” Veciana. Antonio Veciana Blanck.

Excontador. Estatura mediana, cabello y bigote negros, ojos también negros, facciones regulares. Tipo corriente, pero con un toque de taciturna intensidad en la expresión. En octubre de 1961 participó en un atentado contra Fidel Castro y otros dirigentes cubanos a los que se pretendía asesinar con varios bazukazos disparados desde la ventana del octavo piso de un edificio frente al antiguo Palacio Presidencial. La mayoría de sus cómplices

fueron aprehendidos, pero él pudo escapar, ocultarse y huir, yendo a recalar a Miami, donde se le recibió como un héroe.

La jefatura correspondiente en la CIA ordenó a Bishop que se hiciera cargo de Veciana. Bishop fue el que guió a Veciana en los trajines de la fundación de “Alpha 66” —uno de los grupos terroristas de exiliados cubanos y mercenarios de más larga vida.³ Las relaciones entre ambos eran las de jefe a subalterno, pero con cierto matiz de afecto personal luego de correr juntos con los azares de tantas actividades diz que pirateriles contra Cuba. Cierta vez, cuando Veciana salió de una cárcel de Atlanta donde estuvo encerrado año y medio por tráfico de drogas (la condena era por tres años), Bishop gestionó y obtuvo que la CIA le pagara \$150 mil por sus servicios a la Agencia. Luego comenzaron a surgir tales diferencias entre ellos que, un día, por poco tienen el más trágico fin. Pero ahora, en las postrimerías de 1971, las relaciones todavía son fraternales y “Tony” Veciana escucha con toda atención lo que tiene que decirle su maestro.

—Castro viajará a Santiago de Chile a principios del próximo noviembre —dice Bishop—. Esta vez, sí lo liquidamos. Se cuenta contigo.

—¿Cuál será mi papel?

—Habrá tiros. Esa parte estará a tu cargo.

—¿Yo sólo?

—No, hay otros. Gente probada.

—¿Las conozco?

—Probablemente. Aún tengo que ultimar algunos detalles.

—OK. Cuando todo lo tengas bien amarrado, me explicas lo que tengo que hacer.

—Claro. Pero no te me pierdas. Permanece localizable.

—Seguro. ¿Algo más?

—No por ahora. Y te dejo, que tengo que hablar con el hijo de puta de Gerry.

—¡Ah!, ¿También participa en este asunto?

—Sí. Lo vamos a necesitar. Estamos citados en casa de Nelli.

Gerry Patrick Hemming —no un hombre: una torre. Tiene seis pies y seis pulgadas de estatura. En una foto —la que más le gusta mostrar— aparecen las líneas duras de su rostro suavizadas por una mirada cordial y en los labios una sonrisa. Pero viste uniforme de campaña y en las manos esgrime una ametralladora. Graduado de la Academia Preparatoria Naval de los Estados Unidos, tiene además habilidades útiles para una vida de aguerridas aventuras: paracaidista, nadador submarino y tirador experto. Ahora es el líder del grupo terrorista Intercontinental Penetration Forcé (“Interpen”) en el que militan mercenarios profesionales de la más variada gama de nacionalidades.

Hemming acostumbra establecer de cuando en cuando su cuartel general en la legendaria casa de huéspedes de Nelli (Nelli Hamilton's Boarding House”, 1925 SW Fourth Street, en la Pequeña Habana en Miami). Nelli, la “Abuelita”, 70 años, un poco gruesa, todavía se mantiene ágil y vivaracha, aunque autoritaria. Se pasa el día trajinando y, cuando en la noche sube a su habitación para descansar, no olvida comprobar si nadie ha tocado el caché de armas que suele tener bajo la cama. Su casa es guarida de aventureros, soldados de fortuna, mafiosos, rufianes y alguno que otro loco. Pero todos la tratan con cariñoso afecto y mucho respeto. La “Abuelita” lo permite todo —incluso entrenarse utilizando el traspatio como campo de tiro—, pero nadie, ni siquiera los tipos más duros entre sus huéspedes, se

ha atrevido jamás a desafiar su regla disciplinaria fundamental: “En la mesa, a la hora de comer, no pueden portarse armas de fuego”.

Hemming nunca tuvo buenas relaciones con la CIA, pero sí —y muy íntimas— con los grupos anticastristas “Movimiento 30 de Noviembre” y “Triple A”, que también tenían sus reservas con la Agencia, pero sin dejar de tocar a sus puertas cada vez que necesitaban dinero. Sin embargo, a fines de 1971, Hemming aceptó realizar un importante trabajo para ella: asesinar a Fidel Castro durante su visita a Chile. ¿En cuál o cuáles de aquellos atentados participaron Hemming y sus huéspedes de la “Interpen”? No está claro.

Probablemente, por lo menos, en los de las montañas de Antofagasta y el aeropuerto de Lima. Porque, en el caso de la cámara-ametralladora, todo parece indicarlo, los papeles protagónicos los desempeñaron —bajo supervisión de Bishop— “Tony” Veciana y Luis Posada Carriles.

Otro personaje: Luis Posada Carriles.

Miembro de la Brigada 2506 de la fallida invasión a Bahía de Cochinos que, luego de pasar un curso de inteligencia impartido por la CIA en Fort Jackson, Florida, se dedicó a engrosar su macizo expediente de actividades contrarrevolucionarias y terroristas —hasta culminarlas en 1975, junto con el también terrorista Orlando Bosch, con el sabotaje a un avión cubano a causa del cual perecieron 75 personas. En 1971, sin embargo, residía ya en Caracas donde trabajaba para la policía secreta venezolana (DISIP). Desde esa posición fue que tuvo la oportunidad de participar por lo menos en uno de los complots de la CIA para asesinar a Fidel Castro y que tendría por escenario a Santiago de Chile.

A Posada Carriles le correspondió en aquella ocasión llevar a cabo varias tareas, entre ellas dos muy importantes. Una: conseguir, a través de sus contactos con la DISIP y la TV caraqueña los documentos que acreditarían como camarógrafos a los encargados del crimen. Otra: falsificar documentos que identificarían a uno de aquellos camarógrafos como agente de los órganos de seguridad cubanos. Esto último era importante y formaba parte de una subtrama poco conocida del atentado. Pues aquel camarógrafo, luego de cometer el crimen, sería a su vez asesinado y los documentos falsificados se utilizarían como evidencias probatorias de que sus compañeros castristas lo habían ajusticiado a causa de su traición.

La treta era como la copia al carbón del último acto del caso de Lee Harvey Oswald cuando el asesinato del presidente Kennedy.

Pero esto, tal vez, no era puramente casual. Pues, ¿quién era en realidad Maurice o Harold Bishop, tan complicado en aquellos atentados contra Fidel Castro?

Más adelante, en la presente obra, se retomará ese tema de sorprendente importancia. Baste adelantar que, sobre las medianías de los años setenta, “Tony” Veciana afirmó —ante un comité del Congreso que investigaba la muerte de J. F. Kennedy— que él y Bishop sostuvieron una entrevista con Lee Harvey Oswald, el presunto asesino del presidente, en Dallas (unos tres meses antes del magnicidio). Veciana también dijo que Bishop le dio una vez instrucciones para que sobornara a un primo suyo que trabajaba como diplomático cubano en México, induciéndolo a desertar y, luego, testificar que había hecho contacto con Oswald en esa ciudad (cuando fue a obtener visas para Cuba y la URSS). Dado que esta supuesta visita de Oswald a México se convirtió en una de las piezas claves para el esclarecimiento de aquel crimen, los investigadores del Congreso decidieron trabajar en esa dirección. Ocurrió entonces algo interesante. Todas las pistas conducían a identificar a

Bishop con David Atlee Phillips —un alto oficial de la CIA lo suficientemente versátil como para actuar en su calidad de psicólogo especializado en relaciones públicas (función que desempeñó, en tanto que responsable del diversionismo ideológico, en las operaciones de Guatemala y Bahía de Cochinos) y, al mismo tiempo, capaz de desenvolverse en algunas de las más violentas acciones de capa y espada impulsadas por la Agencia. A Veciana, los congresistas lo llevaron a una reunión de veteranos de la CIA que presidía Phillips y le preguntaron si podía señalar entre los concurrentes la presencia de Bishop. Pero Veciana, luego de observar a quienes estaban en el cónclave, dijo con voz trémula: “No, ninguno de ellos es Bishop”. Sin embargo, quizá la vista rápida y entrenada de Phillips captó la presencia de Veciana en el lugar. Pues, tres meses después de aquel incidente, una tarde en que Veciana avanzaba en su camioneta por una de las avenidas de Miami, se le acercó otro vehículo desde el cual brotó el vómito de fuego de un arma calibre 45. La camioneta dio un viraje y con un chirrido de las ruedas se encimó sobre la acera yendo a chocar contra una farola. El rostro demudado de Veciana reapareció luego por la ventanilla. Las heridas, a sedal, sólo le costaron dos días de hospitalización. Pero nunca más pudo transitar tranquilo por aquellas vías miamenses donde años atrás andaba como por su casa, armado hasta los dientes y despidiendo olor a pólvora por todos los poros.

IX

En agosto de 1975 Fidel Castro, personalmente, le entregó al senador demócrata George McGovern un grueso expediente extractado de los archivos de Seguridad del Estado de Cuba. En el documento se exponían 24 atentados contra la vida del primero (mayormente entre 1960 y 1966) en los que de una manera o de otra estaba vinculada la CIA.

Esta negó los cargos en un documento de 16 páginas que presentó al comité investigador del Senado de los Estados Unidos y en el que se llegaba a la siguiente conclusión: “En 15 de esos 24 casos la Agencia nada tuvo que ver y sólo en los 9 casos restantes aparecen implicadas personas con las cuales la Agencia tuvo relaciones operativas, pero no con el propósito de asesinar a Castro”.

(Un senador, reflexionando sobre el contenido de aquel documento, escribió lo siguiente en su cuaderno de notas: “(a) Las personas mencionadas por la Seguridad Cubana confesaron todas, prácticamente sin excepción, que habían actuado con el apoyo de la CIA; (b) El enorme arsenal de que dispusieron para perpetrar los atentados sólo pudo ser suministrado por la CIA; (c) la propia CIA no pudo negar que en muchos casos tomó la iniciativa en la preparación de complots contra la vida de Castro —lo que demuestra su obvia disposición a llevar a cabo éstos y probablemente otros más que ahora de modo tan sumario niega”).

El Comité del Senado presidido por Frank Church, que investigó en 1975 los complots del gobierno de los Estados Unidos —particularmente llevados a cabo por la Agencia Central de Inteligencia— para asesinar líderes extranjeros, pudo comprobar que hubo por lo menos 8 confabulaciones contra la vida de Fidel Castro —aparte algunos más contra otros dirigentes extranjeros, notablemente uno contra el dirigente congolés Patricio Lumumba. El trabajo del Comité —usualmente denominado Comité Church por el senador que lo presidió— comprende más de 8 000 páginas de declaraciones bajo juramento hechas por 75 testigos durante 60 días de audiencias (sin contar las entrevistas realizadas por un equipo investigador). El Comité llegó a estas conclusiones: “Hemos encontrado pruebas de 8

complots que implican a la CIA en intentos para asesinar a Fidel Castro entre 1960 y 1965. Aunque algunos de esos complots no fueron más allá de su planeación y preparación, uno de ellos, utilizando figuras del bajo mundo del crimen, por dos veces progresó hasta el punto de enviar pastillas envenenadas a Cuba y despachar equipos de gentes para llevar a cabo los planes. Otro complot consistió en suministrar a un disidente cubano armas y otros medios para el asesinato,... que comprendían desde rifles de alto poder hasta polvos bacterianos letales, pasando por estilográficas venenosas, y otros dispositivos que van más allá de lo concebido por la imaginación”.

Esas conjuras contra la vida de Fidel Castro —véase el cuadro adjunto que, aunque no las incluye todas o siquiera las más importantes, ilustran bien el tenor del conjunto— han contemplado el uso de toda una panoplia de instrumentos de muerte: desde el más completo muestrario de armas de fuego hasta granadas y explosivos diversos —pasando por venenos, gérmenes de enfermedades incurables y productos químicos letales. Han comprendido todo tipo de procedimientos: desde solitarios asesinos apostados hasta pandillas emboscadas —pasando por alimentos ponzoñosos, calzado y ropa contaminados, vaporizaciones desequilibradoras de la mente. Y en tales complots —en su concepción, preparativos y puesta en marcha— se confabularon en su momento desde personajes de los más altos niveles del gobierno hasta la crema del bajo mundo del crimen norteamericanos —pasando por figuras de las altas finanzas, generales de cinco estrellas, profesionales de aparatos de inteligencia y contrainteligencia, exburgueses y expolíticos de origen cubano, contrarrevolucionarios, mercenarios, terroristas y toda clase de asesinos.

ATENTADOS CONTRA LA VIDA DE FIDEL CASTRO: MUESTRA SELECCIONADA ENTRE LOS 36 CASOS DOCUMENTADOS

Procedimiento	Medios	Lugar*	Fecha
Asesinos apostados	Bazukas	Terraza norte del Palacio de la Presidencia	octubre de 1961
	Rifle con mira telescópica	Esquina de Línea y 11 en el Vedado	julio de 1961
	Granadas	Stadium Latinoamericano	abril de 1963 y septiembre de 1964
	Ametralladora calibre 7.92 y granadas	Calzada de Zapata: frente al Castillo del Príncipe o en la intersección con Avenida G	septiembre de 1964
Emboscadas	Bazukas, granadas, ametralladoras y pistolas	Ave. de Boyeros y Santa Catalina	mediados de 1961
	Ametralladoras Thomson calibre 45, Remington, carabinas M-1, pistolas	Pizzería Vita Nuova y calle L, entre 21 y 23	mediados de 1965
Explosivos	Explosivo de gelatina C-4	Alcantarilla que pasa por debajo de la Tribuna en la Plaza de la Revolución	septiembre de 1963
Venenos	Toxina Botulina	En tabacos	entre agosto de 1960 y febrero de 1961
Alteradores psíquicos	Sustancia con efectos similares a la LSD	En estudio de TV	primavera de 1960

* Ocurridos en La Habana, Cuba.
FUENTES: "Las Reglas del Juego": 30 años de historia de la Seguridad Cubana", Ministerio del Interior, La Habana, 1988. "Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders", US Congress, US Printing Office, 1975.

EL CORONEL KING
REDACTA UN MEMORANDUM

I

El coronel J. C. King, envuelto en sobretodo de reglamento y portando un maletín de mano, salió al portal de su no tan modesta residencia —no, para un oficial de su grado—, cruzó el jardín cubierto de nieve y, ya en la acera, con un breve saludo al uniformado chofer, se introdujo en el automóvil. El chofer cerró la portezuela tras él y rodeando el vehículo fue a ocupar su lugar frente al timón. Volvió la cabeza y miró interrogante a su pasajero.

—A la oficina —ordenó secamente el coronel.

—Sí, señor.

El auto se puso en marcha y, luego de atravesar varias calles de relativamente poco tráfico, rodear la colina del Capitolio y recorrer un breve trecho por la Avenida Pennsylvania, con un suave giro a la izquierda se incorporó a la Avenida de la Constitución. Era una mañana gris y fría de mediados de diciembre y por aquella vía, flanqueada por monumentales edificios, las áreas laterales de césped parecían haber desaparecido bajo el caprichoso relieve de aquella lámina de copos cuya blancura contrastaba con el negruzco color de los troncos y ramas del arbolado desnudo de hojas. Los vehículos circulaban a cautelosa velocidad por el pavimento resbaladizo y encharcado, y sólo unos solitarios peatones, enfundados en gruesos abrigos, transitaban por las aceras casi desiertas.

El coronel King miró distraídamente por la ventanilla esta ruta que le era tan familiar y, mientras acariciaba la suave piel de la cartera de mano que descansaba a su lado, pensó que le aguardaba un día de intenso trabajo. No, hoy, nada de gestiones ni entrevistas ni reuniones, sino pura labor intelectual en la preparación de aquel importante documento que en los últimos días se le había convertido en casi una obsesión. Aún debía organizar la masa de datos de que disponía. Analizarlos. Y llegar a conclusiones bien argumentadas... Sí, el documento habría que dirigirlo al máximo nivel... No debía ser largo, sino breve e impactante... Tal vez como un conciso memorandum... Y aquí estaba la dificultad: decir mucho en pocas palabras... El coronel, ahora desfrunció el ceño y trató de relajarse, pues notó que el auto llegaba a su destino.

Acercábase en efecto al Lincoln Memorial, a orillas del Potomac, donde, en un extremo de la llamada Alberca Espejeante, se levantaban las clásicas columnatas del pórtico que antecedió el recinto en el que —sentado como en un trono y con aspecto severo y a la vez tranquilo— se hallaba reproducida la gran figura histórica. Al lado izquierdo de la alberca se divisaba un bosquecillo, pero por su lado derecho, separada de las quietas aguas por un paseo arbolado, se alineaba un conjunto de edificios. No eran altos —sólo tres o cuatro plantas— y su vulgar y monótona construcción, semejando una serie de gigantescos cajones aventanados, trastornaba por completo la estética armonía del lugar. Los rodeaba además la malla de un cercado, de manera que para acceder a ellos era necesario cruzar por un gran portalón y junto a una garita bien custodiada. Precisamente fue allí donde, con suave chirrido de frenos, se detuvo el automóvil que conducía al coronel King.

Un guardia se acercó a la ventanilla delantera y verificó el documento que le mostraba el chofer. Luego, lanzó una mirada al interior del vehículo y, reconociendo al pasajero, tras

cuadrarse en marcial saludo, indicó al otro centinela que bajara la cadena que obstruía la entrada. Mientras el auto reanudaba la marcha, el guardia volvió a ocupar su posición de vigilancia —exactamente al pie de una placa de bronce donde podía leerse: “Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América”.

II

El coronel J. C. King no era un hombre que despertara muchas simpatías entre sus colegas. Se le reconocía como oficial bien informado y diligente, con un temperamento enérgico al que alimentaba buena dosis de iniciativa personal. Tenía cierta vocación por los vaticinios políticos, por derivar de ellos sus propias conclusiones y por sugerir a partir de éstas las líneas de acción que correspondía llevar adelante —aunque a algunos les parecieran imprudentes y audaces. En general, una vez adoptado un criterio, el coronel solía exponerlo y defenderlo con pasión a pesar de importarle muy poco la opinión ajena.

Un día, años atrás, aunque graduado de la Academia Militar de West Point, luego de cumplir los reglamentarios siete años de servicios decidió que por el momento la vida militar, contraponiéndose a aquella súbita ambición que se había revelado en él por hacer dinero, no se avenía a sus intereses. Colgó entonces el uniforme y, una vez reunidos los necesarios recursos financieros, comenzó a hacer los preparativos para dirigirse a Brasil —decidido a convertirse en un exitoso empresario. Tenía un negocio inédito en su mente. “El problema de Brasil”, dijo a sus amigos, “consiste en la alta tasa de natalidad. Hay que controlarla. ¿Y cómo? En las camas, que es donde se gesta ese exceso de brasileños. Lo que hace falta en ese país para progresar —y a mí para hacer una fortuna— son condones... ¡con-do-nes!... Allá, con una fábrica de condones, me hago rico”. Trataron de disuadirlo de su proyecto, que parecía locura. “En Brasil”, le argumentaron, “nadie usa condones... no, señor, nadie”. Pero él, como usualmente, no hizo caso. Montó su fábrica en Brasil y, ¡oh sorpresa!, los “Condomes King” fueron un éxito —un éxito tan grande, que al cabo le vendió el negocio al poderoso consorcio farmacéutico “Johnson & Johnson”, sacando una bonita ganancia. Desde aquel momento, King no sólo se consideró un gran empresario y un experto en condones, sino también un respetable especialista en problemas latinoamericanos.

Luego de aquella aventura mercantil, King volvió a dar un nuevo giro a su vida al decidir incorporarse a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) —donde los antecedentes de su formación militar representaban un decisivo aval, reconocible desde el comienzo en los correspondientes galones, mientras que la vocación política de la institución le ofrecía excelentes posibilidades de continuar ascendiendo en una profesión particularmente atractiva por sus componentes de inteligencia, acción y hasta misteriosa confidencialidad. En la CIA, King inició su carrera como responsable del área del Caribe y pronto, a fines de la década del cincuenta, ocupaba el cargo de Jefe de la División Occidental del importante Vicedirectorio de Planes.¹

La Vicedirección de Planes (generalmente conocida, incluso dentro de la propia CIA, como Subdirección de Servicios Clandestinos) era una especie de hermético coto que apenas si se relacionaba con los otros subdirectorios (Inteligencia y Apoyo) de la institución. Esto se debía, según algunos, al carácter subversivo de su actividad y, según otros, a la privilegiada atención que le prestaba el entonces director Allen Dulles —para quien la Agencia era

sobre todo un instrumento para la realización de sus favoritas “acciones encubiertas” en otros países (desde moderada ingerencia secreta hasta la articulación de golpes de Estado). A su vez, dentro de la Subdirección de Servicios Clandestinos, la División del Hemisferio Occidental tendía a desenvolverse por su propia cuenta —una condición que se acentuó al hacerse cargo de ella el coronel King, quien la convirtió en un verdadero feudo suyo, pero que tenía otros antecedentes.

Las oficinas de la División Occidental, inclusive, se encontraban algo separadas de las otras divisiones, situadas como estaban en un ala que además no tenía vista al exterior —y mucho menos a la bellísima Alberca Espejeando del Lincoln Memorial. “Paciencia”, decían los altos jefes, “que, cuando se terminen de construir las nuevas instalaciones de Langley,² todo el mundo se va a maravillar”. Pero, mientras tanto, la gente de la División Occidental se recondenaba en el ambiente claustrofóbico que les había tocado ocupar en aquellos edificios antediluvianos. Y a ese apartamiento físico, como enfatizándolo, se añadían ciertas características del personal que trabajaba con el coronel King.

Antes de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos, aunque parezca increíble, no disponían de un verdadero aparato de inteligencia —excepto el limitado de espionaje y contraespionaje que operaba en América Latina el Buró Federal de Investigaciones (FBI).³ Sólo al estallar aquel conflicto —y con asesoramiento de los británicos que sí contaban con siglos de ejercicio en la actividad— fue que se organizó con tal fin la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS). A partir de 1947 muchos de los miembros del FBI —incluidos los que durante el periodo bélico habían trabajado en América Latina, pero al servicio de la OSS—, se incorporaron a la recién creada CIA, donde dada su experiencia en la región pasaron a la nómina de la División del Hemisferio Occidental.

Pero no tenían mucho prestigio. En los cuerpos de inteligencia norteamericanos de la postguerra, sólo los “old boys” de la OSS aparecían con una aureola de legendario heroísmo que, a su debido tiempo, aspiraban a ceñirse los miembros de la nueva hornada que reclutaba la CIA. Y, cuando el coronel King se hizo cargo de la División del Hemisferio Occidental, el escaso crédito de aquellos exagentes del FBI se redujo aún más. “La gente de King”, decíase despectivamente en los corrillos de la Agencia, “son los G-men de Hoover: buenos para perseguir gangsters y alguno que otro comunista, pero más nada... pura mierda”.

III

King había asumido la jefatura de la División del Hemisferio Occidental en un momento bastante crítico debido a los acontecimientos que tenían lugar en Cuba y sobre los cuales circulaban los más encontrados puntos de vista. Había quienes decididamente apoyaban al dictador Batista o que, cuando menos, ponían sus esperanzas en los planes electoreros que éste proponía como amañada salida a la situación. Pero también había otras opiniones. Algunos altos funcionarios del Departamento de Estado asentían cuando el subsecretario Robert Murphy comentaba: “Batista es un gorila... no debemos seguir sosteniéndolo”. Y en la propia CIA a veces se escuchaba decir: “Batista tiene sumido el país en un baño de sangre... y el desenlace no lo vamos a poder controlar”. El coronel King, desde luego, tenía su personal diagnóstico y hasta insinuaba saber qué debía hacerse para enfrentar la difícil

coyuntura. Así, cuando se le designó para participar —en representación de la CIA— en una reunión con altos funcionarios del Departamento de Estado que había convocado a título personal William Pawley —y que algunas fuentes afirman que organizaba la propia Agencia— no pudo evitar una sonrisa de satisfacción porque, aparte del interés político, Pawley era amigo suyo desde la época en que él estaba en el negocio de los condones y aquél era el embajador norteamericano en Brasil.

Pawley era todo un pájaro de cuenta.

Se acercaba a los 60 años, pero aún se mantenía esbelto, activo y emprendedor, su carácter imperativo sobresaliéndole, bajo la amplia frente, en unos ojos claros, saltones y de astuto titilar apenas atenuado por los elegantes espejuelos de carey que solía usar. Se presentaba a sí mismo —cuando rememorando una juventud de supuestas aventuras heroicas— como el fundador de los famosos “Tigres Voladores” que operaron desde bases en Birmania y China durante la Segunda Guerra Mundial⁴ y nada le agradaba más que a ello se aludiera llamándole William “Tigre Volador” Pawley. Luego se hizo multimillonario operando jugosos negocios en La Florida (varias empresas y especulación en bienes raíces) y en La Habana (monopolización del transporte de autobuses). Pero nunca dejó de cultivar sus vínculos políticos con el gobierno, que le utilizó en ocasiones como emisario oficioso (ante Franco y Trujillo) o como embajador oficial (en Perú y Brasil). Sobre todo, se jactaba de su amistad con el presidente Eisenhower, quien solía decir: “Me gusta Pawley —es un intrigante, pero también un tipo decidido y capaz de cualquier cosa”. Y Pawley estaba orgulloso de ese juicio del presidente, aunque a veces quejándose de que éste prestaba más oídos a los consejos del director de la CIA, Allen Dulles, que a él —William “Tigre Volador” Pawley, experto en negociaciones con regímenes dictatoriales.

La trayectoria de Pawley y sus relaciones, por otro lado, eran justificación suficiente para que, sin ocupar ningún cargo oficial, la CIA lo seleccionara para convocar una reunión con el objetivo de tratar un problema de política exterior como el de Cuba y que a ella concurrieran altos funcionarios del Departamento de Estado y desde luego de la propia Agencia.

La reunión tuvo lugar a principios de diciembre de 1958 en la suntuosa residencia del multimillonario en Miami y en ella la voz cantante la tuvieron, aparte del anfitrión, los miembros del Departamento de Estado allí presentes⁵ y, por la CIA, el coronel King. Luego de un breve aunque vivo recuento descriptivo de la dramática situación en Cuba y, entre sorbo y sorbo de un ron que Pawley elogió como algo muy especial por su añejez y oportuno por la ocasión, éste volvió a tomar la palabra:

—El problema con Cuba —dijo— es que los Estados Unidos no pueden intervenir directamente allá como lo hizo en 1933 en una situación similar.

—Sí, la del Machadato —puntualizó King en un pequeño alarde de sus recién adquiridos conocimientos históricos.

—Pero, al propio tiempo —continuó Pawley—, no podemos continuar cruzados de brazos.

—Algunos pasos hemos dado ya por nuestra parte —apuntó el del Departamento de Estado. Ya fue decidido, desde marzo, cuando Batista ordenó renovar la suspensión de garantías constitucionales y reimponer la censura de prensa, retirarle nuestro apoyo, no de una manera pública ni oficial, pero sí en los hechos. La primer medida que tomamos fue la de bloquear el envío de un cargamento de rifles Garand que había pedido y ya estaban en los muelles...⁶ El embajador Smith se reunió luego con él y le leyó la cartilla de las cosas que

tenía que hacer para cambiar la situación... De esto hace unos siete u ocho meses y aquello ha empeorado por la terquedad de Batista...

—Sí —añadió el otro representante del Departamento de Estado—. Dice que no abandonará la Presidencia hasta febrero del año que viene. Pero, ¿podrá mantenerse todavía tres meses más en el poder? La oposición en las ciudades crece no obstante la represión policíaca... Contra las fuerzas rebeldes de Castro en Oriente el ejército ha demostrado su impotencia y ya, desde octubre, sus guerrilleros bajo el mando de Guevara y Cienfuegos están en Las Villas... Las elecciones convocadas por Batista el 3 de noviembre resultaron la farsa que todo el mundo pronosticó... En el Departamento de Estado todos estamos convencidos de que Batista ya no puede controlar la situación... Aquello ciertamente se deteriora por días, nadie sabe lo que va a pasar, y yo me siento feliz al notar que en otras agencias del gobierno también se comienza a cambiar de actitud hacia Batista.

Al decir esto último, el que hablaba miró significativamente a King.

Este encajó el golpe —pues la referencia era claramente a la CIA— pero reaccionó eludiendo la indirecta:

—Bueno —dijo King—, eso de que nadie sabe lo que va a pasar...

—¡Es un decir...!

—Comprendo. Pero hay quienes resultan capaces de hacer un pronóstico sobre la base de hechos evidentes... Yo, por ejemplo, puedo anticiparle lo que va a suceder, si no tomamos las medidas necesarias.

Se hizo un silencio expectante pues, después de todo, aquel oficial de la CIA podía tener informaciones de las que los presentes no disponían y tal vez por ello hablaba con tanta seguridad.

—¿Y qué, a su juicio, va a suceder?

—Que los elementos radicales de la oposición, tal vez con Castro a la cabeza, van a tomar el poder y, entonces, sí que no sabemos lo que pasará.

Alguien —¿Pawley?, ¿King? ¿el del Departamento de Estado?— intervino entonces.

—Lo que podemos hacer, es decir, lo que deben hacer los Estados Unidos, es lograr que Batista deje el poder, que renuncie... ¡Vamos, que se vaya al infierno!... Y organizar las cosas de manera que lo sustituya un gobierno provisional, una junta militar se ha sugerido, que aleje el peligro revolucionario que representa sobre todo Castro y que restablezca la paz y el orden hasta que se puedan convocar elecciones y todo marche como es debido.

—Contactos tenemos, incluso con militares, para promover tal tipo de solución —apuntó King.⁷

Todos asintieron y Pawley —entusiasmado por el consenso de opinión y la tercera línea de ron que acababa de escanciar a pulso— dijo:

—Alguien ha hecho una sugerencia que me ha estado dando vueltas en la cabeza durante los últimos días.

Los concurrentes prestaron atención.

—Yo tengo la experiencia de haber negociado a nombre de los Estados Unidos con dos de las más jodidas dictaduras que ha habido: la de Franco en España y la de Trujillo en Santo Domingo... Pues bien, si nuestro gobierno lo autoriza, estoy dispuesto también a hablar con Batista y convencerlo de que debe renunciar.

—No me parece mala idea, siempre que cuente con algún tipo de autorización oficial —dijo el del Departamento de Estado.

Pawley miró a King, quien asintió con un gesto.

—Entonces —concluyó Pawley—, ¿por qué no hablar con la gente de más alto nivel en Washington para que se me respalde debidamente en esa gestión?

—Cierto. Debemos consultar.

Y todos se echaron a la garganta otro trago del añejo brindando por el éxito de la diligencia para la que se autopropone William “Tigre Volador” Pawley.

Al día siguiente marcharon a Washington con el fin de comunicar el acuerdo a que se había llegado. La reacción —tanto en la CIA como en el Departamento de Estado— fue desde luego aprobatoria, excepto en un punto: Pawley exigía hablar con Batista, pero oficialmente a nombre del gobierno de los Estados Unidos. Este fue tajantemente rechazado. La gestión tendría el visto bueno siempre y cuando aquél actuara a título personal. Al multimillonario no le quedó otro remedio que aceptar. Tomó de inmediato un avión y, luego de breve escala en Miami, voló hacia La Habana.

El 9 de diciembre logró entrevistarse con Batista y, luego, regresó inmediatamente a los Estados Unidos a dar cuenta de su gestión.

Entre otros, habló con el coronel King.

—Tengo entendido que pudiste hablar con Batista.

—Sí. Alrededor de tres horas.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Ninguno. Batista es más terco que una mula. Le expliqué cómo veíamos nosotros la gravedad de la situación y la urgencia de que renuncie para evitar males mayores. Hasta le insinué que podría retirarse honorablemente yéndose a vivir tranquilo a su propiedad en Daytona Beach, Florida... Pero nada... Es un condenado hijo de la gran puta.

—En realidad, Bill, yo sabía que tu entrevista fue infructuosa.

—¡Ah, lo sabías!

—Tenemos contactos dentro de Palacio... ¿sabes lo que dijo Batista cuando te marchaste?

—No, la verdad.

—Dijo que cuando le propusiste que renunciara le dieron ganas de sacarte de su despacho... perdona... “a patadas por el culo”.

—¡Hijoeputa!

—Yo me imaginaba que ese esfuerzo iba a resultar inútil, pero no quise desalentarte.

Batista, como tu dices, es un terco. Insiste en que se irá cuando tome posesión el sucesor que él mismo ha designado... El tal Rivero Agüero, que ni pincha ni corta, y todo el mundo sabe que Batista lo maneja a su antojo.

—Conozco a Rivero Agüero: es un perfecto comemierda.

—De todos modos, hiciste un trabajo meritorio.

—Sí, pero estaba muy limitado, coño, muy limitado. Batista se daba cuenta de la debilidad de mi posición, pues tuve que hablarle como un particular que sólo representa un consenso de opinión en ciertos círculos de los Estados Unidos... ¡Otra cosa hubiera sido si hablo con el respaldo oficial de nuestro gobierno!

King se quedó pensativo.

—Bueno —dijo entonces en tono confidencial—, no se te podía dar ese respaldo porque tu gestión forma parte de una estrategia decidida al máximo nivel.

—¿Qué quieres decir?

—A ti te lo puedo informar porque eres hombre de confianza del presidente y discreto cuando necesario. La idea consiste en deshacernos de Batista lo más pronto posible, pero gradualmente, paso a paso... Primero vas tu como emisario no oficial... no oficial... Si esa gestión falla, como ha fallado, entonces el embajador Smith tiene ya las instrucciones de requintar un poco más la tuerca diciéndole al Secretario de Estado de Cuba, Güel, que los Estados Unidos le retiran su apoyo a Batista... Y, si esto también fallara, entonces el embajador se lo comunicará directamente a Batista... Así es como se están haciendo las cosas.

—¿Y por qué no se comienza por lo último y se acaba de una vez?

—Hay varios motivos. Batista ha trabajado muy bien con nosotros, los Estados Unidos, durante años... décadas... Sentaría un mal precedente con otros gobiernos amigos el sacarlo de pronto, como él quiso hacer contigo, a patadas por el culo... Por otro lado, la Agencia y el Departamento de Estado han coincidido en que hay que actuar con cierta delicadeza... Dulles porque considera a Batista un amigo personal y el Departamento de Estado porque no quiere dar un espectáculo de ingerencia abierta en Cuba...

—¿Y cuál es la situación ahora?

—Fracasada tu gestión, el embajador Smith habló con Güel y le dijo que los Estados Unidos no estaban dispuestos a continuar apoyando el gobierno de Batista dado que éste ha perdido el control de la situación... Se sabe que Güel le comunicó esto enseguida a Batista, pues éste reaccionó diciendo que muy pronto recibirá al embajador.

—O sea, que habrá que aplicarle el “tercer grado”.

—Es lo decidido. Cuando el embajador hable con Batista, éste seguramente entenderá que todo se acabó.

—¿Y si no lo entiende?

—¿Como no va a entenderlo? ¡Sin el apoyo de los Estados Unidos no puede sostenerse un día en el poder! Tendrá que hacer las maletas e irse.

—El hombre tendrá en efecto que hacer las maletas... ¿Vendría para los Estados Unidos?

—No hay mucha disposición aquí para recibirlo.

—Claro, con un dictador como él, nunca faltan quienes tengan algunos escrúpulos morales...

—No se trata de escrúpulos morales... El problema consiste en que el nuevo gobierno tendrá que asumirlo algún grupo de la oposición, o, más probablemente, una junta militar, y ¿cómo vamos a negociar con ésta teniendo la rémora de haberle dado asilo a su principal enemigo? Incluso, con el encono de la opinión pública allá contra Batista, a un nuevo gobierno le resultaría difícil mantener buenas relaciones con nosotros si le damos asilo.

—Es verdad. ¡Ah, el muy puñetero debió aceptar mi propuesta: hubiera salido mejor!

—Seguramente.

Pero, también como el dictador Machado un cuarto de siglo atrás, Batista trató de jugarle cabeza al gobierno norteamericano —buscando ganar tiempo, poner a buen recaudo sus intereses y lograr una salida airosa. Sin embargo, estas maniobras no tuvieron éxito. En los Estados Unidos se veía claro que la lucha popular contra la tiranía en las ciudades cobraba cada vez más fuerza y, sobre todo, que las victorias del Ejército Rebelde comandado por Fidel Castro anunciaban que la derrota del ejército del régimen era inminente —cuestión de días o semanas a lo sumo. Entonces, se le dieron instrucciones terminantes al embajador

norteamericano Earl T. Smith, para que le comunicara a Batista la orden inapelable de dejar la presidencia y marcharse bien lejos de Cuba.

Smith sostuvo su última entrevista con el dictador, en la finca “Kukine” de este último, en la noche del 17 de diciembre de 1958.

El propio embajador describiría más tarde en un libro aquel dramático encuentro.

El auto en que yo iba fue aminorando la marcha. Comprendí que había llegado a mi funesto (*sic*) destino. La bandera norteamericana en un guardafango fulguró brillante y brevemente, cuando las linternas en manos de los guardias iluminaron primero al chofer y luego el asiento trasero, antes de indicarnos con un gesto que podíamos entrar... Aquí y allá podían verse soldados con ametralladoras patrullando el lugar... El ambiente era presagioso y siniestro... El auto pasó frente a la casa principal y prosiguió hasta un pequeño edificio donde Batista tenía su biblioteca y solía trabajar. Allí, en una pequeña oficina que me era familiar por las veces que había estado en ella, se celebró la entrevista. Sólo el doctor Güel (Secretario de Estado) estuvo presente durante las dos horas y 35 minutos que duró la conversación, desenvuelta en la forma cordial y amistosa de siempre.

Aquel hombre, Fulgencio Batista, con su baja estatura pero fuerte complexión, que aún exudaba un aire de poderío, se hallaba ahora sentado frente a mí en actitud exteriormente tranquila. Su rostro no mostraba el menor signo de emoción y sus ojos penetrantes no se apartaron un sólo momento de mi rostro mientras hablábamos.

Introduje el mensaje que traía refiriéndome a la tradicional amistad entre Cuba y los Estados Unidos, la gran apreciación que mi gobierno tenía de su papel histórico y las gestiones que recientemente yo había hecho en el Departamento de Estado con relación a él y su sucesor Rivera Agüero.

—Esas gestiones —le dije— han fracasado, pues mi gobierno está convencido de que usted ha perdido el control de la situación en el país.

Se hizo el silencio y continué:

—El Departamento de Estado piensa que la crisis es inminente y muchas las posibilidades de desórdenes civiles y pérdidas de vidas. También cree que, si usted actúa a tiempo, en Cuba hay elementos que podrían remediar la situación. Resulta necesario obtener la cooperación de ellos para establecer un gobierno de amplia representación y capaz de poner en práctica medidas constructivas para una solución nacional.

Batista hizo un gesto como para argumentar algo, pero yo me adelanté:

—De acuerdo con mis instrucciones, señor presidente, debo también decirle que el Departamento de Estado miraría con mucho expectionismo cualquier plan de su parte o cualquier intención de su parte en el sentido de permanecer en Cuba indefinidamente. Para un hombre que estaba en ese momento pasando por la agonía de su muerte política, la expresión de Batista parecía exteriormente plácida, pero yo no podía dejar de notar el fuerte sonido de su respiración. Respiraba como un hombre que ha sido herido y tanto él como yo sabíamos que lo estaba.

Batista argumentó que si él se marchaba el Ejército se desintegraría y que hasta una junta militar no podría sobrevivir sin su apoyo. Para él toda solución debía incluir a Rivero Agüero. Este podría anunciar que formaría un gobierno de coalición con figuras no militantes de la oposición, convocar a elecciones y nombrar una asamblea que contara con el apoyo de los Estados Unidos.

Ante mi actitud preguntó entonces:

—¿Y no pudiera haber una intervención de los Estados Unidos para detener la pelea (*sic*) actual?

—El gobierno de los Estados Unidos no puede, ni siquiera, interceder o mediar en Cuba.

—Tendrá que intervenir si Castro toma el poder con los comunistas que controlan el 26 de Julio. En realidad, ya está interviniendo a través de usted, pero en representación de los hermanos Castro... No, no lo culpo a usted... Yo se que actúa siguiendo instrucciones.

Iba a contestarle, cuando Batista dijo:

—Bueno, ¿y podría ir yo a mi casa de Daytona Beach en La Florida?

—Este... no me parece buena idea... Yo le sugeriría, si me lo permite, pasarse un año o más en España o cualquier otro país.

—Ya veo.

—En todo caso, mi gobierno piensa que usted no debe de demorar su partida más tiempo del necesario para una ordenada trasmisión del poder.

Batista calló un momento y luego dijo que debíamos mantenernos en contacto, pero secretamente, a través de Güel, pues de otra manera podía ser peligrosa. Estuve de acuerdo y durante los días siguientes casi no hubo uno en que dejara de recibir un mensaje suyo. Veinticuatro horas antes de abandonar Cuba me lo comunicó. Aquella entrevista nunca la olvidaré. Lo que le dije en ella a Batista equivalía exactamente a lo que tuvo que hacer: marchase de su propio país.⁸

Pero, cuando el embajador Smith presentó aquel ultimatum, el destino de la tiranía estaba sellado. Pues, apenas dos semanas más tarde, las tropas rebeldes bajo el mando directo de Fidel Castro rodeaban ya la capital oriental, Santiago de Cuba, mientras en el centro del país el comandante Ernesto Che Guevara tomaba uno tras otro los poblados de la provincia de Las Villas y el comandante Camilo Cienfuegos se aprestaba para invadir La Habana, donde los altos mandos militares se confabulaban para darle un golpe de Estado a Batista.⁹ Entre las 9 y las 10 de la noche del 31 de diciembre varios jefes del Ejército le comunicaban al dictador que las provincias de Oriente y Las Villas no podían ya sostenerse ante el empuje de los rebeldes. Batista, con expresión ambigua, les recordó que tenía preparada una recepción para despedir el año y, pasada la medianoche, hacia las 3 am, leyó su renuncia al cargo de presidente e inmediatamente después huía en un avión con sus familiares y amigos más allegados, pero dejando en la estacada a la mayoría de sus colaboradores. Un grupo militar asumió el poder —utilizando alguna que otra figura civil como fachada—, pero desplomándose enseguida ante una huelga general que paralizó todo el país, mientras el Che Guevara y Camilo Cienfuegos tomaban posesión de las principales fortalezas de La Habana. Una semana después, luego de triunfal recorrido a través del país, Fidel Castro era recibido como un héroe por el pueblo de la propia capital.

IV

Pero todo esto que se acaba de narrar —la reunión y gestiones con Pawley, el ultimátum del embajador Smith a Batista y el colapso de la dictadura— había ocurrido a fines de 1958. Y ahora, casi un año después, al llegar aquella fría mañana de diciembre a sus oficinas en la sede de la CIA, lo que al coronel King interesaba era la evolución de los acontecimientos durante los once meses transcurridos desde que Fidel Castro tomó el poder en la vecina isla.

King se había propuesto hacer un análisis de ese proceso, diagnosticar su naturaleza y sugerir las medidas que a su juicio el gobierno norteamericano debía adoptar para hacerle frente a la cada vez más aguda crisis que había surgido entre Cuba y los Estados Unidos a raíz del establecimiento en la primera de un régimen que no sólo se autoproclamaba revolucionario sino que, evidentemente, rompiendo con todas las tradiciones latinoamericanas en esos casos, actuaba como tal.

King sentía una aversión instintiva, casi visceral, contra Castro y su gobierno revolucionario. Pero no dejaba de comprender que su informe, aun cuando reflejando los intereses de los Estados Unidos, debía basarse en realidades e interpretaciones lo más objetivas posible. De tal examen era necesario que partieran sus conclusiones. ¿En qué consistirían éstas? Por el momento no lo sabía. «Debo estudiar toda la información disponible sin prejuicios», se decía, «y sólo entonces hacer mis recomendaciones, que ojalá resulten tan impactantes como para impresionar a los jefes». Y se regodeaba un poco de antemano pensando precisamente en eso, en la posibilidad de rematar su informe proponiendo una política hacia Castro que estremeciera a sus superiores.

King fue entonces tomando uno a uno los *files* que sobre los acontecimientos ocurridos en Cuba durante los últimos meses tenía sobre el buró. Estaban debidamente organizados por temas y casi todos los informes que contenían llevaban la advertencia de su carácter clasificado. King los leía con atención, pero rápidamente, deteniéndose sólo de cuando en cuando en alguno al que parecía acreditarle mayor interés. Luego, con un gesto de asentimiento, lo hacía a un lado y pasaba a otro. En realidad, los conocía muy bien, y nada más se proponía echarles un vistazo para esclarecer las ideas repasando los hechos que debían respaldar su documento.

Mientras leía, reflexionaba.

Había sido un año conmocional para la Isla. Tal y como temiera, el desplome de la dictadura de Batista abrió espacio para la instauración de un gobierno revolucionario en el que, si bien podía singularizarse la presencia de elementos moderados, el liderazgo indiscutible lo ejercía Fidel Castro, alrededor del cual se movía un grupo de fieles seguidores con tendencias presumiblemente tan radicales como las suyas. Algunos de ellos —como su hermano Raúl— tenían antecedentes de vínculos con los comunistas, en tanto que otros —como el Che Guevara— eran probablemente comunistas. El mismo Castro, ¿no sería comunista?

King recordaba la conversación que meses atrás, a mediados de año, había sostenido con Jerry Droller, un oficial de la propia CIA de origen centroeuropeo al que muchos — inexplicablemente, pues apenas conocía el idioma español y ni siquiera se desenvolvía bien en inglés— consideraban el mejor experto de la Agencia en movimientos comunistas en el área latinoamericana. Droller —que luego comenzó a usar el alias de «Frank Bender»— había logrado entrevistarse con Fidel Castro en mayo.

—¿A qué conclusión llegaste luego de hablar con Castro? —le preguntó King.

—Es un hombre coherente y sólo a veces contradictorio, pero de sinceridad apasionada.

—Pero, ¿es o no es comunista?

—¿Comunista? No, no es comunista. Definitivamente, no.

—¿Tu crees?

—Incluso pienso que puede convertirse en un gran luchador contra el comunismo.

— ¡Coño! ¿Estás seguro?

—Lo estoy.

Pero King no pudo evitar un gesto de escepticismo ante esta versión. Y, cuando leyó un resumen de la ley de reforma agraria que acababa de aprobarse en Cuba por iniciativa del propio Castro, sus dudas se disiparon. La ley, con su límite de unas 400 hectáreas como extensión máxima que podía tener un propietario de fincas, afectaba evidentemente a un grupo de grandes terratenientes cubanos, pero también a las poderosas compañías azucareras norteamericanas que operaban en Cuba. King trató de averiguar enseguida a cuánto ascendía la afectación de estas últimas y le dijeron que aún no se disponía de una cifra exacta pero que la “United Fruit Co.”, ya había enviado una protesta al Departamento de Estado asegurando que, según aquella ley, sólo les quedarían unas 800 hectáreas... ¡de un total de cerca de 115 mil que poseía en sus dos centrales azucareros en el norte oriental de Cuba! Aunque King no tenía absolutamente que ver con la “United Fruit Co.” reaccionó con la misma asombrada iracundia con que seguramente lo habían hecho los directores de esta empresa. En King, aquel instinto burgués que se le había revelado durante su aventura empresarial en Brasil, a veces tendía a sobreponerse a la más seca insensibilidad de su rigurosa formación militar y de su entrenamiento como oficial de inteligencia y, para él, la propiedad privada era algo tan sagrado como intocable. Trató, sin embargo, de conservar su sangre fría y pronto llegó a la conclusión de que la reforma agraria cubana, afectando intereses norteamericanos —como los presumiblemente poderosos de aquella famosa frutera— podía convertirse en el detonador de una verdadera bomba de tiempo política. Decidió entonces informarse mejor sobre el asunto.

King, a través de un amigo suyo, logró concertar una entrevista con cierto abogado de un conocido bufete neoyorkino muy vinculado a las corporaciones azucareras norteamericanas que operaban en Cuba. Aunque al abogado no se le ocultó que King era un oficial de la CIA —sólo se eludió precisar su rango— puso como condición que el encuentro tuviera un carácter informal y en un lugar público pero discreto como para permitir una conversación de cierta intimidad. También pidió que su nombre se mencionara lo menos posible —y nunca en un documento interno de la CIA. Todo esto fue aceptado y se acordó que la entrevista se realizara en un buen pero poco concurrido restaurante. Era un fresco mediodía de finales de septiembre y, cuando llegó el abogado al lugar, ya King y su amigo intermediario le esperaban sentados ante una mesa más bien apartada del resto del salón. Luego de las presentaciones, el miago común, con el pretexto de que tenía una gestión urgente que hacer, pidió excusas y se marchó dejándolos solos. King observó al abogado y respiró satisfecho. Era un hombre de mediana estatura que aparentaba alrededor de cincuenta años, más bien grueso, algo calvo y con espejuelos de miope. Se movía con soltura y elegancia, muy seguro de su aire profesional.

Cuando el camarero se acercó presentándoles la carta, King —en consulta con su invitado— pidió un almuerzo más bien ligero («Estoy en plan de adelgazar», dijo el abogado) y luego, tras una breve indagación, pidió un vino rojo insistiendo en cierta marca. Mientras esperaban que les sirvieran. King introdujo el tema de Cuba, y tras algunos comentarios convencionales, planteó sin muchos circunloquios aquello que más le interesaba.

—Sí —dijo el abogado refiriéndose a una de sus preguntas—. Sabemos más o menos exactamente la extensión de las tierras de propiedad de empresas norteamericanas que resultan afectadas por la reforma agraria de Castro...

Se trata sobre todo de las que operan alrededor de 40 centrales azucareros que en su conjunto poseen cerca de millón y medio de hectáreas... casi 4 millones de acres... Pero el avalúo de esas tierras es más difícil, pues una cosa dicen los libros a los efectos del pago de impuestos y otra la realidad del mercado... Castro pretende pagar de acuerdo con lo declarado a los fines de los impuestos, que son cifras muy subestimadas... y, además, no quiere hacerlo en efectivo sino en bonos pagaderos a veinte años... Usted comprenderá que eso es inaceptable.

—¿Usted dijo millón y medio de hectáreas? — inquirió King impresionado.

—Más o menos. Pero no se le ocurra pensar que a esos treinta y pico o cuarenta centrales se corresponden otros tantos dueños norteamericanos... No, las cosas no son tan sencillas.

—No entiendo.

Los centrales son propiedad de compañías, cada una de las cuales tiene varios centrales. Pero, a su vez, hay grupos financieros que controlan varias compañías con el correspondiente racimo de centrales de cada una. Y son precisamente los intereses muy concentrados y poderosos de esos grupos financieros los que han sentido el golpe de la reforma agraria en Cuba.

—¿Y qué grupos financieros son esos que usted menciona?

—¡Oh, varios! Rockefeller, Sullivan & Cronwell, Schroeder... esos están muy vinculados entre sí... También el National City Bank... La Casa Morgan, aunque mucho menos que dos o tres décadas atrás... Amigo mío: la crema de Wall Street.¹⁰

—Bueno —dijo King—, usted debe tener razón. Yo una vez fui propietario de una empresa en Brasil que luego vendí a una gran corporación en la que trabajé después varios años¹¹ y pude darme cuenta de que la gente con la cual negociaba respondía a intereses que nunca pude identificar... Unos tipos aquí en Nueva Cork lo decidían todo.

—Claro. Estos tipos, aunque algunos son famosos por pertenecer a familias de cuantiosa fortuna, no actúan visiblemente. Sin embargo, tienen el poderío que dan el dinero y la influencia política. Por ejemplo, en el petróleo, unos pocos de esos grupos financieros tienen el control y muchas decisiones que se toman en el Capitolio o la Casa Blanca parten de ellos... El presidente Roosevelt solía decir: «Usted puede gobernar los Estados Unidos con los petroleros o sin los petroleros, pero jamás contra los petroleros».

—Castro se está buscando problemas con gente todopoderosa aquí.

—Y probablemente ni lo sabe.

King reflexionó un momento y de pronto dijo:

—¿Y la “United Fruit Co.” De esa yo sí tengo el dato de que posee en Cuba dos centrales azucareros y unas 115 mil hectáreas.

—¡Bah! Todo el mundo habla de la “United Fruit Co.” Como si fuera la más omnipotente empresa norteamericana que opera en otros países. La realidad es otra. Aunque últimamente los Rockefeller la fortalecieron un poco al comprarle un paquete de acciones, “United Fruit” pertenece a un grupo financiero secundario de Boston que, si no son precisamente unos pobres diablo, en todo caso carecen de importancia... A marrulleros, eso sí, no hay quién les gane.

—Sin embargo, en Guatemala, en 1954...

—¡Y que lo diga usted! Fue su Agencia la que...

—No... yo... entiéndame, por favor...

—No se preocupe temiendo haber cometido algún desliz...

La “United Fruit Co.”, en efecto, quita y pone gobiernos en esas republiquetas bananeras de Centroamérica con la misma facilidad con que usted o yo nos quitamos o ponemos una corbata... Pero esa es otra cosa... Yo aludía a grupos financieros, verdaderamente poderosos y con influencia, que tienen inversiones en Cuba... Por otro lado, no es un secreto que la CIA fue la que organizó en Guatemala el derrocamiento de... ¿cómo se llamaba? ... ¡ Ah, Arbenz!... Y por cierto que las malas lenguas dijeron que ello fue así por los vínculos existentes entre Allen Dulles y la “United Fruit”. .. Perdóneme que le mencione esto, pero es lo que se ha comentado siempre.

King tosió discretamente y aprovechó que los camareros comenzaban a servir los platos pedidos para cambiar el rumbo de la conversación. Al comenzar ésta, el coronel había indicado que adelantaran el servicio del vino que solicitó. Entre ambos comensales ya habían dado cuenta, a estas alturas de la charla, de una primera botella. Y ahora el camarero comenzaba de nuevo a llenar las copas con el de una segunda.

—Usted me asombra con sus conocimientos —dijo King algo risueño—, pero yo lo voy a sorprender ahora con otra información.

—Dígame.

—¿A que no sabe de dónde procede este vino rojo?

—No. La verdad es que no presté atención cuando usted hizo el pedido.

—Es de California.

—¡No me diga!

—De California, sí señor. Se está impulsando ese negocio allá y el que bebemos ahora es de la cosecha del año antepasado, que fue muy buena en calidad.

—Hubiera jurado que es un vino francés.

—No, californiano. Pero este es algo escogido... otros no se los recomendaría.

Apuraron un par de tragos y entonces preguntó King:

—Oígame, ¿de verdad usted piensa que el señor Dulles, a quien dicho sea de paso, tengo por persona honorable, puso en acción la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos sólo por supuestos intereses personales en la “United Fruit Co.”?

—Yo no estoy en condiciones de afirmar o negar eso —dijo el abogado luego de reflexionar un poco. Los Dulles, Allen y el recién finado John Foster, han sido siempre personalidades muy respetadas en este país y en todo caso sus intereses en la “United Fruit Co.” carecen de importancia... En realidad, a quien los Dulles han estado vinculados durante muchos, pero muchos años, es al bufete “Sullivan & Cronwell, de aquí de Nueva York.

—Pero eso es sabido.

—Desde luego. Pero ¡atención!, “Sullivan & Cronwell” sí es una firma poderosa, que desde principios de siglo tiene o representa intereses norteamericanos en Cuba, y por cierto que no sólo azucareros: también ganaderos como el “King Ranch”, industriales como la “Coca Cola” y hasta comerciales como “Sears Roebuck” y “Woolworth”.¹²

King estaba tan asombrado del nivel de información de su interlocutor que lamentaba —dadas las reglas impuestas para la entrevista con este último— no poder tomar notas de todo aquello que estaba escuchando. “Ojalá no olvide nada”, pensó, “pero en cuanto termine esta conversación voy a escribir todo lo que recuerde”.

Dijo entonces con sincera admiración, pero también para estimular las confianzas de su interlocutor mediante el halago:

—¡Bien dijo mi amigo que, sobre estos temas, sus conocimientos son impresionantes!

—¡Bah! Llevo muchos años de ejercicio profesional como asesor legal independiente de esos complejos financieros. Sobre “Sullivan & Cronwell” conozco bastante no sólo por haber trabajado para ellos, sino porque mi padre, ya jubilado, era uno de sus altos funcionarios. El sí conoce bien esta firma. Recuerdo que hace unos años, creo que fue en 1952, cuando leyó en el periódico que en Cuba el general Batista acababa de dar un golpe de Estado, exclamó: “¡Ah, por fin lo hicieron!”. Yo, sorprendido, le pregunté: “¿Hicieron qué?”. Y me respondió: “Tumbar el gobierno que había en Cuba... Ese Batista no es más que un instrumento... Sullivan & Cronwell en primer lugar, pero también los Schroeder, los Rockefeller, los Rionda... Esos son los verdaderos autores del golpe de Estado que se acaba de dar en aquel país”.

El abogado se detuvo, sorbió un nuevo trago de vino y añadió en tono indiferente:

—Pero, bueno, ya eso es historia que probablemente a usted no le interesa.

— ¡Me interesa mucho! —dijo vivamente King—. Por favor, prosiga.

Y el abogado le contó una interesante historia que, poco después, en su oficina, King resumía, proponiéndose indagar más sobre ella¹³.

Pero, ahora, el almuerzo llegaba a su fin.

King escanciaba un coñac, pero el abogado se limitó a pedir un café fuerte (“Ese vino me ha tornado un poco somnoliento”) y, mientras lo tomaba, dijo:

—Bueno, antes de despedirnos, quisiera yo a mi vez hacerle una pregunta. ¿Usted cree que Castro es comunista?

—Esa es la pregunta que todo el mundo se hace. Unos dicen que sí y otros que no. Los más están en dudas.

—Pero, usted personalmente, ¿qué opina?

King calló un momento. Sintió que el vinito californiano había comenzado a hacerle efecto, pero decidió controlarse y responder cautelosamente.

—Yo —dijo—, pienso lo mismo que un año o dos atrás: si Castro no es comunista, con certeza es un radical de izquierda, que para mí, es algo peor.

Se despidieron poco después, algo eufóricos, con el sentimiento de haberse convertido en grandes amigos.

V

Cuando King leyó sus notas sobre las confidencias que le hizo el abogado, apenas pudo reprimir un gesto de desagrado. El, como otra mucha gente, estaba perfectamente enterado del papel desempeñado por la CIA en el derrocamiento del gobierno de Mosadegh en Irán (1953) y el de Arbenz en Guatemala (1954), pero no tenía la menor idea de la participación de la Agencia en el golpe de Estado contra Prío en Cuba, que incluso había ocurrido antes. Naturalmente, en aquel entonces no ocupaba como ahora la jefatura de la División del Hemisferio Occidental y probablemente la puesta en el poder de Batista en 1952 se había llevado a cabo a través de negociaciones de alto nivel y sin dejar huellas en ningún documento probatorio. En cambio, la conocida amistad entre Allen Dulles y Batista tenía ahora un origen perfectamente explicable. Un día, cuatro o cinco años atrás, recordó, el Director de la CIA sacó una botella de ron cubano de una gaveta de su buró y distribuyó un trago entre los presentes celebrando su regreso de un largo viaje por el extranjero, mientras decía risueño: “Es el mejor ron de Cuba... como que es un regalo del presidente Batista

quien, entre sus tareas, se ha echado encima la de mantenerme siempre bien abastecido de esta bebida... ¡ese es un amigo!”.

King razonó enseguida que, si bien probablemente no existían antecedentes documentales del papel de la CIA en el golpe de Estado que protagonizó Batista el 10 de marzo de 1952, en cambio debía haberlos —y tal vez accesibles— de las relaciones posteriores entre la Agencia y el dictador.

Indagando en los archivos, entonces, encontró lo que buscaba.

En primer lugar, una carta de Allen Dulles al embajador norteamericano en Cuba, Arthur Gardner, fechada el 25 de abril de 1955. En ella Dulles aludía a la reciente visita que había hecho a La Habana y durante la cual se entrevistó con Batista. La carta tenía un carácter semioficial y semipersonal, pues evidentemente el director de la CIA y el embajador eran tan amigos que el trato era de tu e incluso Dulles enviaba “cariñosos saludos para Susie” — la esposa de Gardner. Dulles también le decía a Gardner que le agradeciera a Batista, en su nombre, un regalo que le había hecho y que se sentía “abrumado por tal generosidad”.

Finalmente le adjuntaba un documento (“La Organización de los Cuadros del Partido Tudeh”) que había prometido enviarle a Batista (?). King a esta epístola no le concedió importancia, aunque notó el curioso trío amistoso que revelaba: Dulles-Gardner- Batista — estos dos últimos tan íntimos que solían jugar juntos a la canasta.

King leyó también una segunda carta, esta vez una enviada por Allen Dulles a Batista el 15 de julio de 1955.

El texto era el siguiente:

AGENCIA CENTRAL DE INTELIGENCIA
WASHINGTON D.C.
OFICINA DEL DIRECTOR

15 de julio de 1955

Su excelencia Gral. Fulgencio Batista Zaldívar
Presidente de la República de Cuba
Habana, Cuba

Estimado señor Presidente:

Recuerdo con gran placer nuestra reunión celebrada durante mi viaje a La Habana el pasado abril. Para mí fue un gran honor el haber tenido la experiencia de tan placentera e interesante visita a Ud.

La creación por el Gobierno cubano del “Buró de Represión de Actividades Comunistas” (BRAC) es un gran paso adelante en la causa de la Libertad. Me siento honrado que su gobierno haya acordado el permitir a esta Agencia asistirlos en el adiestramiento de algunos de los oficiales de esta importante organización.

Como Ud. podrá recordar, en nuestras conversaciones del pasado abril, yo establecí que esta Agencia se sentiría honrada en ayudar en el adiestramiento del personal que Ud. enviaría como lo deseara. Tengo entendido que el General Martín Díaz Tamayo dirigirá las actividades del BRAC y será responsable de su organización. En este caso me gustaría

sugerir que pudiera ser conveniente al General Díaz Tamayo venir a Washington en un futuro cercano, de tal manera, que nosotros pudiéramos discutir con él algunas de las técnicas usadas para combatir las actividades del Comunismo Internacional. Estoy seguro que sería útil intercambiar opiniones con el General Díaz Tamayo, como un adelanto al grupo de sus subordinados, que vendrán aquí para entrenarse. El material que ofreceremos al General puede ser una considerable ayuda en su tarea de organizar el BRAC, y para indicarle el tipo de oficial que él debe preferir al seleccionarlos para el entrenamiento. En vista del interés que el Ministro de Estado, Dr. Carlos Saladrigas, expresó por este asunto, me estoy tomando la libertad de escribirle hoy, resaltándole las ideas contenidas en esta carta. Yo le sugeriré, si le es aceptable a Ud. y a su gobierno, que extienda una invitación en mi nombre al General Díaz Tamayo para venir a Washington por aproximadamente dos semanas, preferiblemente comenzando el 1ro. de agosto. Confío que esto será con su aprobación.

Permítame decirle de nuevo, señor Presidente, qué gran honor y placer ha sido el reunirme y conversar con Ud., y confío estaremos en una posición para ayudarle a Ud. y a su país en nuestro mutuo esfuerzo contra los enemigos de la Libertad.

Acepte, por favor, señor Presidente, la declaración renovada de mi más alta y distinguida consideración. Sinceramente.

Allen Dulles

Director

En esa misiva se aludía a la aceptación por Batista del asesoramiento de la CIA para la creación de un Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC).

Y, sobre ese particular, King encontró otra comunicación de Dulles a Batista fechada el 12 de junio de 1956 y en la cual el director de la CIA le anunciaba a Batista la visita del Inspector General de la Agencia “para que continúe las conversaciones sobre problemas de mutuo interés”.

El Inspector General de la CIA era entonces Lyman Kirkpatrick y King recordaba una conversación que tuvo con éste en el otoño de 1958.

El general Kirkpatrick le pareció un hombre interesante. Víctima de un fulminante ataque de poliomielitis años atrás, inválido y siempre sobre una silla de ruedas, mantenía sin embargo un ritmo intenso de trabajo. Tenía sus admiradores y sus detractores —tal vez estos últimos confundidos por la falsa dualidad que aparentaba su comportamiento. A Kirkpatrick no le dolían prendas a la hora de actuar, aprobando la labor de la Agencia tanto en el terreno del espionaje como el de las acciones subversivas —aunque exigiendo siempre un cumplimiento estricto de la disciplina organizativa de la institución en cuanto a métodos de trabajo. Al propio tiempo, rechazaba tajantemente las medidas represivas innecesarias —sobre todo el abuso, la crueldad y el asesinato.

La charla entre King y Kirkpatrick en aquella ocasión había recaído sobre Cuba.

—Sí —dijo el general—, yo estuve allá en 1956 y hablé con Batista. Tenía una carta de presentación de Allen y en la entrevista le diseñé a Batista la estructura organizativa que debía tener el BRAC que él se había comprometido a establecer.

—¿Con quién se comprometió?

—Con Allen Dulles. Pero la idea no era de Allen sino de su hermano John Foster, el Secretario de Estado. John Foster Dulles le dijo a Allen que, con Batista en el poder, había la oportunidad de crear en Cuba un organismo capaz de acabar con el comunismo en ese país o, por lo menos, de mantenerlo a raya.

—¿Y que pasó con el BRAC?

—Batista aprobó mi plan y se organizó conforme los lineamientos que yo tracé. Incluso trajimos oficiales de Cuba para entrenarlos y les enviamos asesores allá. Al principio todo pareció marchar perfectamente.

—¿Y luego?

—Luego se jodió todo. Nuestra idea con el BRAC era la de una institución para reprimir, exclusivamente, a los comunistas. Pero ¿qué han hecho Batista y su gente? Lo utilizan para reprimir a los comunistas... ¡ya todos los opositores a su dictadura!

—Pero él tiene la policía, el SIM,¹⁴ el BI...¹⁵

—Exacto. Pero, no obstante ello, también pone al BRAC a trabajar contra sus enemigos políticos, sean o no comunistas. Y esto no es lo peor.

—¿Ah, no?

—No. El BRAC se ha desprestigiado al verse envuelto en la marea de torturas y crímenes que cometen esas bestias salvajes que Batista tiene en los cuerpos represivos... Y no podemos hacer nada... Yo me he entrevistado con altos oficiales cubanos y hasta he enviado cartas protestando por esos hechos... Pero ¡nada!... La gente más sensata con la que he hablado comprende mis argumentos, pero se quedan callados y como impotentes ante la situación... Y otros aprueban todas esas barbaridades.

—¿Qué piensa usted de la situación actual de Cuba?

—Que a Batista lo tumban antes de que termine este año 1958.

VI

King hizo a un lado el material conteniendo su entrevista con el abogado y aquellos antecedentes de las relaciones de la CIA con Batista. La entrevista, en la parte que se refería a los intereses norteamericanos afectados por la reforma agraria en Cuba, sí le parecieron relevantes a los efectos del importante —y hasta conmovedor— informe que se proponía redactar. Pero a los datos sobre los vínculos entre la Agencia y Batista —después de todo sólo reveladores de normales actividades encubiertas de la primera— no les dio mucha importancia. En cambio, se dedicó a rebuscar un poco tratando de localizar otro documento que ahora podía resultarle de suma utilidad: el que había preparado él mismo, para su archivo, detallando minuciosamente las conversaciones que había sostenido sólo unas semanas atrás con el mayor Robert Van Horne.

Van Horne era el jefe de la estación de la CIA en La Habana y se hallaba tan abrumado de trabajo que la entrevista —que había partido de una presionante iniciativa del propio King— fue necesario concertarla para su celebración en Miami y de tal manera que aquel no estuviera ausente de la capital cubana más de 24 horas.

King llegó al aeropuerto de la ciudad floridana, por pura coincidencia, en el mismo momento en que arribaba Van Horne. Ambos se vieron, pero simulaban no reconocerse. Luego, un individuo se acercó a King e intercambiaron breves palabras. King asintió con un gesto a lo que le decían y, como sólo tenía un equipaje de mano, salieron inmediatamente al

exterior de la terminal donde un auto les esperaba. El coronel, confiado, se dejó llevar sin preguntar siquiera hacia dónde se dirigían, aunque pidió —para hacer tiempo— que le dieran una vuelta por la ciudad. El hombre que lo había recibido dio entonces una orden al chofer y el vehículo ingresaba poco después en el Biscayne Boulevard que corría paralelo al litoral. King había pasado varias veces por Miami, pero usualmente para una breve escala en camino hacia La Habana u otra capital en el Caribe. La famosa “Ciudad Mágica” —así llamada por lo impetuoso de su desarrollo luego de fundada a finales del pasado siglo, pero sobre todo a partir de los años de la década del veinte— le resultaba atractiva. Debía contar con alrededor de 250 mil habitantes —el doble, si se incluían las casi suburbanas Hialeah, Coral Gables y Miami Beach— y, aparte el tradicional sector turístico tenía ya una vida económica propia impulsada por las áreas fruticultoras de los alrededores y las empresas manufactureras que habían surgido como hongos por doquier.

El dinámico crecimiento de la ciudad lo apreciaba ahora King al pasar por aquel boulevard en el que las verdes palmeras de la orilla costera aparecían empequeñecidas por los altísimos rascacielos que se levantaban frente a la bahía. El auto llegó pronto a la intersección del Biscayne Boulevard y Flager Street —centro de las cuatro zonas geográficas en que se dividía la ciudad. Flager Street, con su multitud de comercios, intenso tráfico de vehículos y muchedumbre de peatones, parecía tener ahora más vivacidad que en otros tiempos. Llamaban la atención algunas pequeñas tiendas, restaurantes y cafeterías con sus nombres en español y el número de personas con aspecto latino, ademanes enfáticos y hablar estridente, que andaban por allí. “Son cubanos”, pensó King, “parte de los diez o doce mil que han venido a parar aquí este año. La mayoría, quizá, espera retornar a Cuba cuando caiga el gobierno de Castro. Pero muchos han venido para quedarse. Me pregunto cómo se las arreglarán para sobrevivir o prosperar en una sociedad como la nuestra”.

Luego del giro a la derecha que el automóvil hizo para incorporarse a Flager Street, al cabo de unos minutos de recorrido por ésta dio un nuevo viraje, esta vez hacia el sur, por una avenida que los conducía a Coral Gables donde, luego de adentrarse por cierta calle, se detuvo ante una no muy suntuosa pero de buen ver residencia. “Ya de este lugar me habían hablado”, pensó King, recordando que la Agencia tenía arrendadas por aquella barriada varias casas para alojar al número cada vez mayor de oficiales que venían a trabajar a Miami en lo de Cuba. Ya adentro, una mujer de mediana edad, aspecto severo —casi marcial— y pocas palabras, aunque cortés y respetuosa, condujo al coronel a la habitación que le estaba reservada. Este lo encontró todo muy bien y, luego de un breve aseo, dejando su maletín sobre un sillón, salió al pasillo. Iba a preguntar si Van Horne había llegado, cuando lo divisó en una pequeña saleta disfrutando plácidamente un whisky. Esta vez sí se saludaron con alguna efusión y, como ya eran pasadas las seis de la tarde, llegaron —ahora King acompañando al mayor con un trago— a un triple acuerdo: cenar juntos, durante la cena no hablar de política y, tras un buen descanso, reunirse a la mañana siguiente para desayunar y luego sostener la entrevista. King tranquilizó a Van Horne diciéndole que tendrían tiempo suficiente de hablar como para que este último tomara el último vuelo de la “Pan American” que lo devolvería por la noche a La Habana.

La entrevista tuvo lugar en el hermoso y bien cuidado patio de la residencia, un poco más allá de la piscina —vacía de agua pero reluciente luego de una recién dada mano de pintura azul— y bajo un emparado donde había varias mesitas y sillones de madera de aspecto playero. No había nadie por los alrededores. Y la mañana estaba fresca, con el cielo ora

cubierto por grises nubarrones u ora limpio en ratos de esplendoroso sol —anunciando así el frente frío que se acercaba a la Florida, según parte del Weather Bureau de la noche anterior. Ambos, King y Van Horne, vestían informalmente de civil. King con un sweater ligero y Van Horne con una chaqueta deportiva.

—Yo he leído los informes que ustedes envían desde La Habana y los encuentros excelentes: me mantienen al día sobre lo que acontece en Cuba comenzó diciendo King.

—Muchas gracias —dijo Van Horne halagado.

—Ahora, yo quisiera saber sus impresiones más personales.

—No es fácil describir aquello, coronel. La situación no es caótica ni mucho menos, pero a mí me parece que hay mucha improvisación, demasiados cambios y hasta un poco de desorden, turbulencia política y social o algo así.

—Sí. Eso se deduce de los informes.

—Pero hay que estar allá y vivir aquella atmósfera. Todavía hay gente conservadora y sensata, dirigentes razonables y prensa de oposición, pero no se hacen sentir mucho. De lo que se habla es de las medidas revolucionarias y de lo último que dijo Fidel en alguna de sus frecuentes intervenciones por televisión o en esas concentraciones donde habla ante cientos de miles de gentes aplaudiéndolo y vitoreándolo.

—¿Qué opina usted de Castro?... Jerry Droller... me dijo hace unos meses que estaba convencido de que Castro podía ser un gran luchador anticomunista.

—¿Jerry dijo eso?

—Sí.

—Bueno... es una opinión... Jerry, si mal no recuerdo, se entrevistó con Fidel allá por el mes de mayo... En aquellos días Fidel tuvo sus más y sus menos con los comunistas por un incidente en la provincia de Oriente. Nos llegó el rumor de que estaba cabrón con los comunistas, pero luego parece que todo se arregló... A mí lo que me preocupa son las opiniones de más alto nivel en nuestro gobierno y en la propia Agencia.

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo, las declaraciones del presidente¹⁶ a fines de octubre sobre Cuba... Un poco ambiguas y dando a entender un desconcierto sobre lo que está pasando... También hubo un testimonio del General Cabell¹⁷ en el Senado afirmando que Fidel no es comunista y añadiendo, vea usted que me lo sé de memoria, que “resulta discutible que los comunistas deseen reclutarlo para su partido y que, si lo desearan, podrían hacerlo y, si lo hicieran, podrían lograr que aceptara la disciplina del partido”. ¿Qué le parece?

—Me parece —dijo King— que el presidente se ve obligado a decir una cosa en la prensa y hacer otra en la práctica. Yo sé, por ejemplo, que está estudiando la posibilidad de suprimir la cuota azucarera de Cuba en este país... En cuanto a lo que dijo el General Cabell, con el debido respeto, sus palabras me parecen demasiado tajantes... Pero, bueno, vayamos al grano... Tal vez comenzando por lo económico... ¿Cómo tú ves las cosas?

—En lo económico lo más importante es que la reforma agraria ha comenzado a aplicarse de manera radical y rápida, interviniéndose las fincas y dejándole a los propietarios sólo las 30 caballerías o 400 hectáreas fijadas por la Ley de Reforma Agraria. Pero todo esto se lleva a cabo desordenadamente. Sin papeles ni abogados de por medio, sin mecanismos legales de apelación y arbitraje...

—¿Así como así? ¿Por los cojones de Castro?

—Más o menos. La semana pasada, precisamente, hablé con uno de los terratenientes afectados. Es o era un importante ganadero camagüeyano con varias fincas a nombre de la familia. Dijo que en total tenía 800 caballerías... unas 10 000 hectáreas... Me contó, cómo las expropiaron.

—¿Cómo fue eso?

—La historia, según él, fue así.

Llegaron por la mañana temprano a una de mis fincas donde casualmente estaba (vivo en La Habana) un oficial y varios soldados del Ejército Rebelde, muy bien armados, y cortés pero firmemente dijeron que iban a intervenirla para su expropiación conforme la Ley de Reforma Agraria.

El oficial traía consigo un plano de la finca que se había llevado quién sabe cómo del Registro de la Propiedad. Entonces dijo desplegando el plano ante mis ojos: ‘Escoja sus 30 caballerías’.¹⁸ Y yo, reconozco que un poco tembloroso por la impresión, tuve que seleccionar 30 caballerías. Traté de que fueran tierras de calidad. Pero ocurrió que uno de los soldados barbudos que venían con el oficial y era del lugar, llamó a éste y le dijo: ‘¿Tu eres comemierda? Ha escogido lo mejor de la finca, sembrado con yerba de guinea, con aguadas y todo lo demás’. Entonces el oficial comenzó a discutir conmigo hasta que por último transigí aceptando otra parte de la finca que no era la más mala pero tampoco la mejor. Ya se iban los visitantes, dejando aquello a cargo de un administrador, cuando se me ocurrió preguntar: ‘¿Y el ganado? yo no puedo meter las 4 000 y pico de reses que hay en esta finca en 30 caballerías’. El oficial me miró perplejo, se rascó la cabeza y exclamó: ‘¡Coño, yo creo que la Ley de Reforma Agraria no dice nada sobre el ganado!’ Finalmente, se llegó al acuerdo de que yo me quedaría con 30 caballerías y unas 400 cabezas de ganado, y el gobierno con el resto de las tierras y las reses, según dijeron para crear allí una cooperativa con los trabajadores.

—¡Carajo... es un método de la puñeta! —dijo King—. ¿Y la indemnización por todo eso que expropiaron?

—En su nerviosismo al ganadero ni se le ocurrió preguntar sobre eso.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Venir a los Estados Unidos. A la semana siguiente de aquella aplicación sumaria de la ley el hombre pidió visa en nuestra embajada para él y toda su familia. Fue cuando lo conocí y me contó lo que le pasó.

—¡Pero esa es la cosa más jodidamente increíble que yo he escuchado... Y eso que Fidel Castro es hijo de un terrateniente!

—Y abogado además.

— ¡Qué coño abogado!

—Y hay decenas y decenas de casos como ese.

—Bueno, sígueme hablando... estábamos en la economía.

—Se han expropiado muchas empresas con el argumento de que pertenecen a personajes que hicieron su capital robándole al tesoro público en la época de la dictadura... Las empresas que no cumplen las medidas revolucionarias o paran la producción son intervenidas por el gobierno... Se rebajaron las tarifas eléctricas y telefónicas que aplicaban esas com-

pañías, que son norteamericanas... Se estrechan vínculos con los rusos, que ya han comprado medio millón de toneladas de azúcar...

—De todo eso, para mí lo más jodido son las agresiones contra la propiedad privada y la libre empresa... A ese ritmo todo van a nacionalizarlo, a estatizarlo, a... ¡qué se yo! No lo podemos permitir.

—Pero todo eso es precisamente lo que excita a la gente, que ve en Fidel un héroe reivindicador, valeroso, patriótico...

—Así es. Pero, háblame ahora de la situación política.

—Usted la conoce o, por lo menos, está descrita en nuestros últimos informes... Los elementos en el gobierno que nosotros podríamos considerar confiables, están causando baja uno tras otro... El mismo presidente Urrutia, como también sabe, renunció el pasado julio y se acogió al derecho de asilo en una embajada... Entre julio y septiembre hubo cambios en el gabinete; todavía quedaron algunos elementos moderados e incluso anticomunistas, pero nadie sabe por cuánto tiempo... El Ché Guevara ocupa ahora nada menos que la presidencia del Banco Nacional. Y otros comunistas, porque ese Ché Guevara parece que por lo menos es un marxista, están ocupando posiciones... Forman un partido pequeño pero bien organizado y con mucha experiencia.

—Pero Castro... Fidel como lo llama todo el mundo... mantiene cierta distancia respecto a ellos.

—Sin duda. Pero hay algo nuevo en todo esto y que allá observamos: Fidel ya no hace ninguna alusión que pueda herir a los comunistas y a veces da la impresión de que le ha declarado la guerra al anticomunismo... Es algo un poco sutil aún...

La conversación —avivada por algunos tragos de café duró todavía cerca de tres horas. King tenía ante sí su habitual bloque de papel de hojas amarillas, que consultaba a veces para hacer una pregunta o utilizaba para anotar algo que le parecía de particular interés. Al cabo, Van Horne pidió permiso para ir a almorzar con ciertas personas que no identificó y, conforme con ello King, quedaron en volver a hablar alrededor de las tres de la tarde, pues Van Horne debía tomar el avión de regreso a La Habana en el último vuelo de esa misma noche.

Esta segunda entrevista le pareció a King más sustanciosa que la de por la mañana debido a la importancia de los temas abordados y su tratamiento a fondo, directo y concreto —con un resultado rico en elementos que llevaban como de la mano a las recomendaciones que intentaba elevar al máximo nivel en la Agencia. En realidad, el coronel había preparado muy cuidadosamente —durante el mediodía— un; suerte de cuestionario al que el mayor hizo frente con un casi heroico esfuerzo de rigor analítico. De modo que, al repasar después en Washington las notas que había tomado de esta charla, King se sintió profundamente satisfecho tanto por lo certero de las preguntas que había hecho como por la objetividad de las respuestas que recibió.

“¿Hay posibilidades de que se organice un golpe de Estado capaz de derrocar el régimen de Castro?”, había preguntado. Pero Van Horne movió negativamente la cabeza. No, dijo. Tal perspectiva sólo era posible contando con apoyo militar. Pero el viejo ejército, la policía, los órganos represivos fueron disueltos cuando cayó Batista e incluso numerosos de sus miembros que habían cometido toda clase de crímenes, si no pudieron huir de Cuba, fueron fusilados... El nuevo aparato militar lo constituía el Ejército Rebelde creado por el propio

Castro y los otros cuerpos como la policía habían sido reorganizados hasta el último hombre... No, ninguna posibilidad de golpe de Estado.

“¿Podía contarse con una oposición política capaz de poner en crisis el gobierno?”.

Tampoco. El Congreso había sido disuelto y el gobierno revolucionario monopolizaba los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial... “¿Y los partidos políticos?”. Excepto el comunista, todos los que había se desmoronaron al acabarse el batistato... “¿Y la élite social antes dominante como dueños de ingenios, grandes ganaderos, miembros del alto comercio y clase media profesional acomodada?”. Ni contar con ella: carece por completo de influencia en la nueva situación y de hecho sus filas merman día por día debido a una emigración ya casi masiva hacia los Estados Unidos. .. “¿Resumen?”. Lo que queda en Cuba como oposición política no es poco desde luego, pero es una oposición desorganizada, desprestigiada y marginada del poder...

“¿Y no hay posibilidades, precisamente, de una lucha por el poder entre los dirigentes actuales que culmine en una expulsión de Castro del gobierno?”. Ni hablar de eso. Los principales líderes como Raúl Castro, el Ché Guevara y otros, tienen prestigio, pero no pueden compararse con Fidel en ascendiente sobre las masas, ni lo pretenden: están con Fidel hasta la muerte... Fidel tiene el pueblo tras él... Fascina a las gentes con su figura, su historia, su elocuencia... Posee un como magnetismo personal que arrastra consigo a todo el mundo... Y es como el centro de un huracán en torno al cual giran los acontecimientos... Con Fidel, la Revolución es todo. Sin Fidel, es nada.

A King, estas últimas palabras lo impresionaron mucho.

VII

King, finalmente, hizo a un lado todos aquellos documentos que había estado revisando y se frotó las manos satisfecho. Su simple lectura no había añadido nada nuevo a lo que ya sabía sobre el caso de Cuba pero, en cambio, a virtud de algún mecanismo subliminal actuando a nivel de su cerebro, le había servido para dar coherencia a toda aquella serie de ideas que como pajarillos en caótico revoloteo le asaltaban siempre en sus largas reflexiones alrededor de Castro, su revolución y la manera que ésta afectaba a los Estados Unidos. Ahora le parecía ver todo claro y estar en condiciones de elaborar el importante informe cuya redacción le obsesionaba. Tomando, pues, un bloque de papel amarillo y la estilográfica, comenzó a escribir. “En media hora”, se dijo, “lo termino”. Pero este fue un mal cálculo. El documento tenía que ser breve y cada sentencia —de hecho, cada frase y hasta cada palabra— debía estar redactada con extremo cuidado. Y eso llevaba tiempo. Fue sólo sobre horas del mediodía que lo tuvo listo para mecanografiar.

—¿Cuántas copias? —preguntó la secretaria cuando vio el manuscrito.

—Un original para el señor Dulles y una copia para nuestro archivo... Ni una sola más...

¡Ah, recuerde, “top secret”!

Pero antes de entregar el manuscrito a la secretaria, King volvió a echarle un vistazo.

Encontró bien el término que había utilizado para calificar el gobierno de Cuba (“dictadura extremista de izquierda”) y el énfasis que puso al señalar que, “si” se permitía sostenerse a ese régimen, ello “estimularía acciones similares contra propiedades norteamericanas en América Latina”. Pero, luego, concentró su atención en lo que consideraba el párrafo clave del documento y que decía así:

Cuidadosa consideración debe darse a la eliminación de Fidel Castro. Ninguno de aquellos que están cerca de Fidel, tales como su hermano Raúl o su compañero Ché Guevara, tiene tal hipnótica atracción sobre las masas. Mucha gente informada piensa que la desaparición de Fidel aceleraría grandemente la caída del presente gobierno.

—Tome usted —le dijo al cabo a la secretaria.

—Esto, ¿con fecha de hoy?

—Sí. Once de diciembre de 1959.

El coronel J. C. King acababa de sugerir un proyecto de magnicidio que dejaría la más indeleble huella en la historia de los Estados Unidos.

Capítulo 2

EL PRESIDENTE EISENHOWER ENTRA EN ESCENA

I

Cuando Allen Dulles leyó aquella fría mañana de diciembre de 1959 el memorandum que el día anterior le había enviado el coronel J. C. King, lanzó un suspiro y echándose hacia atrás en el sillón, con gesto dolorido levantó las piernas, colocó cuidadosamente los pies sobre el escritorio y encendió pausadamente su pipa. La informalidad del gesto estaba de acuerdo con la vestimenta: un traje deportivo de paño con chaqueta a cuadros y, por calzado, unas cómodas zapatillas caseras. Dulles padecía de gota y sacrificaba las solemnidades propias de su cargo —Director Central de Inteligencia de los Estados Unidos— a la necesidad de un alivio en las torturadas articulaciones de los pies.

Por el intercomunicador instruyó a su secretaria:

—Localiza a Dick Bissell y dile que se llegue hasta aquí.

Richard Bissell —un hombre altísimo y corpulento, pero de aire intelectual, subdirector de la Agencia a cargo de los Servicios Clandestinos compareció enseguida.

—¿Recibió usted copia del último memo de la División del Hemisferio Occidental? —preguntó Dulles luego de arrellanarse de nuevo en el sillón e intercambiar un breve saludo con el recién llegado.

—¿Un memo de King? No, señor.

—Aquí lo tiene: lea en voz alta las partes que subrayé y que son las relevantes.

Bissell tomó en sus manos el documento.

—Aquí está subrayado donde dice que “una dictadura de extrema izquierda existe ahora en Cuba” y que, “si se permite que se sostenga, alentará acciones similares contra las propiedades norteamericanas en otros países de América Latina”.

—Exacto. Pero eso lo sabemos. Lea más abajo las recomendaciones de King... No, no todas, sólo la cuarta recomendación.

—Dice: “Amplia consideración debe darse a la eliminación de Fidel Castro. Ninguno de los que están cerca de Fidel, tales como su hermano Raúl o su compañero Ché Guevara, tiene la misma hipnótica atracción para las masas. Mucha gente bien informada piensa que la desaparición de Fidel aceleraría grandemente la caída del presente gobierno”.

—¿Vio eso de la “hipnótica¹ atracción” de Castro? —comentó de pronto Dulles con expresión divertida en el rostro, mientras, chispeando picardía, le brillaban los ojos tras las gruesas gafas. Pienso que nuestro amigo King se está contagiando con la retórica latinoamericana.

—Sin embargo —observó Bissell— algunos dicen que Castro cuenta con cierto respaldo popular.

—Sí, eso dicen —dijo Dulles todavía con una huella risueña en la cara.

Era un hombre de curiosa y compleja personalidad. Sus antecedentes como abogado al servicio de poderosos grupos financieros, como diplomático a cargo de turbias negociaciones internacionales y, sobre todo, como jefe de redes de espionaje y organizador de acciones subversivas norteamericanas a escala mundial, habíanle creado una imagen de personaje de aspecto insociable, hosco y hasta siniestro. Pero esos rasgos exteriores a quien acompañaban bastante era a su hermano John Foster Dulles, el adusto secretario de Estado del gobierno de Eisenhower. Allen Dulles, en cambio, no obstante su larga carrera de dedicación a aquellas inconfesables tareas, tenía en realidad un carácter mundano, que no desdeñaba ni el contacto social ni el sentido del buen humor.

Días antes de su conversación con Bissell había inaugurado un curso de entrenamiento para la formación de oficiales de la CIA pronunciando un breve discurso.

En 1917 yo era un joven diplomático destacado en Berna, Suiza. Ocurrió que un día, sábado por la mañana, me correspondía hacer la guardia en la Embajada. Comencé a cumplir con aquella obligación, desde luego, pero ansiando llegara el mediodía, cuando tenía una cita para jugar tennis con una preciosa muchacha. Sólo faltaban diez minutos para terminar la guardia y marcharme cuando sonó el teléfono y una voz con fuerte acento extranjero me dijo que necesitaba hablar urgentemente con un funcionario de la Misión. ¿Se imaginan la lucha interna que se desató en mí? Por una parte mi deber de funcionario y, por otra parte, mi apetitoso encuentro con la muchacha. ¿Y quién ganó la batalla? La ganó la muchacha. El que llamaba se quedó sin entrevista. Y yo disfruté con mi amiga el partido de tennis y lo que vino después.

En este punto, un poco teatralmente, Allen Dulles se detuvo para encender la pipa.

El auditorio, en suspenso, esperaba el desenlace.

—Dulles prosiguió:

Veintidós años más tarde supe que el hombre que había llamado por teléfono aquel sábado por la mañana de 1917 se llamaba Vladimir Ilich Lenin.

Conmoción en la sala.

Y Dulles terminó en tono más animado:

Muchachos: como oficiales de inteligencia ustedes se enfrentarán a una guerra por la supervivencia. En esa guerra el más trivial de los hechos puede tener una importancia inimaginable. Seguro que no lo van a olvidar. Seguro que van ustedes a ser unos condenadamente buenos oficiales al servicio de nuestro gran país. Muchas gracias.

Y, como ensayado, comenzó a bajar el telón, mientras uno de los altos funcionarios de la CIA allí presentes, impresionado, le comentaba a otro a su lado:

—¡Tremendo discurso!

—¡Bah! Me lo se de memoria. Todos los años dice lo mismo.

Allen Welsh Dulles nació en Nueva York en 1893. Luego de graduarse como abogado y gracias a la benevolencia de un tío —entonces Secretario del Departamento de Estado— ingresó en el servicio diplomático. Fue sucesivamente miembro de la Legación norteamericana en Viena, Berna y Constantinopla. Participó después en varias conferencias internacionales. Y entre 1922 y 1926 ocupó el cargo de Jefe de la División del Cercano Oriente en el Departamento de Estado. En 1926 abandonó el servicio exterior para incorporarse —como lo había hecho su hermano John Foster tiempo atrás— a la consultoría jurídica Sullivan & Cronwell, conocida por sus vínculos con los más poderosos círculos financieros. Esta inserción en la nómina de Sullivan & Cronwell —en la que entró por la puerta grande de las negociaciones norteamericano-colombianas por unas turbias concesiones petroleras— debió resultar decisiva para las relaciones que estableciera luego con los más poderosos consorcios financieros e industriales de los Estados Unidos y, también, de Alemania.² Como en el caso de su hermano John Foster, Allen Dulles, desde esa época, cualesquiera que fueran los cargos que desempeñara para el gobierno norteamericano, mantuvo siempre estrechas relaciones con esos círculos del poder económico y en las acciones que realizara desde sus altas posiciones oficiales es casi imposible encontrar una que no favoreciera directa o indirectamente los intereses de aquéllos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Allen Dulles trabajó con la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), donde adquirió buena parte de su experiencia en espionaje y subversión. En plena Guerra, utilizando el seudónimo de “Mr. Bull”, se apareció en Berna donde comenzó a sostener negociaciones secretas con políticos, financieros y generales del alto mando alemán. Se trataba de una gran conspiración que incluía el asesinato de Hider y la formación de un nuevo gobierno que mantendría inalteradas las estructuras nazis, pero que inmediatamente firmaría la paz con los Estados Unidos y la Gran Bretaña, y permitiría entonces concentrar todo el poderío bélico fascista contra la URSS.³ Cuando se produjo la esperada invasión aliada con el desembarco de tropas anglonorteamericanas en el norte de Francia (6 de junio de 1944), se apresuraron los preparativos del golpe de Estado y el 20 de julio una bomba estalló en la sala de conferencias del Cuartel General nazi a sólo cuatro metros de donde se encontraba Hitler, quien resultó milagrosamente ileso. El complot fracasó y, descubiertos, muchos de los conspiradores fueron detenidos y ejecutados. Poco después de terminada la guerra y creada la CIA, Dulles era nombrado subdirector de la Agencia, entonces bajo el mando del General Bedell Smith. Pero cuando éste en 1953 se acogió al retiro, le dijo al recién electo presidente Eisenhower: “Yo creo que la CIA debe ser dirigida por un civil y, para sustituirme, recomendaría se nombre a Allen Dulles”. Eisenhower aceptó la sugerencia, no obstante las críticas que se le hicieron en el sentido de que era preferible tener un militar al frente de la CIA que a dos hermanos como los Dulles, uno de director de la Agencia (Allen) y otro de Secretario de Estado (John Foster) —lo que representaba el virtual control por ambos del aparato de política exterior de los Estados Unidos. Bajo la dirección de Allen Dulles —y con el entusiasta e ilimitado apoyo de Eisenhower— la CIA experimentó entonces un vuelco y no sólo por el incremento de

recursos que comenzaron a fluir hacia ella en sumas cuantiosas, sino por la índole y envergadura que adquirieron sus actividades —singularmente en los dominios de las llamadas “acciones encubiertas”.

Pues Allen Dulles, a pesar de que todo el mundo le colgaba el título de Jefe de Espías, en realidad tendía a despreciar la labor de espionaje. Un cercano colaborador suyo solía decir al respecto: “Allen Dulles no dedica ni el 5% de su tiempo a los informes de la inteligencia”. Su vocación real eran las citadas “acciones encubiertas” —que incluían desde mediatización de personajes extranjeros capaces de influir en la política de sus países hasta el asesinato de líderes y derrocamiento de gobiernos supuestamente enemigos de los intereses de los Estados Unidos. Este tipo de actividad verdaderamente le fascinaba a Dulles y a ella entregaba casi todas sus energías. Los planes de acciones encubiertas y los a veces fantásticos recursos utilizados para llevarlas a cabo los revisaba hasta el último detalle. Uno de sus más documentados biógrafos escribió al respecto:

El (Dulles) se interesa en los más siniestros experimentos de la Agencia: drogas capaces de doblar la mente, portadores de virus letales y venenos esotéricos capaces de matar sin dejar huella. El espíritu del humor de Dulles se exaltó cuando supo que la unidad (de la CIA) enfrascada en esas perniciosas empresas se llamaba ‘Comité para la Alteración de la Salud’ (dirigido por el Dr. Sydney Gottleib y Boris Pash).⁴ También había añadido a su colección de curiosidades de la CIA un arma que el “Comité” produjo para lanzar dardos impregnados de LSD, gérmenes o venenos, contra agentes y personalidades extranjeras que la Agencia encontraba embarazosas.

Dulles aparte su afición por actividades e instrumentos no por folletinescos menos reales, sabía llevar adelante empresas encubiertas de gran porte. En agosto de 1953 la CIA logró derribar el gobierno del premier Mossadeh en Irán, que había depuesto al Shah y nacionalizado la Anglo-Iranian Oil Co. A resultas de aquella operación —que sólo costó \$19 millones y se llevó a cabo en tal forma que Eisenhower comentó que parecía una “novela de diez centavos” — el Shah fue reinstalado en el trono y la británica Anglo-Iranian reprivatizada —aunque con algunos cambios en su control, pues se vio forzada a compartir sus acciones con un grupo de empresas petroleras norteamericanas, apareciendo entonces en escena la Anglo-American Oil Co. (jurídicamente representada, vaya casualidad, por la firma Sullivan & Cronwell).

Apenas había transcurrido un año cuando fue derrocado el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala. Este había iniciado una reforma agraria que afectaba alrededor de 157 mil hectáreas de la United Fruit Co. Por una parte de esas tierras el gobierno guatemalteco ofreció una indemnización bastante generosa de \$627 mil. Pero John Foster Dulles, Secretario de Estado, sostuvo que había que pagar por lo menos 25 veces más (\$15.8 millones). El gobierno guatemalteco protestó tanto por la evidente extorsión como por la inadmisibles ingerencia en un asunto interno de su país. Entonces, John Foster le traspasó el caso a su hermano Allen. Y en junio de 1954 un ejército “anticomunista” —organizado y pagado por la CIA— entraba en Guatemala y forzaba la caída de Arbenz.

II

Bissell observó a Dulles con detenimiento. Hacía ya cinco años que trabajaba con él y conocía a la perfección sus maneras. Cuando Dulles trataba asuntos importantes y de gran sensibilidad política, solía acercarse al tema de una manera indirecta, acudir a toda suerte de circunloquios y, a veces incluso, a dar sus instrucciones apelando a algún prudente eufemismo. Por tanto, no, al “Viejo Al” obviamente le tenían sin cuidado los giros retóricos del coronel King y no era necesario en lo absoluto que King le advirtiera sobre el carácter peligroso del gobierno de “extrema izquierda” que ostentaba el poder en Cuba. Infinitamente menos peligroso que el régimen de Castro había sido el de Arbenz en Guatemala y, por considerarlo contrario a los intereses de los Estados Unidos y a los suyos personales como accionista de la United Fruit Co., bajo la dirección de Dulles la CIA organizó su derrocamiento. Bissell sabía esto muy bien porque a él precisamente, a Bissell, había encomendado Dulles en 1954 el llevar a cabo parte decisiva de esa tarea. Pero, ahora, con relación a Cuba, ¿qué se traía entre manos el astuto director de la inteligencia norteamericana? Convenía, pensó Bissell, mantenerse dentro de los marcos del lenguaje del sobrentendido al que era tan aficionado su interlocutor, presionando en todo caso las definiciones con mucha delicadeza. El documento de King, aludiendo en sus conclusiones a la necesidad de “eliminar” a Fidel Castro, le venía entonces como anillo al dedo. —Bueno —dijo—, seguramente estamos de acuerdo en que el punto crucial está en la “cuarta recomendación” de King.

—Si —asintió Dulles—. Aconseja la *remoción* de Castro.

Bissell no pudo reprimir una sonrisa. Su alusión al “punto crucial” del documento había forzado a Dulles a emitir una declaración más concreta. Pero el viejo, encajando el golpe, contestaba con su maestría habitual. King se había referido en su cuarta recomendación a la “eliminación” de Fidel Castro y, en la Agencia como en el mundo del crimen, esa palabra tenía apellido: eliminación física. Dulles, sin embargo, acudía al término “remoción” (*removal*), que en inglés significa cambiar de lugar y deponer (a una persona de su cargo), pero también asesinar.⁵ Y Bissell comprendió muy bien en qué sentido acababa de utilizarse ese término.

—Entonces —concluyó—, ¿debo interpretar que usted está conforme con los planteamientos de King?

—Tanto, que ya estoy firmando el memo dándole mi aprobación y, creo, también podrá contarse con la suya.

Dulles tomó el documento y estampó su firma, pasándoselo a Bissell, quien también lo firmó, diciendo.

—Por supuesto que yo estoy también de acuerdo.

III

Apenas había transcurrido un mes desde la redacción del memorandum de King y el intercambio aprobatorio de opiniones entre Dulles y Bissell sobre el documento, cuando tuvo lugar una reunión del Grupo Especial del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos en la que por vez primera —a ese alto nivel— se discutió la situación en Cuba y las posibilidades de derrocamiento de su gobierno revolucionario.

La Ley de Seguridad Nacional aprobada por el Congreso en 1947 había creado el Consejo Nacional de Seguridad (CNS) y la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

El CNS lo constituía un grupo de la máxima jerarquía en el Poder Ejecutivo ⁶ y su función consistía en encargarse de orientar, planificar y supervisar todo lo relacionado con la defensa de los Estados Unidos.

A la CIA se la concibió inicialmente como un organismo para coordinar los programas de colección de inteligencia de varias agencias y departamentos del gobierno y para producir estudios que sirvieran para conducir la política exterior de los Estados Unidos. En otras palabras, entre sus tareas no se incluía la realización de acciones encubiertas. Cuando en 1948 se decidió impulsar estas últimas, se hizo necesario crear otro aparato: la Oficina de Coordinación de Política (OPC), formalmente adscrita a la CIA, pero en realidad dependiente de las secretarías de Estado y Defensa. Fue en 1951 que a la OPC se la incorporó a plenitud a la CIA, que de esta manera pudo contar con un brazo propio para llevar adelante sus planes de intervención política, económica y militar en otros países.⁷ Al frente de la OPC estaba un personaje de los tiempos de la OSS, Frank Wisner, verdadero especialista en actividades de espionaje y subversión. De modo que al integrarse por completo la OPC a la CIA, Wisner pasó a esta última como jefe de sus servicios clandestinos. Las tareas que llevó a cabo Wisner, por cierto, implicaron tal carga de tensión que en 1958 tuvo un colapso nervioso que le obligó a retirarse.⁸ Su posición como jefe de los servicios clandestinos pasó entonces a Richard Bissell.

Durante varios años, la CIA se enfrascó en la realización de acciones encubiertas sin que se ejercieran grandes controles sobre ella. Pero en 1955 el CNS aprobó la decisión 5412/2 que creaba dentro del propio CNS un Grupo Especial encargado de orientar y supervisar sus actividades. A este Grupo Especial solía llamársele también Comité 5412, aunque en periodos posteriores asumió otros nombres.⁹

Fue este Grupo Especial o Comité 5412 del CNS el que se reunió un 13 de enero de 1960 para analizar el caso de Cuba.

Se fue directamente al grano.

—Tal y como van las cosas —dijo alguien no identificado en los documentos—, la situación en Cuba no va a poder resolverse si no es adoptando medidas verdaderamente radicales.

—¿Y a qué pudiéramos llamar medidas radicales?

—Tendríamos varias opciones, pero hay una que a mi juicio cortaría el mal en su propia raíz: eliminar a Castro.

—De acuerdo. Pero ¿y cómo?

Todas las miradas se volvieron hacia Allen Dulles como en busca de respuesta. Dulles, apenas un mes antes, había aprobado el memorándum del coronel King sugiriendo precisamente esa medida. Pero ahora decidió adoptar una actitud más bien cautelosa.

—Una rápida eliminación de Castro —dijo entonces, mientras atascaba la picadura de su inseparable pipa— no la estamos contemplando en la Agencia.

Esta desilusionadora actitud de Dulles sorprendió a los circunstantes y, dándose cuenta de ello, el director de la CIA se apresuró a aclarar:

—Naturalmente, debemos considerar la posibilidad de que en el largo plazo los Estados Unidos no puedan tolerar más el régimen de Castro... Y, para entonces, debemos tener planes de contingencia bien preparados para lograr que caiga.

El silencio que siguió fue roto por el representante del Departamento de Estado.

—Tal vez —dijo— el señor Dulles tiene razón. Yo he reflexionado sobre el asunto y tengo algunas ideas al respecto. Por ejemplo, creo que las cosas hay que hacerlas con tiempo suficiente como para permitir que una sólida oposición tome el poder.

—Es lo que trato de decir —volvió a intervenir Dulles—. Nosotros no pensamos en una rápida eliminación de Castro, sino precisamente en acciones planificadas que faciliten que líderes responsables de la oposición se hagan cargo del gobierno de Cuba... No queremos a Castro, pero tampoco queremos el caos u a otros que pudieran sustituirlo y resultar no menos inconvenientes a nuestros intereses.

Los otros participantes de la reunión asintieron. Y, visto que el razonamiento de Allen Dulles, a pesar de su carácter un tanto paralizante de cualquier decisión efectiva, resultaba bastante sólido, optaron por no discutir más el tema por el momento.

Alguien, sin embargo, dijo:

—De todos modos esperamos que la Agencia no permanezca cruzada de brazos ante lo de Cuba, que mantenga la vigilancia sobre la situación y nos informe debidamente de cómo evoluciona.

—¡Oh, descuide! —ripostó Dulles—. No permaneceremos ociosos y en cuanto tenga alguna noticia importante o un proyecto concreto de acción lo traeré aquí para su discusión. Los circunstantes sonrieron escépticos, sabedores de que Dulles no informaba al Comité ni una mínima parte de las actividades de la CIA.

IV

Transcurrieron los meses de enero y febrero, y los primeros días de marzo.

Cuba se adentraba en aquel año 1960 bajo el impacto de la promulgación de nuevas medidas revolucionarias y en un clima de tensión creciente en sus relaciones con los Estados Unidos. En enero, un avión procedente de la Florida penetró en el espacio aéreo de la Isla y lanzó bombas incendiarias que quemaron más de 15 millones de arrobas¹⁰ de caña prestas a cortarse para la molienda azucarera. En febrero, el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados¹¹ intervino varias firmas petroleras, la compañía de aviación y doce centrales azucareros¹² y, ese mismo mes, aprovechando la visita del viceprimer ministro de la URSS, Anastas Mikoyan, se firmó el primer convenio comercial cubano-soviético. El 4 de marzo el vapor francés “La Coubre”, que venía de Bélgica con un cargamento de armas adquiridas por el gobierno revolucionario, estalló en el puerto de La Habana dejando un trágico saldo de muertos y heridos. Fidel Castro sugirió que el sabotaje era obra de la CIA como parte de la campaña de acciones hostiles contra Cuba permitidas o auspiciadas por el gobierno norteamericano y al usar la palabra en el sepelio de las víctimas terminó su peroración lanzando una consigna exaltadora de los sentimientos nacionales del pueblo cubano —”¡Patria o Muerte!”— con la que luego rubricaría todos sus discursos.

Esta atmósfera de tirantez cada vez más aguda entre Cuba y los Estados Unidos alcanzó su más concentrada expresión en tres importantes reuniones que tuvieron lugar en los más altos niveles del gobierno norteamericano durante aquel mes de marzo de 1960. La primera se celebró en la CIA el 9 de ese mes y en ella participaron los miembros de la Fuerza de Tarea o grupo eventual de trabajo para Cuba que se había creado en la Agencia. El día 10 siguiente hubo otra, pero al máximo nivel, en el CNS y en ella participó el presidente Eisenhower. Finalmente, tres días más tarde, el 14, hubo una tercera, pero del Grupo

Especial o Comité 5412 del propio CNS a cargo de las acciones encubiertas. En todos esos cónclaves el tema fundamental fue el cubano, pero en ningún acta consta que en ellos se aludiera a los orígenes y naturaleza de los acontecimientos que tenían lugar en la vecina isla y, mucho menos, a las posibilidades de diseñar una estrategia de negociación pacífica del diferendo surgido entre ambos países. En realidad, sólo se habló —por cierto que sin tapujo sobre la manera de derrocar el gobierno revolucionario de Fidel Castro e incluso — eufemismos aparte— de asesinar a éste y, tal vez, también a Raúl Castro y al Ché Guevara.

V

En la reunión del día 9 de la Fuerza de Tarea para Cuba en la CIA la voz cantante la llevó el coronel King.

—Hay cada vez más pruebas —dijo— de que ciertas cabezas en el gobierno de Castro están presionando para desatar un ataque contra nuestras instalaciones navales en Guantánamo.¹³ En realidad, tal ataque es perfectamente posible.

—¡Pero Castro ha asegurado que no hará eso!— apuntó alguien.

—¿Y usted cree en la palabra de Castro?

—No. Pero me parece demasiado inteligente como para lanzarse a una empresa semejante. King calló un momento y aclaró:

—Lo que yo digo es que lo están presionando... Por eso, si bien una vez sugerí la necesidad de eliminar a Fidel, ahora me inclino a pensar que hay que eliminar también a su hermano Raúl y a su compañero Ché Guevara... A los tres... Y de un solo golpe.¹⁴ Esto no sería fácil, pero si no se hace vamos a vernos envueltos en un problema interminable... El actual gobierno de Cuba sólo puede ser derrocado por la fuerza.

Mas alguien, mirando significativamente a King, intervino entonces.

—Bueno, coronel —dijo—, yo tengo entendido que se nos había citado hoy para discutir otra opción posible aunque quizá no necesariamente excluyente de su idea de eliminar a Castro y, si posible, los otros por usted mencionados.

— ¡Eh... bueno, sí, desde luego!, —dijo King como si le hubieran sorprendido fuera de guardia. Se trata de lo siguiente. Hay instrucciones de que este grupo discuta las posibilidades de derrocar el gobierno de Castro utilizando a los exiliados que están aquí. A esos exiliados les daríamos todo el apoyo necesario para organizarse y entrenarse militarmente y, luego, marchar hacia Cuba.

—Una invasión o algo así, ¿verdad?

—No una invasión en el sentido estrictamente técnico del término. El proyecto consistiría en preparar esa fuerza con un número de hombres que penetrarían en Cuba para llevar a cabo una guerra de guerrillas que culminaría en el derrocamiento de Castro.

—O sea, le daríamos a Castro una dosis de su propia medicina.

—Más o menos.

— ¡Pero eso exigiría enormes recursos!

—Los Estados Unidos disponemos de esos recursos y mucho más.

Volvió a intervenir el que había hablado primero.

—Recursos son los que sobran. Y me refiero no sólo a recursos financieros sino también a los técnico-militares para una operación como esa. Lo que preocupa son los hombres que constituirían esa fuerza. Hay bastantes exiliados anticastristas a los que pudiéramos

organizar, entrenar y dar toda clase de apoyo que se requiera. Pero, ¿quién los va a dirigir? Los anticastristas no sólo carecen de un líder reconocido por todos ellos sino que están divididos en grupos que ni siquiera se llevan bien y se pasan la vida en pugna unos con otros...

—Eso es cierto —comentó otro de los presentes—. Sin embargo, es posible pensar que a través de un periodo de entrenamiento paramilitar de seis o siete meses logren superar sus diferencias, fusionarse y, ¿quién sabe?, tal vez hasta formar un gobierno en el exilio.

King, asintiendo con un gesto, dijo entonces:

—Creo que esa es exactamente la idea.

Y el que había hablado antes añadió:

—Mañana se reúne el CNS, pero me parece que este plan no se va a exponer allí. En cambio, las instrucciones son que trabajemos rápidamente en el proyecto... Se nos ha dado un plazo de una semana para presentarlo...

—¡Una semana! —exclamaron al unísono varios de los presentes.

—Ni un día más. Propongo formar un pequeño grupo con algunos de nosotros que se ponga de inmediato a la tarea.

—Bueno, de acuerdo.

VI

Al día siguiente, 10 de marzo, tuvo lugar otra reunión para tratar el caso de Cuba, pero esta vez al máximo nivel —el CNS— y con el presidente Eisenhower presente.

La junta se celebró en el Salón del Gabinete de la Casa Blanca. Era esta una amplísima pieza, amueblada y decorada con cierto funcional espíritu de austeridad. Sólo había aparte de los cortinajes, unos cuadros en las paredes y, en una esquina, el asta en pie de la que colgaba una bandera de los Estados Unidos. En el medio estaba la larga mesa de conferencias. Cuando llegó Eisenhower, los concurrentes se pusieron de pie en gesto de respetuoso saludo. El presidente respondió con un breve ademán y ocupó un sillón hacia el centro de la mesa, dando la espalda a una gran ventana. Allen Dulles, según su costumbre, se había situado en uno de los extremos de modo que podía verles las caras a todos los presentes.

Eisenhower echó una mirada algo displicente al grupo de documentos que tenía delante y dio por comenzada la reunión. Cuba era el punto principal del orden del día y decidió escuchar con atención, pero sin comentarios, las primeras intervenciones describiendo la situación en el pequeño y vecino país. De cuando en cuando, requiriendo una aclaración se volvía hacia Dulles con expresión interrogante y, luego de escucharlo, ordenaba continuar. Eisenhower tenía entonces 70 años —más de la mitad de ellos absorbidos por una brillante carrera militar y los últimos siete como presidente de los Estados Unidos. Se había graduado en West Point, ganando grados hasta situarse a principios de la década del treinta como oficial en el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas donde se convirtió en uno de los protegidos de Douglas McArthur. Durante la Segunda Guerra Mundial, su ascenso a las más altas posiciones fue meteórico: Comandante de las Fuerzas de Estados Unidos en el teatro de guerra europeo (1942), Comandante Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas en Europa (1943) y Jefe de las Fuerzas de Ocupación de los Estados Unidos en Alemania (1945). En 1952 —luego de un periodo al frente de la OTAN— se retiró del

servicio activo. Ese mismo año se postuló como candidato a presidente de los Estados Unidos por la columna del Partido Republicano.

Eisenhower fue electo —y luego reelecto— con el apoyo de una popularidad verdaderamente arrolladora. Pero, también, en medio de un periodo crucial en la historia norteamericana. Cuando asumió la presidencia comenzaba el apogeo de la histeria anticomunista del McCarthysmo y el ya para entonces exasperante callejón sin salida de la Guerra de Corea —ambos procesos desenvolviéndose en los marcos de la Guerra Fría. Eisenhower fue desvinculándose de sus compromisos con la corriente McCarthysta en la medida en que ésta —a mediados de la década del cincuenta— comenzó a debilitarse. Y se anotó un éxito con el fin del conflicto coreano en 1953. Pero la Guerra Fría, aún con los matices que fueron introduciendo las condiciones internacionales, mantuvo siempre su acelerado pulso —particularmente por la actividad del Secretario de Estado, John Foster Dulles, el sombrío predicador de las doctrinas de la “liberación”, la “represalia masiva” y la confrontación “hasta el borde del abismo”. En esta política por muchos considerada suicida, ¿qué papel desempeñaba Eisenhower?

Hubo una época, hace años, durante la cual algunos historiadores norteamericanos comenzaron a indagar con sentido crítico y más profundamente sobre la verdadera personalidad de Dwight Eisenhower. Esto ocurrió a raíz de que algunos analistas, al lanzar una mirada retrospectiva a los acontecimientos de la década del cincuenta, comenzaron a notar que la militancia belicista del gobierno norteamericano en aquel entonces y algunos aspectos cruciales de su actividad política interna se contradecían bastante con la imagen pública convencional que solía ofrecer aquel militar devenido presidente. Este se presentaba como un estadista de benigna índole pacifista, sereno y honesto, algo ingenuo y has paternalista —en suma, un gobernante muy por encima de las cominerías, intrigas y manipulaciones politiqueras al uso inclusive o tal vez sobre todo en las altas esferas del poder. Esta inocente leyenda no pudo sostenerse ante el objetivo escrutinio de los investigadores —particularmente cuando comenzaron a salir a la luz memorias, documentos oficiales personales, y apreciaciones de quienes estuvieron cerca de aquel mandatario durante los años que ocupó la Casa Blanca. Escribía luego el renombrado historiador Arthur Schlesinger:

La documentación disponible sobre Eisenhower sugiere poderosamente que su pose de afable candidez era un engaño deliberado y que detrás de la máscara actuaba un astuto dirigente entregado a la consecución de sus objetivos. Lejos de ser un generoso amante de la humanidad, Eisenhower aparece ahora como un tipo marrullero, calculado taimado e inequívocamente auto-protectivo. Lejos de ser un inexperto, era un político de primera clase, que explotaba brillantemente la ilusión popular de que estaba por encima de la política. Lejos de ser un sujeto de candorosa imprecisión, era un hombre que simulaba incoherencia para ocultar sus propósitos... Nosotros creíamos en aquella época que carecía de experiencia política. Pero ¡qué equivocados estábamos! Era un político ducho y endurecido porque la política tiene pocas escuelas de entrenamiento más rudas que las fuerzas armadas... Una vez, cuando el Departamento de Estado le rogó que evadiera cierto tema explosivo en una conferencia de prensa, Eisenhower le dijo a su vocero oficial. ‘No te preocupes, Jim, que se plantea ese asunto, yo, simplemente, los voy a confundir’. Nos confundió a todos.

Los hechos también parecerían contradecir la imagen de un Eisenhower dotado de sencilla y hasta moderada ideología conservadora. Su concepción del mundo era mucho más regresiva de lo que aparentaba. Incluso ciertos avances sociales, por moderados que fueran, podían sacarlo de quicio. Eisenhower nombró a Earl Warren y otros miembros de la Corte Suprema de Justicia que protagonizaron lo que muchos consideran el periodo más liberal en la historia de esa institución —particularmente por sus decisiones favorecedores de los derechos civiles de los negros y condenatorias de algunas de las prácticas más escandalosas de la discriminación racial. Pero, por ello mismo, Eisenhower luego consideró que “el más grande error que he cometido en la presidencia ha sido el nombrar como presidente de la Corte a ese torpe hijo de la gran puta que se llama Earl Warren”.¹⁵

En la carrera política de Eisenhower las contradicciones entre sus palabras y los hechos son una constante.

En entrevistas, declaraciones y discursos, Eisenhower aludió más de una vez a los horrores de la guerra nuclear, llegando a reflexionar —en una muy famosa observación— que, “una vez que el enemigo (la URSS) tiene también la capacidad destructiva de las bombas nucleares, resulta suicida discutir quién tiene más bombas a su disposición”. Pero, cuando Eisenhower terminó su mandato, los Estados Unidos tenían el más grande arsenal de armas atómicas entonces concebible y las fuerzas militares norteamericanas distribuidas por todo el planeta contaban además con armamento nuclear táctico. Tampoco parece que Eisenhower estuviera bromeando las veces que expresó su decisión, si así lo considerara necesario, de dejar caer bombas atómicas en Corea y China.

Al término de su administración, también, Eisenhower pronunció aquel discurso de despedida —por muchos considerado como su testamento político— que se hizo célebre por la alusión al peligro que representaba “la creciente influencia en los Estados Unidos... del complejo industrial-militar”. Sin embargo, lo cierto es que durante sus años en la Casa Blanca la influencia del Pentágono alcanzó niveles sin precedentes y que su propio gobierno —con aquellos notorios gabinetes integrados sólo por multimillonarios— respondió con puntualidad absoluta a los intereses de las firmas armamentistas, petroleras y, en general, a los círculos de negocios cuyas ganancias estaban más vinculadas al presupuesto de guerra.

Un aspecto relativamente inédito —no obstante que crucial— de la trayectoria presidencial de Eisenhower tiene mucho que ver con el decisivo apoyo que le dio a la CIA y que fue de tal magnitud que, según algunos historiadores, si no se toma en cuenta resulta imposible comprender el comportamiento de aquel en el contexto de la Guerra Fría. Las evidencias parecen respaldar tan sólidamente este criterio que las discusiones al respecto han tendido a girar más bien en torno a las causas capaces de explicar esa línea de conducta. En tal sentido, una de las tesis más aceptadas se refiere a las concepciones estratégicas de Eisenhower. Al respecto, se afirma que éste, por una parte, trataba de evitar una confrontación nuclear con la URSS tanto como verse envuelto en la necesidad de enviar fuerzas regulares norteamericanas con el fin de librar “guerras limitadas” (sobre cuyo éxito tenía un mar de dudas). Y que, por otro lado, estaba convencido de que donde peligraban los intereses fundamentales de los Estados Unidos era en los países del mundo subdesarrollado —entonces sacudido por una oleada de movimientos liberadores

anticolonialistas detrás de los cuales creía avisorar la sombra de la URSS apoyando los elementos revolucionarios, nacionalistas, y por supuesto comunistas.

Para hacer frente a esta situación, Eisenhower decidió que el instrumento más idóneo era la CIA y el método más efectivo las “acciones encubiertas” que esa agencia era capaz de llevar a cabo.

Durante el mandato de Eisenhower, en efecto, la CIA tuvo un incremento fabuloso en sus recursos financieros. En menos de cuatro años, entre 1953 y 1956, los fondos a su disposición se decuplicaron, saltando de \$82 millones a más de \$800 millones. Con tales medios a su alcance y el apoyo irrestricto del presidente, la Agencia comenzó a impulsar acciones encubiertas en todas partes del mundo y por cierto que no siempre de forma tan encubierta que no trascendieran provocando más de una protesta o escándalo (Irán, Guatemala, Indonesia, Egipto, Laos, Camboya y otros países). Al mismo tiempo, en determinados círculos norteamericanos comenzó a surgir una preocupación por tales actividades —aparentemente llevadas a cabo sin ningún tipo de control y con el respaldo de un aparato bien dotado de recursos financieros, hombres e influencia.

Como escribió Richard J. Barnet, director de un prestigioso instituto de investigaciones con sede en Washington:

La realidad es que los años de Eisenhower en la Casa Blanca estuvieron dominados tanto por John Foster como por su hermano Allen Dulles.

Y otro autor, Arthur Schlesinger, ya citado, precisó la forma en que esta fraternal hegemonía funcionaba:

(La CIA) tenía en ultramar, camuflados con nombramientos oficiales, casi tantos hombres como el Departamento de Estado. En cierto número de embajadas, los funcionarios de la CIA superaban en número (y experiencia en el país) a los del Departamento de Estado. La CIA tenía sus propios cuadros políticos y su estado mayor militar; tenía, de hecho, su propio servicio diplomático, sus propias fuerzas aéreas y, en ocasiones, hasta sus propias fuerzas de combate. Además, la CIA no se avenía a justificar sus actividades clandestinas ni ante el Departamento de Estado en Washington, ni ante el embajador del país donde operaba... La coincidencia de que uno de los hermanos Dulles dirigiese el Departamento de Estado y el otro la CIA, dio por resultado la práctica autonomía de la ‘Agencia’, ya que permitía a Allen dar a conocer determinadas cosas a Foster, sin darlas a conocer al Departamento de Estado propiamente dicho. Éxitos de operaciones como la de Guatemala, además, excitaban peligrosas ansias de aventuras en los pechos de la CIA.

Distintas comisiones creadas al efecto —alguna nombrada por el propio presidente— y distinguidas personalidades, señalaron en varias ocasiones los graves riesgos que entrañaban la libertad con que actuaba la CIA en casi todas partes del mundo, no sujeta a controles de ninguna clase y ni siquiera, en la práctica, a la autoridad del Grupo Especial 5412 del CNS.

Eisenhower jamás hizo caso de esas advertencias. Y, cuando llegó a sus oídos la noticia de que el senador Mike Mansfield había presentado un proyecto creando un comité bilateral

para supervisar la CIA, reaccionó violentamente diciendo: “Esa ley sólo pasará por encima de mi cadáver”.

VII

En aquella reunión del CNS el 10 de marzo de 1960 —y en la que el tema central era “cómo llevar a otro gobierno al poder en Cuba”— Eisenhower habló poco.

—A mí me parece —dijo en una de sus intervenciones— que con lo de Cuba podemos encontrarnos en un “Hoyo de Calcuta”¹⁶ y lo que me pregunto es qué podemos hacer ante esta situación.

—Señor presidente —intervino entonces Dulles—, debo decirle que en la Agencia (CIA) estamos elaborando un plan con relación a Cuba.

Dulles aludía al plan que se había discutido el día anterior en la Agencia, pero no entró en detalles al respecto.

Entonces pidió la palabra el Almirante Arleigh Burke.

Burke, entonces frisando los 60 años, era conocido por su carácter impetuoso —según algunos, histérico. Tenía el sobrenombre de “Treinta nudos Burke”, por su afición a imprimirle máxima velocidad a las naves bajo su mando. A fines de la década de los años cincuenta, como jefe de Operaciones Navales de la Armada de los Estados Unidos, acostumbraba decirle a todo el que quisiera escucharle que los submarinos soviéticos circulaban por las aguas de Egipto, Indonesia y otros países — “¡por todos los estrechos oceánicos del mundo!”— y que últimamente esa plaga, con el gobierno de Castro, había infestado por completo el Caribe. “La humanidad está ahora bajo el peligro mortal de una dominación comunista” solía decir el Almirante en tono apocalíptico capaz de ponerle los pelos de punta a sus interlocutores. Con relación a Cuba no ocultaba sus posiciones. El, que conocía bien el país y había recibido una condecoración del dictador Batista, decía que era posible invadirla, derrocar el régimen de Castro y colocar en su lugar un gobierno anticomunista y pronorteamericano.

Ahora, teniendo ante sí al presidente de los Estados Unidos, Burke comenzó a hablar cautelosamente:

—Yo creo —dijo— que es necesario disponer de un líder alrededor del cual se organicen las fuerzas anticastristas.

Eisenhower miró con expresión interrogante a Dulles, quien se apresuró a aclarar:

—Eso sería bueno, sin duda. El problema consiste en que, si bien hay no uno sino varios líderes anticastristas, ninguno de ellos está en Cuba.

Se hizo un silencio y Dulles continuó: —Ya señalé que en la Agencia estamos trabajando en un plan...

Pero Burke, en tono algo irritado, lo interrumpió:

—Señor presidente —dijo—, si en el plan de que habla el señor Dulles se contempla la “remoción” de la dirigencia cubana, yo quiero dejar bien clara mi posición: cualquier proyecto de esa naturaleza debe concebirse como un solo paquete, que los incluya a todos, porque muchos de los que rodean a Castro son peores que él.¹⁷

La reunión, que según las fuentes se prolongó bastante, continuó por esa cuerda.

Finalmente, se acordó suspenderla, pero proseguirlas discusiones tres días después, esta vez a nivel del Grupo Especial o Comité 5412.

VIII

Esta otra reunión se celebró en la propia Casa Blanca hallándose presentes el Almirante Burke, Gordon Gray, Allen Dulles (que se había hecho acompañar del coronel J. C. King) y otros.

Dulles se mantuvo sin hacer alusión al plan de entrenamiento de exiliados que elaboraba la CIA y dejó que el debate se concentrara en el tema de la eliminación o “remoción” de los líderes cubanos.

De pronto alguien planteó el ya conocido problema:

—¿Y qué ocurrirá en Cuba si Fidel y Raúl Castro, y el Ché Guevara, “desaparecieran” de la escena?

Burke se apresuró a responder:

—Yo se lo que ocurriría: los comunistas asumirían el control de la situación, pues, hoy por hoy, son el único grupo verdaderamente organizado que hay en Cuba.

Entonces Dulles, haciendo a un lado su pipa y mirando un poco irónicamente a Burke dijo:

—Bueno, pero eso nos convendría.

Y, como Burke y los otros presentes se quedaron como en una pieza, aclaró:

—Lo que quiero decir es que tal situación no nos resultaría tan desventajosa, pues podría facilitar una acción multilateral de la OEA.

— ¡Ah, verdad que sí! —reconocieron los presentes.

—Sin embargo —apuntó alguien— quedaría en pie el problema de quiénes, una vez derrocado Castro, constituirían el gobierno... Pero, ¿es que no hay líderes anticastristas de oposición?

—Los hay —contestó Dulles secamente—, sólo que no están en Cuba.

El coronel King precisó:

—Y entre ellos son muy pocos los que podemos identificar como dirigentes más o menos capaces de asumir el gobierno en lugar de Castro y su gente.

La reunión se disolvió poco después.

IX

Cuando Allen Dulles entró en el Salón Oval de la Casa Blanca el 17 de marzo —una semana después de aquella reunión— notó que allí se encontraba también, junto con Eisenhower, el vicepresidente Richard Nixon. Esto lo alegró. Nixon había hecho su carrera política flameando las banderas de un anticomunismo de rompe y raja y era conocida también su animosidad contra el gobierno revolucionario cubano. Cuando, apenas un año atrás, Fidel Castro visitó los Estados Unidos, Eisenhower evitó recibirlo alegando que estaría fuera de Washington descansando por órdenes médicas. La tarea de encontrarse con aquél se la dejó a Nixon quien, luego de hablar varias horas con el dirigente de la vecina isla comentó a sus allegados: “Este Castro o es un ingenuo o es un comunista encubierto. Yo creo que no es un ingenuo”. Nixon también aspiraba a ocupar en las próximas elecciones la más alta magistratura de la nación y estaba convencido de que, si durante la administración de Eisenhower se lograba derrocar el gobierno de Castro, ello favorecería decisivamente el éxito de su candidatura. Tal vez, considerando todas estas circunstancias,

fue que Eisenhower le invitó a que participara en aquella entrevista con el director de la CIA y en cuya agenda sólo había un punto a tratar: Cuba.

Dulles llevaba en la mano un portafolios del que extrajo un documento y unas fotos.

—La acción que usted nos pide para el caso de Cuba pudiera consistir en sabotear las refinerías o ingenios azucareros. La economía de ese país depende de las ventas de azúcar. Aunque suspendamos nuestras compras de ese producto, Castro pudiera venderlo en otros países. Ya hace unos meses colocó 300 mil toneladas en la Unión Soviética y hace apenas unas semanas firmó un convenio comercial con los propios rusos, que continuarán comprando.

A tiempo que decía esto, Dulles le mostró a Eisenhower y Nixon unas fotos de centrales azucareros cubanos.

Eisenhower adoptó una expresión escéptica.

—¡Bah! —dijo—. Ese proyecto no sirve. Usted sabotea hoy una fábrica de esas y mañana ellos la reparan y ponen a funcionar de nuevo. ¿Eso es todo lo que me tiene que proponer?

—No. Aquí tengo un plan más completo.

—No me hable de “planes”, Allen. Si la Agencia se propone realmente hacer algo efectivo contra Castro, tiene que ser un “programa”, amplio, completo y a fondo, con sentido estratégico.

Nixon intervino:

—Así mismo pienso yo.

—Bueno —dijo Dulles mientras esgrimía un documento yo también traigo aquí lo que hemos elaborado en esa dirección. Y no es un “plan”. Precisamente, mire usted su título, consiste en “Un programa de acción encubierta contra el régimen de Castro”.

— ¡Ah, eso ya tiene más lógica! Dígame en qué consiste.

—Es un programa que incluye cuatro aspectos esenciales. Primero: crear un gobierno cubano en el exilio, unificado y responsable. Segundo: lanzar una poderosa campaña propagandística. Tercero: crear una organización de inteligencia y acciones en Cuba que responda a la posición exiliada. Y, cuarto: preparar una fuerza paramilitar que luego iría a Cuba para realizar acciones guerrilleras.

—Eso me parece un buen proyecto —comentó Eisenhower.

—También a mi me agrada —añadió Nixon—. Pero ¿cuánto tiempo requeriría llevar a cabo ese programa?

—Unos meses —respondió Dulles. Mire, va a ser necesario crear una pequeña capacidad de suministros aéreos que desde luego operaría en un tercer país. Esto podríamos tenerlo listo en un par de meses. Pero toda la capacidad de acción de que tendremos que disponer, aún operando con una intensidad máxima, puede llevarnos seis meses, tal vez ocho.

Nixon hizo un breve cálculo mental.

—Estamos a mediados de marzo. Eso significaría que la cosa estaría lista entre mediados de agosto y mediados de octubre.

—Más o menos —asintió Dulles.

—A mi juicio, debiera fijarse una fecha tope para el derrocamiento de Castro, si es que queremos que ello influya en las elecciones —observó de nuevo Nixon.

Eisenhower se mantuvo en silencio, pero miró interrogativamente a Dulles.

—Cierto —dijo el director de la CIA. Quizá podamos reajustarlo todo considerando tal interés.

—Si Castro cae hacia septiembre, gracias a ese programa, las ventajas políticas para nosotros son evidentes —insistió Nixon.

—Eso es obvio —coincidió Eisenhower.

—Bien, en tal caso, trabajaremos con esa meta —dijo Dulles—. Ahora, si me lo permiten, voy a detallarles el proyecto.

Pero Eisenhower hizo un gesto negativo.

—Según entiendo el programa consiste en crear un gobierno anticastrista en el exilio, impulsar una campaña publicitaria, organizar acciones encubiertas en Cuba y, lo más importante, preparar una fuerza paramilitar con el fin de desarrollar acciones guerrilleras en ese país contra Castro.

—Exacto —dijo Dulles, mientras Nixon asentía satisfecho.

—Bueno —concluyó entonces Eisenhower con una expresión como si tratara un asunto rutinario—, entonces no me interesa adentrarme en los detalles tácticos u operacionales. Eso es asunto de la Agencia.

—Entonces, ¿aprueba el “Programa”?

—Desde luego. Tiene luz verde.

Y de esta manera la CIA inició la aventura que trece meses más tarde culminaría en el desastre norteamericano de la Bahía de Cochinos.

Capítulo 3 UN VERANO CALIENTE EN WASHINGTON

I

El sujeto tendría unos 35 o 38 años y su estatura mediocre no llamaba la atención, aunque sí su flaqueza —puro hueso carnisecho como era— y su mirada huidiza con algo así como una expresión servil. Parecía nervioso, pero en realidad hablaba despaciosamente —en un tono de narrador descolorido—, con mucha coherencia y hasta cierta contenida locuacidad. Obviamente, estaba dispuesto a colaborar y a hacerlo en forma tal que sus declaraciones le fueran tomadas en cuenta con interés y benevolencia —tal vez con el provecho de su exculpación. “Después de todo”, pensaba, “yo sólo era un empleado de laboratorio que cumplía las órdenes que recibía... aunque hay que reconocer que aquel trabajo siempre consistía en tratar de joder a alguien... “.

—Sí —dijo con voz que salía como un hilito de canevá atravesando la garganta—. Yo ingresé en la CIA a principios de 1960, casi recién salido de la universidad con un grado en ciencias químicas. Me ubicaron en la División de Servicios Técnicos.

Miró a su interrogador, que no era ni representante ni senador, sólo uno de esos expertos que trabajan para los comités congresionales y se dijo: “A los pejes gordos sí los hacen comparecer con toda solemnidad en audiencias especiales en una de las cámaras y con mucho aparato de políticos, abogados, funcionarios, taquígrafos... los curules llenos y un presidente tocando la campanita... Pero a mí me citan para esta oficinucha sin vista a la calle y que parece una cueva con vitrinas del año de la nana, y este tipo que a lo mejor no un comemierda pero que tampoco es importante... Buen de todos modos, él hará un informe con lo que yo diga y el informe lo van a leer Church y quién sabe cuántos senadores más.

—Su jefe en la División de Servicios Técnicos de la CIA era el Dr. Joseph Scheider,¹ ¿no es así?

—Sí, era mi jefe. Su cargo oficial entonces era el de Asesor Especial del subdirector Richard Bissell.

—Tengo entendido que Scheider es un bioquímico.

—Y notable, sí, señor. Tampoco le faltan conocimiento de medicina. Pero yo considero que su especialidad es la toxicología.

—Bueno, su testimonio lo consideramos muy valioso y ayudaría mucho si nos cuenta todo desde el principio, cuando usted llegó por vez primera a los laboratorios en el cuartel general de la CIA en Langley.

—Yo empecé en los laboratorios de la Agencia, pero no en Langley, ahí cerca en Virginia, donde entonces todavía se hallaba en construcción la sede actual. En 1960 trabajábamos en unos viejos edificios al lado del Memorial a Lincoln aquí en el mismo Washington.

—La época de Allen Dulles.

—Exacto.

—Bueno, prosiga.

Y el complaciente testigo, interpretando que se le pedía su historia a partir del momento preciso en que se incorporó a la Agencia, inició una narraciones que luego los investigadores completaron con las declaraciones del propio Dr. Scheider.

Scheider llegó aquel día al laboratorio un poco tarde, como a las 11 de la mañana, y se excusó diciendo que había estado en el Cuerpo de Química del Ejército en Fort Detrick, Maryland. Traía en las manos una caja de cartón de mediano tamaño que colocó sobre una mesa. Esto lo hizo con un cuidado que llamaba la atención.

Luego de las presentaciones, Scheider dijo al nuevo auxiliar:

—Tu primera tarea hoy va a consistir en ayudarme a sacar los frascos que están en esta caja, clasificarlos por su contenido y después guardarlos en aquel refrigerador. Mañana o pasado vamos a cambiarles las etiquetas y roturarlos con nombres falsos... quiero decir... inofensivos... Ya los inventaremos: es la parte imaginativa de este trabajo.

—Como usted ordene, señor.

—Espere. Yo mismo los clasifico y luego comprobamos que están todos. Después, usted los lleva al refrigerador... Pero, ¡coño!, póngase los guantes y la mascarilla... Los frascos están herméticamente cerrados, pero hay que mantener la rutina de la protección.

—No lo hice porque no sé qué hay ahí.

—Material biológico —explicó Scheider con una sonrisa tan extraña que pareció una mueca, mientras sacaba del bolsillo interior de la chaqueta y colocaba sobre la mesa unos papeles con aspecto de facturas o documentos. Tenían membrete, cuños y firmas. Entre ellos resaltaba uno que parecía una suerte de listado que él miraba para después, con rápido movimiento seleccionar un frasco, separándolo de los demás o formando un grupo con otros. Aquello parecía un diminuto juego de bolos.

Terminada la tarea, Scheider dijo:

—Bueno, ahora yo voy leyendo las etiquetas y tu vas haciendo una señal de OK en la lista.

—Sí, señor.

Scheider comenzó a leer las etiquetas de los frascos:

—*Brucela abortus*... (“OK”)... *Brucela canis*... (“OK”)... *melitensis*... *suis*... *rangiferi*... Se acabaron las brucelas... (“OK”). Ahora: *neisseria meningitidis* (“OK”)... *Staphylococcus aureus* (“OK”)... *escherichia coli*... uno, dos, tres... cuatro más de streptococos (“Cuatro. . OK”)... *Francisela turalensis* (“OK”)... *Mycobacterium*... son dos... uno, *tuberculosis* y, otro, *bovis*... (“OK”)... Faltan dos, ¿no es así? (“Dos”)... Los del antrax y la viruela... Están todos.

Scheider miró al ayudante con expresión paternal:

—Muchacho —dijo—, no te dejes impresionar por esto.

—No lo estoy, señor. Pero juraría que mi colección de sellos es bastante más inofensiva que esa de los pomos.

Scheider lanzó una carcajada:

—¡Ese es bueno! Tu eres nuevo aquí y debes aprender algunas cosas. Te voy a dar la primera lección de Bioquímica Aplicada. Tiene que ver con la guerra. Hay una guerra que se libra con bombarderos, destroyers, cañones, granadas, ametralladoras... Y hay otra guerra, secreta y silenciosa, que es la que se está librando ahora y en la que este laboratorio participa, pero cuyas armas son diferentes... Aquí las armas son bacilos, gérmenes, microbios... productos químicos... Esos frasquitos son nuestro arsenal.

—La ética, entonces, no parecería formar parte de esa guerra.

— ¡A la mierda con la ética! La guerra, fría o caliente, secreta o abierta, es la guerra.

¿Crees tu que a mí me gusta este trabajo? Te equivocarías si piensas que sí... Pero nos han echado encima una responsabilidad y tenemos que cargar con ella... Nosotros sólo recibimos órdenes y nuestro deber es cumplirlas.

Se detuvo y señaló con un gesto hacia la cercana hilera de pequeñas jaulas que estaban sobre una larga y estrecha mesa adosada a la pared. Desde ellas un grupito de cobayos corrían por la reducida área tropezando unos con otros, mientras varios conejos y dos monitos en sendas prisiones miraban con ojos inquisitivos la escena.

Scheider continuó, ahora con voz persuasiva:

—¿Te enternecen esos animalitos? Están condenados a sufrir y morir. Nosotros somos sus torturadores y verdugos. Pero ¿cuántos de ellos no han sido víctimas de la ciencia? Y los hombres también. Algunos deben sufrir y morir para que haya progreso, libertad y democracia...

—Comprendo.

—Espero que sí. Pero basta de filosofía. Ahora vamos a la pieza de al lado, que es otra provincia: la de Química Inorgánica. Tenemos trabajo allí.

En la otra sala —sobre una mesa y en medio de una más o menos ordenada batería de probetas, alambiques, redomas, balanzas, microscopios, pinzas y toda suerte de instrumentos de laboratorio—, en un fogoncillo eléctrico, bullía humeante una extraña mezcla de grisáceo color. Un hombre alto y de ojos hundidos en el fondo de dos oscuras fosas, observaba con atención la hervidura. Se apartó para que Scheider mirara y éste sin hacer caso a las sulfurosas emanaciones, se inclinó sobre la cocción.

Al incorporarse dijo:

—Ya está listo. Ahora hay que dejar que seque, hervir otra vez la mezcla y ya está lo que buscamos.

El nuevo ayudante se atrevió a preguntar:

—¿Y qué se busca?

—Sales de talio.

— ¡Ah, las recuerdo de cuando estaba en la Universidad! Si mi memoria no falla, se utilizan para obtener vidrios ópticos especiales.

Scheider sonrió satisfecho: el nuevo ayudante parecía competente.

—Exacto —dijo—. También sirven, por sus propiedades venenosas y en las dosis adecuadas, como antiparasitario. Y se afirma que es un depilatorio muy efectivo. Esto último es lo que nos interesa.

—¿Y puedo saber para qué necesitamos un depilatorio?

Scheider contestó con sequedad:

—No, no lo puedes saber.

El ayudante, con aire resignado, se encogió de hombros y dijo:

—Lo siento...quiero decir, siento haber sido indiscreto.

—No importa.

II

Scheider, como se supo años más tarde, sí tenía conocimiento del objetivo de aquél y otros trabajos. En los más altos niveles jerárquicos de la CIA y el Gobierno de los Estados Unidos, comenzaba a cobrar cuerpo en aquella época —primeros meses de la década del sesenta— la idea de asesinar a Fidel Castro. Pero todavía este era un proyecto algo vago, en discusión y desde luego por definir en términos de procedimiento a utilizar. En cambio, tenía luz verde la idea de que, si no eliminar físicamente al carismático líder revolucionario, al menos debía tratarse de destruir su prestigio —ya reconocido a escala internacional. Distintas variantes acerca de cómo llevar a cabo ese plan se habían estado analizando. Y una de ellas consistía en impregnar sus botas con un potente depilatorio que haría que se le cayeran las barbas —para algunos en la CIA el símbolo de su imagen pública como héroe guerrillero. La oportunidad de hacerlo se presentaría en fecha próxima cuando, según informes, Fidel Castro viajaría a cierto país donde se arreglaba su alojamiento en un hotel de la capital. Se suponía que el dirigente cubano, siguiendo la rutina del hotel, dejaría una noche sus botas para ser lustradas en la puerta de la suite que ocupara. El resto estaba muy bien calculado. Las botas serían tratadas con un depilatorio —Scheider sugirió sales de talio—, Fidel se las pondría, la barba se le caería y, barbilampiño, su magnético atractivo ante el mundo desaparecería en un santiamén.

Scheider supo que había trabajado en vano cuando se presentó a su jefe con un paquetito que contenía un frasco de sales de talio.

El jefe lo miró con aire muy serio y se limitó a decirle:

—¡Ah, ya tiene el producto!

—Aquí está. Es efectivo. Lo comprobamos con los animales de laboratorio.

—Bueno, bote esa porquería.

—¿Cómo?

—Castro suspendió su viaje.

Pero Scheider, como también probaron investigaciones posteriores, no se dio por vencido. Semanas más tarde se apareció ante su jefe con otro producto que venía envasado en un flamante recipiente plástico de esos que se utilizan para llevar un poco de gasolina en los

automóviles como precaución por si éste se queda sin combustible lejos de una estación de servicio.

—¿Qué es eso?, —preguntó el jefe.

—Un producto químico que, si inhalado, produce efectos similares al LSD.

—¿Y qué?

—Castro habla mucho por televisión, allá en La Habana. Este producto se puede utilizar con un *spray* en un estudio de TV y el resultado sería tremendo. Castro comenzaría a disparatar y su prestigio se volatizaría con la misma rapidez que este producto.

—¿Y eso, es confiable? Quiero decir, ¿sus efectos están garantizados?

—Bueno, me parece... quiero decir...

—Ya veo que no es seguro... Además, Scheider, sitúese en el lugar: una emisora de TV en La Habana. Castro va a hablar. Y el estudio se llena: miembros del gobierno, periodistas, camarógrafos... Un gentío... Y todos los presentes inhalan los vapores de su producto químico, pues Castro no es el único que respira para vivir... ¡Aquello se volvería un manicomio! Y una situación tan anormal provocaría investigaciones. Finalmente todo se descubriría. Quedaríamos en evidencia... Con Castro acusándonos y su prestigio creciendo, ahora como víctima nuestra...

—No había pensado en eso.

—Ya me di cuenta.

Scheider se retiró del despacho con aire frustrado. Pero unos días más tarde se presentaba de nuevo.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora Scheider?

—Tengo otra idea. Supóngase el estudio de TV...

—¡Otra vez! Por Dios, Scheider...

—No, espere. Se dice que David Suskind va a entrevistar a Castro en su *show*. . . Y creo que es posible evitar la objeción que usted hizo... El producto químico puede utilizarse de forma que sólo afecte a Castro...

El jefe se inclinó interesado:

—¿Y cómo?

—Castro es un gran fumador de tabacos...

—Cierto.

— ¡Se pueden impregnar tabacos con un producto como el que le dije...! Imagínese a Suskind ofreciéndole los tabacos en medio del show... Castro trataría de lucirse fumando uno...

—Eso tiene sentido. Y se pueden manejar dos variantes. Un producto con efectos como el LSD o... ¿sería posible un producto depilatorio?... Estoy retomando la primera idea.

—Sí es posible.

El jefe quedó pensativo.

—A mí me parece que pudiéramos considerar ese proyecto, pero me gustaría consultar antes la opinión de Phillips.

David Atlee Phillips, formalmente psicólogo y experto en relaciones públicas de la CIA,² acudió enseguida que lo llamaron.

Escuchó con atención los detalles del plan.

—Sí —dijo al cabo—. No me caben dudas de que cualquiera de los dos resultados que se busquen, esto es, producirle a Castro desórdenes mentales en público o hacerle caer la barba, afectaría negativamente su imagen.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con el proyecto?

—Yo sólo he dado mi criterio profesional sobre los efectos en la opinión pública en caso de que Castro fume un tabaco que haya recibido tal tratamiento... químico. Pero no he dicho que aprobara el proyecto.

—¿Por qué?

—Imaginen a Castro invitado para una entrevista en el *show* de Suskind. Se ha hablado de eso. Bueno, Suskind, en un momento de la conversación, le presenta una caja de tabacos a Castro. La reacción psicológica de Castro está clara: sus reflejos le 'levarían a aceptar uno y comenzar a fumar.

—¿Entonces?

—Ustedes sólo toman en cuenta a Castro. Pero ¿y Suskind? ¿Y los otros participantes en el *show*? También tienen sus reflejos. Y probablemente también tomarían un tabaco para fumar. Eso formaría parte del espectáculo... Y tendríamos una intoxicación generalizada...

¿Qué garantías tienen ustedes de que Castro y sólo Castro fumaría de esos tabacos?

El jefe quedó un momento silencioso, mirando cabizbajo hacia el cristal que cubría el buró lleno de papeles, mientras daba rítmicos golpecitos sobre él con su estilográfica.

Finalmente, levantó la vista y miró a Scheider.

—¿Tiene usted algo que decir a las argumentaciones de David?— le preguntó.

—Me temo que no, señor.

Se volvió entonces a Phillips:

—Eso es todo, David, puedes retirarte. Te agradezco mucho la ayuda. Tendremos que desechar esta idea.

—Sería lo más prudente —comentó el psicólogo y, luego de despedirse, se marchó.

Scheider dijo entonces:

—Siento mucho haberlo molestado, señor.

—No hubo ninguna molestia, Scheider. Respeto mucho su capacidad profesional y su espíritu de iniciativa dentro de los marcos de lo que yo oriente. Pero, ya ve, a veces no es posible arriesgarse ni con una buena idea.

Y Richard Bissell, subdirector de la CIA a cargo de los Servicios Clandestinos indicó con un gesto al doctor Scheider que la entrevista había terminado.

III

Richard Mervin Bissell tenía 45 años cuando en 1954 ingresó en la CIA como asesor especial de Allen Dulles y ocupando sólo tres o cuatro años más tarde el importantísimo cargo de jefe de Servicios Clandestinos. Retoño de un hogar pudiente (el padre era principal de una compañía de seguros y la madre procedía de una familia con intereses ferroviarios), se graduó muy joven en la London School of Economics, adquiriendo los más altos grados académicos en la Universidad de Yale — en la que llegó a ser profesor asistente— y pasando a ejercer una cátedra en el famoso Massachusetts Institute of Technology de Cambridge (MIT). Durante la Segunda Guerra Mundial desempeñó varios cargos públicos importantes y luego se destacó en algunos medios políticos tanto por el

papel que desempeñó en la cruzada que lanzó Truman contra los empleados públicos sospechosos de comunistas o simplemente liberales de corte más o menos radical como por sus cabildeos en el Congreso a favor de la aprobación del Plan Marshall. Ocupó después un alto cargo precisamente en la entidad (ECA) encargada de administrar los \$19 mil millones que bajo aquel Plan los Estados Unidos regaron en poco más de tres o cuatro años entre sus aliados del viejo continente. En los años posteriores actuó como consejero de algunas grandes corporaciones privadas, entre ellas la US Steel.

Al ingresar en la CIA, poco después, la carrera de Bissell pareció experimentar un dramático cambio. Hasta entonces, el Bissell de que dan cuenta las semblanzas de la época dejan la impresión de ora un sesudo aunque inquieto académico, ora un eficiente y dinámico tecnócrata al servicio del gobierno y las empresas privadas. De pronto tales inocentes ocupaciones cesan. Bissell se convierte en la íntimo colaborador de Allen Dulles y, como de la noche a la mañana, se le ve inmerso en la organización de todo tipo de actividades de espionaje, participando en todo género de intrigas internacionales e involucrándose en toda suerte de planes de derrocamiento de gobiernos y asesinato de líderes extranjeros. Cierta, de cuando en cuando podía satisfacer su vocación científico-técnica con alguna tarea afín —como la responsabilidad que tuvo en la construcción del famoso avión-espía U-2 que, como él mismo solía jactarse, era “capaz de fotografiar, desde 30 mil metros de altura, la placa de un automóvil circulando por las calles de Moscú”. Y suele reconocerse que a él se debió también en gran medida el impulso tecnológico modernizador que experimentó la CIA a fines de la década del cincuenta y principios del sesenta. En realidad, como lo explicitó años después en una conferencia secreta —que luego, por casualidad, salió a la luz pública provocando gran escándalo— teorizaba que las *operaciones encubiertas* de la CIA incluían *colección de inteligencia y acciones encubiertas*. La colección de inteligencia más importante era la obtenible con métodos modernos como medios electrónicos, satélites y aviones tipo U-2, pues el espionaje clásico más bien era sólo útil en los países subdesarrollados. Las acciones cubiertas comprendían, según él, desde consejos y subsidios a elementos cerca del poder hasta el derrocamiento de gobiernos a través de ayuda política y aún paramilitar.

Bissell era un tipo de aspecto y personalidad que solía impresionar a la gente. Su corpachón de más de seis pies tres pulgadas de estatura estaba en constante movimiento. En su propia oficina en la CIA sorprendía a los interlocutores con su inquietud constante, alzando los brazos, abriendo y cerrando los puños, mordiendo un lápiz, enderezando una presilla o, súbito, poniéndose de pie y, con las manos cruzadas tras la espalda, el torso inclinado, comenzando a dar zancadas incoherentes de un lado a otro mientras hablaba, pensaba o escuchaba. Pero tenía sin duda un intelecto brillante. “Es el hombre más increíblemente talentoso que he conocido nunca: un verdadero genio” decían muchos de él. Y, en los predios oficiales de Washington no había puerta que no se abriera a la mención de su nombre. Los que le conocían bien, sin embargo, argumentaban que su influencia derivaba de una virtud extraordinariamente bien apreciada en los más altos círculos de la capital norteamericana: Bissell era el tipo ejecutivo por excelencia. Y, cuando algún alto personaje —incluso de la Casa Blanca— tenía entre manos un problema importante y complicado, sabía que la más eficaz manera de resolver la tarea consistía en encomendársela a Bissell —capaz de hacer en 48 horas lo que en la espesa malla burocrática de las dependencias oficiales llevaba meses de gestiones que a veces ni siquiera daban resultado.

Esta eficacia de Bissell era producto tanto de su aparentemente inagotable energía para el trabajo como de su carácter exigente con la labor de los demás. No admitía demoras en una tarea que encargara ni chapucerías en la calidad. Y la violencia de sus reacciones ante una dilatación o una ineficiencia provocaban verdadero pánico entre el personal de la Agencia, cualesquiera que fuesen su nivel y antecedentes. Le sacaban de quicio los informes cuya extensión no estaba de acuerdo con su substancia. Cord Meyer, el único alto oficial de la CIA que fue condecorado tres veces con la Medalla de Servicios Distinguidos, experimentó muy bien este rasgo de carácter de Bissell un día en que le envió un grueso reporte que le había encargado. Bissell, que se decía era capaz de leerse un libro de 400 páginas en un par de horas sin saltarse una sola, le echó un vistazo al trabajo de Meyer y tuvo una de sus típicas explosiones de ira. En seguida telefonó a Meyer: “Esto que me ha mandado usted es pura mierda... pura mierda! ... Voy a romper en pedazos ese trabajo... ¡lo voy a hacer trizas, coño, trizas!”. Y, sin esperar respuesta colgó el teléfono. Treinta segundos más tarde volvió a llamar a Meyer. “Para su conocimiento”, le dijo, “¡ya hice trizas su informe y lo tiré al cesto!”. Y cortó la comunicación, mientras continuaba rezongando y haciendo pedazos entre las manos un lápiz que fue el objeto que encontró más cerca para desfogar su cólera.

Tampoco tenía demasiado respeto por ciertas elementales normas éticas. “El comunismo”, decía, “es algo tan demoníaco que hay que reaccionar ante él de manera automática e incluso irreflexiva, sin que importe la decencia de lo que se haga... Los hombres de la CIA tienen que responder obedientemente a un sentido más alto de la lealtad... Muchos de ellos han llevado a cabo operaciones que son contrarias a sus principios morales... Sin embargo, esto no les ha creado ningún serio problema de conciencia por su convicción de que la moralidad de la guerra fría es infinitamente más fácil que la de la guerra caliente”.

Lo que movía la incansable actividad de Bissell, aparte su temperamento, no era con seguridad el ganar dinero. La fortuna familiar lo respaldaba al extremo de podersele considerar un millonario. Probablemente le interesaba más el disfrute de su influencia en los más altos círculos oficiales, aunque era lo suficientemente perspicaz como para ejercitarla con cierta discreción. Y, a largo plazo, sin dudas, aspiraba a tener poder político, estando convencido de que la CIA era un instrumento inédito pero eficaz a los fines de alcanzar tal objetivo. Su ascenso en la Agencia había sido meteórico. De asesor de Dulles pasó a vicedirector de los Servicios Clandestinos con increíble rapidez si se considera que ni tenía antecedentes en la OSS ni era un oficial de inteligencia de carrera y tampoco tenía experiencia alguna en trabajos operativos. Y la vicedirección de Servicios Clandestinos era el corazón mismo de la CIA en tiempos de Dulles, quien priorizaba las acciones encubiertas a cargo de esa vicedirección mientras profesaba el más absoluto desprecio por los trabajos de la inteligencia. Bissell, además, con su talento, conocimientos y energía desbordante, remachó estas actitudes de Dulles e hizo girar casi toda la actividad de la Agencia en torno a los servicios clandestinos y éstos, a su vez, en torno a su persona. Hacia 1960 ya comenzaba a hablarse del retiro de Dulles más tarde o más temprano y a nadie se le ocurría poner en duda que su sustituto como director de la CIA y de la comunidad de inteligencia de los Estados Unidos sería su tempestuoso pero eficiente jefe de servicios clandestinos.

Poco después de aquella entrevista con el Dr. Scheider, Bissell recibió en su despacho al coronel J. C. King.

El día anterior había sido uno de muy intenso trabajo para el subdirector a cargo de los Servicios Clandestinos. Por la mañana tuvo que leer —pese al desagrado que le producía tal tarea— un largo informe del departamento de estimados o pronósticos de la subdirección de Inteligencia y después sostener largas conversaciones con dos oficiales responsabilizados con sendas operaciones encubiertas en el sudeste asiático. Al mediodía estuvo cambiando impresiones con el jefe de la División de África, Bronson Tweedy, sobre la situación en el Congo (Leopoldville). Y alrededor de las cuatro de la tarde, ya algo cansado, recibió de pronto una llamada de Allen Dulles diciéndole que fuera a verlo pues esa misma tarde tenía reunión en el CNS y quería actualizarse sobre ciertos asuntos. La conversación con el director de la Agencia le llevó más de una hora porque abordaron el tratamiento de varias operaciones encubiertas en marcha, entre ellas la relacionada con Cuba que fue a la que dedicaron más tiempo. Bissell le informó a Dulles al respecto. Todo iba bien, incluidos los planes para organizar la fuerza expedicionaria de exiliados anticastristas que había aprobado el presidente el 17 de marzo. La tarea de ésta consistía en infiltrarse en la Isla y llevar a cabo una guerra de guerrillas que eventualmente contribuiría al derrocamiento de su gobierno revolucionario. El nombre de código de este proyecto era “Operación Pluto” y Dulles escuchó en silencio lo que decía Bissell sobre su desenvolvimiento, más bien asintiendo con gesto aprobatorio en éste o aquél punto que haciendo comentarios explícitos.

Según Bissell, sólo unos días después del 17 de marzo, cuando Eisenhower aprobó la “Operación Pluto”, dos altos oficiales de la Agencia, en contacto con el rico hacendado Roberto Alejo, se habían entrevistado con el presidente de Guatemala, Miguel Ydígoras Fuentes, obteniendo la aprobación de este último para el establecimiento de bases de entrenamiento paramilitar de los exiliados de origen cubano en algunas de las fincas que Alejo tenía en el Departamento de Retalhuleu, en la costa del Pacífico.

—Roberto Alejo se ha portado muy bien en todo esto —dijo Bissell.

—Sí, lo sé —replicó Dulles—. Yo hablé hace varios días en una recepción diplomática con su hermano Carlos, el embajador de Guatemala aquí en Washington. Reiteró que siguen a nuestra disposición para lo que necesitemos.

—Y los dos, Roberto y Carlos, tienen fácil acceso al presidente Ydígoras.

Al escuchar el nombre de Ydígoras, el Director de la CIA sonrió con sorna.

Bissell, como leyendo en el pensamiento de su jefe, detuvo un momento su exposición para digredir:

—Bueno —dijo—, aunque sabemos que Ydígoras es un viejo medio senil y medio loco, lo cierto es que en este asunto ha parecido muy dispuesto a cooperar con nosotros.

—Sí —agregó Dulles—, pero ya nos pasará la cuenta. ¿Quiere que le cuente algo sobre Ydígoras?

Bissell prestó atención sabedor de que Dulles, con su larga experiencia, atesoraba una increíble cantidad de anécdotas que gustaba de contar en tono jocoso.

—Dígame.

—Ydígoras fue ministro de otro presidente de Guatemala, Jorge Ubico, que reinó allá, por así decirlo, durante catorce o quince años. Ese Ubico era un tipo pintoresco. Sus cortesanos lo halagaban diciéndole que se parecía a Napoleón y él tanto se lo creía que siempre se

retrataba con una mano introducida en la chaqueta y un mechón de pelo cayéndole en la frente... A Ydígoras se le pegaron algunas de esas extravagancias de Ubico... Sólo que, en lugar de Napoleón, su modelo es Mussolini... Yo he visto una foto de ese viejo que ya no puede ni con su alma, posando con el torso desnudo como el *duce*... Así mismo... ¡con el torso desnudo y las carnes colgándole como piltrafas, para demostrar que está joven y fuerte!... Jo... Jo... Jo...

Y Dulles continuó un rato con su característica forma de reírse, aquel “Jo... Jo... Jo...” famoso entre los dirigentes de la Agencia quienes, cuando no encontraban motivos para la carcajada en algún chiste de aquél, optaban por reírse de su curiosa forma de expresar hilaridad.

Bissell secundó como pudo la humorada de Dulles y retornó a su informe.

La operación de organizar la fuerza expedicionaria de los exiliados anticastristas, dijo luego de exponer en algún detalle su marcha, estaba resultando sin embargo más costosa de lo calculado.

—El costo no debe ser obstáculo para el desarrollo de los planes —dijo entonces Dulles lanzando una bocanada de humo de su pipa—. Ya le pedí al presidente unos fondos extras. Me prometió \$13 millones más para dentro de unas semanas. Pero, dígame, la gente de la subdirección de Inteligencia ¿también trabaja en esto?

—Bueno, la verdad es que lo hemos mantenido como una operación exclusiva de nuestro subdirectorio de Planes.³ Le escuché a alguien decir que Bob Amory⁴ está disgustado con esta marginación. Asegura que, si no se escucha la opinión de la Inteligencia, puede haber un gran fracaso.

—Déjelo protestar y mantenga las cosas como van.

—En realidad, los puestos claves de mando de toda la operación están en nuestras manos. Ni siquiera a los cubanos les permitimos asumir posiciones que impliquen tomas de decisión importantes.

—Así debe ser. Pero, políticamente, ¿cómo marchan las cosas entre ellos?

—Bien, dentro de lo que cabe. Lo más importante: en junio, como ya se le informó a usted, logramos reunir a seis grupos anticastristas y organizarlos en lo que ellos quisieron llamar “Frente Revolucionario Democrático”. Pero debo serle franco, estos cubanos son gente difícil para trabajar: indisciplinados, tendenciosos e incapaces de unirse sinceramente bajo un líder único. En fin, manejamos esta situación lo mejor que podemos.

—¿Hay algo nuevo sobre Cuba? —preguntó entonces Dulles.

—Todo lo que hay se le ha informado a usted. Mañana me reúno con el coronel King para cambiar impresiones.

—Debemos pensar también en cualquier otro tipo de operación complementaria a la formación del contingente de exiliados que se entrenan.

—Eso creo yo también.

—El presidente daría su visto bueno o por lo menos no impediría cualquier otra acción que emprendamos en ese sentido.

—Reflexionaré sobre eso.

La conversación terminó poco después y salieron juntos del despacho. Dulles llevaba una cartera de mano llena de documentos, algunos de los cuales, como solía hacer, iba a ir leyendo en la limosina blindada que le conduciría enseguida a la reunión del CNS en la Casa Blanca. Bissell retornó a su oficina y todavía trabajó hasta cerca de las siete de la

noche. Entonces, con aspecto fatigado, decidió que ya era tiempo de dar fin a la intensa jornada de aquel día. Un poco antes, su esposa desde veinte años atrás, Ann, le había telefonado insistiéndole en que regresara a la casa a descansar. Ella misma le trazó el programa para esa noche. Cenar. Ver su programa favorito por TV. Leer un rato. Y, si necesario con la ayuda de un somnífero, largarse a dormir toda la noche. En la casa, además, había esta vez una tranquilidad poco usual, pues los muchachos —tenía tres varones y una hembra, ya jovencitos— por un motivo u otro estarían fuera.

Bissell cumplimentó con exactitud aquel programa y ahora, día siguiente a media mañana, se disponía con el cuerpo descansado y la mente fresca, a escuchar al coronel King, confortable pero un poco marcialmente sentado frente a él.

Preguntó por la marcha de los acontecimientos en Cuba.

—De acuerdo con sus últimos informes —dijo Bissell— aquello ha ido empeorando.

—Sí, señor. Las cosas han ido evolucionando allá en la forma en que yo las había interpretado en mis últimos análisis. Castro ha ido derivando de manera cada vez más clara hacia un izquierdismo radical de corte comunista. En abril se expropiaron las tierras de la United Fruit Co. En mayo se establecieron relaciones diplomáticas con la URSS. Entre junio y julio se intervinieron las refinerías Texaco, Esso y Shell con el argumento de que se niegan a refinar el petróleo estatal. Como nuestro presidente ha sido autorizado por el Congreso para suprimir la cuota azucarera de Cuba en Estados Unidos, Castro ha respondido amenazando con que, si se lleva a cabo esa medida, expropiará todas las propiedades norteamericanas que hay allá.

¿Es cierto que dejó de circular un periódico importante?

—Dos. El “Diario de la Marina”, uno muy antiguo y conocido por sus tradicionales posiciones conservadoras, y “Prensa Libre”, otro más liberal. En ambos casos los editores se asilaron en embajadas latinoamericanas. Sólo quedan dos periódicos independientes, pero nadie cree que van a durar mucho.

—¿Y la situación política interna?

—Castro sigue siendo el centro del proceso revolucionario y la figura que tiene tras sí el respaldo popular.

—Yo no creo mucho en eso del respaldo popular. Hay oposición, ¿no?

—Sí. Incluso grupos conspirativos que, como usted sabe, apoyamos. Pero se mantienen dispersos y los órganos de seguridad suelen neutralizarlos. Sin embargo, hay algo nuevo en todo esto. La Iglesia Católica ha comenzado a chocar con el régimen. Hace unas semanas, una misa en la catedral de La Habana recordando las víctimas del comunismo fue interrumpida por una multitud cantando “La Internacional”.

El arzobispo de Santiago de Cuba ha emitido una carta pastoral denunciando el establecimiento de relaciones diplomáticas con los rusos y pidiendo a los cristianos que luchen por las libertades que se van perdiendo en el país. Y muchos sacerdotes, sobre todo de origen español,⁵ comienzan a usar el pulpito para sermonear con homilías claramente antigubernamentales.

—¿Y qué opina usted de lo que estamos haciendo?

—Bueno, lo que se está haciendo... Apoyamos a los anticastristas que desde aquí van realizando incursiones a Cuba... También orientamos y damos recursos allá a grupos conspirativos de oposición... Pero todo esto usted lo conoce mejor que yo... Jerry Droller⁶

me informa algo sobre la operación que se está organizando en Guatemala... Sobre eso usted desde luego está mucho más informado que yo.

—Es que tenemos esto muy compartimentado.

—Supongo que así debe ser. Pero quiero poner en su conocimiento que las noticias se filtran y hay bastantes comentarios por fuera sobre esa operación.

—¡Son los puñeteros cubanos los indiscretos! No, no son cobardes, eso no. Pero sí condenadamente indisciplinados y charlatanes, por no hablar ya de su incapacidad para actuar unidos bajo un sólo líder. Hemos tenido que evitar que asuman puestos de responsabilidad en esa operación. Tenemos pensado entrenar un grupo de ellos en “La Granja”,⁷ pero separados de los nuestros que también pasan cursos. No parece prudente mezclarlos... Bueno, cambiando de tema...

¿Qué más puede idearse con el caso de Cuba? Ayer precisamente hablaba con el Director acerca de ello. El está dispuesto a considerar cualquier idea que refuerce o perfeccione lo que estamos haciendo.

—Hace seis o siete meses —dijo King hablando despaciosamente y con el aire de quien tiene la sensación de haber predicado en el desierto— que yo hice cierta recomendación basada en un principio que ahora está más vigente que nunca: mientras no se elimine a Fidel Castro no resolveremos la situación en Cuba.

Bissell quedó callado un instante, pero de inmediato decidió manifestar su opinión:

—Y yo me inclino cada vez más a pensar igual que usted —dijo.

—Esto se ha discutido en el Grupo Especial e incluso en el pleno del CNS con el presidente participando en la sesión —insistió King.

—Lo sé.

—Pero no hay todavía una decisión sobre ello.

—No, al menos formalmente.

—Es mi impresión —asintió King—. También se ha discutido si bastaría la eliminación de Fidel. Yo llegué a sugerir que cualquier solución que se de al caso debe incluir a su hermano Raúl y al Ché Guevara.

—Es un punto que requeriría clarificación. Tengo entendido que Castro ha designado a su hermano Raúl como sucesor y que éste tiene ideas más radicales. Lo mismo que el tal Ché Guevara. Raúl y Guevara parecen incluso más nítidamente procomunistas que Fidel. Pero usted mismo reconoce que por ahora Fidel es el centro de todo.

—Así es.

—Bueno, sigamos pensando en todo esto.

V

El 20 de julio de aquel año de 1960, en el cuartel general de la CIA en Washington se recibió un cable de la estación en La Habana diciendo que se había logrado establecer contacto con un cubano que se ofrecía para suministrar información de inteligencia y declarando además que pronto iba a estar en una posición que le permitiría tener acceso a Raúl Castro.

El cable se recibió de noche y, una vez descifrado, vista su importancia, se llamó a un “oficial responsable”⁸ para comunicarle su contenido. Este oficial estaba en su casa disfrutando un programa de televisión y al enterarse de lo que se trataba —pese al lenguaje

eufemístico utilizado— intentó enseguida comunicarse con Richard Bissell, llamándolo por teléfono.

—No está en Washington —le informaron—. Dejó dicho que cualquier cosa vigente se la pasaran de inmediato a Barnes.

Tracy Barnes, un experimentado operativo de los tiempos de la OSS y excompañero de andanzas de Alien Dulles en Berna, era el segundo de Bissell en el subdirectorío de Servicios Clandestinos. Al ser informado del contenido del cable y en ausencia de su jefe, se hizo cargo inmediatamente de la situación, aunque decidió contar también con la ayuda del coronel King a quien logró localizar. Quedaron en salir de inmediato y reunirse en las oficinas de Barnes, los dos más el oficial responsable. Allí discutieron el caso durante un buen rato hasta que finalmente Barnes le dijo al oficial responsable:

—Toma nota del mensaje que te voy a dictar y que debe salir esta misma noche para la estación de La Habana.

—Listo —dijo el oficial sentándose frente a una mesa, papel y estilográfica en mano.

—Redacta el cable con estos elementos. Comienza señalando que la posible remoción de los tres líderes cubanos está recibiendo seria consideración en el alto mando de la Agencia... Dile que nos informe si el cubano con que hizo contacto estaría dispuesto a arreglar que Raúl Castro sufra “un accidente”... así entrecomillado, “un accidente”. .. Barnes miró a King interrogativamente pero este último no dijo nada limitándose a asentir con un gesto.

—Añade ahora —continuó Barnes dictando al oficial mientras caminaba de un lado a otro de la pieza— que se le pueden ofrecer al cubano \$10 mil...

Ahora sí intervino King:

— ¡Pero sólo después de realizada la operación... el “accidente”... con éxito!

—Claro —coincidió Barnes—, incluye ese punto y agrega que nada de pago por adelantado... pago garantizado, pero después de realizada la operación... ¿Algo más, Jim?

—Sí —dijo King—. Debe señalársele que preste atención a los deseos del cubano de cooperar y a las sugerencias que pudiera hacer...

—Eso está bien —admitió Barnes.

—Es que tu conoces a nuestra gente: les gusta ordenar y a veces no escuchan lo que dice la otra parte.

—Cierto, —corroboró Barnes y entonces, dirigiéndose al oficial le dijo—: repíteme otra vez la introducción.

El oficial leyó en sus notas:

—”Posible remoción de los tres líderes cubanos está recibiendo seria consideración aquí en el alto mando de la Agencia”.

—Perfecto —dijo Barnes, mientras miraba a King, quien nuevamente manifestó su acuerdo con un gesto—. Ahora redacta el cable así mismo como está y llévalo a cifrado. Ocúpate de que salga esta misma noche.

—¿Quién lo firma?

—King, con mi autorización.

—Sí, señor.

El oficial a cargo de la estación de la CIA en La Habana recibió el mensaje temprano en la mañana. Al mediodía logró hablar con el cubano. Regresó a su oficina y redactó una respuesta que envió enseguida. El texto informaba de ese contacto aclarando que, aunque

no utilizó la palabra asesinar, sí le explicó al individuo que la Agencia quería “un accidente que neutralice a Raúl Castro”.

Entonces, continuaba comunicando el oficial desde La Habana, el cubano dijo.

—Diez mil dólares no es mucho y, aunque se trata de un riesgo calculado, hay posibilidades de que se descubra que lo ocurrido a Raúl Castro no es un accidente.

—¿Entonces? Dígame a cuánto dinero aspira usted.

—Dinero en efectivo, no. Acepto realizar la operación, si se me garantiza que, en caso de que yo muera, mis hijos van a tener costeados sus estudios en los Estados Unidos hasta la Universidad.

—Buano, consultaré, pero creo que no habrá dificultades con eso.

La petición, en efecto, fue aceptada. Y todo parecía bien encaminado cuando imprevistamente, el siguiente día 22, el oficial de la CIA de La Habana a cargo del caso recibió un cable del cuartel general de la Agencia en Washington, que decía así: “No prosiga el asunto de referencia. Preferiríamos cancelarlo”. Firmaba Tracy Barnes a nombre del director Allen Dulles.

El oficial de la estación CIA de La Habana quedó perplejo. ¿A qué se debía tan súbito viraje? Pero como no disponía entonces —como tampoco se dispone hasta ahora— de datos esclarecedores, se limitó a especular con algunas razonables explicaciones al respecto. En primer lugar, pensó, es posible que se llegara a la conclusión de que el contacto es un miembro de los órganos de seguridad cubanos al que éstos deseaban infiltrar en la CIA como doble agente. En segundo lugar, continuó reflexionando, es posible que al reconsiderarse el asunto a más altos niveles de la jefatura (Dulles y Bissell) se llegara a la conclusión de que matar sólo a Raúl —dejando vivos a Fidel y el Ché— no tenía sentido y hasta quizá podría complicar las cosas. “Tiene que ser una de esas dos razones”, concluyó el oficial, “La que ha determinado se cancele tan abruptamente la operación”. Pero había una tercera posibilidad con la que el oficial no había contado. Para entonces, fines de julio de 1960, en los más altos niveles de la CIA, se contemplaba ya un proyecto encaminado a eliminar a quien se consideraba el objetivo prioritario y decisivo de cualquier atentado: Fidel Castro.

El oficial de la estación CIA de La Habana, sin embargo, comprendió que no tenía mucho tiempo disponible para comunicarle al cubano las nuevas instrucciones.

No logró encontrarlo y su preocupación subió de punto cuando supo que el hombre estaba en esos momentos con Raúl. Sin embargo, no podía hacer otra cosa que esperar. “Ojalá no lleve adelante el plan”, se dijo a sí mismo. Y al día siguiente, cuando por fin pudo lograr el contacto, sin contener su ansiedad y prescindiendo del saludo, preguntó al cubano:

—¿Qué pasó?

—No pasó nada. No tuve oportunidad de arreglar el accidente. Lo siento.

El oficial emitió un suspiro de alivio.

—No te preocupes —dijo—. Vamos a cancelar la operación.

—De acuerdo.

VI

Los veranos en Washington no son siempre agradables. Hace calor y uno está expuesto a salir con un sol brillante cuando, sorpresivamente, el cielo se encapota y una inesperada descarga lluviosa le cae encima. Hay entonces despliegue de paraguas, corre-corre de gente por las calles buscando guarecerse y el casi cómico espectáculo de algunos dando saltitos sobre el torrente de agua que fluye por las vías o tratando de escapar de la empapadora ráfaga con que las gomas de un automóvil, al pasar por un bache, lanza sobre los inermes peatones. En las zonas comerciales algunos empleados asoman por las puertas —sequecitos y protegidos— para observar el espectáculo, mientras los libreros —y vendedores ambulantes de quincallería— se apresuran a retirar la mercancía que a precios de ganga exhiben sobre una mesa situada en la acera. Ocasionalmente alguien llega a una esquina buscando refugio bajo la marquesina de una tienda cuando lee con preocupación un pasquín pegado a la vidriera: “Cuidado: zona delictiva peligrosa. Departamento de Policía”.

El estío de 1960 parecía uno cualquiera, pero no ciertamente para la CIA, donde tal estación del año solía traer consigo alguna actividad de esas que hacen historia. La propia institución había sido fundada el verano de 1947, había realizado exitosamente la operación encubierta que derrocó al gobierno del Premier Mossadeh en Irán el verano de 1953 y la que provocó la caída de Arbenz en Guatemala en el verano de 1954. La cronología de eventos protagonizados por la Agencia —faustos o infaustos, según el punto de vista que se adopte— había seguido ese curioso patrón con sólo alguna que otra excepción, durante los años posteriores.

Era el mes de agosto de aquel año y todo parecía indicar que la rara tradición se mantendría. Esta vez a costa del recién independizado Congo (belga), donde el auge de las fuerzas liberadoras más decididas, encabezadas por el carismático Primer Ministro Patricio Lumumba, luchaban arduamente —en medio de una complicada situación política— por consolidar sus posiciones y arrojar del país los remanentes de la presencia colonialista. En Washington había algo más que reservas con Lumumba. Se le consideraba un líder de izquierda, con tendencias procomunistas y ningún temor a pedir la ayuda soviética si necesario fuera a sus ideales nacionalistas. Poco a poco había ido conformándose la opinión de que Lumumba era una amenaza para los intereses de los Estados Unidos y el mundo occidental y su eliminación se dibujaba cada vez más necesaria.

Bissell estuvo entre los primeros en captar ese estado de opinión en los máximos niveles del gobierno norteamericano.

Alrededor de las medianías de aquel mes, sostuvo una entrevista con Bronson Tweedy, jefe de la División de Africa del subdirectorío de Servicios Clandestinos.

—Tweedy —dijo Bissell—, es necesario que explores las posibilidades de eliminar físicamente a Lumumba.

—¿Insinúas un asesinato?

—Sí.

—Bueno, consideraré el asunto. Pero ¿tienes alguna idea de cómo hacerlo?

—Creo que este es un trabajo para el Dr. Scheider.

—Lo que significa veneno o tóxico. Habla con Scheider, que yo voy a pensar en el aspecto operativo del caso. Oye, Diok, ¿crees que esto estaría autorizado?

—Sí, como se autorizan ciertas operaciones. Sugerencias, indicaciones, eufemismos, circunloquios y así por el estilo. Pero el asunto está en el aire. Y yo creo que viene del propio presidente, sólo que no hay que involucrarlo.

—Desde luego. Otro caso de “negación plausible”.

—Exacto.

Poco después, Bissell llamó al Dr. Scheider y, le anunció que parecía acercarse el momento de poner a prueba la capacidad de su laboratorio para producir el material necesario con el fin de eliminar un líder extranjero hostil a los intereses de los Estados Unidos y el mundo libre.

Scheider dijo que necesitaba saber de qué país se trataba.

—¿Y por qué le interesa eso? —Preguntó Bissell.

—Podemos utilizar bacilos aptos para provocar una enfermedad mortal en el individuo de que se trate —explicó el bioquímico—. Pero sería necesario conocer en qué país vive para seleccionar aquellos que son característicos del lugar de modo que todo parezca una infección natural. El bacilo del cólera, por ejemplo, puede provocar esa enfermedad en cualquier parte del mundo, pero sólo es endémico en ciertas regiones de Asia y Africa. Cierta tipo de sífilis sólo puede encontrarse en países árabes del Mediterráneo...

—Bien... bien... Se trata del Congo en África... el Congo que era colonia belga.

—¡Ah, el caso de Lumumba!

—Exacto. Está usted bien informado.

—Leo la prensa.

—Bueno, sin dilación, acelere ese trabajo... ¡Ah, y no se preocupe demasiado por el carácter de esta operación: está autorizada al máximo nivel!

El día 18 del propio mes de agosto llegó al alto mando de la CIA en Washington un cable de su estación en Leopoldville en el que se comunicaba con alarma que la situación política era tal en ese país africano que hacía previsible una pronta toma del poder por comunistas y otros elementos antioccidentales. Se precisaba que el personaje que facilitaba tal posible desenlace era el Primer Ministro, Patricio Lumumba. Y se sugería que los acontecimientos se desarrollaban con tal rapidez que “nos queda ya poco tiempo para actuar en evitación de que se nos produzca aquí otra Cuba”.

Desde el cuartel general de la CIA esa información fue respondida diciendo que se estaba en gestiones para lograr se aprobara una acción encaminada a la supresión física de Lumumba. Pero ese mismo día —18 de agosto por la tarde—, en una reunión del CNS, el presidente Eisenhower —según testimonió años después un participante en la sesión— prácticamente dio la orden de matarlo. De modo que, cuando el día 25 presidió el Grupo Especial del propio CNS, no hubo problemas a la hora de adoptar un acuerdo según el cual no se excluía ningún medio en particular capaz de permitir desembarazarse del líder congolés. Al día siguiente, Allen Dulles envió bajo su firma un cable al jefe de la estación de la CIA en Leopoldville diciendo que “esta remoción (asesinato de Lumumba) es un objetivo urgente y primordial que bajo las actuales condiciones debe tener la prioridad máxima en nuestra acción encubierta”.

Unos días después, Bronson Tweedy se entrevistó con Scheider y le preguntó por la marcha de los preparativos para la operación encubierta a realizar en el Congo.

—¿Se refiere usted a las instrucciones que me dio el señor Bissell sobre eso?

—Sí, claro.

—Bueno, todo va bien. El problema ahora es encontrar la forma de embotellar los materiales para proteger a quien los porte y que además parezcan ser cualquier otra cosa.

Por otro lado, tenemos que preparar un segundo tipo de materiales capaces de inactivar la letalidad de aquellos en caso que así se requiera.

—¿Eso es todo?

—Bueno, será necesario buscar también un medio de disimular otros implementos que habrá que usar, como agujas hipodérmicas, guantes de goma y gasa para mascarillas. La manipulación de estos materiales es bien pelagrosa.

—De acuerdo, Apresure esos trabajos, que usted mismo será quien los lleve a Leopoldville.

—¿Yo?

—Usted.

—Bueno, a sus órdenes.¹⁰

VII

La operación encubierta organizada por la CIA para asesinar a Lumumba no tuvo éxito. Ni resultó necesario que lo tuviera, ya que los enemigos congolese de aquel líder —algunos vinculados a los Estados Unidos— se encargaron de llevar a cabo la tarea poco después. Sin embargo, el atentado en sí no careció de implicaciones. Pues, eufemismos y circunloquios aparte, había quedado perfectamente clara la disposición en los más altos niveles del gobierno norteamericano a dar luz verde a la CIA para que procediera a la eliminación física —vía asesinato— de cualquier líder extranjero cuya conducta se estimara hostil a los intereses globales de los Estados Unidos. El camino, ahora, aparecía despejado y hasta propicio a los fines de que la Agencia actuara en un caso como por ejemplo el de Fidel Castro en Cuba.

Hacia la terminación de aquel mismo mes de agosto de 1960, precisamente en medio de los ajetreos de la operación contra Lumumba, Bissell sostuvo una importante conversación con el coronel Sheffield Edwards, Director de la Oficina de Seguridad de los Servicios Clandestinos. Esta oficina era la encargada de la protección física de las instalaciones de la CIA tanto dentro como fuera de los Estados Unidos y se encargaba además de realizar las pruebas del polígrafo (detector de mentiras) a que eran sometidos casi sin excepción todos los empleados, oficiales y colaboradores que trabajaban para la Agencia. A Edwards se le consideraba un hombre experimentado y con el que se podía contar para cualquier otra tarea que exigiera conocimientos, astucia y decisión.

Cuando hablaba de Cuba, Bissell no podía evitar excitarse y ahora, al iniciar su charla con Edwards, agitaba en las manos, con ademanes irascibles, un informe que había recibido días atrás sobre la situación en la vecina isla. El informe venía con un anexo consistente en recortes de periódicos cuidadosamente pegados a las hojas finales del reporte. Todo el material se refería a las medidas adoptadas por el gobierno de Fidel Castro como respuesta a la supresión de la cuota azucarera de Cuba en el mercado norteamericano decretada por el gobierno de Eisenhower. Las medidas incluían la nacionalización de 36 centrales azucareros, varias refinerías de petróleo y las compañías de teléfonos y electricidad —todas estas empresas de capital estadounidense. Bissell, aunque aludió brevemente a la cuantía financiera de las nacionalizaciones, se expresaba con particular vehemencia al considerar lo que significaban por su impacto en la región latinoamericana y, sobre todo, lo que implicaban en tanto que osado desafío a Washington.

El coronel Edwards dejó que Bissell se desahogara y, cuando le vio más calmado, se limitó a preguntar:

—Bueno, ¿y qué podemos hacer?

—Estamos haciendo bastante —replicó Bissell—, pero no lo suficiente. Apoyamos a los exiliados anticastristas aquí y tu sabes que está en marcha una operación importante en Guatemala. Allá en Cuba respaldamos en la medida de lo posible grupos de oposición generalmente clandestinos y capaces de realizar ciertas acciones contra el régimen. Pero esto no basta. ¿Has hablado últimamente con el coronel King?

—No, no últimamente.

—El dice que la única solución para Cuba consiste en que eliminemos a Fidel Castro.

—Lógico.

—Ahora tenemos el precedente del caso de Lumumba cuya eliminación ha sido aprobada al máximo nivel.

—Sí, estoy al cabo de eso.

—Y, si tal fue la decisión con Lumumba, ¿cuál otra puede ser la que se tome con Castro? Después de todo Cuba es mucho más importante para nosotros que ese condenado país de negros que es el Congo.

—Eso está claro. Pero no creo que, en el caso de Cuba, debiéramos realizar una operación involucrándonos tan directamente como en el Congo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo he pensado mucho sobre el caso de Cuba y Fidel Castro. Estoy convencido que no queda otra alternativa que suprimirlo físicamente, pero eso sí, utilizando intermediarios directamente interesados en hacerlo.

—¿Te refieres a los exiliados anticastristas?

—No, no a ellos.

—Me alegro —dijo Bissell asintiendo con un gesto, —porque a esos no se les pudiera confiar una operación de esta envergadura. Además, son muy parlanchines. Les encargas un trabajo y les dices que se trata de algo muy secreto. Te responden: “De acuerdo”. Y al otro día Miami completo está hablando del asunto. Pueden ser útiles para algunas cosas, pero para una tarea como ésta son pura mierda. Si se les utilizara para algo como esto sería como colaboradores y en condiciones en que no puedan poner en peligro la operación o hacerla explotar con su carácter díscolo y su charlatanería.

—Desde luego, Dick. Pero no, no me refiero a los exiliados, sino a gente con intereses económicos en Cuba suficiente como para incitarlos a actuar.

—¿Dueños de centrales azucareros, refinerías de petróleo, empresas de servicios públicos? No. Tampoco sirven. Pueden quizá financiar una operación así, pero no llevarla a cabo. Ni soñarlo.

—No me refiero tampoco a ese tipo de gente.

Bissell miró con intensidad y aire interrogante a Edwards.

—¿Y a quién te refieres? —preguntó con expresión intrigada.

—Cuando Castro asumió el gobierno —explicó Edwards— cerró los casinos de juego en una especie de arranque puritano tan típico suyo. Luego, para atraer turistas, los volvió a abrir. Pero funcionan supervisados por el gobierno, muy precariamente y bajo la amenaza constante de que los nacionalicen.”

—Sigue —dijo Bissell, ahora muy interesado.

—Esos casinos, según mis informaciones, han estado siempre controlados por elementos del crimen organizado de aquí en los Estados Unidos... La Mafia y esa clase de gente... Era un negocio que les producía enormes ganancias y tenían grandes planes de expansión que ahora parecen estar yéndose al diablo...

—Yo tenía entendido que esos mafiosos más bien operaban en lugares como Las Vegas y otros de aquí en Estados Unidos.

—Sí, pero antes que Las Vegas adquiriera para ellos su importancia actual el gran emporio del juego lo tenían en La Habana. Yo leí hace algún tiempo un artículo, creo que en el “New York Times”, donde se afirmaba que ese negocio en Cuba le producía a la Mafia entre \$350 y \$700 millones al año. Si quieres te localizo el artículo.

—No hace falta.

—Además —prosiguió Edwards— tengo un amigo experto en eso que me contó una vez algo increíble. Una noche se colocó junto a la mesa de dados de un casino habanero y allí estuvo sin moverse, observando las operaciones, durante cinco horas seguidas. Y ¿puedes imaginarte lo que me dijo? Pues que en esas cinco horas vio cambiar de manos más de tres millones de dólares.

—¡Coño! ahora veo claro tu razonamiento. Esos elementos mafiosos, con tan fantásticos negocios en Cuba y, al mismo tiempo, familiarizados con los métodos más expeditivos para deshacerse de un enemigo, pudieran perfectamente echarse al pico a Castro que tanto los ha perjudicado.

—Y con una ventaja: es gente que sabe guardar un secreto.

—Y aún otra ventaja más para nosotros. Esa gente de la Mafia liquida a Castro y aun cuando se descubra que fueron ellos, todo el mundo encontraría lógico que lo hicieran siguiendo la tradición de eliminar a cualquiera que afecte sus intereses. ¿Y a quién se le va a ocurrir que actuaron en vinculación con el gobierno de los Estados Unidos? A nadie. Sería una operación nuestra, pero superencubierta.

Y Bissell se levantó de pronto y comenzó a dar sus largos pasos de un extremo a otro de la oficina. El coronel Edwards le observó con una sonrisa. Siempre encontraba algo cómico en aquellas reacciones nerviosas del jefe de los servicios clandestinos, con sus idas y venidas en la pieza donde se encontraban, mirando al piso, las manos a la espalda y las largas piernas moviéndose descompasadamente hasta casi tropezar con la pared antes de volverse y repetir el ejercicio. Permanecía callado, pensando, valorando los pros y los contras del proyecto. Finalmente, le vio sentarse de nuevo, aún callado, y para su horror, observó que tomaba una gran presilla que estaba sobre la mesa y a dentelladas la enderezó convirtiéndola en un largo y brillante alambrito. Finalmente tiró la presilla —o lo que quedaba de ella— en un cesto y miró tras los gruesos espejuelos, a su interlocutor. Tenía una expresión satisfecha en el rostro.

—¡Coño, Sheff —dijo entonces—, esta idea tuya demuestra imaginación y me parece genial. ¿Cómo se te ocurrió?

—¡Bah, no tiene mucha originalidad! El bajo mundo del crimen a veces ha sido utilizado para ayudar a una causa justa. En la Segunda Guerra Mundial la Mafia facilitó las operaciones de desembarco aliado en Sicilia. Y luego, fueron los delincuentes corsos, una especie de mafiosos también, los que ayudaron a la invasión por el sur de Francia. Los corsos, por cierto, son uña y carne de los servicios secretos franceses.

—¿Cómo es eso? —preguntó Bissell fascinado.

—Como tu sabes y yo conozco bien por mi trabajo, los servicios secretos franceses operaban bajo la cobertura formal de Servicio de Documentación Exterior y Contraespionaje. Tienen creo que seis o siete departamentos o “servicios” como ellos los llaman. El número uno es el de espionaje, organizado en áreas geográficas, el número dos es contraespionaje... y así sucesivamente, hasta un último servicio encargado de tareas administrativas.

—Más o menos como nosotros: eso lo se.

—Bien. Pero ellos tienen el llamado Servicio Número Cinco más conocido por “Acción”. Lo forma gente muy entrenada en artes marciales, inteligencia y contrainteligencia... ¡Y casi todos son corsos! Incluyendo a muchos que son miembros o trabajan cuando es necesario de acuerdo con la “Unión Corsa” que es algo así como la Mafia francesa, aunque algunos dicen que con un nivel de criminalidad tal que los mafiosos de aquí son unos niños de teta...

—Continúa —dijo Bissell tratando de no perder palabra.

—Los servicios secretos franceses, particularmente el Número Cinco o “Acción”, acuden a los delincuentes corsos cuando necesitan ayuda: informes, identificación de gentes, incluso comisión de actos que a ellos no les es fácil llevar a cabo sin violar abiertamente la ley...

—¿Y por qué esa colaboración de los delincuentes?

— ¡Oh, es una relación de mutuo beneficio! La “Unión Corsa” ayuda a los servicios secretos de “Acción”, pero luego “Acción” influye para que las autoridades se hagan de la vista gorda ante los delitos y crímenes de la “Unión Corsa”. Cuando terminó la última guerra mundial, ésta sólo era fuerte en Marsella y el sur de Francia. Ahora se ha extendido por todo el país, incluyendo París. ¿Cómo fue posible esta expansión? Muy sencillo. Las autoridades, en pago a sus servicios, lo permitieron. Y ahora se dice que la “Unión Corsa” no sólo tiene gente dentro de los servicios secretos sino en la Policía, el Ejército, las Aduanas... en todas partes.

—O sea, que si utilizamos aquí gente del llamado sindicato del crimen habría por lo menos ese antecedente francés.

—Y no sólo francés. Tu pudieras citar otros casos. Incluido el nuestro. A principios de la postguerra la Agencia utilizó esos elementos en Francia para aplastar los comunistas. Bissell quedó silencioso un momento. Luego dijo:

—La tarea de eliminar a Fidel Castro se la podríamos confiar a esa Mafia de aquí... Les conviene hacerlo por sus intereses en Cuba y, además, no puede ponerse en duda que son efectivos, están bien organizados y saben actuar con la máxima discreción.

—Así es.

—Claro que incluso a la Mafia le va a resultar difícil ese trabajo. Yo apostaría a que tienen un chance entre diez de tener éxito.

—Más, Dick, más.

Bissell volvió a quedar silencioso, pero enseguida retomó la palabra.

—Te compro la idea.

—Si quieres, me ocupo del asunto.

—Habría que explorar el terreno y hacer los contactos necesarios. ¿A quién encargarías esa tarea?

—A Jim O’Connell.

—Jim “El Grande”... Sí, me parece bien.

- ¿Se lo comunicarías al jefe?
—¿A Al? Claro. En el estilo usual.
—Entonces comienzo a trabajar en esa dirección hoy mismo.
—Buena suerte.
—Tal vez la necesite, gracias.

Capítulo 4

LA TIA DE SICILIA

I

Sicilia es una pequeña isla de 25 mil km² situada frente a las costas meridionales de Italia. Su paisaje de llanuras y montañas —bañado por un clima templado y agradable, aunque pertinazmente lluvioso y ardientemente seco según la región y la estación del año— tiene la fertilidad de los suelos volcánicos y los pavorosos estremecimientos sísmicos que se gestan en la nirviente lava de las entrañas del Etna. Su pasado es el de una sucesión de dominaciones por pueblos invasores y potencias expansionistas que en diversas épocas se disputaron la hegemonía del Mar Mediterráneo: desde fenicios hasta españoles, incluyendo entre ambos a griegos, romanos, árabes, normandos, alemanes y franceses —hasta su incorporación a Italia por las tropas de Garibaldi en 1860. Esta suerte de accidentado muestrario geográfico y de casi completo catálogo de vaivenes históricos que se compendia en Sicilia, explica tal vez el carácter de su pueblo, al que la fama acredita laboriosidad en el trabajo, ternura hacia la familia y allegados cercanos, tozuda rebeldía ante la adversidad, perdurable rencor hacia el enemigo y raptos de exaltación capaces de llegar a la más mortal de las violencias.

Sicilia es la cuna de la Mafia. ¿Cuándo y cómo surgió esta organización? ¿Qué significa su nombre? No se sabe. Una versión —la más difundida y también la más dudosa— sostiene que en tiempos pretéritos los sicilianos emprendieron tenaz lucha contra la dominación francesa lanzando a todos los vientos una consigna de combate —"Morte Alia Francia Italia Anela"— con cuyas iniciales supuestamente se compuso el término. Pero los hechos históricos parecen sugerir un origen más bien vinculado a cruentas luchas sociales que a nobles insurgencias patrióticas. Así, tesis más razonables sitúan el nacimiento del fenómeno mafioso hacia principios o mediados del siglo xix, cuando la estructura feudal de la sociedad siciliana enfrentaba en agudas pugnas entre sí a los poderosos barones terratenientes y a todos éstos actuando de conjunto en sojuzgadores afanes de explotación de los campesinos. En la Sicilia de aquella época, sujeta a un clima de violencia que perduraría hasta nuestros días, todos los métodos de lucha contra los adversarios —familias ricachonas rivales, autoridades empeñadas en imponer la ley, labradores que resistían al despojo de las rentas abusivas— eran válidos. Y entre los más efectivos de todos, al estilo de los clásicos *condottieri* de la fantasía renacentista, estaba el uso de pequeños ejércitos de bandoleros que mediante paga eran capaces de cometer cualquier clase de tropelía o crimen. Según estas tesis, en el auge de tales grupos mercenarios estaría el turbio origen de la Mafia.

Durante una época, afirman las fuentes más autorizadas, los mafiosos desempeñaron su papel fundamentalmente como brazos armados de los grandes terratenientes para aplastar protestas o revueltas campesinas. Poco a poco, sin embargo, fueron adoptando formas organizativas propias cada vez más sofisticadas, tentaculares y hasta rituales. Se jerarquizaron sus filas surgiendo los jefes o *capos* cuyo ascendiente sobre una hueste de fieles seguidores se basaba en su astucia, audacia delictiva y arcas bien repletas de dinero. Penetraron el pequeño y gran comercio mediante la usura, la extorsión y el contrabando. Colocaron testaferros en los aparatos administrativos municipales y estatales, y neutralizaron —con el soborno o la amenaza— los aparatos represivos policíacos. Llegaron a tener —como se dice aún tienen en la actualidad— representantes de sus intereses en las altas esferas del poder en la península.

La Mafia fue adquiriendo con el tiempo una muy propia fisonomía en el bajo mundo del delito en Sicilia y otras partes de Italia¹. Por el lado de la violencia comenzó a distinguirse por su desprecio a las leyes, su vocación por el robo y el chantaje, su apego a resolver las pugnas mediante sangrientas *vendettas*, su poderío basado en la fuerza, el abuso y el terror. Y, por el lado organizativo, destacó por el desarrollo de sus propios códigos de conducta fundados en el principio de la lealtad al jefe y su grupo —generalmente sellada por un pacto de sangre—, en la obediencia estricta a las órdenes recibidas y, sobre todo, en la ley del silencio (*omertá*) —amenazante e implacable norma de represalia ante la delación. Los *capos*, —singularmente aquellos más identificados con el respeto a la tradición— se ocuparon asimismo de cubrir su aspecto exterior con el debido toque de distinción. Temidos por su capacidad para el crimen, buscados por su influencia política y social, y considerados por sus caudales a veces millonarios, gozaban del reverenciado título de *don* antepuesto al nombre y justificado por el gesto ceremonial, la palabra solemne y la actitud paternalista. Debía ser así. Eran la máxima jerarquía en la *Honorata Società*.

A fines del siglo pasado y comienzos del presente se produjo un nuevo fenómeno: el aparato de la Mafia —desde su inspiración delictiva hasta sus estructuras, principios y rituales— surgió en los Estados Unidos.

Este proceso merece una explicación.

Durante la segunda mitad del XIX y primeras décadas del XX la ascendente potencia norteamericana se había convertido en una de las fuentes receptoras de inmigración mayores del mundo. Entre 1860 y 1920 a ese país llegaron cerca de 30 millones de personas —hasta 1890 procedentes en casi su totalidad de Irlanda, Inglaterra y Alemania. A partir de ese último año comenzó a producirse un cambio en la composición por origen de esos inmigrantes, que en más de una tercera parte provinieron desde entonces de Europa oriental y meridional —particularmente de Italia. Entre las regiones de Italia que mayor aporte hicieron a aquel masivo desplazamiento humano se encontraba Sicilia. En la pequeña isla mediterránea el atraso y la pobreza multiseculares se habían convertido en mecanismo impulsor de un patético éxodo que los Estados Unidos —con su entonces insaciable capacidad para la absorción de mano de obra barata— estuvieron dispuestos a acoger.

Un número de estos inmigrantes llegaba al emporio norteamericano sin otro objetivo que escapar a la miseria de su tierra natal y, simplemente, sobrevivir. La mayoría aspiraba además a mejorar su condición económica y social abriéndose paso con su trabajo como pudieran. No faltaban quienes, deslumbrados por versiones idealizadas acerca de los

Estados Unidos, ambicionaban incluso prosperar hasta hacerse ricos. Desde luego que muchos, no obstante que luego de vicisitudes mil, lograron en menor o mayor medida sus objetivos. Pero la generalidad debió sufrir un amargo desengaño. No era tan fácil como se creía, sobre todo en periodos cíclicos de crisis económica, encontrar empleo. El trabajo —intensivo— apenas se remuneraba lo suficiente como para vivir más allá de la subsistencia en aquellas sórdidas barriadas en que se amontonaban, compartimentadas en verdaderos *ghettos*, las diversas etnias y nacionalidades. Había problemas con el bajo nivel de calificación laboral, dificultades con el idioma, barreras insalvables de discriminación. Y todo ello en una atmósfera social de desgarrado individualismo, hostil y dura.

Por otro lado, detrás del impetuoso desarrollo económico, la sociedad norteamericana de entonces —ultratípica aunque un tanto trasnochada muestra del llamado capitalismo salvaje— era también la sociedad de la violencia, el delito y el crimen. Y en esa lucha sin cuartel por sobrevivir y quizá prosperar, hubo inmigrantes —entre ellos los italianos, pero no sólo ni mucho menos los italianos— que identificaron precisamente en esas actividades el medio de obtener aquello que parecía formar parte consustancial del modo de vida en : nuevo país: el dinero.

Los sicilianos —y también napolitanos y de otras regiones de Italia— no fueron, en efecto, los que introdujeron en los Estados Unidos los patrones de delictuoso comportamiento antisocial basados en la acción de grupo. Aún antes de su arribo, existía en aquel país la tendencia al crimen organizado sólo entre los propios norteamericanos, sino entre inmigrantes irlandeses, alemanes y hebreos, generalmente agrupados en etnias exclusivamente aunque, según algunas autoridades en el tema, unidos más bien por la influencia determinante de un jefe acatado por sus cualidades de liderazgo. La génesis del aporte siciliano —y de alguna otra región de Italia como la napolitana— puede obviamente vincularse a las tradiciones de la Mafia en la pequeña isla mediterránea y a la que solía aludirse cariñosamente como “la tía de Sicilia”.² Este aporte probablemente consistió en un más audaz desprecio por la ley y el orden (violables), un mayor cinismo frente a las autoridades (sobornables o atemorizables), una mayor conciencia disciplinaria de grupo (espíritu de clan un énfasis en la lealtad cómplice (ley de la *omertá*) y, también en la ferocidad en las *vendettas* y la ilimitada crueldad con las víctimas, los adversarios y los traidores.

II

Las primeras iniciativas mafiosas en los Estados Unidos usualmente se vinculan con los extorsionistas de la denominada “Mano Negra” —que funcionaba enviando mensajes anónimos, sin otra identificación que una tal dibujada en oscura tinta, exigiendo dinero que debía remitirse so pena de sufrir represalias en forma de atentados personales o daños a la propiedad. Luego, tales actividades comenzaron a diversificarse con robos, prostitución, usura, juego y “protección” (pago regular de una cuota de dinero a cambio de garantizar la inmunidad contra agresiones del propio extorsionista o de un grupo extorsionista rival, incluso de las acciones de la policía). Parece históricamente establecido que los elementos protagonistas de estos fenómenos delictivos comenzaron a hacerse fuertes a fines del siglo pasado en la ciudad de Nueva Orleans. Pero ya a principios del XX se habían extendido por Nueva York, Nueva Jersey, Chicago, Kansas City, Saint Louis y Detroit.

La opinión pública, entre escandalizada y aterrorizada por estos hechos, obligó por fin a las autoridades a adoptar medidas que ya comenzaban a producir algún resultado, cuando súbitamente una absurda legislación imprimió nuevo giro a los acontecimientos. Entre 1918 y 1920, en efecto, en Estados Unidos se aprobaron leyes proscribiendo la producción, expendio y consumo de bebidas alcohólicas, iniciándose así el llamado periodo de La Prohibición o de la Ley Seca.³ Esa legislación impulsó un trascendental viraje en las actividades del hampa norteamericana, que enseguida captó la fabulosa fuente de ingresos que se le abría con sólo dedicarse a su sistemática burla. A partir de 1920, en efecto, la producción clandestina, el contrabando y la venta ilegal de whisky y otras bebidas alcohólicas, se convirtió en un ilegal pero gigantesco negocio extendido a todo lo largo y lo ancho del país —un negocio cuya explotación cayó rápidamente bajo el control de las bandas mafiosas.

Los tiempos en que el dinero se obtenía arrancando bajo amenaza un puñadito de dólares por aquí y otro por allá, mayormente extorsionando infelices conterráneos o explotando a algunos aficionados al juego y a esta o aquella prostituta, quedaron atrás. Ahora surgía la posibilidad de ganar dinero a raudales en una actividad especializada pero con perspectivas de operación a gran escala. Las pandillas ya de antes establecidas se hicieron más poderosas. Surgieron otras para disputarles el mercado. Y entre todas estallaron sangrientas luchas —generalmente ante la impotencia o la vista gorda de las autoridades.

Pero hubo otros cambios. El tipo duro —de puños implacables, diestro en el cuchillo y rápido con la pistola— que solía recorrer a pie las calles cobrando dólares de los préstamos usureros o los clientes “protegidos” comenzó a pasar de moda.

La sociedad norteamericana se modernizaba y los nuevos negocios eran de insólita envergadura. Ahora los pandilleros viajaban en automóvil —en el caso del notorio Al Capone en un automóvil blindado especialmente fabricado para él por la General Motors—, daban órdenes por teléfono, vivían en suites de los más lujosos hoteles, cenaban en mesas reservadas en restaurantes caros, planificaban cuidadosamente las complejas operaciones del tráfico de bebidas alcohólicas y dirimían sus pugnas con ráfagas de ametralladora. Los elementos del bajo mundo del crimen incluso enriquecieron la jerga popular (*slang*) con nuevos modismos. El término *drunk* (borracho), tan vinculado a la índole de la nueva y lucrativa actividad, floreció hasta poder expresarse en 331 sinónimos distintos. La frase *to take a ride* (dar un paseo en automóvil) adquirió la connotación de la marcha de un reo hacia el patíbulo, pues el invitado a tal vuelta usualmente terminaba con un tiro en la nuca. La palabra *gángster* que a fines del XIX se aplicaba peyorativamente a cabecillas politiqueros fue reinterpretada para significar pistolero y, como no había *gángster* que no contara con una amante o cómplice, a ésta comenzó a designársela con el término de *molí*, que perdió así el dulce y respetuoso sentido que siempre tuvo en inglés, cuando se lo utilizaba para aludir a una inocente muchacha o novia.

Chicago y Nueva York, así como otros centros urbanos, se convirtieron en escenario de aquellos acontecimientos con sabor a whisky y olor a pólvora. El caso de Chicago resulta architépico. Era la ciudad de algunas de las más afamadas figuras del crimen. La ciudad del gran Tennes, al que sucedió el no menos conspicuo Colosimo y, una vez asesinado éste (1920), la que hubo de dividirse en aquellas dos zonas en conflicto: la norteña que dominaban los napolitanos de Johnny Torrio y los irlandeses de Ryan O'Bannion; y la sureña bajo control de la familia siciliana de los hermanos Genna. Entre 1920 y 1925 la

situación que se había creado en ese trío de contendientes mafiosos se complicó aún más cuando entró en escena un personaje que haría historia en los anales del crimen en los Estados Unidos. Al Capone. Este, napolitano de origen y durante un tiempo segundo de Torrio, bien pronto comenzó sin embargo a despejar aquella turbia densidad del bajo mundo chicaguense. O'Bannion fue asesinado en 1924 y los irlandeses, sin su líder, quedaron reducidos a la impotencia. Torrio cayó poco después acribillado a balazos y, aunque por puro milagro pudo sobrevivir, optó por poner los pies en polvorosa. Y los hermanos Genna, luego de una reflexiva comparación entre sus fuerzas y las de Capone, decidieron con toda prudencia marginarse tanto como necesario a los fines de evitar un enfrentamiento con este último. Capone, sin rivales, dominó en Chicago.

Al Capone (“Cara Cortada”) no era un prodigio de inteligencia, pero sí astuto, cruel, ambicioso, con dotes de mando y cierto crudo sentido para los negocios. Nunca invirtió productivamente uno sólo de los millones de dólares que llegó a tener. En realidad, se limitó a llevar hasta sus últimas consecuencias el método tradicional de extorsionar a dueños de casinos, bares y prostíbulos, pero cobrándoles una “protección” que sí resultaba verdaderamente efectiva contra atentados incendiarios, chantajes de otras bandas rivales y también inoportunas irrupciones policíacas. En las operaciones con bebidas alcohólicas tampoco introdujo ningún elemento nuevo, pero su aparato de comercialización de la producción clandestina llegaba a los puntos más distantes y sus importaciones de contrabando constituían buena parte de lo cargamentos que cruzaban la frontera con Canadá o que arribaban a los puertos atlánticos procedentes de Cuba. La impunidad se la garantizaba una amplia red de relaciones basadas en el soborno y la amenaza e incluía desde policías y magistrados hasta el alcance de Chicago y figuras prominentes de la política nacional. Para lograr todo esto, Capone necesitaba desde luego el respaldo de una fuerza gangsteril realmente poderosa. La tenía. Y era el producto reconocido de su capacidad para el liderazgo y la organización. Su pandilla era la mejor armada, más numerosa, leal, sanguinaria organizada y disciplinada que hubiera existido jamás en los Estados Unidos.

La crueldad de Al Capone podía llegar a los límites del sadismo.

Hacia fines de la década del veinte había comenzado a levantar cabeza el grupo mafioso de sicilianos que encabezaban Joe Aiello y sus ocho hermanos. Pronto, algunos hombres de Aiello empezaron a desaparecer misteriosamente y las dudas nunca existieron de que Capone era el responsable. Aiello ensayó todos los métodos posibles para liquidar a aquél —desde el uso del veneno hasta los más profesionales de sus asesinos—, pero sin resultado. Sus esperanzas, sin embargo, resurgieron cuando la dirección de la llamada “Unione Siciliana” recayó en gente también inclinada a deshacerse de Capone: Giuseppe Giunta (presidente), John Scalise (vicepresidente) y Alberto Anselmi (vicepresidente). La “Unione Siciliana” era una organización que los grupos mafiosos habían creado para facilitar las complicadas operaciones de la producción y distribución clandestina de bebidas alcohólicas y darle al mismo tiempo una fachada de cierta respetabilidad, habiendo llegado a poseer unas tres docenas de filiales y alrededor de 40 mil miembros en todo el país. Tuvo, sin embargo, bastante poco éxito como instrumento capaz de atenuar las luchas gangsteriles: de los siete presidentes que tuvo la “Unione” entre 1920 y 1926 sólo uno murió en la cama (cáncer) y los seis restantes perecieron asesinados. Tal vez, pensaron algunos, con la presidencia de Giunta y las vicepresidencias de Scalise y Anselmi, las cosas cambiarían y

ese trío —probablemente incentivado por Aiello— también contempló tal perspectiva, aunque condicionada por la idea de que ello sólo era posible eliminando a Capone, cuya muerte comenzaron a planificar. Pero Capone tuvo noticias de la confabulación y, aparentando no saber nada, ofreció cierta noche una cena en honor de los complotados en la que luego del festín y sus reiterados brindis (“*Salute Giunta!*”, “*Salute Scalise!*”, “*Salute Anselmi!*”), súbitamente, ordenó a un grupo de secuaces atar a los homenajeados y allí mismo —en una escena de horror sólo comparable con aquella del 14 de febrero de 1929 en que ametralló siete miembros de la banda rival de Bugs Moran y que pasó a la historia como la “Matanza de San Valentín”— les rompió todos los huesos con un bate de béisbol, finalmente rematándolos a tiros. Unos meses más tarde Joe Aiello murió, como suele ocurrirle a cualquiera que reciba 50 balazos en el cuerpo. Capone quedó nuevamente como el monarca sin rival del bajo mundo del hampa en Chicago.

III

Chicago no era el único teatro de sangrientos encuentros pandilleros.

Hacia finales de la década del veinte estalló en Nueva York la “Guerra de Castellammare del Golfo” célebre en los anales de la Mafia.

En aquella ciudad operaba entonces, entre otros, un grupo siciliano en el que predominaban elementos procedentes de Castellammare del Golfo. Lo encabezaba Salvatore Maranzano, muy vinculado a los capos de Brooklyn, José Profani y Joe Bonnano.

Maranzano era un gánster relativamente culto: en su adolescencia había estudiado en un seminario para hacerse sacerdote y se decía que hablaba siete idiomas. Su vocación criminal, sin embargo, se impuso en él, pero no sin acompañarse de ciertas ideas grandiosas acerca de cómo debía organizarse el mundo del delito. Aspiraba, en efecto, inspirado en ciertas tradiciones de las bandas sicilianas, a crear un aparato mafioso a escala nacional, con un patrón estructural y normativo uniforme, y muy jerarquizado bajo la dirección de un mando personal único. Maranzano mismo no logró lo que se proponía, pero la organización que en su tiempo comenzó a adquirir la Mafia norteamericana resultó bastante reminiscente de sus concepciones.⁵

Frente al grupo de Castellammare de Maranzano se encontraba el también siciliano pero opositor de Giuseppe Masseria (“Joe el Jefe”). El segundo de Masseria era un joven gánster al que todos asignaban un prometedor futuro: Salvatore Lucania. A ese último era usual encontrarlo con sus más íntimos amigos: Frank Costello, Meyer Lansky y Bugsie Siegel. Esta cuartera⁶ desempeñaría un importante papel en la historia del crimen organizado de los Estados Unidos.

Maranzano y Masseria nunca hicieron buenas amigas y de hecho nunca lograron ponerse de acuerdo. Había demasiados intereses contrapuestos entre ellos. Y, pronto, las pugnas correspondientes comenzaron a ventilarse por la violencia. Hoy, los hombres de Maranzano acribillaban a balazos a uno o más secuaces de Masseria. Mañana, Masseria respondía convirtiendo en un colador de sangre a varios seguidores de Maranzano. Ciertos barrios y calles de Nueva York y sus alrededores se convirtieron así en verdaderos campos de batalla en que los mafiosos rivales ventilaban sus diferencias a cuchilladas, tiros de pistola y ráfagas de ametralladora. La “Guerra de Castellammare del Golfo” —así llamada por el lugar de procedencia de Maranzano— llegó a un punto en que parecía no tener fin.

Hacia las postrimerías de 1929 Maranzano, sabedor de que existían ciertas diferencias entre Masseria (“Joe el Jefe”) y su lugarteniente Salvatore Lucania, logró concertar una entrevista secreta entre ambos. El encuentro tuvo lugar e de octubre en un viejo almacén (o hangar) de las afuera! Nueva York. Estaban aparentemente solos y Maranzano al grano.

—Hace falta que tu personalmente elimines a Masseria

—dijo Maranzano.

—¿Yo? —contestó Lucania—. No. Eso no me conviene⁷

— ¡Te digo que tienes que hacerlo y tu mismo!

—Y yo te digo que no.

—Bueno, allá tú.

Y, sorprendentemente, varios matones de Maranzano que estaban ocultos detrás de unos cajones en un rincón del lugar salieron de su escondite, se abalanzaron sobre Lucania, lo colgaron de un gancho que pendía del techo, y le propinaron tal golpiza que cuando lo llevaron luego al hospital nadie creyó que escaparía a la muerte. Sobrevivió, sin embargo, no obstante fractura del cráneo y ocho costillas rotas, los pulgares de las manos aplastados, la rodilla derecha hecha polvo, ojo casi fuera de la órbita, heridas y quemaduras por todo el cuerpo.

En el hospital lo visitaron sus socios Lansky, Costello (y luego Siegel).

—Es increíble que aún estés vivo —dijo Costello.

—Es un hombre de suerte —comentó Lansky—. El tipo más dichoso que he visto en mi vida.

—¿Yo dichoso? —musitó Lucania con voz casi agonizante.

—Si, según los médicos, de ésta no te mueres. Debieras incluso cambiarte el nombre.

—¿Y cómo debiera llamarme?

—¡Umm! digamos que “Lucky”...⁸ Eso es... Lucky Luciano.

—Mis amigos me llaman Charlie.

—Pues, entonces, Charlie “Lucky” Luciano.

—¿Charlie “Lucky” Luciano? Suena bien. Me gusta y pudiera darme buena suerte... Bueno necesito descansar y pensar.

Y Salvatore Lucania —ahora Charlie Lucky Luciano— pensó y decidió.

Recordaba su pasado. Sus padres y cuatro hermanos —dos hembras y dos varones— habían llegado a los Estados Unidos en 1906, procedentes de una apartada y pobre región de Sicilia, enfrentando mil dificultades para poder subsistir. El padre, que logró conseguir un empleo de sereno, apenas si alcanzaba a ganar lo necesario para el sustento familiar.

Tampoco pudo jamás someter a la obediencia a Salvatore, indisciplinado en la escuela, buscapleitos en la calle y aficionado a tales pequeñas granujerías que finalmente decidieron internarlo en una escuela correccional de Brooklyn. “Lo que se aprendía en aquella escuela”, comentaría luego, “era cómo vaciarles los bolsillos a los demás, cómo robar sin ser aprehendido y cosas por el estilo: cuando me soltaron cuatro meses después sabía que jamás volvería a poner los pies en ella”. Poco a poco fue aprendiendo las más disímiles artes del delito: pequeños latrocinios, modestos chantajes, astucias en el juego y hasta venta de narcóticos, por puro espíritu de lucro, pero a veces con otras motivaciones. Un día la familia Lucania recibió de regalo una gran pieza de jamón que les envió desde Italia un pariente rico. Aquella tarde, sin embargo, llegó a la casa un viejo garrotero que le había prestado dinero a su padre y que éste utilizó para comprarle una cama a la hija menor.

Como no tenía con qué pagarle al usurero, éste, con todo desparpajo, se llevó el jamón. Salvatore presenció la escena y no dijo nada. “Pero”, narraba años más tarde, “una noche, apenas transcurridos dos meses de aquel incidente, metí en la casa de aquel mierdero, le destruí todo lo que había en ella y, además, me llevé 400 dólares: fue, seguro jamón más caro que se comió en su vida aquel hijo de puta”.

Apenas adolescente y ya Salvatore era un jefecillo pandillero. Había elaborado para entonces una filosofía que lo guiaría por el resto de su vida: “Los muchachos no somos únicos pillos. En este país estamos rodeados de delincuentes, aunque muchos operan bajo un manto de legalidad, como los propietarios de tierras, fábricas y tiendas, los políticos y los policías... Sólo hay una manera de ser poderoso: tener dinero conseguido como sea”. Pronto sus operaciones tuvieron mayor envergadura y su banda creció, pero no tanto cuantitativa como cualitativamente, tendiendo a rodearse de secuaces sin escrúpulos, pero que le admiraban lealmente por su espíritu emprendedor, su indiscutible talento y su capacidad para dirigir. También apreciaban en él un estilo que le distinguía de otros hampones: no era sectario y en su grupo gangsteril tenía gente de varias nacionalidades y creencias religiosas. Sobre mediados de la década del veinte, Salvatore Lucania tenía un voluminoso expediente en los archivos policíacos, pero manejaba un volumen también respetable de negocios, al extremo de que podía actuar por su cuenta en el bajo mundo de Nueva York, aunque no tan independientemente como para no serle necesario aparecer como uno de los lugartenientes Joseph Masseria (“Joe el Jefe”), al que debía cierta obediencia y el pago de un porcentaje de sus ingresos.

Ahora, tirado en la cama de un hospital —sin otro vestido que las vendas y esparadrapos que lo cubrían de la cabeza los pies, despidiendo olor a yodo, unguento y medicinas todo adolorido— pensaba en su situación actual, y en la urgencia de tomar ciertas medidas. Su vínculo con Masseria —quien cada día recelaba más de él— le condenaba a una supeditación sin perspectivas. Lo más razonable, concluyó, es deshacerse de Masseria y, pese al dramático antecedente de la traidora paliza de que había sido víctima, llevar a cabo esa tarea de acuerdo con Maranzano. Su cálculo era tan frío como certero. Actuando a nombre de este último y cuidando no se le imputara el crimen, podía eliminar a su jefe y, además, extraer ciertas ventajas de parte del propio Maranzano. La cuenta pendiente con éste —que por poco lo mata— ya se la cobraría. Lo importante era lograr un buen acuerdo. Un tiempo después quedó concertada la entrevista.

Maranzano llegó al lugar del encuentro —el Parque Zoológico del Bronx— llevando como testigos a sus socios Joe Profano y Joe Bonanno.

Luciano iba acompañado de Bugsie Siegel, Joe Adonis y Tommy Luchese.

—¿Te decides a liquidar a Joe (Masseria)?— preguntó Maranzano.

—Sí —replicó Luciano.

—¿No me guardas rencor por lo ocurrido? Te juro que no había nada personal en aquello.

—Conozco las reglas del juego. Ya olvidé el incidente.

—Estupendo. Eso prueba lo que dicen todos: eres un tipo inteligente. Además, debemos tener buenos sentimientos unos con otros. ¿A dónde iríamos a parar odiándonos entre nosotros mismos? Sentido del honor y amor fraternal, eso es la enseñanza que nos legaron nuestros antepasados.

—Así mismo pienso yo.

—Tengo una propuesta muy ventajosa para tí: liquidas a Joe (Masseria) y yo te nombro mi lugarteniente.

—¿Y mis negocios? Yo tengo mis negocios independientes. A Joe le doy una comisión y en general trabajo con él, pero mis negocios son mis negocios, cosa aparte.

—Tus negocios son cosa tuya y podrás mantenerlos como hasta ahora: no me voy a entrometer en ellos.

—Hay otro punto.

—Dime.

—Si trabajo contigo, no puedes esperar que le de un trato privilegiado a tus hombres sobre los míos. Tú eres muy sectario. Prefieres a los sicilianos y, entre ellos, a los castellanarenses. A mí ese sistema no me gusta. Yo trabajo con sicilianos, napolitanos, irlandeses... Incluso con judíos como Lansky y Siegel. Eso no lo voy a cambiar.

—Charlie, tu gente es también asunto tuyo. Trabaja con quien tú quieras, siempre que respete las reglas.

—Entonces, estamos de acuerdo.

Y con un abrazo y sendos besos en cada mejilla quedó sellado el pacto.

El 15 de abril de 1931, Joseph Masseria (“Joe el Jefe”), Charlie Lucky Luciano y varios más cenaron en el restaurante “Nuova Villa Tammaro” del también gángster Scarpato. Al terminar de comer, pidieron un paquete de naipes e iniciaron —entre bromas y tragos— una partida de poker. Al cabo de un rato, Luciano se excusó diciendo que necesitaba ir al baño. Masseria asintió contento: en su ausencia podía —en pícaro complicidad con los otros jugadores— mirar las cartas de que aquel disponía. No tuvo tiempo de calcular su próximo movimiento. Repentinamente entraron cuatro individuos en el lugar disparándole casi a quemarropa. La autopsia reveló que seis de los balazos eran mortales por necesidad. Luciano agregó a su gente la pandilla del finado y quedó al mismo tiempo como lugarteniente de Maranzano. Pero pronto las relaciones entre ambos comenzaron a deteriorarse. Maranzano también recelaba del tan inteligente como inescrupuloso Luciano. Y éste no sólo recordaba la paliza recibida, sino que además aspiraba a desplazar a Maranzano de su posición de *capo*. Detrás de aquella rivalidad, sin embargo, había algo más que ambiciones personales. Maranzano continuaba con su sectarismo tradicionalista y prosiciliano, y no abandonaba su proyecto de crear una organización mafiosa a escala nacional, bajo la dirección autoritaria de un *capo di tutti capi* (jefe de todos los jefes). Luciano representaba la opinión de una corriente entre jóvenes mafiosos que no temía romper con las tradiciones cuando éstas no se adaptaban a las circunstancias concretas de los Estados Unidos, que no discriminaba a los *gangsters* por razones de origen o creencia religiosa y, sobre todo, que rechazaba el liderazgo unipersonal de un *capo di tutti capi*, prefiriendo en cambio una dirección única, pero más democrática, amplia y colectiva. Maranzano decidió matar a Luciano y contrató un hombre para llevar a cabo la tarea.

Y Luciano decidió liquidar a Maranzano, pero preparó cuidadosamente su complot, porque éste último tenía una guardia permanente —día y noche— de doce guardaespaldas y su oficina estaba dotada de un complejo sistema de alarmas y señales de peligro. En aquella época, el aparato de protección de Maranzano se consideraba prácticamente invulnerable. Luciano, sin embargo, siguiendo una sugerencia de su socio Meyer Lansky, preparó una trampa mortal. Y un día, 10 de septiembre de 1931, luego que el castellanarense Tommy Luchese irrumpió en el despacho de Maranzano, por la puerta así abierta entraron de

sopetón cuatro sujetos —uno identificándose como policía y los otros como agentes fiscales. Luego de inmovilizar a dos guardaespaldas presentes, sacaron a Maranzano al pasillo diciéndole que tenía que acompañarles para una verificación del pago de sus impuestos. Allí mismo lo apuñalaron. Y, cuando ya agonizaba, Bugsie Siegel se le acercó con un cuchillo en la mano: “Este es un regalo de Lucky”, le dijo, y lo degolló.⁹ La “Guerra de Castellammare” llegó a su fin.

— Lucky Luciano, aunque conforme sus principios rechazó formalmente el título de *capo di tutti capi*, se convirtió en uno de los jefes de más prestigio en el país.

IV

Con el tiempo, entre los jefes mafiosos más lúcidos o experimentados, había ido cobrando cuerpo la idea de que era necesaria una organización —o al menos una suerte de acuerdo— que pusiera fin a las luchas interpandilleras, mantuviera a raya a las autoridades y facilitara sus ilícitos negocios. Sobre mediados de la década del veinte, Al Capone estuvo a punto de lograr ese objetivo, al menos en el territorio de Chicago, donde las principales bandas arribaron a un pacto de no agresión y a un reparto del mercado (la más rentable y amplia zona de operaciones quedando reservada desde luego para el propio Capone). Un par de años más tarde se intentó celebrar una conferencia en Cleveland a la que concurren destacadas figuras de las familias mafiosas de varias ciudades, pero en la que no se pudo llegar a acuerdos debido a que fue interrumpida por la policía. Unos meses después, sin embargo, tuvo lugar otra en un suntuoso hotel de Atlantic City y, casi enseguida, aún otra —a invitación de Capone— en Chicago. En estos congresos mafiosos estuvo la crema del bajo mundo norteamericano —desde Al Capone hasta Lucky Luciano, pasando por los principales *capos* de Nueva York, Cleveland, Saint Louis, Buffalo, Tampa... Prácticamente de todo el país. Capone —rudo y poderoso— admiraba no obstante la inteligencia, nuevas ideas y creciente prestigio del más joven Luciano. Entre ambos elaboraron algunos de los principales proyectos de acuerdo que enseguida alcanzaron consenso entre el resto de los cabecillas. Capone clausuró el evento ofreciendo un fastuoso banquete en honor de Lucky Luciano.

De esa manera, hacia las postrimerías de la década del veinte, los distintos grupos mafiosos comenzaron a actuar conforme a una serie de pautas acordadas —las principales a propuesta de Luciano. Habían definido las áreas de actividad más prometedoras desde el punto de vista de las ganancias: el contrabando de bebidas alcohólicas en primer lugar, el juego y la prostitución desde luego, el naciente narcotráfico, las organizaciones sindicales (transporte, puertos y minería) y un grupo selecto de negocios más legales (desde restaurantes y agencias de pompas fúnebres hasta talleres de confección de ropa). Se acordó asimismo reducir el enorme número de pandillas existentes (más de un centenar), estableciendo un límite de sólo una veintena para operar en regiones bien definidas en el caso del contrabando de bebidas alcohólicas. Se decidió que no habría un jefe supremo o *capo di tutti capi* de las bandas y que, en su lugar, se establecería una *Comisión Nacional* —en la que estarían representadas las pandillas principales— con funciones de arbitraje en las diferencias que pudieran surgir y otras tareas que las circunstancias demandaran. Todos aprobaron por tanto —al menos formalmente— el principio de resolver los conflictos por la vía pacífica y no a tiros. Estos acuerdos representaron un triunfo de las tesis de Lucky

Luciano, cuya prominencia comenzó a alcanzar cimas jamás logradas antes por ningún capo mafioso. Predicaba además con el ejemplo. Rechazó con firmeza el título de *capo di tutti capi* que con insistencia le era ofrecido. Y organizó debidamente el régimen de operaciones de las bandas de su territorio natural: Nueva York.

V

La década del treinta se inició para la Mafia norteamericana como una rara mezcla de optimistas perspectivas y malos presagios. La Guerra de Castellammare —con sus batallas entre gangsters y sus decenas de muertos a veces en plena vía pública— había cesado. Los acuerdos tan laboriosamente obtenidos en los congresos de Atlantic City y Chicago, salvo algún que otro personal y sangriento incidente, tendían a ser respetados y los *capos* de las distintas y ahora ultra poderosas pandillas, en tanto que grupo, comenzaron a actuar más racional que violentamente, discutiendo sus diferencias de manera pacífica y hasta creando una suerte de común espíritu de cuerpo. Los términos Mafia, Cosa Nostra y Crimen Organizado, aunque sin definiciones precisas, probablemente comenzaron a entrar en circulación en esta época. Y los negocios, ya multimillonarios, marchaban bien, no obstante el periodo de catastrófica depresión económica en que se encontraba el país.

Pero el panorama tenía también sus tintes sombríos. Al Capone, que se había jubilado y disfrutaba en las playas de Florida su capital de más de \$20 millones (una fortuna respetable en aquel entonces), finalmente pudo ser llevado ante los tribunales, sometido ajuicio y condenado a varios años de prisión.¹⁰ En 1934 la Ley Seca fue derogada,¹¹ afectando una de las fuentes más rentables de ingreso de las familias mafiosas. Por otro lado, la impunidad con que se desenvolvían las pandillas, la corrupción que éstas habían introducido a todos los niveles —policía, magistratura e instituciones políticas— y sus desalmadas actividades delictuosas habían escandalizado a la opinión pública de tal manera que, ante la pasividad de las autoridades (generalmente sobornadas), surgieron grupos de ciudadanos que actuando por su cuenta se dieron a la tarea de perseguir y linchar a cuanto gángster sorprendían con las manos en la masa. La alta dirigencia mafiosa decidió entonces disminuir su actividad en espera de tiempos mejores y un número de *capos* se mudó para Miami Beach en La Florida (momentáneamente declarada “zona de nadie”) a disfrutar de un merecido descanso en suntuosas residencias y suites de hoteles de lujo. La tradición de Miami como guarida de foragidos y delincuentes de todo tipo, millonarios de fortuna acumulada con la corrupción y aventureros de la más diversa calaña, data de entonces, dotando la ciudad y sus alrededores de una fama que siempre opacó las actividades de aquella gente honradamente emprendedora que tanto contribuyó a su acelerado auge. La buena suerte tampoco acompañó en este periodo de mediados de la década del treinta al “dichoso” Luciano. Pudo ser arrestado —entre otros delitos por trata de blancas— y, no obstante que se contrataron los mejores abogados del país, que se pusieron en juego poderosas influencias políticas y que no hubo límites en los presupuestos de gastos para el soborno, en 1936 recibió una sentencia de 30 años de prisión que hubo de cumplir hasta 1945, cuando le fue conmutada por una orden de deportación.¹²

La partida de Lucky Luciano hacia Italia constituyó un acontecimiento que aún se recuerda en Nueva York. El capo, como personaje que era, ofreció una conferencia de prensa de última hora a la que acudieron más de un centenar de reporteros y camarógrafos. Y en los

muelles, para despedirlo, había una verdadera muchedumbre de socios y amigos — incluyendo no sólo gangsters y estrellas de cine. Cuando el buque ya salía del puerto, una lancha se le interpuso y fue necesario que aminorara su velocidad para permitir que alguien subiera a bordo para decirle adiós —entre abrazos, frases de agradecimiento y lágrimas de moción. Era el alcalde de la gran metrópoli neoyorkina.

Luciano —conforme lo acordado entre las autoridades norteamericanas e italianas— fue a residir a Nápoles, pero esta ciudad le venía pequeña y demasiado lejos para las gestiones que inmediatamente inició a fin de retornar a los Estados Unidos. A fines de 1946 logró embarcarse subrepticamente y luego de prudentes escalas en México y Venezuela —para despistar a sus perseguidores— llegó a La Habana. “La policía no me molestó”, comentaría luego, ‘lo cual era una buena señal’. En La Habana le esperaba Meyer Lansky —su viejo compañero al que muchos consideraban el mafioso más inteligente de todos los tiempos.

Lansky era socio íntimo de Fulgencio Batista, el “hombre fuerte” de Cuba en los años treinta y presidente entre 1940 y 1944. Luego de entregar el gobierno a un partido de oposición que había ganado arrolladoramente las elecciones ese último año, Batista disfrutaba en su residencia de Daytona Beach, Florida, los millones robados a la sombra del poder a tiempo que tramaba la manera de volverlo a recuperar.¹³ Lansky, íntimo de Batista, era socio de éste en la explotación del casino del gran “Hotel Nacional” de La Habana —un para la época imponente edificio, con excelentes habitaciones y servicios, hermosos jardines alrededor e inigualable vista al mar.¹⁴ Lansky hospedó allí a Luciano.

Lansky había nacido a principios de siglo en la Rusia Zarista y llegó aún niño a los Estados Unidos, cuando sus padres, hebreos emigraron a este país. Compañero de escuela de Luciano y también socio en sus travesuras infantiles y primeros delitos cuando apenas adolescentes, Lansky admiraba el espíritu de iniciativa, la astucia y el don de mando de Luciano. Y este tenía el más profundo respeto por la lealtad y, sobre todo, talento de Lansky. A Lansky, por su figura menuda solían apodarle “El Pequeño”, pero con el tiempo sus excepcionales luces naturales le ganaron el título de “El Genio”. Difícilmente hubiera llegado a la cúspide de la organización mafiosa norteamericana —como llegó— sin tener tras sí un buen listado de asesinatos. Sin embargo, nunca adquirió fama de pistolero o matón y más bien impresionaba a todos por su imaginación delictuosa, su capacidad para los negocios y tales dotes para las matemáticas que se dice que en su época no había calculadora capaz de sacar cuentas más rápidamente que él. Su fidelidad a Luciano, según algunos, resistió la prueba del tiempo —hasta la muerte—, pero según otros la relación entre ambos no estuvo desprovista de contradicciones y más de una desleal trapacería.

Durante la crisis por la que pasó la organización mafiosa a finales de la década del treinta, Lansky vino a establecerse en Cuba. Entre 1937 y 1940 residió en La Habana desplegando una actividad tal que, a su regreso a los Estados Unidos ese último año —con el apoyo de políticos corrompidos, empresarios y algunos de los más conspicuos miembros de la alta sociedad criolla— ya había dejado constituido un verdadero “imperio” del juego y el tráfico de narcóticos que incluía seis hoteles, nueve casinos, varios cabarets y restaurantes de lujo, y hasta un hipódromo (“Oriental Park”). Un papel decisivo en estos emprendimientos lo había desempeñado su socio Santos Trafficante (padre), quien había impresionado a Lansky por la eficiencia con que manipulaba el monopolio de tales negocios en Tampa, Florida. Cuando Lansky regresó a los Estados Unidos en 1940, Trafficante se quedó en La Habana velando por los intereses de ambos, pero priorizando los suyos suficientemente como para

convertirse en el precursor de uno de los más grandes negocios contemporáneos: el narcotráfico. A fines de 1945, sin embargo, Lansky retornó a La Habana para recibir y atender a Luciano.

Ahora, sentados frente a frente, junto a una mesilla de los jardines del Hotel Nacional, sostuvieron su primera entrevista, gozando de un buen trago mientras la brisa marina los abanicaba suavemente.

—Me gusta este lugar —dijo Luciano—. Y, desde aquí, puedo gestionar mejor mi regreso a los Estados Unidos.

—¿Cómo marcha eso?

—Diría que bien. He puesto dinero a circular y ya hay un montón de gente trabajando allá en mi favor. Y a altos niveles. El gobernador de Nueva York dice que hace todo lo que puede.

—¿Quién? ¿Thomas Dewey? ¡Pero si ese tipo fue uno de los acusadores principales que te llevaron a la cárcel!

—Sí. Pero eso ocurrió hace diez años. Y Dewey acepta ahora mi dinero y mis favores. Los va a necesitar, porque aspira a la presidencia en las próximas elecciones. Truman también querrá reelegirse, pero si Dewey logra su nominación como candidato seguramente será el ganador. Yo creo no me jugará una mala pasada como hizo Roosevelt.¹⁵

—Pero aún faltan casi dos años para las elecciones. Debemos tratar de que regreses antes. Tu haces falta allá. Mientras tanto, estoy de acuerdo contigo, La Habana es un buen lugar para quedarte mientras tu retorno se resuelve. No va a haber problemas con las autoridades. Yo me ocupo de eso.

—También estoy pensando que debiéramos reunir aquí a toda la gente y lo más pronto posible.

—¿A quiénes?

—A todos los principales jefes de familia de la organización. Una especie de asamblea en grande. Me gustaría que tú te encargaras de ir allá y citar a cada uno personalmente en mi nombre. ¿Podrías hacerlo?

—Claro. Puedo salir para allá este mismo fin de semana. Los arreglos aquí pudieran hacerlo Trafficante mientras yo voy hasta Nueva Orleans y contacto a Marcello. Después a la gente de Nueva York... No hay problemas.

—Tienes que trabajar bien a los de Chicago. Ya no se puede contar con Al (Capone) para eso.

—Está muy grave. No creo que va durar mucho. La sífilis le ha afectado el cerebro.

—Lo siento. Esa enfermedad, según mi propia experiencia, la cogió un putaño. Pero lo siento de verdad.

—Después de todo es un gran tipo.

—Bueno, te voy a estar muy agradecido si en efecto sales este mismo fin de semana para allá.

—Descuida. Veré a todo el mundo y trataré de convencerlos para que vengan a La Habana.

—No, nada de convencerlos. Les dices que yo quiero que estén todos aquí hacia el 20 de diciembre próximo. No es un ruego y ni siquiera una petición. Es una orden mía.

—De acuerdo.

—Deben presentarse por lo menos todos los miembros de la Comisión Nacional.¹⁶

—Cuenta con eso.

—Otra cosa: debo justificar mi presencia en Cuba.
Lansky observó enseguida:
—Precisamente, iba a sugerirte que te metieras en algún negocio aquí.
—¿Qué me recomendarías?
—El casino de este mismo hotel deja buenas ganancias y lo llevamos a medias el expresidente Batista y yo. Te lo podemos vender.
—¿No habría problemas con Batista?
—¿Con Batista? Ninguno. Trabajamos en sociedad desde hace años. De hecho, yo soy quien le administra su fortuna: desde el último centavo hasta sus cuentas en los bancos suizos. Si yo le digo que debemos venderte el negocio del casino, no pondrá reparos.
—¿Y por cuánto lo venderían?
—La cosa debe andar por los 150 a los 200 de los grandes; ¹⁷ pero créeme, Charlie, que vale la pena.
—¡Coño, pero yo no tengo tanto dinero conmigo ahora!
—¡Bah!, cuando cite a los jefes de las familias para que vengan a La Habana les insinuaré que deben traerte algún regalo.
—Es la tradición que nunca acepté.
Lansky, contra costumbre, lanzó una carcajada.
—¿Te acuerdas, Charlie, de aquella reunión en Chicago hace más de quince años?
—Sí —sonrió como nostálgico Luciano—. Al (Capone) me ofreció aquel tremendo banquete y luego los jefes de familia vinieron cada uno con su sobrecito de dinero como presente y que yo rechacé. ¡Coño, había que ver la cara que puso Al cuando hice eso!
—Lo recuerdo. Al decía: “Pero, Charlie, si esa es la tradición... acepta el dinero”. Y tu respondías: “Al carajo con la tradición, dinero es lo que a mí me sobra”. Yo entendía tu gesto. Si aceptabas los sobrecitos era como si aprobaras tu elección como *capo di tutti capi* y eso no estaba en tus planes. La dirección colectiva, sí.
—Así fue, ¡coño!, así mismo fue.
—Pero la situación ha cambiado, Charlie. De hecho eres el *capo di tutti capi* y con tu ausencia sería bueno un gesto simbólico que lo probara. En ese sentido, aceptar el dinero según la tradición no sería mala idea.
—Tienes razón. Hay algún que otro hijo de puta al que convendría recordarle quién es el jefe de todos.
—Exacto.

VI

Alrededor del 20 de diciembre de 1946 la carpeta del Hotel Nacional de La Habana comenzó a registrar la entrada de un masivo grupo de “turistas”. Todos vestían trajes y los acompañaban maletas cuyo alto costo saltaba a la vista, exhibían enormes sortijones de oro y diamantes, y fumaban los más caros habanos. Algunos de ellos tenían un porte seco y hasta señorial, la expresión adusta, la palabra escasa y el gesto cortante del don de mando. Otros, por contraste, se desenvolvían con particular desparpajo, inquietos y locuaces, soltando alguna que otra palabrota en medio de estruendosas carcajadas. Entre ellos se movían, con ora discretas u otra coquetonas actitudes, varias mujeres provocativamente vestidas, y algunos sujetos de torva y vigilante mirada, no demasiado preocupados por

ocultar el obvio armamento que llevaban encima. Cualquier experto del FBI hubiera identificado enseguida quiénes componían aquel raro conjunto de personajes: entre ellos estaba la flor y nata del bajo mundo mafioso de los Estados Unidos. Y con un nivel de representatividad como no se veía desde finales de la década del veinte. Por Nueva York estaban presentes: Genovese, Cosello, Anastasia, Adonis, Luchese, Bonanno y Profasi. Por Buffalo: Magaddino. Por Chicago: Accardo. Por Nueva Orleans: Marcello. Por Tampa y La Habana: Trafficante... Ni un sólo jefe de familia verdaderamente importante se había atrevido a desafiar la autoridad de Luciano dejando de acudir a su convocatoria.

El primero en llegar había sido Vito Genovese —"Don Vitone"— y su entrevista con Luciano fue la única que tuvo un carácter áspero.

Genovese tenía una turbia historia. De origen napolitano, llegó adolescente a los Estados Unidos donde inició una de las más notorias carreras delictivas de la época. En la década del veinte destacaba por la envergadura de sus negocios sucios y su disposición a deshacerse por la vía rápida de cualquiera que afectara sus intereses. Pero cuando en 1934 ordenó matar a tiros a otra gángster que le fue a cobrar su participación en una jugosa estafa y hubo quienes le delataran, decidió establecerse en Italia donde, junto con el tráfico internacional de drogas, se dedicó a realizar todo tipo de negocios con las autoridades fascistas —lo que le valió las varias condecoraciones que le otorgó Mussolini. Durante la guerra, secretamente, colaboró también con los aliados al extremo de que se afirma que fue él —y no Lucky Luciano— el que facilitó el apoyo mafioso al desembarco aliado en Sicilia. Convicto por el asesinato de 1934, sin embargo, poco antes de terminar el conflicto fue extraditado a los Estados Unidos (precisamente lo que él deseaba) donde fácilmente resultó absuelto luego que sus secuaces habían dado buena cuenta de los testigos del crimen de que se le acusaba. Ya en los Estados Unidos, al producirse la deportación de Luciano, comenzó a aspirar a sucederlo como jefe supremo. Esta era una ambición con pocas perspectivas. Luciano había dejado como sustituto suyo al tan hábil como poderoso Frank Costello —que controlaba una fabulosa red del juego. A Costello no sólo le respaldaba Luciano, sino también un incondicional de este último, el temible Albert ("El Loco asesino") Anastasia, por manera que eliminar a Costello resultaba una tarea más riesgosa de lo que, por el momento, estaba Genovese en condiciones de afrontar. Genovese decidió entonces convencer a Luciano de que le nombrara su sustituto.

Fue lo que precisamente propuso en aquella entrevista en una suite del Hotel Nacional de La Habana.

—Charlie —dijo Vito Genovese a Luciano—, quería hablar a solas contigo antes de que lleguen los otros. Llevas tiempo fuera de los Estados Unidos y las cosas han cambiado mucho.

—Tú también has estado ausente de allá, Vito, ¿qué me quieres decir?

—Yo estoy en el centro de los asuntos de Nueva York, Charlie. Y a ti te va a ser difícil regresar. Tengo una buena proposición que hacerte. Tu te retiras y yo me hago cargo de la jefatura del trabajo allá.

—Repíte, que no entendí bien

Yo sugiero que tu continúes siendo el *capo di tutti capi*, pero en condiciones de retiro, mientras yo me hago cargo de la organización en todo el país. Tus negocios continuarán como siempre. Te suministraré todo el opio que pidas. Es una proposición que te hago de buena fe.

—Te olvidaste de lo que pasó en Chicago hace años. No hay *capo di tutti capi*. Nunca he dicho que soy tal. A lo mejor, algún día, cambio de opinión, pero eso no depende de ti.

—Aún así, Charlie, me parece...

—Tampoco voy a retirarme, Vito, tampoco. Tu trabajas para mí. Y se acabó.

—Sin embargo...

—¡Basta ya! No quiero oírte más esas palabras, pues me voy a enfurecer.

—Bueno, está bien.

—Y no olvides esta conversación.

—Desde luego que no, Charlie, toda está claro. Lamento haber herido tus sentimientos.

—Te creo. Todo seguirá como siempre entre nosotros.

Entre el 22 y 23 de diciembre los *capos* invitados a la conferencia estaban todos presentes. Según iban llegando, recibían una cita de Luciano anunciándoles el momento en que les recibiría individualmente. Las entrevistas se celebraban conforme las maneras rituales establecidas por la tradición. Cada *capo* llegaba a la suite de Luciano, sin portar armas desde luego, iniciándose el ceremonial de los saludos, más o menos afectuosos según el grado de intimidad, pero con el visitante adoptando siempre el aire de quien se dirige a un respetado jefe. Hablaban luego en términos breves sobre la marcha de la organización y los negocios, aludiéndose inevitablemente a la importancia de un pronto retorno del anfitrión a los Estados Unidos. Hacia el final de la entrevista, el visitante dejaba sobre una mesita cercana un pequeño pero abultado sobre, mientras se excusaba por la mísera cuantía de su contenido argumentando lo mal que iban las cosas en los últimos tiempos. Enseguida callaba, sin embargo, ante el gesto tranquilo y la cortés muestra de agradecimiento con que era recibido el presente. Al despedirse, Luciano expresaba su confianza en el éxito de la conferencia pronto a comenzar.

Se celebró a partir del día 26 en torno a una larga mesa y sin otros testigos que los propios *capos* mafiosos.

Luciano abrió la primera sesión.

Pidió excusas por haber perturbado la vida de los allí presentes haciéndoles dar un largo viaje. Pero aclaró que la reunión era necesaria, dada su ausencia de los Estados Unidos y la importancia de algunos asuntos que debían ser resueltos con urgencia. Después se refirió a la muestra de cariño hacia él que todos habían demostrado con sus sobrecitos y que en total ascendía —lo declaró sin rodeos— a \$200 mil. “Con este dinero”, explicó también con franqueza, “voy a adquirir el casino de este hotel que es propiedad de nuestro querido Lansky y del expresidente Batista”.

Uno de los presentes, a nombre del resto, usó de la palabra entonces para expresar la alegría de todos por el encuentro, que les permitía compartir unos días fraternales juntos, ponerse de acuerdo sobre la solución de algunos problemas y, sobre todo, tener la posibilidad de saludar al más querido de todos los jefes, en verdad, el jefe supremo.

Luciano retomó la palabra.

—Yo quiero reiterar que no persigo el título de *capo di tutti capi*...

Pero en ese momento pidió la palabra “El Loco Asesino” Anastasia.

—¡Charlie, perdona que te interrumpa! —dijo con voz estentórea—. Antes de que esta sesión continúe yo quiero dejar constancia delante de todos que tu eres para mí, gústete o no, el gran jefe de jefes... Así es como yo veo las cosas... Y por cierto que me gustaría saber si alguien aquí no piensa igual.

Y, al decir esto, el hercúleo Anastasia lanzó una mirada desafiante a Vito Genovese. Se hizo un silencio mortal. Y Genovese, advirtiendo que todos los ojos estaban puestos en él, bajó la cabeza y, luego, hizo un gesto como de aprobación a lo dicho por Anastasia. Los demás asintieron aún más expresivamente al planteamiento del “Loco Asesino”. Y Luciano, aunque no comentó nada, esbozó una sonrisa entre satisfecha y comprensiva. Se le acababa de ratificar como el rey sin corona de la Mafia norteamericana. La conferencia —entre sesiones, cenas y conciliábulos— duró aún dos o tres días más. Generalmente, bajo la dirección de Luciano, se llegaba sin dificultades a un consenso de opinión y decisiones que eran acatadas por todos. El tema que más polémicas provocó fue el del tráfico de estupefacientes.

Luciano expuso con toda crudeza su posición sobre el tema.

—Los narcóticos, —dijo— son algo que yo rechazo como negocio. Y no por razones morales sino por elemental prudencia. Esa porquería obliga al FBI y la Interpol a estar siempre detrás de nosotros. ¿Qué necesidad tenemos de hacer tal provocación? Somos hombres de negocios dedicados a proporcionar a la gente lo que la gente desea. En época de la prohibición la gente quería beber, y nosotros le proporcionábamos bebida. En el periodo de la guerra la gente quería cosas que no había o estaban racionadas, y nosotros se las proporcionábamos. La gente quiere jugar, y nosotros le proporcionamos el juego... La gente nos compra lo que le ofrecemos, pero también nosotros compramos lo que necesitamos... Compramos policías, abogados, jueces y políticos, y ninguno rechaza nuestro dinero... En definitiva, eso es lo que hacemos: poner el dinero a circular... Con tantos negocios lucrativos, ¿qué necesidad tenemos de meternos en algo tan riesgoso como el tráfico de narcóticos?¹⁹

Pero no todos parecieron convencidos de los argumentos de Luciano.

La conferencia —un triunfo para su organizador— terminó las vísperas del último día del año y con una celebración por todo lo alto. Se reservó un gran salón del hotel (el “Casino Parisiense”) y la buena comida y mejor bebida —desde champán francés hasta whisky escocés de marca y criollo ron— estuvieron al libre consumo de todos. Una de las más afamadas orquestas habaneras fue contratada. Y, cual inesperada y agradable sorpresa, ya cerca de la medianoche, inesperadamente, las luces se apagaron, se iluminó un pequeño escenario y, ante murmullos aprobadores y estruendosos aplausos, apareció —especialmente venido de los Estados Unidos para amenizar aquella fiesta de mafiosos— la más prometedor de las estrellas ascendentes en el firmamento de la canción norteamericana: Frank Sinatra. Fue el acabóse. Sinatra, sus ojos más azules que nunca, con la esbeltez de la juventud y una gloria de melodía en la voz, tuvo que agotar aquella noche su repertorio completo. “Canté”, comentaba luego, “como sólo puedo hacerlo cuando estoy entre amigos... hasta que la voz no me dio para más... hasta enronquecer”.

VII

Durante los años siguientes la Mafia tuvo una paradójica trayectoria. La postguerra trajo consigo un auge del crimen organizado como nunca antes se había visto antes. El comercio de bebidas alcohólicas, allí donde aún era ilegal, continuó floreciendo. El juego y la prostitución se mantuvieron como lucrativas actividades. El tráfico de drogas prosperaba. Y, con sus millones, los *capos* mafiosos enriquecidos —ahora más bien llamados

“padrinos”— invirtieron también en negocios lícitos, que proporcionaban ganancias, respetabilidad y fachada. El juego —en todas sus expresiones: desde los llamados traganíqueles hasta las carreras de caballos y, últimamente, de perros— siguió constituyendo una de las más rentables fuentes de ingreso. Comenzaban a desarrollarse además, en La Habana y luego en Las Vegas (estado de Nevada), un fabuloso negocio con la proliferación de suntuosos casinos y hoteles. Los recursos financieros de la Mafia empezaron a fluir hacia estas Mecas del juego —utilizando sociedades anónimas y testaferros.

Pero no todo marchaba bien, particularmente en Nueva York.

Luego de varios meses en Cuba y pese a las influencias políticas puestas en juego, Luciano tuvo que retornar a Italia, perdiendo en cierta medida el control de la organización. Vito Genovese, ahora incentivado por otros intereses, continuó aspirando a convertirse en el *capo di tutti capi*. Carecía sin embargo de la necesaria autoridad sobre los otros jefes de familias y, sobre todo, tenía frente a sí el obstáculo que representaban fieles seguidores de Luciano, como el mucho más prestigioso Frank Costello y el feroz Anastasia.

A mediados de la década de los cincuenta, por otro lado, una nueva situación había surgido, agriando más las rivalidades entre los grupos, las cuales, si al principio sólo ocasionalmente se ventilaban a tiros, alrededor de 1956 y 1957 ya se dirimían en forma que recordaba los tiempos dramáticos de la Guerra de Castellammare del Golfo, casi tres décadas atrás. En mayo del último año citado, varios gangsters a las órdenes de Genovese trataron de matar a Costello disparándole por sorpresa en el pasillo del hotel donde residía (salvó la vida, pero al registrarse sus ropas en el hospital fueron encontrados documentos que iban a permitir a las autoridades enviarlo a la cárcel). Costello recuperó algún tiempo después la libertad, pero se marginó un tanto de aquellas luchas. En octubre, mientras lo afeitaban en una barbería del hotel Sheraton de Nueva York, Alberto “El Loco Asesino” Anastasia fue ultimado a balazos. De modo que, con Luciano en Italia,²⁰ Anastasia en el cementerio y Costello (así como Lansky) haciéndose discretamente a un lado, Genovese se sintió lo suficientemente seguro como para convocar una gran conferencia mafiosa. Seleccionó para celebrarla cierto recóndito lugar del estado de Nueva York —la quinta de Joseph Barbara en las cercanías del poco conocido poblado de Apalachin.

Concurrieron a la cita cerca de un centenar de *capos* y sus *consiglieri*, un hecho sin precedentes, pero explicable no tanto porque se iba a ventilar el asunto de la candidatura de Genovese como jefe supremo, sino por la necesidad de discutir el conflicto de intereses que había dado lugar a la sangrienta lucha de grupos existente.

Algo imprevisto ocurrió, sin embargo, cuando apenas comenzaba la reunión.

La policía del lugar, no previamente sobornada como aconsejaban la experiencia y la tradición, ante el insólito arribo de tantas gentes que venían en las más lujosas limosinas y copaban los hoteles y otros albergues, intuyó que se trataba de una actividad de elementos del hampa y, a tiempo que pedía refuerzos, bloqueó todas las carreteras de acceso, rodeó la quinta y se aprestó a detener a toda aquella masa de inesperados visitantes. El asalto a la residencia donde ya se desenvolvía el cónclave no tardó en producirse. Y, ante el alboroto de los vehículos, el zumbido de las sirenas y las estentóreas órdenes a través de bocinas intimando a los reunidos a entregarse, la desbandada de mafiosos —saltando por las ventanas, buscando las puertas traseras y procurando encontrar un hueco por donde escurrirse— adquirió los caracteres de una verdadera estampida. Un número de ellos logró

en efecto escapar, pero la mayoría —cincuenta y ocho en total— fueron detenidos. Algunos, con cierta dignidad, las manos en alto, se rindieron casi sin protestar. Otros, que lograron llegar a sus automóviles y salir a toda velocidad, fracasaron en su fuga al encontrar que unos cientos de metros adelante la vía estaba interrumpida por bloques de concreto detrás de los cuales se parapetaban, bien armados, los agentes del orden. Algunos que se habían internado por los bosques aledaños, fueron aprehendidos después, temblando de frío y a punto de congelarse.²¹

Lo que impidió la irrupción policíaca de Apalachin no fue la elección como *capi di tutti capi* de Vito Genovese —cuya reputación andaba por los suelos después de violar las reglas de la organización con el atentado contra la vida de una figura tan respetada como Costello. El problema consistió mas bien en que no pudo ni empezarse a discutir el punto fundamental de la agenda: la violenta guerra entre las familias de la “Cosa Nostra” que estaba teniendo por escenario principal a Nueva York. El origen de este conflicto, entre otros, puede exponerse en pocas palabras: lucha por el reparto del negocio del juego, el narcotráfico y otras operaciones que tenían lugar en la capital de Cuba.

VIII

A sólo 90 millas de los Estados Unidos, con una población treinta veces mayor que el entonces surgente emporio de Las Vegas, una clase rica y dispendiosa, amén de gobiernos displicentes, corrompidos y pronorteamericanos, La Habana había llegado a convertirse en una especie de rentable suburbio caribeño de algunas de las eminencias de la Mafia.

Durante la década de los cincuenta, según diversas fuentes, sus operaciones en aquella ciudad fluctuaban entre los 350 y los 700 millones de dólares (el estimado más conservador de \$350 millones siendo superior al valor total de las exportaciones de azúcar del país al mercado norteamericano y sobrepasando en varias decenas de millones los ingresos presupuestales del Estado). El flujo anual de turistas norteamericanos a la Isla promediaba alrededor de 230 mil personas —una buena parte de ellas consistiendo en elementos acaudalados que apenas bajándose del avión que los traían de Miami y otras ciudades iban directamente a gastarse su dinero en los casinos de los *nite clubs* de la burbujeante urbe. Aquellos deslumbrados por la fama del cabaret “Tropicana”,²² tenían la opción de un vuelo nocturno de la Pan American en el cual, en pleno aire, ya comenzaban a disfrutar como anticipo el *show* ofrecido en la cabina del aparato por una típica orquesta criolla a cuyo ritmo se movían, voluptuosas, las más curvilíneas coristas. Fueron los años en que, aprovechando las facilidades bien tarifadas del gobierno de Prío Socarrás y del dictador Batista, comenzaron a erigirse en la ciudad, no lejos de su bello litoral, hoteles como el “Hilton”, “Riviera”, “Capri” y otros —cinco estrellas de la época por su comfortable modernidad, pero sobre todo por sus mesas de juego respaldadas por una banca que ni siquiera pestañeaba ante las más exorbitantes apuestas.

El pionero de la “Cosa Nostra” en La Habana había sido Meyer Lansky, quien las había comenzado con la colaboración de Batista a fines de la década de los treinta. Como las operaciones crecieran, Lansky se asoció luego con Santos Trafficante (padre), el *capo* de Tampa y La Florida, quien pronto se hizo de un espacio propio tan importante o más que el

de aquél, pasando al fallecer a manos de su hijo Luigi (1954). Lansky y los Trafficante monopolizaron el negocio durante un buen tiempo, compartiendo algo con ciertos gangsters de mayor o menor cuantía. Los intereses de Lansky eran tan variados como lucrativos, pero uno de los principales era el del cabaret “Tropicana”, en cuyas ganancias tenían una parte su hermano Jake y también un surtido de hampones de segunda categoría (Giuseppe Cotrini, Willie Bischoff, John Guglielmo y el notorio Norman “Roughhouse” Rothman, años más tarde encarcelado por asalto a las bóvedas de dos corporaciones de Wall Street). Trafficante, además del tráfico de drogas, dominaba en gran medida el “Sans Souci” el “Capri” y probablemente el “Deauville”. Por su amistad con Trafficante, el gran *capo* de Nueva Orleans y la Luisiana, Carlos Marcello, también tenía intereses en algunos de esos centros.

De manera que cuando la organización chicogoense —con Sam Giancana a la cabeza— comenzó a penetrar la rentable plaza habanera, no podía ni soñar con el control de que disfrutaba en sus predios de Illinois o el que luego pudo lograr en Las Vegas. Debió resignarse con sacar lo que pudiera, aceptando el poderío de los intereses creados a través de un rejuego de avenencias y suspicacias mutuas. Las familias de Nueva York (Profaci, Gambino, Bonnano y otras), en cambio, tuvieron menos suerte. Y las pugnas por introducirse en el cerrado coto habanero, incluso, pronto las enfrentaron a unas contra otras, añadiendo leña al fuego de la guerra in terpendillera que alcanzó su apogeo en 1957. Los complicados mecanismos a través de los cuales se trasmitían estos conflictos de un territorio a otro, a pesar de la aparente lejanía, se ilustra bien con una de las explicaciones que se han dado al caso del asesinato de Albert Anastasia. Según esa versión, en efecto, “El Loco Asesino” se había acercado a Trafficante exigiéndole una participación en las ganancias que producían los casinos y otros negocios de La Habana. Trafficante se quejó de ello a Lansky y, entre ambos, llegaron a la misma conclusión que desde largo tiempo atrás y por sus propios motivos sostenía Vito Genovese: era necesario eliminar a Anastasia —quien poco después recibía lo suyo. Varias semanas más tarde se celebraba —o comenzaba a celebrarse— la cumbre de Apalachin. A ella concurrió Santos Trafficante en representación de la Cosa Nostra de Tampa y La Habana.

Los conflictos entre gente tan peligrosa, por otro lado, habían dado lugar a que la cima mafiosa de la capital cubana se rodeara de elementos tan experimentados en las faenas propias de sus actividades como dispuestos a todo —según probaban sus temibles historiales de hampones. Algunos sólo recibían un sueldo y de cuando en cuando una jugosa regalía. A otros se les permitía cierta participación en las ganancias. A todos se les exigía eficiencia en el cumplimiento de las tareas encomendadas: manejar con diplomacia a los personajes del gobierno que se arriesgaban más de la cuenta en las apuestas, pagar la coima correspondiente a los oficiales de la policía, alejar cualquier visitante indeseable, chequear el movimiento en las mesas de juego y las transferencias de dinero a las cajas fuertes, servir de guardaespaldas a los jefes y advertir con su sola presencia a cualquier intruso o representante de intereses extraños que el negocio estaba ya bien establecido y controlado, que la plaza estaba cerrada y que lo mejor que podía hacer era irse a otra parte con sus proposiciones.

Ninguno de aquellos personajes, desde luego, podía —ni quería— exhibir el rostro bien conocido de George Raft —el actor hollywoodense que se había hecho famoso interpretando papeles de gángster en películas tan taquilleras como “Cara Cortada”, “Johnny Angel” y

“Si yo tuviera un millón”. El secreto del arte de Raft consistía en que podía desempeñar sus papeles con absoluta naturalidad, porque en la vida real era también un gángster. Y, cuando Santos Trafficante le propuso venir a trabajar al “Capri” en La Habana —como una atracción más del casino— aceptó sin pensarlo dos veces.

Más anónimamente se desenvolvían otros habituales de los centros nocturnos habaneros de finales de los años cincuenta, cuya caracterización de hombres elegantemente vestidos, expresión ora torva u ora afable y maneras siempre desenvueltas, servían de fachada ocultadora de algunas de las más conspicuas carreras del bajo mundo del crimen en los Estados Unidos. En ejemplares como Russell D. Matthews —con causas pendientes por robos, asaltos a mano armada, narcotráfico y asesinato— resulta difícil ubicar con exactitud sus actividades. Pero se sabe que el notorio Irwin S. Weiner —estafador y extorsionista muy vinculado a Jimmy Hoffa y Santos Trafficante, aunque más particularmente al grupo de Chicago liderado por Sam Giancana—, trabajó tan bien que recibió como premio una tajada en las ganancias del “Capri” y el “Deauville”. David Yaras —con catorce arrestos e incluso en una lista del Senado entre extorsionistas, culpables de mutilación criminal y asesinatos—, aunque trabajaba para Giancana y el grupo de Chicago, tampoco aparece identificado con un negocio determinado, pero todo parece indicar que también actuaba entre La Habana y Nueva Orleans como intermediario de Trafficante y Marcello. Su íntimo amigo era otro “soldado” de Giancana, Lenny Patrick —con un récord de venticinco arrestos, también en la lista del Senado por los delitos mencionados y, según los archivos policíacos norteamericanos, jugador profesional, usurero, narcotraficante, asaltante de bancos y asesino. Finalmente, puede citarse el caso de Lewis McWillie —fichado por la policía de Dallas como jugador y asesino profesional—, quien comenzó trabajando en el “Sans Souci”, por gestiones de Giancana pasó a administrar el “Tropicana” y terminó actuando en el “Capri”, todo lo cual parecería ubicarlo como un hombre tanto de la gente de Chicago como de Lansky y Trafficante. McWillie fue el último gángster que abandonó La Habana, expulsado por el gobierno de Fidel Castro (enero de 1961).”

IX

La Mafia de Chicago —la más poderosa, si se exceptúa la neoyorquina— tuvo una trayectoria peculiar. Destacaba por el volumen multimillonario de sus operaciones ilícitas, por su tentacular expansión a otras ciudades (Las Vegas en Nevada y varias de la Costa Occidental) e incluso países (del Caribe), por su amplísima red de influencias (en la policía, el poder judicial, el aparato administrativo oficial, los partidos políticos y las organizaciones sindicales). Había producido algunas de las figuras más destacadas del bajo mundo del crimen: Jim Colossimo, Johnny Torrio y Ryan O’Bannion durante las dos primeras décadas del siglo y Al Capone en los años veinte. Igual que otros grupos mafiosos de otras partes de los Estados Unidos, los de Chicago prosperaron con el contrabando de bebidas alcohólicas durante la Prohibición y tuvieron sus periodos de violencias intergangsteriles. La sonada Guerra de Castellammare en Nueva York tuvo por ejemplo su contrapartida chicogoense en los sangrientos choques entre las bandas de Capone, Torrio, O’Bannion, Moran y otros.²⁴

El encarcelamiento de Capone (1931), el fin de la Prohibición (1934) y los años de depresión económica de la década del treinta, introdujeron ciertos cambios en el *modus*

operandi del hampa chicogoense. El periodo de la hegemonía de Capone había dejado una herencia perdurable. Capone, aunque por el método de la sangrienta eliminación de sus enemigos, había demostrado la importancia de evitar las pugnas aniquiladoras y en más de una ocasión se pronunció por llegar a acuerdos entre los distintos *capos* pandilleros para dirimir pacíficamente las diferencias. A partir de los años treinta los jefes mafiosos de Chicago no sólo actuaban ya de esa manera, sino que incluso llegaron a establecer buenas relaciones personales entre ellos, mantener contactos regulares y hasta emprender negocios conjuntos.

Los tres primeros jefes que se suceden en el mando de la Mafia chicogoense entre los años treinta y cincuenta habían sido en su momento matones, guardaespaldas, choferes, confidentes o ayudantes de Capone —lo que sin duda facilitó aquel comportamiento. Frank Nitti, Paul Ricca y Tony Accardo, los sucesivos jefes capomafiosos desde comienzos de la década del treinta hasta 1957, todos habían sido íntimos secuaces de Capone. Y, cuando Tony Accardo renunció al mando, lo hizo en favor de “Momo” Salvatore Giancana que se encontraba en los años veinte entre los íntimos de Jack (“Ametralladora”) McGurn —uno de los más notorios asesinos de aquel grupo.

Todos estos personajes, independientemente de sus intereses propios, solían actuar de consuno como socios en el gran negocio del crimen organizado. El de la repartición de ganancias en las apuestas de todo tipo ilustra bien el caso. Según una versión, los corredores de apuestas se quedaban con el 50% del lucrativo margen que estas dejaban, otro 20% iba a parar a los jefes de calles o zonas y el 20% restante se lo embolsillaban los grandes *capos*. Alrededor de 1960 sólo el legendario Primer Distrito (First Ward)²⁵ le rendía a Giancana y su gente alrededor de medio millón de dólares mensuales. Los *capos* de la Mafia chicogoense también lucraban con el negocio del “jugo” (*juice*) o préstamos usurarios,²⁶ las casas de prostitución, la extorsión a empresas de negocios y otras actividades que les permitían hacer inversiones lícitas y rentables —útiles además para justificar sus ingresos. A partir de los años cincuenta, a todo ello comenzaron a añadirse las ganancias de los negocios en Las Vegas donde paulatinamente iba penetrando y ampliando sus operaciones, y extrayendo cada vez más fabulosas utilidades, procedentes no tanto de la rentabilidad usual de los hoteles y casinos como del “descremado” (*skim*), es decir, el dinero que procedente de las mesas de juego se separaba antes de que pasaran por los registros de contabilidad, las cajas fuertes y los bancos (constituyendo un ingreso no declarado que permitía evadir los impuestos). Por esa época, además, Giancana y sus cofrades —luego de los necesarios entendimientos con Lansky y Trafficante— sacaban una buena tajada de las florecientes operaciones en La Habana.

Aún disponiendo de una cúpula dirigente bien unida y organizada, la Mafia de Chicago se estructuraba —aunque no tan formalmente— como la de otras partes del país, con sus jefes (*capos*) de diversa jerarquía y poderío, sus grupos, sus segundos en la cadena de mando y su masa pandillera. Desde luego, también contaba con el servicio de asesinos profesionales (*hit-men*). Algunos de estos últimos, como Félix (“Milwaukee Phil”) Alderesio²⁷ y Chuckie Nicoletti, trabajaban directamente bajo las órdenes de la jefatura mafiosa: ambos solían realizar sus trabajos utilizando un automóvil blindado dentro del cual contaban con un verdadero arsenal de armas de fuego. Pero otros trabajaban por su cuenta y mediante “contrato”. Era el caso de El “Loco Sam” DeEstefano —un tipo sádico y medio demente

que tenía una sala de torturas en su propia casa. Cuando se hablaba de asesinos profesionales, el “Loco Sam” solía jactarse: “¡Yo soy el mejor de Chicago!”.

La Mafia de Chicago también se distinguía de la de otras ciudades y regiones de los Estados Unidos por el grado de influencia que ejercía en ciertos sectores claves de la vida de aquella gran urbe. La ciudad estaba entre las primeras del país, pero no sólo por su población y vigor económico sino también por su corrupción. En la historia norteamericana pocas figuras habían alcanzado la fama de venalidad que en su tiempo adquirieron tipos como Michael “Hink Dink” Kenna o John “Bath House” Coughlin, que dominaban por completo la vida política y administrativa del Primer Distrito y tenían las más íntimas relaciones con Capone y sus sucesores. Y el celeberrimo alcalde Richard Daley, quien manejaba la más poderosa maquinaria política municipal del país y administró la ciudad con puño de hierro durante más de veinte años (1955-1976), aunque se afirma era personalmente honesto, concilio siempre sus gestiones con la corrupción rampante de políticos, funcionarios y policías. Daley no parece haber estado en connivencia con la Mafia (como, alrededor de los años sesenta, sí lo estuvo el teniente de alcalde del Primer Distrito, John D'arco), pero jamás dio un paso para enfrentarse a ella. La Mafia de Chicago tenía bien penetrado el aparato judicial y el departamento de policía prácticamente a su disposición.

Uno de los *capos* chicogoenses que mejor supo aprovechar esa heredada ventaja fue Sam Giancana, quien ascendió a la jefatura de la organización en 1957. Giancana mantenía excelentes relaciones con la policía, las autoridades municipales y las figuras políticas más ponspícuas a tiempo que mantenía a raya al FBI y al Departamento de Justicia. Personalmente, carecía de la capacidad violenta pero disciplinadora de un Capone, de la autoridad de un Luciano o del genio financiero de un Lansky. Mas, luego de trabajar con tipos duros y sesudos como Nitti, Ricca y Accardo, se conocía al dedillo toda la actividad de la organización, sabía ser cauto o audaz según las circunstancias, y en experiencia, astucia para los negocios y trapisondas que dejaran buen dinero, pocas podían ponerle un pie delante.

Sam Giancana²⁸ se formó como delincuente juvenil con la notoria “Pandilla Cuarenta y Dos”, integrada por un grupo de ladronzuelos que crecieron en el “Patch” (área del sudoeste de Chicago que tenía por centro las calles Taylor y Halsted), verdadero nido en el que se incubaron otros hampones como Sam Battaglia (quien sobre mediados del sesenta sustituyó a Giancana, recién asesinado, como *capo* mayor de Chicago). Su ascenso fue lento, pero constante. A los 18 años (1926) ya hubo de comparecer ante los tribunales como copartícipe en el asalto a una barbería en la que el dueño resultó asesinado: Sam era el que conducía el auto de los asaltantes. Pero no pudo ser condenado. Los testigos del crimen, inesperadamente, declararon “no recordar haber visto nada”. Su carrera delictiva continuó luego junto al conocido matón de la banda de Capone, “Ametralladora” McGurn. A fines de la década del treinta estuvo varios años en prisión y, cuando recuperó la libertad, ya en plena Segunda Guerra Mundial, las oficinas de reclutamiento lo rechazaron por aparente inestabilidad síquica. A partir de entonces trabajó como chofer y auxiliar de los sucesivos jefes mafiosos Nitti, Ricca y Accardo. Fue con Accardo —que lo utilizaba también como guardaespaldas, confidente y socio menor en algunos negocios— que Giancana comenzó su más rápido ascenso. Cuando Accardo renunció en 1957 a la jefatura de la organización, recomendó a aquel, su más íntimo compañero de negocios sucios y aventuras, para

sucedarle, y la propuesta fue aceptada. Giancana tenía entonces unos cincuenta años de edad y ya contaba con una pequeña fortuna hecha en Chicago, pero acrecentada con negocios en el Caribe, especialmente en Cuba, y también en México.

La situación había comenzado a cambiar para el hampa chicagense en los últimos años de la guerra y primeros de la postguerra, cuando elementos de la Mafia neoyorquina (Lansky, Costello, Siegel y otros) comenzaron a valorar las posibilidades que ofrecía Las Vegas como centro de juego, surgiendo poco después el afamado hotel “Flamingo” y más tarde el no menos famoso “Desert Inn”. Sin embargo, el gran impulso a la construcción de hoteles —en tanto que cascarones del negocio real que era el juego— sólo vino a producirse cuando entró en escena el notorio “Moe” Dalitz y, tras él, la crema mafiosa de Chicago. Morris Barnes Dalitz nunca fue un miembro de la “Cosa Nostra”, pero sus antecedentes —contrabandista, jefe pandillero y dinámico emprendedor de toda clase de negocios ilegales— hubieran dado envidia al más ortodoxo de los capomafiosos. Aunque sus primeras actividades las desarrolló en Detroit y luego en Cleveland, tenía buenas relaciones con las bandas de Nueva York, Chicago y otras ciudades. Y unido a éstas —pero sobre todo a la de Chicago— estuvo entre los primeros en establecerse en Las Vegas, donde no sólo fue testigo sino partícipe decisivo del florecimiento de la ciudad, primero con la erección del “Flamingo” y el “Desert Inn”, luego con el ramillete completo del “Stardust”, “New Frontier”, “Hacienda”, “Dunes” “Tropicana”, “Riviera”²⁹ y unos cuantos más. Como le decía el gángster Johnny Rosselli a su amigo el asesino profesional Fratianno hacia finales de los años cincuenta: “Coño, Jimmy, hoy no reconocerías la ciudad (Las Vegas)... Te lo digo yo: ¡es fantástico!... Un negocio (casinos) al lado del otro y el dinero corriendo como si no hubiera mañana”.

Cuando Fidel Castro asumió el poder en Cuba y sus medidas revolucionarias acabaron finalmente por liquidar las operaciones mafiosas en La Habana, la gente de Chicago —afectada como los Lansky, Trafficante y Cía.— no pudo reprimir su cólera, pero debió resignarse impotente. Sacaron las cuentas y concluyeron que no estaban arruinados ni mucho menos, considerando los ingresos que se obtenían en el propio Chicago y en la Costa Occidental, por no mencionar Las Vegas. Sobre todo este último emporio, si mejor trabajado, decidieron que podría rehacerles de las pérdidas en La Habana. Mas, para lograrlo, había que contar con “Moe” Dalitz.

De esta manera, hacia finales del verano de 1960, hubo una importante reunión de la cúpula general de la organización, discretamente ubicada en la trastienda de una sastrería sita en la Avenida Michigan y a un paso de la “Milla Magnífica” —complejo urbano donde se concentraban, en una docena de manzanas, las más renombradas tiendas, hoteles, restaurantes, teatros de última moda y apartamentos de lujo de la ciudad. Allí, en aquella pequeña oficina, los *capos* solían discutir de negocios, tomar decisiones y repartirse las ganancias de algunas de sus operaciones. Hablaban con absoluta libertad, convencidos de lo seguro del lugar.³⁰

La conversación la inició Accardo con un comentario al parecer marginal.

—He leído en los periódicos que Castro ha expropiado las compañías norteamericanas que hay en Cuba.

—Eso me dijeron —comentó Giancana—. Ahora unos cuantos más van a saber por lo que hemos pasado nosotros. Y quizá se tomen por fin medidas contra Castro.

—Las medidas tendría que tomarlas el gobierno.

— ¡Bah!, el gobierno... No está haciendo nada... ¡nada!
—Pero alguien tendrá que pasarle la cuenta a Castro.
—Eso sí. Pero ¿quién?
Fue cuando Accardo volvió a intervenir.
—Bueno... el tema es interesante, pero hoy nos reunimos para otra cosa.
—Cierto. Vamos al grano.
—Oye, Sam, ¿hiciste contacto con “Moe” (Dalitz)?
—Sí, ya hablé con él.
—¿Y qué resultó?
—Parece dispuesto a discutir, pero no sólo conmigo, sino con varios de nosotros. Quiere una representación amplia. El también iría con su gente. Le dije que en eso no había problemas.
—¿Y eso fue todo?
—No. También le dejé caer que la negociación tiene que incluir el “Stardust”, “Desert Inn”, “Riviera” y “Freemont”. No dijo ni que sí ni que no.
—Eso estuvo bien de tu parte. La negociación tiene que incluir el paquete completo. ¿Y fijaron alguna fecha para conversar?
—Sugirió que estaría listo para la semana próxima, lunes o martes.
—Bueno, pudiera ser el lunes. Ahora hay que decidir quiénes vamos.
Y durante un rato la discusión continuó hasta lograr un acuerdo sobre ese particular. El lunes siguiente, en Las Vegas, tuvo lugar la reunión con Dalitz. Precisamente cuando en el cuartel general de la CIA en Washington —a más de mil kilómetros de distancia— Richard Bissell y Sheffield Edwards analizaban la posibilidad de utilizar la Mafia para asesinar a Fidel Castro.

Capítulo 5

SE INICIA LA GRAN AVENTURA

I

Tan pronto terminó su conversación con Richard Bissell, el coronel Edwards llamó a su despacho a James O’Connell y le impuso de la tarea que se había decidido encomendarle. O’Connell era el jefe de operaciones de la División de Apoyo bajo la jurisdicción de la Oficina de Seguridad de la CIA que dirigía el coronel Edwards. Alto, corpulento y de hociquero rostro, solían llamarle “Jim el Grande” (*Bigjim*). Exagente del FBI, poseía ya varios años de experiencia en las más turbias acciones encubiertas de la Agencia y ni siquiera pestañeó cuando su jefe le explicó el trabajo que se le encargaba. Enseguida concurrió con su jefe en la idea de que la gente del “sindicato” (del crimen) podía llevar a cabo la eliminación física de Fidel Castro con eficacia, rapidez y discreción. Más aún, aseguró que tenía al hombre adecuado para entrar en contacto con aquella Mafia.

—¿A quién te refieres? —preguntó Edwards.

—A Bob Maheu.

—¡Ah, sí! Ha colaborado con nosotros y hasta nos debe favores. Por lo que se de él, pudiera ser en efecto el hombre que necesitamos para poner en marcha la operación.

—Sin duda, coronel, Bob Maheu ha estado a mi cargo durante años y hasta tenemos una buena amistad personal. En este tipo de trabajo se mueve como pez en el agua. Me consta, además, que tiene amigos importantes entre esos elementos mafiosos.

—Habla entonces con él.

—Pero habría que aclarar algunos puntos.

—A ver.

Y, durante un rato, Edwards y O'Connell discutieron diversos aspectos de la operación. Al final, Edwards dijo:

—Bueno, esas son las ideas en general. No podemos entrar en detalles más concretos por el momento, ya que sería puramente especulativo. Iremos analizando las cosas y tomando decisiones según se vaya presentando la situación. Debes mantenerme informado de cada paso que des. ¿Entendido?

—Así lo haré.

—Ahora, echa a un lado cualquier otra cosa que estés haciendo y concéntrate en ésta.

—Hoy mismo por la tarde arreglo todo lo que tengo pendiente y mañana trataré de hacer contacto con Bob.

—Muy bien.

— ¡Ah!, quisiera añadir algo, si me lo permite.

—Cómo no.

—Quiero decir... agradezco la oportunidad que se me da asignándome este trabajo... Vea usted, a mi expediente ya le hacía falta algo así... ¿Me explico?

Edwards, agarrando en el aire la indirecta, sonrió comprensivo.

—En efecto —dijo—, es un trabajo condenadamente importante y en lo que a ti respecta una oportunidad más para avanzar en tu carrera en la Agencia. Pero debes entender que el simple hecho de que pongamos en tus manos esa tarea ya es una promoción. De todos modos, puedes estar tranquilo de que, si tiene éxito, se te reconocerá como es debido tu labor.

—Muchas gracias.

Un poco más tarde O'Connell localizó a Robert Maheu por teléfono y le dijo que necesitaba hablar urgentemente con él.

Maheu dudó un poco pero terminó diciendo.

—Ok, en casa, mañana a las cinco.

II

Cuando, en las medianías de 1975, quince años después de los acontecimientos arriba descritos, Robert A. Maheu compareció un día ante el comité del Senado que investigaba los complots de la CIA para asesinar líderes extranjeros, era un hombre que debía andar cerca de los sesenta años y tenía el aspecto inofensivo de un pequeño empresario de negocio. Más bien de baja estatura, ya algo rechoncho y con el pelo claro huyéndole de la frente, miraba a sus interrogadores con ojos de querubín ofendido por aquella obligada comparecencia. Alguno de los senadores escuchaba con irónica sonrisa sus enfáticas justificaciones, sabedor de tener ante sus ojos uno de esos personajillos de la vida

norteamericana cuyos nombres jamás salen en los periódicos, pero que cuentan con una carrera por el mundo de la política y los negocios lo suficientemente larga, turbia y complicada como para llenar las páginas de un grueso volumen biográfico.

Robert A. Maheu había trabajado en contraespionaje con el FBI durante la Segunda Guerra Mundial, solicitando su retiro poco después de terminado aquel conflicto. En los años cincuenta fundó una firma de investigaciones privadas —“Robert Maheu & Associates”— en la que se mezclaban elementos de actividades detectivescas con gestiones financieras y políticas que él encubría utilizando la vaga denominación de relaciones públicas. Más o menos por esa época, aunque en fecha no exactamente determinada, comenzó también a realizar trabajos para la CIA, que durante un tiempo subsidió su firma con \$500 mensuales. En aquel periodo —y, según evidencias, en contacto con la Agencia Maheu participó en una gran intriga petrolera internacional, cuando se puso al servicio de Stavros Niarchos —un rival de Aristóteles Sócrates Onassis en la lucha por obtener el monopolio del transporte del hidrocarburo Saudita Los intereses norteamericanos —representados entre otros por Richard Nixon— estaban en favor de Niarchos y de ahí probablemente la intervención de la Agencia en el asunto. Maheu puso dispositivos electrónicos de escucha en la suite de un hotel de Roma que ocupaba Onassis y con las grabaciones confeccionó una historieta que, publicada en un periódico controlado por la propia Agencia, dio lugar a un escándalo que fue suficiente como para frustrar el negocio a aquél. Por esa misma época, la CIA también le encargó a Maheu producir una película con el fin de envenenar las relaciones entre Indonesia y la URSS. Con tal objetivo, Maheu buscó un actor con gran parecido al líder indonesio Achmed Sukarno y preparó un guión en el que éste último aparecía, como en cualquier filme pornográfico barato, escenificando ciertas escenas de amor con una mujer. La idea consistía entonces en exhibirlo como si hubiera sido producido por los soviéticos, provocando así las iras de Sukarno y un eventual rompimiento de las relaciones de éste con la URSS. Su realización estaba muy avanzada cuando, por motivos que se desconocen, a última hora la CIA decidió cancelar el proyecto. Era en operaciones de este tipo — exigentes de cierto nivel de dinamismo, experiencia y confidencialidad, pero sobre todo absoluta falta de escrúpulos— que la Agencia solía utilizar a Maheu, cuyo “case officer”¹ era Jim (“El Grande”) O’Connell. Precisamente, corriendo juntos tales aventuras, fue que con el tiempo entre ambos —Maheu y O’Connell— se cimentó una estrecha amistad. A fines de la década del cincuenta Maheu comenzó a trabajar para el multimillonario Howard Hughes.

Las primeras tareas que le encargó Hughes le venían desde luego pequeñas a Maheu. Consistían sólo en vigilar las amantes del famoso y un poco extravagante multimillonario, receloso no tanto de las infidelidades amorosas de éstas como de la posibilidad de que resultaran informantes de algunos de sus rivales en los negocios. Maheu, sin embargo, no despreció ese trabajo. Intuía que con el tiempo Hughes apreciaría sus habilidades y, quién sabe, podría llegar a ser uno de sus hombres de confianza. Así ocurrió, pero terminando todo en el más inesperado desenlace.

Uno de los senadores del Comité Church que en 1975 investigaba los complots de la CIA para asesinar líderes extranjeros, cuando vio a Maheu sentarse en el escaño donde debía testimoniar, frunció el ceño un poco como entre disgustado y confundido. ¿De dónde conocía él a este hombre? No recordaba su figura, pero el nombre le parecía familiar.

Cuando terminó aquella sesión, entonces, se dirigió a un experimentado colega suyo que había sido varias veces miembro del Comité de Inteligencia del Senado.

—Oye —le dijo—, ¿quién es ese Robert A. Maheu? Su nombre me suena, pero no logro identificarlo.

—¿Bob Maheu? Un tipo de cuidado. Lo conozco como la palma de mi mano y una vez, hace años, por poco tengo que sacarlo de mi despacho a patadas.

—¿Cómo fue eso?

—Me vino con una especie de soborno envuelto en amenazas y chantaje. Entonces era algo así como la mano derecha del millonario Howard Hughes, pero también estaba vinculado a la CIA. Volví a saber de él cuando Watergate.

—Me interesaría tener todos esos datos.

—Si te dejas caer esta tarde por mi oficina te digo todo lo que se sabe sobre él, pero tienes que venir dispuesto a escuchar una historia larga y complicada, que incluye al Maheu ese, a Hughes, a la CIA... incluso a Nixon... Tengo unos cuantos *files* que también te convendría revisar... A los efectos de tu trabajo en el Comité sólo estás obligado a saber de las andanzas de Maheu alrededor en 1960, pero, ¡coño!, debieras conocer también su trayectoria posterior para tomarle bien la medida que calza ese sujeto.

—Estoy de acuerdo con eso. ¿Qué te parece si nos vemos en tu oficina a eso de las tres esta tarde?

—Estupendo. Así me das tiempo de organizar algunos papeles que tengo sobre el caso, incluyendo lo relativo a Hughes.

A la hora concertada los dos legisladores estaban reunidos y, el que se había ofrecido para informar sobre Maheu dijo:

—Esta historia comienza con la de Hughes.

—Pues, adelante.

Los párrafos que siguen, más o menos elaborados literariamente para su mejor comprensión, se basan en los datos que a, vuelapluma, fue apuntando el miembro del Comité Church en la medida en que su colega avanzaba en la asombrosa narración.

III

Howard Hughes era hijo de un enriquecido inventor y fabricante de equipos que al morir le legó una pequeña fortuna que él se encargó de multiplicar por decenas de veces. Ya en los años de la década del treinta no sólo había convertido la empresa heredada —la “Hughes Tool Co.”— en una de las más poderosas de la época en su especialidad, sino que muy pronto se le vio incursionando en otros negocios a los que imprimió el sello de su carácter —una peculiar combinación de talento tecnológico y empresarial con rasgos de espíritu aventurero, emulación deportiva y ansiedad de fama. Le atrajo por aquel entonces la aviación y fundó la “Hughes Aircraft Corp”. En 1935 diseñó un tipo de avión que rompió el récord mundial de velocidad y poco después, piloteando él mismo uno de sus aparatos, le dio la vuelta al mundo en tiempo sin precedentes. Luego, se introdujo en la industria fílmica donde alcanzó también celebridad tanto por la producción de algunas películas (como “El proscrito”, con la apetitosa y bien publicitada Jane Russell) como por sus aventuras amorosas con rutilantes estrellas cinematográficas del momento.

Mas tarde, Hughes decidió vivir en Las Vegas y tomó como residencia, alquilándolo, el noveno piso completo del hotel “Desert Inn”, bajo control de Morris (“Moe”) Dalitz y la Mafia de Chicago, que producía enormes ganancias² y se había convertido en un lugar tan usual de reunión de los *copos* de todo el país que se le conocía también con el nombre de “Mesón de los Mafiosos”. Hughes decidió comprarlo, pero esta no era una gestión fácil ni mucho menos y entonces decidió ponerla en manos de Robert Maheu, quien ya había ascendido tanto en la consideración del multimillonario, que lo nombró su responsable de “relaciones públicas” con un estratosférico sueldo anual de \$500 mil. Mas, parece, Maheu estaba a la altura de su nuevo cargo. En el caso de la operación con el “Desert Inn”, por ejemplo, enseguida se puso de acuerdo con su amigo el mafioso Johnny Rosselli y con un tal Ed Morgan, viejo compinche suyo que trabajaba como abogado de “Moe” Dalitz. Poco después la operación de compraventa del “Desert Inn” se consumó y el hotel pasó a manos de Hughes. Este, se empeñó luego en adquirir otros hoteles y casinos, llegando a poseer una cadena de ellos —y con servicios completos de habitación, sala de juegos y hasta transporte a Las Vegas en sus compañías de aviación. En esas operaciones Maheu servía de oficioso intermediario.

Maheu debió ser también uno de los contactos de Hughes con la CIA, aunque probablemente el papel decisivo en esas relaciones lo desempeñó, entre otros, el jefe de sus servicios clandestinos. Richard Bissell, en efecto, un apasionado impulsor de la modernización tecnológica de la Agencia, propició algunos de los más jugosos contratos de ésta con las empresas de Hughes. Fue así como la “Hughes Aircraft Corp.” proveyó todo lo necesario para la producción de satélites-espías y logró que se le encargara construir una nave de espionaje marino, el “Glomar Explorer”, que representaba una inversión de \$400 a \$500 millones.³ Algunos investigadores bien documentados llegaron a estimar en determinado momento que el monto total de las operaciones CIA-Hughes ascendía a más de \$6 mil millones —un dato bien expresivo de la cuantía que llegaron a alcanzar los vínculos entre el capital financiero-industrial y algunos miembros de la comunicad de la inteligencia norteamericana como la CIA. Pero no sólo con ésta. A principios de la década del setenta las empresas de Hughes ocupaban el octavo lugar entre los principales suministradores del Pentágono, lo cual explica la notable actividad de aquel multimillonario en favor de la continuación de la guerra de Vietnam.⁴

Las relaciones entre la CIA y Hughes, sin embargo, eran bastante complejas y en algunos aspectos algo así como un implícito toma y daca. La CIA ayudaba a Hughes a establecer contactos en círculos financieros y políticos, a encubrir operaciones ilegales bajo la cobertura de actividades relacionadas cn la seguridad nacional y a burlar al fisco. Pero Hughes reciprocaba ofreciendo sus múltiples empresas y propiedades para que sirvieran de pantalla a operaciones de la CIA. El multimillonario, por ejemplo, poseía una firma denominada “Hughes Medical Institute” que, con el pretexto de servir intereses públicos a la manera filantrópica era utilizada en realidad para evadir el pago de impuestos. En 1956 la “Hughes Medical Institute” fundó una subsidiaria, llamada “Cayo Sal Ltd.”, que subarrendó el islote de ese nombre y Hughes no dudó en facilitárselo a la Agencia —con más entusiasmo cuando le explicaron que era “necesario para llevar operaciones contra el régimen de Castro”. La cobertura del “Hughes Medical Institute” le venía como anillo al dedo a la CIA, porque en aquella época Bahamas era una posesión británica y el uso a que se iba a destinar Cayo Sal, si se declaraba públicamente, hubiera infringido las leyes ingle-

sas. Cayo Sal, luego del acuerdo con Hughes, comenzó a convertirse en lugar de encuentro y refugio transitorio de exiliados contrarrevolucionarios a sueldo de la CIA y en trampolín para incursiones piráticas contra Cuba. Al islote, según declararon después testigos presenciales, llegaban continuamente cargamentos de grandes cajones con un letrero exterior que decía “Toolco” (“Hughes Tool Co.”). Se abrían los cajones, y no había una sola herramienta de uso civil: sólo armas, municiones y explosivos.

Hughes también acudía a toda suerte de recursos —el dinero en primer lugar— para ganar influencia que le facilitara sus negocios. Solía contribuir a los fondos electorales de ambos partidos, el Demócrata y el Republicano, y también hacía donaciones personales a destacadas figuras políticas. Uno de los beneficiarios de su interesada generosidad era Richard Nixon. En 1956, cuando Nixon aspiraba a ser nombrado candidato a la vicepresidencia, recibió una contribución de Hughes de \$100 mil⁵ y, poco después de las elecciones, a su hermano Donald le dio \$250 mil para que saliera a flote en la operación de un restaurante en bancarota. Durante las elecciones de 1968 Hughes aportó otros \$100 mil a la campaña de Nixon.⁶ El pródigo magnate cobraba luego bien caro esos regalos. A Nixon, ya electo presidente, le exigió —y tuvo éxito— en que el Departamento de Justicia le facilitara violar las leyes antitrust y otras que obstaculizaban sus operaciones hoteleras. También lo presionó para que se suspendieran las pruebas nucleares en el estado de Nevada que estaban perjudicando sus negocios en Las Vegas. En casi todos estos tejemanejes —según pruebas documentales— el hombre que actuaba a nombre de Hughes era Robert Maheu.

La salud mental de Hughes, por otro lado, fue deteriorándose con el tiempo. Resultó presa de una rara manía bacteriofóbica que le hacía vivir aislado y bajo extraordinarias condiciones asépticas en el piso de uno de sus hoteles de Las Vegas. Nadie podía acercarse a él y mucho menos tocarlo, aterrorizado como estaba siempre por el contagio de gérmenes infecciosos (sus negocios los ventilaba a través de notas y contactos telefónicos). Un día, desapareció de pronto misteriosamente y sólo se vino a saber de él bastante tiempo después, cuando llegó al aeropuerto de Houston, Texas, procedente de México. Pero había muerto en el vuelo y el cadáver que descendió a la pista en una camilla dejó impresionados a los que estaban allí presentes, quienes del multimillonario sólo recordaban la imagen de los años anteriores a su enfermiza autorreclusión y que era la de un hombre elegante, atlético y apuesto. El que yacía ahora al pie del avión era el cuerpecillo sin vida de un anciano que apenas alcanzaría las 70 libras de peso, con el cabello largo y las barbas sin afeitar completamente blancas, miserablemente vestido: un verdadero despojo humano.

Hughes, sobre el que se escribieron miles de artículos y decenas de biografías —y hasta autobiografías apócrifas—, con sus emprendimientos y excentricidades, su inmensa fortuna de miles de millones de dólares, su influencia sobre políticos corrompidos y su trágico fin, desde entonces pasó a formar parte del folklore capitalista norteamericano. Así, convertida en una leyenda, su personalidad fue objeto de la especulación de toda clase de mistificadores, detractores y apologistas. El famoso novelista Gore Vidal, sin embargo, parece haber sido quien, en muy pocas palabras, sintetizó la esencia del caso al escribir: “Howard Hughes era pura mierda norteamericana... mierda al cien por ciento”.

Y, aunque resulte sorprendente, alguien que se habría manifestado de acuerdo con esa definición, era nada menos que Robert Maheu. Aunque sólo fuera por reciprocidad. Pues,

algún tiempo antes de morir, Hughes había escrito una nota diciendo: “Maheu es el mayor hijo de puta que yo he conocido en mi vida”.

Lo que había ocurrido es que, últimamente, las relaciones entre Hughes y Maheu — complicadas como estaban con tantos negocios turbios— asumieron un curso muy conflictivo y terminaron de mala manera. Hughes despidió a Maheu antes de su misteriosa desaparición en Las Vegas y Maheu, a tiempo que entablaba un pleito judicial, amenazó con publicar ciertos documentos de Hughes que no sólo perjudicaban a su antiguo patrón sino que comprometían también a Nixon y al presidente del Comité Nacional del Partido Demócrata, Larry O'Brian. Fue tratando de apoderarse de esos papeles y obtener otras informaciones que Nixon, según una versión, autorizó asaltar tanto el lugar donde Maheu los había escondido como las oficinas del Comité Nacional del Partido Demócrata en el Hotel Watergate, que fue lo que le costó la presidencia.

IV

Pero todas aquellas andanzas de Maheu con Hughes apenas se iniciaban hacia las postrimerías de la década del cincuenta y sólo vinieron a culminar a principios de la del setenta. A fines del verano de 1960, Maheu comenzaba a trabajar para Hughes y sus relaciones con la CIA se habían limitado hasta entonces a alguna que otra aventura, como aquellas de la oscura lucha por el control del transporte del petróleo Saudita, la burda estratagema para enemistar a Sukarno con la URSS y alguna que otra sucia intriguilla de menor cuantía. Fue entonces cuando recibió una tarde en su casa la visita de Jim (“El Grande”) O’Connell, quien esta vez sí le traía una tarea que lo estremeció.

Maheu vivía entonces en Washington en un apartamento confortable, con una sala lo suficientemente amplia como para atender varios amigos a la vez. A O’Connell el lugar le resultaba familiar y, apenas se había sentado a sus anchas, cuando ya tenía ante sí el vaso de whisky con soda que, sin preguntarle qué le apetecía. Maheu puso en sus manos. Divagaron un rato sobre diversos temas, incluido el de las próximas elecciones. Pero estas ofrecían poca tela de dónde cortar y, finalmente, Maheu sugirió entrar en el asunto a que con tanta urgencia aludió O’Connell cuando le pidió la entrevista.

—Es un asunto grande —dijo O’Connell—. La tarea más importante que me haya encomendado la Agencia y la colaboración también más importante que te hayamos pedido.

—¿De qué se trata? —preguntó Maheu intrigado.

—Se trata de... matar a Fidel Castro.

—¿Qué? —reaccionó atónito Maheu.

—Algo tan sencillo y a la vez tan complicado como eso. Matar a Castro.

—Tu bromeas.

—En lo absoluto. Es un problema de seguridad nacional y ya se tomó la decisión a los niveles que corresponde.

Maheu se tomó un trago y permaneció silencioso unos momentos.

—Pero la Agencia nunca se había metido en cosas como esa —dijo al cabo.

—¡Quién sabe!

—Bueno, aún así, ¿qué carajo pinto yo en una operación semejante?

—Descuida —dijo O’Connell soltando una carcajada. Apenas concibo nada que no seas capaz de hacer, pero tampoco te puedo imaginar cometiendo un asesinato. Sin embargo, para que se pueda llevar a cabo éste resulta necesaria tu cooperación... Anda, sírvenme otro pero con menos soda.

Maheu se levantó y, tomando el vaso de O’Connell, fue al bar y regresó con éste casi lleno hasta el borde, pero con un color acaramelado más subido que la vez anterior.

Se sentó nuevamente y encendió un cigarrillo.

—Mira, Jim —dijo entonces en tono más calmado—, yo se lo que le debo a la Agencia tanto como la Agencia sabe lo que me debe a mí. Tu sabes que nunca me he negado a llevar a cabo una operación que me haya encargado. Pero, ahora, no creo que estoy en condiciones de hacerlo.

—Bob, escrúpulos morales tu no tienes. ¡Te me estás apendejando!

—No, coño, seguro que no. El problema es otro.

—¿Cuál es el problema?

—Me ha surgido un cliente importante y que absorbe todo el tiempo de que dispongo. Debo servirlo bien porque con él tengo un porvenir con el que casi no había soñado antes. No puedo fallarle.

—¿Se puede saber quién es?

—Howard Hughes.

—¿El multimillonario?

—Sí. Es un tipo raro y exigente. Pero paga bien y creo que está satisfecho con mi trabajo. Es la oportunidad de mi vida.

—Te felicito, pero no veo contradicción. Habla con Hughes. Insinúale que tienes que cumplir una importante tarea del gobierno. El entenderá y hasta es posible que eso te enaltezca ante sus ojos. Además, seguramente le conviene mantener buenas relaciones con el gobierno y eventualmente hasta con nosotros. Más todavía. Si la memoria no me falla, creo que el nombre de Hughes lo he escuchado en la Agencia en vinculación con algún contrato de suministro de equipos... No se bien... Pero estoy seguro de que por ese lado no habría problemas.

—Es posible.

—Pídele permiso a Hughes por sólo un pequeño periodo de tiempo: el necesario para poner en marcha la operación.

—¿Y no habría otro que se pudiera ocupar de esa tarea?

—Quizá. Pero yo le dije a mi jefe que tu eres la persona ideal para el trabajo y me atreví a asegurarle que no nos fallarías. ¡Coño, Bob, no puedes fallarnos!

—¿Y en qué consistiría mi cooperación?

—¡Oh, algo más bien sencillo! La tarea de liquidar a Castro, decidió la jefatura luego de considerar todas las opciones posibles, pudieran realizarla muy bien gentes del sindicato del juego... del crimen... La Mafia esa... son verdaderos especialistas en lo de echarse al pico a cualquiera y no dejar huellas.

—Bien pensado. Pero no veo cuál sería mi papel en eso.

—Tu tienes contacto con esa gente. ¿Recuerdas la última vez que estuve aquí? Poco antes habías tenido otra visita: Johnny Rosselli. Tu mismo me lo describiste luego y recuerdo tus palabras: “Johnny es un tipo muy bien conectado con la Mafia de Chicago cuyos intereses representa en los casinos de Las Vegas y la Costa Occidental”.

—Cierto.

—¿Entonces? Si alguien puede llevar a cabo esa tarea de contactar la gente idónea para el trabajo que te expliqué, ese alguien eres tu, Bob.

—No puedo negarlo. Incluso el primer contacto pudiera ser Johnny.

—Ese sería nuestro hombre, ¿no?

—Tal vez. Pero no creo que sería el que apretaría el gatillo en una operación como ésta. Y no por falta de agallas, que le sobran... ¡Es un tipo!... Pero, eso sí, tiene relaciones con la gente capaz de organizar la cosa y de hecho él es uno de ellos.

—¡Ah!, la Agencia de ninguna manera puede aparecer, ni remotamente, involucrada en el asunto.

—Eso no es necesario que me lo adviertas. Pero, oye, ¿tu crees de verdad que con sólo matar a Castro se resuelven los problemas que hay con Cuba?

—Sí. Porque, además de eliminarse a Castro se prepara una invasión a Cuba con exiliados que se entrenan en Guatemala. Pero esto también es absolutamente secreto.

— ¡Coño, es algo en grande... un proyecto del carajo! Pero, otra cosa, Jim, ¿y cuánto se puede ofrecer por el trabajo?

—La gente de que hablamos controlaba los casinos de La Habana y Castro les puso el negocio en crisis. Ellos son los más interesados en deshacerse de Castro y volver a los buenos tiempos. Aparte de eso, si ocurriera que se habla de pago, puedes manejar algo así como \$150 mil. Es la cifra autorizada por ahora.

—Veré lo que puedo hacer.

—No, necesito que me des la seguridad de que te vas a ocupar enseguida de este asunto.

—Sí, puedes estar tranquilo.

—¿Cómo lo harías?

—Creo que Johnny está ahora en Los Ángeles. Lo llamaré por teléfono, me pondré de acuerdo con él y, si es necesario, iré a verlo donde se encuentre: eso le demostrará que se trata de algo importante.

—Bueno, tienes todo el fin de semana para la gestión.

—¿Otro trago?

—No, me marcho ya. Nos comunicamos en cuanto tengas algo, es decir, en cuanto hables con Rosselli.

—De acuerdo.

V

A O'Connell le hubiera encantado saber que esa misma noche Maheu habló con Rosselli por teléfono.

Maheu le dijo que necesitaba verlo con urgencia para un asunto muy importante y que estaba dispuesto a ir a Los Angeles a hablar con él de inmediato.

—Podemos vernos pasado mañana, si vienes.

—De acuerdo. En cuanto llegue te llamo y precisamos cómo encontrarnos.

—Espero tu llamada.

Y Rosselli colgó el teléfono quedándose pensativo.

Era un hombre de mediana estatura, complexión vigorosa y ojos azules generalmente ocultos bajo oscuras gafas. Tendía a la locuacidad y alguna que otra vez a manifestarse algo

explosivamente, pero enseguida se controlaba y reanudaba su hablar cuidadoso y tenue. Vestía elegantemente a la última moda, conduciendo siempre un Cadillac último modelo y visitando los más refinados restaurantes —a veces acompañado de una de esas chicas fáciles pero con atractivo *glamour*. No era difícil adivinar, sin embargo, tras el costoso atuendo y escogidas maneras, al fullero por vocación y al delincuente presto a cumplimentar las órdenes de sus superiores capomafiosos —lo mismo para una intriga de negocios turbios que para un chantaje o la contratación de un asesino profesional. Había nacido (¿1906?) en una pequeña ciudad de Italia y se le bautizó como Filippo Sacco. Desde niño emigró con sus padres a los Estados Unidos, asumiendo luego el nombre de John Rosselli.

No hay muchos datos acerca de su infancia y adolescencia, pero evidentemente desde muy joven estuvo vinculado al mundo delictivo que en Chicago encabezaba Al Capone. A su amigo el gánster Fratianno le dijo que había trabajado directamente con Capone y compartido en los años veinte la cárcel con algunos de sus más connotados secuaces como Paul Ricca, quien llegaría a ser el capo mayor de Chicago en los años cuarenta.

En la década de los años treinta, la Mafia chicogoense —incluyendo algunos de sus más destacados personajes como Nitti, Ricca, Humphrey y algunas figuras de menor rango como Rosselli— logró apoderarse de la dirección del sindicato de trabajadores teatrales y cinematográficos y comenzó a extorsionar a los empresarios de la ciudad (no había producción ni funciones si no pagaban las sumas exigidas) y, luego, de Hollywood. En 1941 uno de los raqueteros, Willie Bioff, fue procesado y denunció a los partícipes en la organización de aquel sistema de chantajes que alcanzaba millones de dólares.⁸ En 1943 Nitti, Ricca y otros, entre ellos Rosselli, fueron procesados y condenados a largas penas de prisión y multas. Nitti cometió suicidio (1943), pero los otros fueron a la cárcel hasta fines de la década cuando salieron bajo libertad condicional en medio de un gran escándalo público.

Sobre mediados de la década del cuarenta y, según los indicios, sin perder por completo sus vínculos con Chicago, Johnny Rosselli se quedó trabajando para el “padrino” de la principal familia mafiosa de Los Angeles —el notorio Jack Dragna, conocido como el “Verdugo de la Mafia de la Costa Occidental”. A Dragna se le acreditaban 16 asesinatos (cifra algo exagerada según algunos), varios de ellos llevados a cabo por Jimmy Fratianno, el íntimo amigo de Rosselli. La posición de Rosselli en la familia de Dragna no está clara, pero debió tener cierta relevancia pues, cuando el conocido “Verdugo” falleció en 1957, el nombre de Rosselli sonó como posible sucesor.

Sin embargo, para sustituir a Dragna, la Mafia de Los Angeles no seleccionó a Rosselli. Según una fuente las cosas ocurrieron así.

Jimmy (Fratianno) le dijo (a Rosselli) que, cuando Dragna murió, De Simone le preguntó quién debía ser el jefe. Jimmy le dijo que debía ser Rosselli. Y De Simone le comentó: “Si, lo lógico es que el tipo sea Rosselli”. De Simone también consultó con Bomp,⁹ que estaba en la prisión de San Quintín y éste le dijo lo mismo: el nuevo jefe debía ser Rosselli. Pero, luego que los capos se reunieron para acordar quién debía sustituir al fallecido Jack Dragna, en 1957, De Simone vino a ver a Rosselli y le dijo: “Johnny, ¿sabes lo que ocurrió? Fue a mi a quien eligieron jefe y por unanimidad”... Entonces, Rosselli le dijo a De Simone: “Pues, apunta esto en el récord, Frank, yo ahora regreso para (trabajar en) Chicago”. Y así lo hizo.

Y, comentando el incidente, Rosselli le confió a Fratianno:

Años atrás, Jimmy, el juego era distinto. Ahora hay mucha avaricia y celos. La avaricia y celos de los hombres pequeños. No hay visión, no hay imaginación. Por eso me trasladé a Chicago desde que Jack (Dragna) murió. No iba yo a trabajar con cretinos como De Simone y Licana ¡Ni hablar de eso!

Luego, en tono filosófico de resignación, Rosselli concluyó:

Después de todo, yo nunca he querido ser un *capo*... Son muchas las bocas que tendría que alimentar.¹⁰

Por otro lado, todo parece indicar que durante el periodo en que Rosselli trabajó para Dragna, mantuvo sus nexos con la Mafia chicogoense cuyos intereses de un modo u otro representaba. Según una fuente del FBI ya a mediados de la década del cuarenta Murray “El Camello” Humphrey (Hump), utilizando a Rosselli, colaboró con Lansky, Costello y Siegel en la construcción del “Flamingo” en Las Vegas y luego supervisaba las actividades que desenvolvía Rosselli en Los Angeles como uno de los representantes de Chicago. La propia fuente dice que Nitti, Ricca y Accardo —los sucesivos jefes de Chicago— apoyaron a Rosselli como su representante en la Costa Occidental. Las relaciones Dragna-Chicago-Rosselli, sin embargo no están claras. Pero es evidente que tal vínculo existía y que Rosselli no tuvo dificultades en ser “transferido” a Chicago cuando falleció Dragna en 1957.

Este era el momento de “despegue” de la Mafia chicogoense en Las Vegas y con sus contactos con Ricca, Giancana y otros, Rosselli consiguió que le nombraran representante de los intereses de Chicago en el famoso “Stardust”.

Sobre su modo de vida en Las Vegas, Rosselli también le hizo interesantes confidencias a su amigo Fratianno:

Luego que me transfirieron a Chicago, Sam (Giancana) pidió que me concentrara en Las Vegas. Ellos (la Mafia de Chicago) tenían mucho dinero para invertir allá... Y ahora yo soy el hombre en Las Vegas. Tengo a mi cargo el 'Stardust' para Chicago.

“¡Santa Mierda!”, chilló Fratianno, “yo había escuchado algo acerca de que tu eras el hombre allá, pero no sabía nada de lo del 'Stardust'. Me han dicho que es el lugar donde se hace más dinero en Las Vegas.

Seguro que es así, Jimmy. Yo cojo 15 o 20 de “los grandes”¹¹ por debajo de la mesa mensualmente... Tu no tienes idea de la cantidad de dinero en efectivo que va allí para el departamento de contabilidad día por día. Tu, tu familia, tus tíos y primos, todos tus parientes, pudieran vivir con lujo por el resto de sus vidas sólo con lo que se saca de allí en un mes. Jimmy, yo nunca había visto tanto dinero junto.

¡La clase de vida que te estarás dando!

Ni te lo imaginas. Todo allí se desenvuelve bien y tibiecito. Nada ocurre si yo no lo ordeno. Pero todo lo hago de cinco o diez mil... bueno, tu sabes... bienestar... Tam- sin ostentación. Resuelvo lo que sea, pero afablemente. Doy buenas propinas. Juego un poco aquí o allí... pierdo cinco o diez mil... bueno, tu sabes... bienestar... También echo bastantes partiditas de golf y voy a los restaurantes más caros... Me acuesto con todas esas chicas, pero no, no del coro, sino con verdaderas estrellas... Tu nunca has visto algo como aquello... Las Vegas tiene más muchachas que ningún otro lugar que yo haya visto.

El jefe de Rosselli en ese periodo era Sam Giancana con quien había mantenido relaciones desde mucho tiempo atrás. Giancana tenía intereses en La Habana y viajaba de cuando en cuando a ésta, a veces acompañado por Rosselli. Es posible que en alguna ocasión Giancana —buen socio de Santos Trafficante, junto con Lansky el más poderoso jefe de la Cosa Nostra en la capital cubana— tuviera entre manos alguna tarea requiriendo la presencia de Rosselli en La Habana por algún periodo de tiempo. Pero está por probar, como sugieren algunas fuentes, que Rosselli administró en esta ciudad un casino a nombre de Giancana y/o Trafficante.

En todo caso, los días dorados que Rosselli comenzó a vivir en Las Vegas desde 1957, estaban contados. Al menos, fuentes del FBI aseguran que a fines de la década del cincuenta la Mafia chicogoense estaba disgustada con el comportamiento de aquél. Y esto parece haber sido particularmente cierto con Giancana, quien, poco después de recibir de Tony Accardo el mando de la Mafia de Chicago, sustituyó a Rosselli en Las Vegas y la Costa Occidental por uno de sus hombres de confianza, Marshall Caifano.

Frisando 1960, pues, Rosselli —sustituido por Caifano— no tenía ya a su cargo importantes intereses de la Mafia de Chicago en Las Vegas y la Costa Occidental. No se había quedado sin trabajo, indudablemente, pero estaba en crisis y requería que surgiera algo que le permitiera recuperar sus posiciones. Fue entonces cuando se le apareció Maheu con la insólita propuesta de utilizar sus relaciones con lo más selecto de los capomafiosos del país para llevar a cabo el asesinato de Fidel Castro.

VI

Era el primer sábado de septiembre de 1960 cuando Robert Maheu llegó a Los Angeles. Había pasado casi toda la noche en el vuelo y se sentía cansado y medio aletargado por la falta de sueño. Al llegar al hotel donde se alojó, cerca del aeropuerto, notó que su reloj —que marcaba las 9 am—discrepaba del que estaba en la pared detrás de la carpeta del registro de huéspedes. “Oh”, dijo para sí, “aquí apenas son las seis de la mañana por la diferencia de horario, así que mejor me tiro un rato en la cama antes de hacer nada”. Pero eran casi las once de la mañana cuando se despertó. Enseguida llamó a Rosselli quien, luego de los saludos, sugirió que cenaran juntos esa noche.

Maheu preguntó dónde podrían encontrarse.

—No aquí en Los Angeles —replicó Rosselli—. Reservaré mesa en un restaurante fuera, aunque no lejos de la ciudad. Hagamos lo siguiente. Alrededor de las 7 pm te recojo en el hotel.

Rosselli fue puntual y, conduciendo él mismo un Cadillac del último modelo, poco después ambos transitaban por el elegante Wilshire Boulevard, rumbo hacia el oeste.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

—A Beverly Hills. Tenemos mesa reservada en el “Brown Derby Restaurant”. Una mesa en un lugar discreto del salón donde podemos hablar con tranquilidad. ¿Conoces ese restaurant?

—Sí, es bueno.

Poco más tarde llegaban al condado de Beverly Hills, no lejos de Hollywood y famoso por sus áreas residenciales exclusivas, sus tiendas de lujo y los suntuosos edificios de oficinas que comenzaban a proliferar por doquier. Rosselli, evidentemente familiarizado con el

lugar, pronto estacionaba su vehículo en el área de parqueo de un restaurant de atractiva fachada. Y minutos después ambos estaban sentados frente a una mesa situada al fondo del comedor. Maheu dejó que Rosselli, experto *gourmet*, ordenara la cena y, mientras esperaban fuera servida, luego de un rato de charla insustancial, entraron de lleno en el tema principal de la entrevista.

Maheu, escogiendo muy bien sus palabras pero en términos lo suficientemente claros como para que no hubiera dudas acerca de lo que se trataba, informó a Rosselli.

Rosselli se manifestó impresionado.

—¿Te asusta la tarea? —preguntó Maheu con una sonrisa irónica.

—No, Bob, cuando, entre mi gente y luego de pensarlo bien, se decide enviar a un tipo para el otro mundo, basta con elegir el método para hacerlo, y se le despacha sin mayores contemplaciones. Eso no se hace todos los días, desde luego, sino en circunstancias en que no hay otro remedio. Realizada la tarea, uno sigue como siempre y hay quien esa noche duerme como un bendito.

—¿Entonces?

—Tu planteas algo distinto. Castro afecta los negocios de mucha gente que yo conozco y no tengo dudas de que hay quienes estarían felices si se le pudiera liquidar... Pero Castro es un líder extranjero... presidente de Cuba o algo así... Y esto supone cosas de política, incluso de política internacional ... Además, esos personajes suelen estar muy bien protegidos contra atentados y tratar de matarlo es algo tan difícil como peligroso. No resultaría fácil encontrar alguien dispuesto a aceptar ese contrato.

—Te escucho y no salgo de mi pasmo. Este que habla así no es el Johnny que yo conozco y en el que enseguida pensé cuando me hablaron de este trabajo —dijo Maheu tratando de picar el amor propio de su interlocutor.

—¡Yo soy capaz de cualquier cosa y tu lo sabes! —replicó Rosselli.

—Eso creía yo hasta ahora... Pero aquí llega el pedido.

Y, durante un rato, comieron silenciosos.

—Oye, Bob, ¿y quién está interesado en ese trabajo? —dijo de pronto Rosselli mientras sorbía un trago de vino.

—Son unos tipos de Nueva York cuyos negocios han sido afectados por Castro. Están dispuestos a pagar. Sería un “contrato” de tal vez \$150 mil. Pero supongo que la cantidad pudiera discutirse. Veo que comienzas a interesarte.

—No, era por curiosidad que te preguntaba. Decididamente no puedo meterme en eso. Ya tengo bastantes líos con el gobierno, que sólo me concibe o metido en la cárcel o extraditado a Italia. ¡Imagínate, si me arriesgo con tu operación y ésta se descubre! Me hacen mierda.

—¿El gobierno? —dijo Maheu y lanzó una carcajada.

—¿De que te ríes? —preguntó intrigado Rosselli.

—Te puedo decir algo que calmaría tus preocupaciones, pero sólo si bajo palabra de honor me prometes guardar el secreto.

—Tienes mi palabra. ¿De qué se trata?

—Pues que el gobierno también está interesado en que se lleve a cabo esta operación.

—¿De verdad?

—Nunca te he mentado, ¿no es así?

— ¡Coño! ¿Por qué no empezaste por ahí? Eso cambia la situación.

—¿Y tu crees que yo te iba a proponer algo que no te conviniera?
 —Sí. Eso quizá pudiera convenirme. ¿Y quiénes en el gobierno de Estados Unidos pudieran estar interesados en este asunto?
 —Eso sí no estoy autorizado para decírtelo. Tienes que confiar en mi palabra.
 — ¡Pero una cosa así tendría que venir de muy alto nivel!
 —Seguro.
 —Entonces, yo pudiera reconsiderar mi negativa. Después de todo, vivo en este país y le debo ciertas obligaciones a su gobierno. Luego, éste podría mostrarme de alguna manera su agradecimiento. ¿No lo crees así?
 —Es posible.
 —Bueno, no te ofendas, pero yo tengo que estar muy seguro de todo esto. En principio, aceptaría ocuparme de los arreglos necesarios para este trabajo, pero con una condición.
 —A ver.
 —Quisiera hablar sobre él con gente que represente al gobierno. ¿Tu me entiendes, verdad? Es una petición razonable.
 Maheu quedó pensativo un momento.
 —Eso que tu quieres, créemelo, no es fácil —dijo finalmente—. Pero tal vez sea posible concertar una entrevista que disipe tus dudas.
 —Hazlo.
 —Descuida. Me encargaré de eso y la próxima semana te informo.

VII

Aquella mañana lluviosa de principios del otoño de 1960, cuando Rosselli llegó a Chicago y tomó un taxi rumbo a la ciudad, sentía una rara mezcla de ansiedad y satisfacción. El vehículo avanzaba con lentitud desesperante por el “Boul Mich” (Boulevard Michigan), aquella hermosa avenida con sus mareantes rascacielos cobijando tantos comercios, oficinas y hoteles, y el característico fluir del gentío que transitaba por sus aceras. Un sólo pensamiento le obsesionaba: ¿qué reacción produciría en Sam Giancana la propuesta que le había hecho dar este imprevisto viaje a Chicago?

Chicago. En esta ciudad Rosselli se sentía siempre a sus anchas, pareciéndole que el poderío y dinamismo de la gran urbe le contagiaban. “Quien no conoce Chicago”, solía afirmar repitiendo un dicho popular, “no conoce a los Estados Unidos”. Chicago era ciertamente donde se producía más acero y equipos que en cualquier parte, donde se comerciaba mayor cantidad de granos que en ningún otro lugar, donde había la mayor red ferroviaria que pudiera existir, donde las operaciones bursátiles eran de tal volumen que sólo le llevaban la delantera tres o cuatro centros financieros del país, y donde se concentraba el mayor volumen de negocios que se pudiera concebir. En Chicago estaba el “Union Stockyard” —el más grande corral ganadero del mundo; la “Marshall Field & Co.”— la más grande tienda de comercio al detalle; el “Conrad Hilton” —el más grande hotel del mundo. También era sabido que poseía otros récords menos enaltecidos. Chicago era la ciudad con uno de los más altos índices de criminalidad del país, con el mayor número de delincuentes de todo tipo y donde el hampa tenía el historial de las figuras más notorias jamás registradas en los ficheros policiales. Sólo en Chicago era posible que surgiera, para mantenerlo todo en orden, un tipo como Richard Daley, el

alcalde impar que tenía en un puño la administración municipal, la maquinaria electoral del Partido Demócrata, los sindicatos obreros, lo más granado de la alta sociedad y la crema del bajo mundo del hampa. Sólo Chicago había producido hombres como Capone. O, para el caso, salvando las distancias, Sam Giancana.

El auto se detuvo por fin ante un lujoso hotel donde con actitud de persona familiarizada con el lugar, Rosselli penetró con su pequeña vedija de viaje en mano —no quiso darla al *bell boy*—, se dirigió a la carpeta, reservó una habitación y, enseguida se encaminó a uno de los teléfonos públicos del vestíbulo.

Marcó un número (Euclid 6-0381) y esperó:

—¿”Butch”?” —preguntó reconociendo la voz que salía al otro lado del teléfono.

Hablaba con Dominic “Butch” Blassi, el auxiliar de Giancana y a través del cual debía concertarse cualquier entrevista con el capo.

—¿Qué si es importante que lo vea? Sí. Muy importante... Bueno, repito la llamada en cinco minutos... Sí, estoy en un teléfono público... Bueno.

Rosselli colgó y comenzó a pasearse por el salón mientras miraba constantemente su reloj pulsera.

Al cabo, volvió a la cabina telefónica y repitió la llamada.

—Si, Johnny de nuevo... ¿Que me recibe? ¿En su casa?

Rosselli no pudo contener un gesto de asombro. Conocía las costumbres de Giancana y, entre ellas, no se encontraba al de recibir a gentes como él en su casa. En realidad, aparte de la oficina de la trastienda de la sastrería en el centro de la ciudad que era el punto de reunión de la cúpula mafiosa, Giancana tenía una —secreta y personal— en el llamado “Armory Lounge”, un viejo edificio en cierto barrio más bien modesto y que en tiempos de Capone era lugar muy concurrido por gente que, burlando la Prohibición, iba allí a tomarse un whisky o una cerveza. Era en esa oficina donde, usualmente al caer la noche, celebraba sus entrevistas de negocios, regla que sólo tenía una excepción. Si la reunión era con un político o figura destacada, entonces concertaba la cita para alguna calle discreta y, allí, dentro de su automóvil, tenía lugar la conversación.

Rosselli recibió enseguida una explicación.

— ¡Ah, es que está enfermo!... ¿Sólo gripe? Claro, con este maldito tiempo no conviene que salga a la calle... ¿A las tres esta tarde?... De acuerdo.

Unas pocas horas después Rosselli tomaba un taxi y le decía al chofer:

—Lléveme a South Wenonath Avenue en Oak Park.

El auto arrancó y al cabo de un buen rato aminoraba la marcha por una bonita avenida.

El chofer preguntó:

—¿Qué número me dijo, señor?

—Olvida el número. Sigue y yo te indico dónde tienes que parar... Tres cuadras más allá.

El auto se detuvo y Rosselli pagó la tarifa.

—Quédate el vuelto —dijo y comenzó a caminar por la acera.

Evidentemente había descendido un poco antes del lugar hacia donde se dirigía. Tres policías, a conveniente distancia uno del otro, lo miraron inquisitivos mientras avanzaba sin apenas prestarles atención. Pero otros dos hombres, vestidos de civil, también parecían merodear por el lugar sin ocultar mucho su tarea de vigilancia. “Los policías están ahí para cuidar a Sam ... Esos otros dos tipos seguro son del FBI, que no le pierden pie ni pisada...”

Razón tiene Sam en encabronarse con esa persecución”, pensó Rosselli, mientras llegaba a una casa situada en una esquina y que tenía el número 1147.

No era, por cierto, una residencia de lujo. La construcción era sólida, pero de aspecto sobrio y la rodeaba un parterre circundado por un bajo muro de losetas detrás del cual emergía un tupido seto vivo. Grandes ventanas, protegidas por rejas daban a una calle y por la otra, con varios escalones sobre el nivel de la acera, destacaba la entrada con una puerta de pulida madera, el dintel en forma de arco y un farol por simple ornamento. A diferencia de otros mafiosos, la vivienda de Giancana —al menos exteriormente— no era nada ostentosa. A sólo unas cuerdas de allí su auxiliar Butch Blassi tenía una residencia varias veces más lujosa, rodeada de jardines y con una hermosa piscina en el traspatio.

Rosselli tocó un timbre y la puerta se abrió enseguida, apareciendo la figura de Butch Blassi, un tipo corpulento y de cabellos y ojos oscuros, que le recibió con una de esas sonrisas esquinadas de ininterpretable sentido. Se saludaron y Butch le invitó a pasar a la sala. Giancana estaba sentado en un cómodo sillón y conversaba con un hombre de mediana estatura, nariz prominente y expresión móvil. Era “Chuckie” English, su mano derecha, quien en el momento en que entraba Rosselli en el salón recogía unos papeles y parecía dispuesto a retirarse. Al ver a Rosselli le saludó un poco más efusivamente que Blassi. Giancana permaneció sentado y le extendió una mano al visitante mientras sostenía con la otra un coctel en el que flotaba un bonito revolver de oro puro (“regalo de mi madre”). Giancana tenía una bata de casa encima de una camisa deportiva de cuello abierto, pantalones bien perfilados y unas zapatillas de piel.

Luego de los saludos, Rosselli se sentó en un sillón cercano al de su anfitrión.

—¡Coño, Sam! —dijo de pronto lanzando una mirada al salón—. Hay más cuadros y reliquias de esas ahora que la última vez que estuve aquí.

—Sí —dijo Giancana con sonrisa satisfecha—. He comprado algunas cosas más últimamente.

En realidad, el lujoso mobiliario de la seda aparecía como visualmente devorado por las paredes recargadas de cuadros de los más diversos estilos —desde clásicos hasta los de las últimas escuelas—, repisas con toda suerte de artesanías antiguas y modernas, espejos venecianos de ornamentales marcos, vitrinas exhibiendo caros ejemplares de porcelanas, vasos y jarrones, candelabros, cajas de música y así por el estilo. Años atrás, Giancana había descubierto que estas obras de arte ganaban valor con el tiempo y le facilitaban evadir impuestos. Pero, poco a poco, había ido surgiendo en él una casi obsesiva afición adquisitiva por estos objetos y en sus frecuentes viajes por los Estados Unidos, Centroamérica, el Caribe y Europa, solía venir cargado de ellos. No obstante su escasa cultura tenía buen ojo para la compra de piezas y, con el tiempo, llegó a ser capaz de distinguir una porcelana fina de Sevres o una de Meissen (Dresden) o un cuadro cubista de uno expresionista, una pieza legítima de una falsificada.

Luego de un breve intercambio de palabras, Giancana dijo:

—Bueno, Johnny, dime qué carajo te pasa o que te traes entre manos que has venido a verme con tanta urgencia.

—Un asunto importante, Sam. Un contrato.

—¿Un contrato? ¡Bah!

—Un contrato para liquidar a alguien importante.

—No entiendo.

—Se trata de Fidel Castro.

¿Qué?

Rosselli se inclinó como para hablar en tono más confidencial cuando, súbitamente, por una puerta lateral entró una atractiva muchacha exhibiendo una revista en la mano.

Rosselli se paró y le estrechó afectuosamente la mano.

—¡Antoinette! Qué bien luces.

—Tu también, Johnny.

Era una de las hijas de Giancana quien, sin mayores preámbulos, mirando a su padre dijo:

—Acabo de escuchar un nombre.

—¿Si?

—Fidel Castro.

—Mira, Annette, esta es una conversación seria entre Johnny y yo. ¿Qué más oíste?

—Sólo eso. El nombre de Castro. Aquí tengo una revista que habla de él ¡Ese sí es un tipo!

Mira esta foto. Buen mozo. Alto. Apuesto. Y con esas barbas... Arrebataría a cualquier mujer... a cualquiera.

Giancana hizo un gesto de disgusto.

—Bueno, ya basta. Déjame sólo con Johnny.

—Papi, es que el tipo me gusta... Me atrae... Lástima que esté casada...

—¡Ya Annette! Ya. Te dije que basta. .. ¡Coño, ya cállate!

—... Y con un hijo. Me gustaría pasar un buen rato con Castro.

—¡Al carajo, Annette! —dijo Giancana ya fuera de sí—. No menciones más el nombre de ese bastardo en mi casa.

—¿Y por qué no?

Giancana estaba ahora rojo de ira. Movía los brazos con violencia y en un gesto involuntario, como si diera un punta- pie en el aire, una de sus zapatillas salió despedida a la distancia.

La hija, que pareció adoptar un tono desafiante, súbito, comprendió que su padre era objeto de uno de esos momentos explosivos de su carácter en que perdía el control de sí mismo y optó por dejar su pregunta en el aire y encogerse de hombros.

Pero Giancana ya no podía contenerse y gritaba:

—Ese hijo de puta... ese bastardo sifilítico... ¿Tienes acaso la más puñetera idea de lo que me ha hecho a mí... a nuestros amigos...?

Annette nunca había visto a su padre en un paroxismo de furia semejante. Dio unos pasos atrás, sorprendida, tembló- rosa y algo aterrada. El rostro de Giancana estaba tan rojo que temió por un momento le diera un infarto.

Pero, poco a poco, el capo fue calmándose, hasta decir en tono más suave:

—Coño, Annette, tu no sabes nada de nada. Yo he perdido un montón de dinero a causa de ese bastardo y ahora vienes tu a hablarme de él como si fuera una cabrona estrella de cine... Castro... ¿Dónde carajo tienes tu cerebro Annette?... Mira, piérdete, que soy capaz de matarte si vuelves a hablar más mierda como esa...

—Perdona, papi, perdona... no sabía... cálmate...

—y la muchacha se viró de espaldas y salió del salón a toda velocidad.

Rosselli presenció la escena entre empavorecido y satisfecho. Esta reacción de Giancana ante el nombre del dirigente cubano sin duda favorecía su gestión.

Como familiarizado con el lugar, se puso de pie y fue en busca de una botella de whisky con la que rellenó oficiosamente el vaso que su jefe acababa de colocar en una mesita junto a él en el momento de la irrupción de su hija. Giancana, agradeció con un gesto y apuró un trago. Quedó mirando al techo, mientras farfullaba algunas frases en las que se iba desvaneciendo aquel rapto de cólera.

Luego miró fijamente a Rosselli y dijo:

—Bueno, ya pasó todo, sigamos con el asunto.

Ahora, completamente tranquilo, volvía a ser el hombre frío y calculador de siempre.

Rosselli le narró su conversación con Maheu en el restaurant de Beverly Hills.

Giancana escuchó atentamente, sin hacer comentarios, hasta que al final emitió un silbido de asombro. Luego, adoptando una expresión de cautelosa incredulidad, comenzó a hacer preguntas. ¿Era Maheu un tipo de confianza? Respuesta de su interlocutor: sin duda, lo conocía hace tiempo, ¿para quién trabajaba? Ultimamente para Howard Hughes, pero Hughes estaba claro que no tenía que ver en el asunto. Y esos hombres de negocios interesados en liquidar a Castro y que al principio mencionó Maheu ¿quiénes eran? ¡Bah, no existían, un puro cuento de Maheu que ni siquiera insistió en su veracidad por contraste con la forma enfática en que sí aludió a un interés del gobierno.’ Entonces, ¿hacía Maheu trabajos para el gobierno? Indudablemente, aunque no estaba claro para qué departamento o agencia oficial. ¿Tenía conexiones con la Casa Blanca? No, no parece tener nivel para eso. ¿En el Departamento de Defensa? ¿En el Departamento de Justicia? ¿En el Departamento de Estado? Quizá, pero no era probable. ¿En el FBI? Trabajó durante la guerra en el FBI, pero luego se retiró y ambos, Maheu y el FBI, se tenían ojeriza: no, el FBI no tenía nada que ver con esto. ¿La CIA entonces? Esa sí era una posibilidad.

Giancana quedó caviloso un momento.

—¿Y tu dices que pediste una entrevista con alguien que representara el gobierno?

—Sí.

—Eso estuvo bien, Johnny, es la cosa más cabronamente inteligente que has hecho en tu vida.

Rosselli esbozó una sonrisa de satisfacción por el elogio, pero no dijo nada, pendiente de las reacciones del gran *capo*.

—¡Coño! —agregó Giancana—, si son gentes del gobierno no va a ser fácil que se identifiquen. Habrá que adivinar un poco, pero lo importante es comprobar que se trata de una operación que encarga el gobierno. Más tarde o más temprano, sabremos de quién se trata, para sacarle lascas al asunto cuando nos convenga.

—Eso es lo que he pensado.

—Seguro. Pero, Johnny, es algo difícil y peligroso. Es una operación en otro país. Contra el jefe de gobierno. Y es un tipo que lo conoce el mundo entero... La gente con que yo cuento no serviría para ese trabajo... ¡No saben español y la mayoría ni siquiera el siciliano! ¡Coño, es una tarea de la puñeta!... Si contáramos con la ayuda de Lansky, que ha tenido negocios en Cuba un carajal de años, tal vez... Pero no, ese judío es un hijo de puta en el que no se puede confiar ... En cambio, su socio Trafficante es otra cosa y yo tengo buenas relaciones con él... Trafficante también ha operado mucho en Cuba, conoce el país, debe tener contactos allá y seguro que odia a Castro... Estaría interesado en este trabajo.

—¡Trafficante es el hombre clave que necesitamos!

—Eso creo. Mira lo que vamos a hacer. Ve a la entrevista esa que pediste. Mantente con los ojos bien abiertos y las guatacas paradas. Tienes que comprobar que se trata de algo serio y del gobierno. Si todo te parece bien, acepta el trabajo y vienes a informarme. ¿Entendido?

—Todo está claro.

—Otra cosa. Si aceptas el trabajo y el tipo del gobierno con quien te entrevistas desea tener alguna participación, no te opongas, que eso los compromete más. En tal caso, debes proponer a Miami como base de operaciones.

—¿Por qué Miami?

—¡Coño, Johnny, hasta un niño se daría cuenta que tiene que ser así! Miami está a quince minutos de vuelo de La Habana y allá han ido a parar casi todos los cubanos que se han huido al gobierno de Castro. Pudiéramos necesitar algunos. Además, si Trafficante acepta colaborar, va a exigir hacerlo todo desde Miami, Tampa o algún otro lugar de la Florida, que es donde tiene sus negocios.

—Ya veo. Entonces estamos de acuerdo en todo.

—Seguro.

VIII

Unos días más tarde, Maheu, llamó a Rosselli y le dijo que había concertado la entrevista por él pedida. Maheu propuso que tuviera lugar el día 18 del propio mes de septiembre en el “Hotel Plaza” de Nueva York, a las 8 pm. Rosselli, dándose importancia, demoró un poco en responder, como si estuviera calculando que la fecha y el lugar le convenían dadas sus múltiples ocupaciones. Luego dijo que sí, que estaba de acuerdo.

El Hotel Plaza, ubicado en la calle 59 y Quinta Avenida, aledaño al Parque Central, es uno de los más lujosos de la metrópoli neoyorquina. Cuando el día y a la hora convenida llegó Rosselli, ya Maheu le esperaba en el vestíbulo, sentado en un estratégico sofá desde el que se divisaba la entrada. Luego de los saludos, se dirigieron a los ascensores y subieron a un piso en el que Maheu localizó rápidamente el número de una habitación y tocó el timbre. La puerta se abrió enseguida y en ella apareció Jim O’Connell, quien los invitó a entrar. Maheu y Rosselli miraron a su alrededor. Era una pieza amplia, al fondo de la cual había una gran ventana con las cortinas corridas, de manera que la iluminación del lugar procedía de una gran lámpara de pie ubicada en una esquina. La lámpara concentraba la luz sobre un juego de recibidor que incluía una mesa de cortas patas sobre la que había varias botellas de bebida y una heladera de plata. A la derecha, sobre una enorme cama, se veía una pequeña valija de esas que se utilizan en viajes cortos, abierta y exhibiendo alguna ropa, y un ejemplar del “New York Times”. Frente al lecho, adosada a la pared, había una larga mesa en uno de cuyos extremos estaba el receptor de TV y con el resto del espacio un poco revuelto y ocupado por un teléfono, un portafolios, varios folletos turísticos sobre Nueva York y un gran cenicero. Todo el lugar respiraba lujo y, sobre todo, tranquilidad, apenas escuchándose el ruido apagado del tráfico de vehículos allá abajo en la calle.

—Jim —dijo Maheu—, este es mi amigo John Rosselli, de quien te he hablado... Johnny, aquí tienes a Jim Olds, un socio del grupo de negocios internacionales cuyos intereses represento.

—Mucho gusto —dijeron al unísono los dos hombres, estrechándose las manos.
O’Connell —presentado como “Jim Olds”— lo invitó a sentarse y servirse ellos mismos, a su gusto, los tragos que quisieran y que en variado surtido estaban en la mesita ubicada al centro del juego de recibidor.

Cuando cada uno se despachó según sus preferencias, apuntando hacia el “New York Times” que estaba sobre la cama y como para iniciar la charla, el anfitrión dijo:

—¿Leyeron la prensa hoy? Fidel Castro acaba de llegar a Nueva York.

—Sí, ya lo leí —replicó Maheu—. Viene a la sesión de la ONU...

—Y allí pronunciará un discurso —completó O’Connell—. Supongo que no será uno de cinco o seis horas como suele ocurrir en Cuba.

Y lanzó una carcajada que coreó Maheu, pero provocó sólo una sonrisa cortés de Rosselli, quien preguntó:

—¿Pero habla tanto?

—Sí, tiene esa fama. Cuando comienza un discurso no se sabe cuándo va a terminar...

Bueno, hasta un día, cuando ya no hable más. Para tratar sobre eso es que estamos reunidos aquí respondió O’Connell.

—Sí —puntualizó Rosselli—. Bob me estuvo explicando algo... Le pedí una entrevista con alguien que...

— ¡Ya lo sé! —interrumpió O’Connell—. Pero eso se hará a su debido tiempo y yo confío en que ni siquiera será necesario una vez que el trabajo esté en marcha. Puede comprender que es un asunto muy delicado y confidencial... Por ese lado no debiera tener la más mínima preocupación... Yo represento gente seria.

—No he puesto eso en duda.

—Yo le pediría que mirara las cosas de esta manera. Mis socios y yo tenemos fuertes inversiones en Cuba que el régimen de Castro se acaba de incautar. Eso es inaceptable para nosotros. Afortunadamente, esto se lo puedo asegurar, también es inaceptable para el gobierno de los Estados Unidos.

—¿Por qué para el gobierno de los Estados Unidos?

—Muy sencillo. ¿Qué ocurriría si otros gobiernos de Centro y Sur América siguen el ejemplo de Castro y comienzan a expropiar las empresas norteamericanas? Además, es evidente que Castro ha caído en manos de los rusos. ¿Podemos permitirle a los comunistas que tengan una base ahí a sólo 90 millas de La Florida? Está claro que no. Entonces, por donde quiera que lo mire, se trata de un problema de nuestra seguridad nacional.

Rosselli estaba evidentemente impresionado por la forma en que O’Connell presentaba los argumentos.

Maheu, silencioso, se limitaba a asentir con la cabeza a todo lo que decía O’Connell. De cuando en cuando, miraba a Rosselli, como tratando de adivinar sus reacciones. Su rostro adquirió una expresión de cierta placidez al notar que todo marchaba bien.

Rosselli apuró un trago y encendió otro tabaco.

—La solución consiste, entonces, en liquidar a Castro —dijo por fin.

—Parece que no hay otra —confirmó O’Connell.

Yo, antes de venir a esta entrevista —añadió Rosselli—, he conversado con algunos amigos míos. También se trata de gente seria y de mucha experiencia. Me confesaron que incluso entre ellos hay varios que estarían interesados en eliminar a Castro. Pero aseguran que esa sería una operación demasiado riesgosa.

—Nadie ha dicho que no lo sea. Pero estamos dispuestos a pagar. Tal vez Bob le mencionó una cifra: \$150 mil.

—¡Ciento cincuenta mil? —dijo Rosselli y soltó una carcajada.

O'Connell y Maheu se quedaron perplejos.

—¿Conoce usted a Meyer Lansky? —preguntó de pronto Rosselli.

—Me suena el nombre —dijo O'Connell.

—Lansky es una de las figuras más respetadas del... sindicato ... Es íntimo amigo de Lucky Luciano... —le aclaró Maheu.

—¡Ah, sí! —dijo O'Connell.

—Bueno, Lansky tenía negocios en Cuba —prosiguió Rosselli—, casinos y cosas por el estilo. ¿Sabe usted cuánto ofrece por la cabeza de Castro?

—No tengo idea.

—¡Un millón de dólares!

—¡Coño!

—Y nadie se ha atrevido a aceptar la oferta.

Y ahora fueron O'Connell y Maheu quienes apuraron un trago casi al unísono, mientras Rosselli observaba risueño, entre las volutas de humo de su tabaco, el impacto que sus palabras habían producido. De pronto, se puso en pie, se quitó la chaqueta y la tiró sobre la cama, aflojándose la corbata. O'Connell observó sorprendido la transformación. En ningún momento, pese a sus comedidas expresiones y corteses actitudes Rosselli había dado la impresión del personaje respetable que trataba de aparentar. Pero ahora, en mangas de camisa, la barriga algo más que incipiente luchando contra el cinturón ajustado, el habano humeante entre los dedos y los ojos chispeando malicia, moviéndose y hablando con cierto desparpajo, ciertamente parecía otro hombre, de aspecto desagradable quizá para gente mojigata, pero con un indiscutible sello de genuinidad en su persona —tipo seguro de sí mismo y que, súbito, parecía comenzar a nadar en sus propias aguas.

—Bueno —dijo como en tono de broma—, no se me asusten. A pesar de todo, el negocio pudiera arreglarse. Vamos a hablar con franqueza, coño, que si no, no llegamos a ninguna parte.

—De acuerdo —dijo O'Connell más tranquilizado.

—Yo parto de la premisa de que el gobierno es el que quiere llevar adelante esta operación contra Castro.

O'Connell ensayó una tosecita, pero no hizo ningún comentario.

—No se preocupen —prosiguió Rosselli—, que no voy a exigir ninguna declaración explícita al respecto. Me doy cuenta de que eso no es posible. Se trata de un sobrentendido.

¿De acuerdo?

O'Connell comenzó a mirar el techo.

—De acuerdo —continuó Rosselli—. Como decía mi abuela, el que calla otorga.

—Prosiga —dijo secamente O'Connell.

—Yo sólo quiero dejar bien clara una cosa. Ahora mis amigos y yo ayudamos al gobierno en una tarea que el propio gobierno, obviamente, no puede realizar. Claro que hay \$150 mil de por medio y eso está bien, porque puede haber gastos. Pero esos \$150 mil no deciden nada. Se trata, como se ha dicho aquí, de una operación patriótica. Y, si mis amigos y yo ayudamos al gobierno en esa operación patriótica, lo menos que podemos esperar, creo, es que si por casualidad algún día nosotros necesitamos que el gobierno nos ayude, el

gobierno, en justo reconocimiento por nuestro trabajo, nos ayudará entonces en lo que pueda.

Se hizo un silencio.

—Bueno —dijo Rosselli tras apurar un trago—, mi discurso tal vez no ha sido tan largo como los de Castro, pero puñeteramente claro sí.

O’Connell adoptó una actitud inexpresiva y Maheu tomó botella de whisky y rellenó los vasos de todos, cuidando de añadir soda al de aquel.

—¿Y cómo ustedes conciben realizar esta operación? —dijo de pronto O’Connell, con el obvio doble objetivo de no hacer comentarios sobre lo dicho por Rosselli y al mismo tiempo, tratar de encaminar la conversación hacia aspectos más concretos.

— ¡Ah, mis amigos y yo sólo hemos hablado de generalidades. Es una operación complicada y peligrosa. De ella sólo pudiera hacerse cargo la gente apropiada.

—¿Y cuál sería la gente apropiada?

—Por ahora no hay que mencionar nombres. Pero cuando digo gente apropiada me refiero a personas importantes, con recursos y experiencia, aparte el interés que por otros motivos pudieran tener en realizar el trabajo. Ustedes tuvieron suerte en dar conmigo para esto. Tengo las relaciones necesarias para poner la cosa en marcha y no se crean ustedes que hacer contacto con esa gente y convencerlos es fácil. Es un trabajo de la mismísima puñeta.

—Y muy confidencial —aclaró O’Connell—. Supongo que ya habrán pensado en eso.

—Como todos los trabajos de esta clase.

—Si, en principio, estamos de acuerdo. Pero, si acepta el trabajo ¿cuál sería el próximo paso a dar? —intervino Maheu.

—Habría que tener un lugar que sirviera de base de operaciones —dijo Rosselli—. No vamos a estar correteando de Washington a Los Angeles o a Nueva York, ni carajo que se le parezca. Mis amigos sugieren que ese lugar sea Miami, cerca de La Habana y donde se pueden hacer muchos de los contactos que se van a necesitar. Allí también se puede planificar todo, organizar los aspectos prácticos de la operación e incluso controlar su ejecución.

—De acuerdo —dijo O’Connell—. En Miami incluso mis socios y yo tenemos muchos contactos con exiliados cubanos y algunos de ellos pudieran ser útiles para el trabajo.

—Entonces —intervino Maheu—, ¿por qué no nos reunimos dentro de unos días en Miami y vamos concretando lo que hay que hacer?

—Me parece una excelente idea —reconoció O’Connell. Sobre todo porque los socios míos quisieran estar al cabo de todo lo que se hace y paso por paso. Mis socios también tienen recursos y su ayuda pudiera ser decisiva. ¿No crees, Bob?

—Desde luego —se apresuró a contestar Maheu—. Pudiéramos encontrarnos la próxima semana en Miami.

—Por mí no hay problemas —dijo Rosselli.

—Y, por mí, tampoco —coincidió O’Connell—. Conozco un buen hotel en Miami, el “Kennilworth”. Pudiéramos encontrarnos allí y comer juntos, a ver... hoy estamos a 18... digamos que el 24... ¿Les conviene el 24?

Los otros dos asintieron.

—Entonces no hay más que hablar.

Pero todavía conversaron un rato más sobre diversos tópicos hasta que, luego de vaciar los vasos de whisky, se despidieron.

Maheu y Rosselli salieron juntos y, mientras esperaban el elevador, observando que el pasillo estaba desierto, el primero comentó:

—Johnny, todo salió muy bien.

—Pues, claro, logré lo que quería, hablar del asunto con alguien del gobierno.

—¿Qué quieres decir?

— ¡Bob! ¿Tu crees que soy comemierda? El tipo ese con quien acabamos de hablar es un oficial de la CIA.

—Bueno, Johnny, en realidad...

—No se llama Jim Olds ni coño que se le parezca. Es un cabrón oficial de la CIA... Pero eso está bien... La CIA, ¿no es del gobierno?

—Desde luego.

—Entonces, al carajo, yo lo que quería es hablar con gente del gobierno. Lo que me jode es que el tipo se crea que yo soy tan comemierda como para tragarme la pildora esa de que es un hombre de negocios... El muy hijo de puta no sabe que vino a bailar a casa del trompo.

—Johnny, te juro que Jim es un gran tipo. He trabajado con él durante años y lo aprecio mucho. A ti también te gustará cuando lo conozcas mejor. Da eso por seguro.

No, si a mi no me cayó mal. Además, hizo muy bien su papel. Debe ser un tipo duro, ¿verdad?

—Jim, aunque no lo parezca, es un tipo duro.

—Así me gusta. ¿Con que el negocio es con la CIA, eh?

—No estoy en condiciones de decirte que si o que no.

—Ni falta que hace.

Pero en ese momento se abrió la puerta del elevador y entraron en él.

Capítulo 6

BREVE CURSO SOBRE TECNICAS DE ASESINATO

I

El 24 de septiembre de aquel año 1960, por la noche, O'Connell, Maheu y Rosselli se encontraron en el Hotel "Kennilworth" de Miami, donde estos dos últimos ocuparon sendas habitaciones —Maheu registrándose con su propio nombre y Rosselli con el de John Rawlston. O'Connell, quien dijo que iba a hospedarse en casa de un amigo, se alojó desde luego en una de las residencias que la CIA tenía arrendadas en el suroeste de la ciudad. Cenaron juntos en el propio hotel y después —en un auto que conducía O'Connell salieron a dar un breve paseo por el centro urbano. "Conozco un lugar donde se puede tomar buen café y conversar tranquilos", prometió O'Connell mientras observaba las señales de tránsito.

Rosselli hacía tiempo que no venía a Miami y le sorprendieron mucho los cambios que había experimentado: los altos edificios recién construidos y las nuevas avenidas, la cantidad de transeúntes de aspecto latino —obviamente cubanos— que veía por doquier. Sumaban ya, en efecto, decenas de miles los que habían arribado a la urbe floridana, convirtiéndola en una comunidad bilingüe a la que tan masiva inmigración imprimía un peculiar sello de colorido y bulliciosidad. Cerca de una esquina de Flager Street, algo

alejada de la parte más animada de la famosa vía, O'Connell detuvo el auto y los invitó a entrar en un cafetín casi vacío, ocupando los tres una mesa apartada al fondo del salón. Enseguida vino a atenderlos el que evidentemente era el dueño del negocio, un hombre grueso, trigueño y de ademanes desenvueltos, quien les entregó un menú algo manoseado que ofrecía café, leche, refrescos, helados y “sandwiches a la cubana”.

—Café —dijo O'Connell—, sólo queremos café.

—”American coffee?” —chapurreó el tendero, luego de notar el aspecto de los recién llegados y tratando de demostrar su dominio del idioma.

—No —dijo O'Connell, mientras sus dos acompañantes asentían—. “Express”.

El hombre se volvió y gritó a una mujer que estaba detrás de un mostrador lavando vasos.

— ¡María, tres expresos!

María se dirigió a la plateada coladera automática que estaba en una esquina y, sin pronunciar palabra —lanzando un vistazo a los clientes recién llegados— se aprestó a confeccionar la infusión en medio de los vaporosos resoplidos del aparato.

Comenzaron a conversar con cierta libertad, convencidos de que el tendero —única persona allí cercana en aquel momento— no comprendería ni jota de lo que hablaban.

Rosselli dijo que al día siguiente iba a tener una entrevista con alguien que no quiso identificar, pero que, por el tono con que lo dijo, parecía ser un gran personaje.

—O'Connell intervino:

—No quiero interferir en lo de esa entrevista que puede ser importante. Pero, ¿cuándo sería?

—Mañana por la tarde.

—Ok. Entonces nos veríamos pasado mañana. Quisiera contactar con algunos anticastristas y luego presentárselos a ustedes. La idea es ir identificando algunos elementos a los que se pudiera pedir apoyo en caso necesario. Además, es bueno familiarizarse con ese ambiente de los grupos cubanos que hay aquí.

—Estupendo —coincidió Rosselli.

—A mí me parece que no es necesario que yo participe en esos encuentros —objetó Maheu.

—Es verdad —aceptó O'Connell—. Mejor sólo vamos Johnny y yo.

—¿Y cómo me presentarías a mí a esos cubanos? —indagó Rosselli.

—Siempre como John Rawlston, el nombre con que te inscribiste en el hotel —replicó O'Connell.

—Eso, desde luego, pero ¿dedicado a qué?

—O'Connell miró a Rosselli y lanzó un suspiro. Con su ropa bien cortada y cara pero, por contraste, con un chillón pulí over de cuello de tortuga bajo la chaqueta, un sortijón en el anular derecho y sus espejuelos oscuros, no obstante su tono mesurado al hablar, Rosselli difícilmente daba la estampa de un gran hombre de negocios. En la Agencia, sin embargo, se había decidido que así fuera para facilitar los contactos entre el mafioso y algunos de los elementos de acción más militantemente anticastristas con los que aquella tenía relaciones. Esto pudiera ser útil —y quizá decisivo— para el éxito del complot y, también, para que la Agencia, aún sin involucrarse directamente, mantuviera en todo momento bajo control la operación. O'Connell decidió entonces que, a pesar de todo, lo mejor era mantener la “leyenda” que se había preparado para Rosselli.

—A ti, Johnny, te presentamos como un agente con oficinas en Wall Street que representa intereses de empresas que explotaban el níquel en Cuba y que además tenían otras propiedades allá. Debes manifestarte como una persona cuyos clientes están decididos a todo con tal de derribar a Castro. Pero, ¡atención!, sin ni siquiera insinuar por ahora el carácter del proyecto que tenemos entre manos.

Rosselli quedó pensativo. De inmediato comprendió el sutil cambio que se había producido en la situación. O'Connell, aunque cuidaba mucho de no aparecer dando órdenes, ahora actuaba como siguiendo instrucciones precisas, que exponía con vago aire de autoridad. Y Rosselli vio entonces más claro el panorama. Su gente —la de Chicago en primer lugar— estaría a cargo de asesinar a Fidel Castro, pero la CIA —ya no cabían dudas de que se trataba de la CIA— quedaba al margen de toda responsabilidad mientras, en cierto sentido, guardaba para sí el mando de toda la operación. Rosselli se encogió de hombros. Si esa era la manera de trabajar que tenía la Agencia, okey, no había problemas y seguramente que Sam pensaría igual. Incluso podía convenirles.

—De acuerdo —dijo finalmente.

En eso llegó el café y lo tomaron con deleite.

—¡Coño, que fuerte! —comentó Maheu.

—Así lo toman los cubanos —aclaró O'Connell, mientras pedía la cuenta y, poco después, se marchaban.

Durante los dos días siguientes todo se desarrolló según lo planeado. Rosselli sostuvo su entrevista con el personaje a que había aludido —pero continuó callando de quién se trataba— y después, acompañado de O'Connell y un individuo que éste presentó como amigo suyo, conversó con varios exiliados cubanos, cada uno de los cuales aseguró encabezar una poderosa organización anticastrista. A Rosselli no le impresionaron gran cosa. “Son tipos que parecen dispuestos a todo”, le comentó a O'Connell, pero cada uno se cree un jefe, están en pugna unos con otros y carecen de experiencia para el trabajo que tenemos entre manos: bueno, quizá haya de todos modos que utilizar a algunos de ellos, pero tendrán que ser escogidos por la persona con quien hablé ayer”.

Esa misma noche los tres —O'Connell, Rosselli y Maheu— se reunieron en el Hotel Kennilworth. Rosselli dijo que, si no había otra cosa que hacer, él tomaría el avión al día siguiente rumbo a Chicago. Maheu dijo que, si O'Connell estaba de acuerdo, él también se marcharía para Washington. O'Connell no manifestó reparos, pero puso mucho énfasis en evaluar las gestiones realizadas como muy positivas. Señaló además que, como Miami era decididamente la base de operaciones, proponía que volvieran a reunirse allí una o dos semanas más tarde. Todos estuvieron conformes y se despidieron.

II

O'Connell salió dos días después rumbo a Washington y, enseguida, solicitó una entrevista con el coronel Edwards a quien expuso detalladamente la marcha de la operación.

Edwards se manifestó satisfecho y, a su vez, habló con Richard Bissell para informarle.

—Todo está saliendo a pedir de boca —le dijo—. Ya tenemos un contacto con los tipos esos del sindicato... Uno de ellos, Johnny Rosselli, está trabajando con nosotros. El incorporará gente de más peso y recursos.

—¿Cómo lo lograste? —preguntó Bissell.

—Jim O’Connell lo hizo a través de Bob Maheu.

—Sí, he oído hablar de ese Maheu.

—Es de confianza.

—Bueno —concluyó Bissell—, yo creo que llegó la hora de informar al jefe y sería bueno que tu participaras en esa conversación.

—De acuerdo. Tu me avisas.

Al día siguiente Bissell y Edwards se encontraron en el despacho del Director General de la CIA. También estaba presente el subdirector, general Charles Cabell.

—El proyecto de *remoción* de Castro ya está en marcha —dijo Bissell.

—Ah! —se limitó a exclamar Dulles exhalando una bocanada de humo de su pipa.

—La operación la llevará a cabo gente... gente del sindicato... verdaderos especialistas en ese tipo de trabajo... y afectada en sus intereses por el gobierno de Castro... En La Habana tenían casinos y todo eso.. .

—Sí —dijo Dulles—, ya se de quiénes se trata.

—Y la Agencia no aparecerá involucrada en nada.

Dulles asintió con un gesto.

—La cosa sería como una operación de inteligencia —intervino Edwards—. Tenemos el canal “A”, que no es de la Agencia, pero que ha hecho algunos trabajos para nosotros. El canal “A” está en contacto con el canal “B”, y éste, a su vez, lo está con la gente encargada de la operación, esa del sindicato que mencionó Dick. Luego, esta gente arregla el asunto con “C”, que sería quien haría el trabajo principal en Cuba.

Dulles volvió a asentir con un gesto aprobatorio, pero sin hacer comentarios.

—Bueno —dijo Bissell finalmente—, pensamos que era nuestro deber informarle. Y, claro, saber si usted no tiene objeciones.

Dulles se encogió de hombros.

—Entonces —concluyó Edwards—, si yo no recibo órdenes específicas de cancelar esta operación, entenderé que está aprobada y continuaré con ella.

—Es lo normal —se limitó a decir Dulles y la reunión se dio por terminada.

III

Cuando Robert Maheu llegó a Washington se encontró con que en su oficina le aguardaba un mensaje de Howard Hughes diciéndole que quería verlo urgentemente.

Maheu llamó a su cliente, excusándose por no haberlo hecho antes debido a que se había tenido que ausentar por unos días en Miami para un trabajo que le había pedido el gobierno.

—¿Qué trabajo es ese? —preguntó Hughes con tono irritado.

—Algo importante, pero que no puedo explicar desde aquí.

—Entonces, tome el primer vuelo y venga a Los Angeles a informarme.

—Sí, señor.

Veinticuatro horas más tarde Maheu estaba hablando por teléfono con Hughes, desde una caseta algo separada de la residencia de este último, que ya comenzaba a ser víctima de su manía bacteriofóbica y evitaba que la gente se le acercara por temor a contagiarse de una enfermedad.

—Dígame —expresó el magnate en tono severo—, ¿usted trabaja para mí o para el gobierno?

—Para usted, señor, pero las cosas ocurrieron muy rápidamente y no tuve tiempo de explicarle y pedirle permiso para una tarea que es oficial y, como le dije, muy, pero muy importante.

—¿De qué se trata?

—Es algo extremadamente confidencial. Yo, cuando me pidieron que realizara ese trabajo, me negué alegando mis compromisos con usted. Pero se me insistió mucho y hasta se aseguró que, sabiendo que se trata de algo del interés del gobierno de los Estados Unidos, usted no se opondría a que yo les diera una mano como otras veces.

—¿Y para quién es ese trabajo?

—Este... bueno... es un encargo de la CIA.

—¡Ah, debí imaginarlo! ¿Y en qué consiste el trabajo, si se puede saber?

—No se puede saber dado su carácter, pero a usted yo se lo voy a decir. Se trata de un plan para asesinar a Fidel Castro el de Cuba.

—¡Coño! No me imaginé que la CIA sería capaz de meterse en algo así.

—Yo tampoco. Pero, en realidad, la CIA no hace el trabajo. Quiere encargárselo a gente esa del sindicato... que opere casinos y esas cosas... matan a cualquiera por dinero o por negocio.

—¡La Mafia, coño, la Mafia! Hablemos claro.

—Bueno, sí, esa gente.

—¿Y usted qué pinta en todo esto?

—Yo conozco algunos tipos del sindicato. La CIA me pidió que les sirviera de enlace con ellos. Una vez realizada esa tarea, si usted no se opone, vuelvo a estar a su disposición.

—¿Con qué van a eliminar a Castro? No va a ser fácil.

—Es que hay un gran plan que incluye una invasión a Cuba por los anticastristas de aquí. Ya tienen un montón de gente entrenándose.

—¡Ah, tal vez tengan éxito! Pero, dígame, ¿cuánto le paga la CIA a esos del sindicato del crimen por cargarse a Castro?

—Han ofrecido \$150 mil.

—¡Qué mierda!

—Pero mi impresión es que ese dinero no cuenta. La gente del sindicato también quiere deshacerse de Castro para reanudar sus negocios en La Habana como antes: juego, drogas y cosas como esas.

—A mí también me interesaría invertir en Cuba.² Voy a hacerlo en Las Vegas, pero allí hay mucha competencia y están de por medio unos cuantos de esos amigos suyos que son gente de cuidado.

—Eso es cierto.

—Bueno, dígame a la gente de la CIA que yo le he autorizado para que los ayude en ese trabajo. No tiene que decirles que me ha dado detalles de lo que se trata. Eso queda entre nosotros. Sólo debe quedar bien claro que yo he colaborado con ellos cuando lo han necesitado.

—Así lo haré. Le estoy muy agradecido por su comprensión.

—No hay nada que agradecer. Este asunto me pudiera convenir a mi también.

IV

Johnny Rosselli salió de Miami temprano por la mañana, pero con tantas escalas y cambios de avión que tuvo que hacer, sólo arribó a Chicago pasadas las nueve de la noche y eran casi las once cuando pudo concertar una entrevista con Sam Giancana. Fue citado para la noche siguiente en la oficina secreta que tenía el *capo* en un lugar de la ciudad, cuando éste tendría tiempo suficiente para hablar largo y tendido.

Giancana —cuando se reunieron— ya estaba al cabo de la entrevista sostenida en el “Plaza” de Nueva York y ahora sólo le interesaba lo ocurrido en Miami.

Rosselli se extendió en detalles sobre sus conversaciones con O’Connell y los exiliados anticastristas que le fueron presentados. Estaba claro, observó, que el tal “Jim Olds” (O’Connell) era un oficial de la CIA —tal vez un alto oficial— que actuaba según instrucciones. También parecía obvio que la Agencia deseaba seguir de alguna manera el desarrollo de la operación e incluso estaba en disposición de ayudar si era necesario, aunque no involucrándose directa o explícitamente. Maheu, como lo había presumido, no era de la CIA, pero cumplía encargos de ésta —según pudo sacarle, por lo menos desde 1954 o 1955. Era muy astuto, experimentado y ambicioso, pero en este trabajo se daba su lugar, siguiendo en todo las orientaciones de Jim. Este último no tenía un pelo de tonto y aunque resultaba evidente que actuaba según un guión preparado de antemano, como buen profesional sabía ser flexible y receptivo, pudiéndose discutir con él y llegar a donde fuere con tal de cumplir los objetivos que se habían propuesto. ¿Qué otra cosa?

—Falta lo más importante —dijo Giancana—. ¿Pudiste hablar con Trafficante? .

—Es que lo más importante lo dejé para el final. Si. Hablé con él. Aparte nuestras viejas relaciones, me recibió enseguida por una llamada telefónica que le hiciste. Pero no conversamos mucho porque coincidió que él se iba a un viaje urgente. Aun así, pude explicarle en pocas palabras todo el asunto.

—Yo, desde luego, sólo le dije que te enviaba a ti para algo importante, pero sin revelar nada, porque estas cosas no se pueden ni mencionar por teléfono. Pero dime, ¿cómo reaccionó?

—Pareció asombrarse. Pero no por el proyecto de matar a Castro. Tuve la impresión de que en eso ya había pensado más de una vez. Lo que le sorprendió fue cuando le dije que presumíamos que la CIA es la que está detrás de todo esto. Finalmente dijo: “Bueno, con esos hijoputas también se puede trabajar. Y eso pudiera convenirnos. Ya lo creo que sí”.

— ¡Lo mismo que pensé yo!

—Justamente.

—Pero, ¿en qué quedaron?

—El pareció insinuar que en fin de cuentas ese trabajo podía realizarlo por su cuenta él solo. ¡Coñó, Sam, no lo dijo tan claro, pero estoy seguro que pensaba en eso! Sin embargo, luego aclaró que, estando ya tu de por medio, no daba un paso sin contar contigo.

—Es un tipo de ley. Dicen que el padre era igual. Entonces, ¿está dispuesto a meterse en la operación?

—Sin duda. Pero conmigo no quiso hablar mucho sobre el asunto. Dijo que todo lo conversaría contigo personalmente.

—Eso es razonable. No te vas a ofender por eso, ¿verdad?

—Claro que no. Pero me preguntó si tu estarías dispuesto a ir a La Florida para tratar sobre el asunto, porque él, por ahora, luego del viaje corto que iba a hacer, no podría moverse de

allá en largo tiempo. Me atreví a decirle que yo estaba seguro de que tu irías allá a verlo.
¿Hice bien?

—Sí, coño, hiciste bien.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Yo estoy ahora un poco complicado. Pero trata de arreglar con el Jim ese de la CIA y Maheu para encontrarnos en Miami dentro de una semana o diez días.

—De acuerdo.

V

Al día siguiente de su entrevista con Giancana, Rosselli salió para Los Angeles (LA) donde tenía algunas tareas por resolver. Entre ellas estaba una entrevista pendiente con Jimmy (“La Comadreja”) Fratianno —el matón profesional de la familia Dragna. Ultimamente no le había ido bien. Convicto de asesinato acababa de pasar un periodo en presidio y, aunque logró su libertad bajo palabra, se le había confinado a vivir en una pequeña ciudad donde, en espera de tiempos mejores, se dedicaba a un pequeño y más o menos legal negocio de transporte. Concertada la entrevista con Rosselli, una mañana tomó su auto y burlando la vigilancia de las autoridades, llegó a LA, donde fácilmente localizó el lugar donde aquél se alojaba —una lujosa suite de un edificio de apartamentos.

Fratianno llegó puntual a la cita, concertada para las 8 pm. Era un hombre de mediana estatura, complexión fuerte y trigueño, lo que le daba cierto aire latino. Se le consideraba un verdadero experto en el arte del asesinato, dominando los más diversos métodos de ejecución. Pero, cuando se le encargaba eliminar a alguien conocido, utilizaba siempre la misma técnica infallible: lo citaba con alguna propuesta seductora a una casa o apartamento, donde le recibía con las frases más afectuosas y de golpe, ayudado por un auxiliar, le tendía una soga al cuello y entre ambos tiraban por sus extremos hasta estrangularlo. “Lo que me llama la atención”, solía decir, “es la cara que pone la gente cuando sienten la soga en el cuello: primero sonrían, luego hacen una mueca y finalmente se arrodillan, mientras mueren, con una expresión de asombro”. Fratianno era un tipo rencoroso y sujeto a raptos de ira, pero usualmente se conducía con afabilidad y hasta con aparente timidez e ingenuidad. Sentía una gran admiración por Rosselli, al que consideraba su mejor amigo. Y ahora, momentos antes de encontrarse con él —luego de tanto tiempo sin verlo— se sentía no sólo contento sino también algo ansioso, pues había roto con los Dragna y pensaba que Rosselli podía ayudarlo por sus relaciones con la Mafia de Chicago. Rosselli también apreciaba a Fratianno, ante quien podía jactarse de sus éxitos e influencia. Luego de los más efusivos saludos, Rosselli le dijo a su visitante que disponía de tiempo para conversar largo y que podían cenar allí mismo en la suite. Fratianno aceptó enseguida y como dijo que añoraba cierto plato italiano muy especial, su anfitrión, llamando a una especie de mayordomo que tenía a su servicio, le ordenó que localizara ese plato en cualquier buen restaurante de la ciudad. El mayordomo dijo que no había problemas, pero que le llevaría un par de horas el traerlo. “No importa”, dijo Rosselli, “Jimmy y yo tenemos mucho que conversar y podemos esperar por esa especialidad culinaria”. Luego, ya sólo con Fratianno y degustando una botella de buen vino, le entregó a este un sobre conteniendo \$5 mil —resultado de una colecta que hizo entre varios amigos de ambos.

Fратиано se embolsilló el dinero y durante largo rato conversaron mientras saboreaban el vino.

Ya iban por la segunda botella, cuando Rosselli, dijo de pronto:

—Jimmy, ojalá tengamos suerte, porque algo se prepara que, si se logra, vamos a agarrar al gobierno en cueros y lo vamos a hacer mierda.

—¿De qué se trata? —preguntó Frатиано sorprendido.

Rosselli se inclinó y dijo en tono confidencial:

—Hay un exagente del FBI a quien conozco, Bob Maheu, que tiene contactos con la CIA y el Gobierno, y nos están pidiendo que matemos a Fidel Castro. Nadie sabe nada de esto excepto Sam (Giancana) y Santos (Trafficante).

—Pero dime, Johnny, ¿Sam se puso de acuerdo con la Comisión?³ —Yo hablé con Sam y Trafficante, y ambos decidieron aceptar el encargo. No, no se ha consultado a la Comisión.

—¡Ey, Johnny, si la Comisión se entera...! Johnny, tu sabes que eso va contra las reglas.

— ¡Bah —dijo Rosselli—, no tenemos por qué consultar (a la Comisión). Si llevamos a cabo esta operación tendremos el poder... ¿comprendes?... ¡el poder! Y, si alguno de los nuestros cae en desgracia, podremos ayudarlo... ¡Tendremos al gobierno en nuestras manos!

—¿Y cómo fue que Santos se enredó en esto?

—Bueno, el asunto es en Cuba y él conoce muchos cubanos que desean liquidar a Castro. Además, tu sabes que cuando Castro tomó el poder le causó muchas pérdidas a nuestra gente. De modo que ésta es también una oportunidad de vengarnos y de instaurar el antiguo gobierno... ¿Qué te parece este contrato, eh?

—¡Por Dios, Johnny! —insistió Frатиано—. No debemos matar gente a cuenta del gobierno. Eso está contra las reglas de la organización.

—¡Al carajo con las reglas y la Comisión! Oyeme: Sam es miembro de la Comisión y asume la responsabilidad. Hemos hablado con Santos y éste nos apoyará. Si no lo logramos, ¿quién nos juzgará? Pero, si lo logramos, ¡tendremos el poder!

VI

A comienzos de la segunda semana de octubre, volvieron a encontrarse en Miami O'Connell, Maheu y Rosselli, hospedándose estos últimos de nuevo en el Hotel Kennilworth y con Rosselli inscribiéndose otra vez con nombre falso. Cenaron juntos y cambiaron impresiones sobre la operación. Rosselli dijo que ya tenía los contactos necesarios y que las dos personas más importantes estaban en Miami y dispuestos a reunirse para discutir en detalle el proyecto.

—¿Cuándo nos pudiéramos ver? —preguntó O'Connell muy interesado.

—Mañana. Esta vez tengo una suite en el hotel y podemos reunimos en ella. Es un lugar discreto. Sugiero que nos veamos por la noche.

—Me parece bien —dijo O'Connell.

—A mi también —corroboró Maheu.

—Pero sería bueno que no llegáramos todos al mismo tiempo —propuso Rosselli—. Bob, tu habitación está al lado de mi suite y pudieras hacerlo a eso de las siete y cuarto. Jim, si no tiene inconveniente, vendría más o menos a las siete y media. Mis dos amigos llegarán a las ocho, en eso quedamos.

—De acuerdo.

La noche siguiente, cuando arribaron casi al mismo tiempo, alrededor de las ocho, los dos amigos de Rosselli, ya éste, Maheu y O’Connell los estaban esperando. Las presentaciones —que hizo Rosselli— fueron breves y nadie pareció prestar mucha atención a los nombres con que eran presentados. En realidad, sólo Maheu utilizó el suyo verdadero. Rosselli era para todos sólo “Johnny”. O’Connell asumió de nuevo el “Jim Olds” que utilizó cuando la reunión en el “Hotel Plaza” de Nueva York. Y los recién llegados dijeron llamarse, uno, “Sam Gold”, y el otro, simplemente, “Joe”.

O’Connell los observó atentamente.

“Sam Gold” era un cincuentón que parecía querer dar la impresión de cierto vigor juvenil. Bajo la corona de un algo más que incipiente calvicie, exhibía un rostro anguloso y duro que, sin embargo, se suavizaba a menudo con una sonrisa o una espontánea carcajada. Destacaba la elegancia de su atuendo. Los colores del pantalón —con su filo impecable— armonizaban con los de una bien cortada chaqueta tras la cual centelleaba una camisa de seda blanca enfatizando la corbata bien escogida. En el cinturón brillaba una hebilla de oro debidamente inicialada (SMG) y de él partía una cadenilla también de oro que a medio camino desaparecía en el bolsillo derecho del pantalón. Gesticulaba mucho y, entonces, salían a relucir los yugos de zafiros de onex negro también inicialados en los puños de la camisa y el reloj pulsera, cuadrado y tan fino como una lámina, con las agujas marcando la hora al llegar a unas diamantinas piedrecillas. “Parece un dandy”, pensó O’Connell, “pero también un magnate de Wall Street”.

“Sam Gold” era Momo Salvatore Giancana.

El otro hombre, “Joe”, daba una impresión distinta. También elegantemente vestido, con gestos reveladores de una educación más refinada, su rostro lleno pero de líneas regulares, exhibiendo unos espejuelos correctores de ligera miopía, sí hubiera podido pasar por un tranquilo hombre de negocios y hasta por un profesor universitario. Sólo la mirada fría y penetrante de sus ojos y una como vaga pero temible expresión al hablar, sugerían que tal no era el caso.

“Joe” era Luigi Santos Trafficante (hijo), un gángster de pura cepa, que había heredado de su padre en 1952 parte del negocio del juego y la cocaína en La Habana, Tampa y casi toda la Florida. Contaba entre sus amigos al notorio Carlos Marcello, cuyo imperio delictivo, con capital en Nueva Orleans, se extendía por la Luisiana y otros estados. Su socio más íntimo y principal (como anteriormente de su padre) era Meyer Lansky —el ve erano mañoso de los años veinte y, desde entonces, uno de los compañeros de correrías del *capo di tutti capi* Lucky Luciano. En ausencia de Lansky, Trafficante era el todopoderoso jefe de la “Cosa Nostra” en la capital cubana. En los archivos de policía de varios estados y del FBI, poseía un voluminoso expediente y algunos contenían varias páginas describiéndolo —como a Vito Genovese— entre los posibles victimarios de Albert (“El Loco Asesino”) Anastasia en la barbería del “Hotel Sheraton” de Nueva York en 1957.

A O’Connell le impresionaron los dos nuevos personajes que entraban en la escena del complot. Estaba habituado ya a la facha y las maneras de Rosselli, pero había algo distinto en estos supuestos “Sam Gold” y “Joe” que le acababan de ser presentados. Sin duda, eran gentes más importantes que Rosselli, el cual se dirigía a ellos con familiaridad, pero también con un no se qué de respeto. ¿Quiénes serían, verdaderamente? O’Connell, luego de pensarlo un poco, se encogió de hombros, pues, después de todo, la cuestión no era como

para cambiar de planes, ni mucho menos. A él, su jefe inmediato en la CIA, el coronel Edwards, le había encomendado arreglar con la Mafia el asesinato de Fidel Castro. Y el acuerdo con el propio Edwards consistió en, a través de Maheu, en conectarse con Rosselli quien, a su vez, intermediaría con los jefes mafiosos de más nivel para llevar a cabo la operación. Bueno, concluyó O'Connell en sus reflexiones, ahora parece que tengo delante de mí a dos de esos importantes ejemplares del hampa. Pero ¿no fue eso lo que se me encargó? Y, enseguida, recordó también aquella conversación con Edwards en la que ambos, pensando en ese tipo de gente, habían imaginado un escenario escalofriante de celadas, armas de fuego y tiroteo mortal, en el que, en un ambiente enrarecido por el olor a pólvora, se consumaba el magnicidio. “Seguramente”, había dicho Edwards, “esos tipos van a llevar a cabo un asesinato de tipo gangsteril...⁴ Es lo que saben hacer bien”.

Pero Edwards y O'Connell habían subestimado a la Mafia.

Y, cuando ya comenzando a entrar en el tema principal de aquella reunión, las palabras de O'Connell dejaron entrever que estaba dando por hecho que la operación se llevaría a cabo en la forma de un “asesinato de tipo gangsteril” (aunque evitó usar esos términos), sólo provocó una carcajada por parte de Giancana y una silenciosa pero severa expresión negativa en el rostro de Trafficante.

Finalmente, adoptando una actitud más seria, Giancana le dijo a O'Connell con sequedad: —Olvídese de tal procedimiento. En eso de un encuentro a tiros Castro y su gente saben tanto como nosotros. Además, como jefe de un gobierno, está bien protegido.

Y Trafficante, con voz tranquila, añadió:

—Yo, al menos, no conozco a nadie, quiero decir, un verdadero profesional en este tipo de trabajo, capaz de aceptar un encargo así.

—Exacto —corroboró Giancana—. Nadie se arriesgaría a una operación tan peligrosa.

—Pero, además, Sam —dijo Trafficante mirando ahora a Giancana—, aunque encontráramos alguien dispuesto a aceptar ese trabajo. Los que tu y yo conocemos, tipos seguros y de experiencia, son todos norteamericanos. Y ninguno tendría acceso a Castro. Ni siquiera podrían acercarse a él lo suficiente para ubicarlo en el alza telescópica de un fusil. Y, eso, pensando en un solo *hit-man*⁵ que, si se tratara de una acción de grupo, mucho menos.

O'Connell, entre sorprendido y perplejo, preguntó entonces con desaliento:

—O sea que, ¿no pueden llevar a cabo la operación?

—Nadie ha dicho eso —replicó Giancana—, nos referimos al método en que usted al parecer ha estado pensando.

—Jim —intervino Rosselli en tono persuasivo—, Sam y yo hemos estado conversando sobre esto y también lo hemos discutido con Joe. Puedes estar convencido de que tienen razón. Nada de tiros, emboscadas ni cosas por el estilo.

—Exacto —dijo Giancana—. Tiene que ser algo refinado y limpio, que ofrezca también una oportunidad al “activo”⁶ para escapar.

—¿Cómo qué, por ejemplo? —preguntó O'Connell.

—Un envenenamiento— respondió ahora Trafficante.

—¡Coño! —exclamó O'Connell—. Eso no se me había ocurrido. Y con razón, porque me parece algo muy difícil.

—Fácil no es —observó Trafficante—, pero imposible tampoco, si se cuenta con gente que tenga acceso a Castro.

— ¡Y “Joe” la tiene! —agregó Giancana mirando con satisfacción a Trafficante.
—Sí —confirmó el aludido—. Creo que tengo los contactos necesarios.
—¿Cubanos? —preguntó O’Connell.
—Cubanos que están aquí en Miami y cubanos que están allá en La Habana.
—Mis socios y yo también habíamos pensado en cubanos —dijo O’Connell tratando de recuperar el prestigio que perdió con su alusión al asesinato de tipo gangsteril—. Incluso arreglé para que Johnny conociera a algunos. Claro, sólo pensamos en ellos como posible elemento de apoyo para ejecutar la operación.
—Sí —dijo Trafficante—, Johnny me lo dijo y yo se quiénes son. Ninguno sirve para lo que queremos hacer. Debe ser alguien con una organización en Cuba a la que yo pueda incorporar la gente que tengo en La Habana. Parece complicado, pero no lo es. Conozco a un líder anticastrista aquí en Miami que tiene su grupo en La Habana y en el cual yo puedo meter a uno de mis hombres: el que tenga más posibilidad de usar el veneno.
O’Connell pareció convencido.
—De acuerdo —dijo—. Yo no voy a interferir en los planes de ustedes que son los que van a llevar a cabo el trabajo, aunque, eso sí, tengo que hablar con mis socios que lo habían concebido todo de otra manera.
—Dígale a sus socios que tengan confianza en nosotros —apuntó Giancana.
—Tenemos confianza —aclaró Maheu, que hasta ese momento había permanecido en silencio, sólo de cuando en cuando asintiendo con un gesto a lo que argumentaban Giancana y Trafficante con la obvia aprobación de Rosselli.
—Sin embargo —dijo O’Connell retomando la palabra—, incluso dando por hecho que existen los contactos mencionados, la forma de llevar a cabo la operación y su éxito dependen írucho de algo sobre lo que todavía no se ha hablado aquí: el tipo de veneno a utilizar. Tal vez ustedes ya han pensado en ello.
—No —reconoció Trafficante—, aún no hemos decidido sobre eso.
—Tiene que ser un veneno realmente infalible —dijo Giancana—, pero fácil de mezclar, por ejemplo con una comida, y de efecto lo suficientemente demorado como para darle oportunidad de perderse a quien lo suministre.
—Hay venenos —observó Trafficante— que incluso no dejan huellas.
—Jim —dijo Maheu—, nuestros socios pudieran ocuparse de eso, ¿verdad?
—Seguro que sí —dijo Rosselli con una sonrisa irónica.
—Bueno —comentó O’Connell— algunos de mis socios tienen relaciones con expertos... químicos... gente de la industria farmacéutica que quizá pudieran ayudar en este aspecto de la operación.
—Eso facilitaría la tarea —dijo Trafficante.
Y, con la promesa de O’Connell de que se ocuparía del asunto, luego de liquidar los tragos sobrantes en una botella de whisky aún medio llena, dieron por terminada la reunión.

VII

O’Connell, según recordaba algún tiempo después, nunca había tenido un periodo de más tenso trabajo que aquel de la segunda quincena de octubre de 1960.

Al día siguiente del encuentro con el trío mafioso —Giancana, Trafficante y Rosselli—, llamó a Maheu y le dijo que quería comentar con él sobre los resultados de la reunión de la noche anterior.

—¿Quieres que Johnny esté presente?

—No. Quiero hablar contigo a solas y, quizá, luego con Johnny.

—Entonces, mejor nos vemos aquí mismo en mi habitación del hotel a eso de las cuatro o las cinco de la tarde. Johnny me dijo que iba a estar fuera todo el día, pero quedamos en que regresaría a eso de las siete. Entonces, si te conviene, podemos reunirnos los tres.

—De acuerdo.

La conversación entre O'Connell y Maheu duró un largo rato, pero sin que surgiera ninguna discrepancia. O'Connell dijo que, luego de meditarlo bien, había llegado a la conclusión de que la propuesta de asesinato vía envenenamiento era la más viable de todas. Sólo tenía una inquietud: ¿quiénes eran en realidad “Sam Gold” y “Joe”? Le habían impresionado bien en el sentido de que evidentemente era gente dura, experimentada y con mando, verdaderos *capos* con recursos para llevar adelante la operación proyectada. Sin embargo, él tenía que saber quiénes eran, para informar a su jefatura en la CIA. ¿No se los había identificado Rosselli a Maheu?

Maheu quedó pensativo un instante. Luego, por toda respuesta, se levantó, abrió una gaveta de la larga mesa adosada a la pared que había en la habitación, y extrajo un ejemplar del “Miami Times”. Hizo a un lado las varias secciones del periódico y se quedó sólo con su suplemento dominical, “Parade”.

—Lee —dijo, poniendo el tabloide en manos de O'Connell.

Este lo agarró y pasó la vista sobre la primera página donde, con tipografía sensacionalista, había un reportaje titulado: “Los diez criminales más buscados por el Departamento de Justicia”. Estaba profusamente ilustrado con las fotos de aquella decena de notorios delincuentes.

Ver las fotos y soltar una exclamación de sorpresa fue algo que al unísono hizo instantáneamente O'Connell.

—¡Cooño! Carajo, Bob, ¿en qué estamos metidos? Los dos hijos de la grandísima puta. ¡Los dos, Bob, los dos!

—Entre las fotos y ocupando lugar destacado, estaban las de “Sam Gold” y “Joe”, pero con sus nombres reales.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Maheu disfrutando la sorpresa de O'Connell—. La Agencia quería contactos con la Mafia. Pues, está servida. Ahora tiene a su disposición a la misma crema de ese sindicato del crimen. Si alguien puede hacer el trabajo de liquidar a Castro, son ellos. ¿No es así?

En ese instante sonó el teléfono y Maheu contestó la llamada, mientras se volvía a su interlocutor y, tapando la bocina del aparato, le decía:

—Es Johnny. Está en su habitación. ¿Qué le digo?

—Dile que voy a pasar a verlo unos minutos y luego los tres nos encontramos abajo en el bar.

Maheu transmitió el recado y colgó:

—Okey, dice que te espera.

O'Connell fue a la suite de Rosselli y, luego de los saludos, le dijo:

—Johnny, me hiciste una buena anoche!

—¿Yo? Todo salió muy bien. Tu mismo lo dijiste.
—Sí. Pero me podías haber advertido antes quiénes eran en realidad esos. .. “Sam Gold” y “Joe”.
—¡Ah, te enteraste!
—Bob me acaba de mostrar un periódico donde aparecen entre los diez más grandes delincuentes de los Estados Unidos.
—Así es. Y tuviste suerte de tropezar conmigo. No hay mucha gente capaz de reunir a esos dos tipos y comprometerlos en un trabajo como el que se quiere... ¡Coño, sólo Johnny Rosselli puede hacer eso!
—Tal vez, Johnny, no me quejo. Solo digo que pudiste advertirme quiénes eran y dejarme pensar y hasta consultar con mis socios.
—Pero, Jim, si te estaba haciendo un favor manteniendo oculta la identidad de mis amigos. A tus “socios” sólo les interesa que el trabajo se realice y no quien lo realiza. Eso hasta les puede comprometer. Algún día, a lo mejor necesitamos aclararlo todo, pero por ahora basta con llevar las cosas así.
—Es posible.
—¿Es posible? No, es seguro. En estos negocios mientras menos se habla, mejor. Pero, ven aca, pedazo de cabrón, ¿es que acaso tu piensas que yo no se para quién tu trabajas? Sin embargo, nunca he aludido a eso.
—Bueno, tengo mis socios...
— ¡Al carajo con tus “socios”! Yo se, desde que hablamos en Nueva York, para quién trabajas. Pregúntale a Bob, si no se lo dije. ¿O es que quieres que te diga las tres letras del lugar donde cobras tu cheque todos los meses desde Dios sabe cuándo?
—No, no es necesario.
—Entonces, ¿todo está claro?
—Demasiado claro.
—¡Coño, Jim, esa es buena! —dijo Rosselli soltando una carcajada—. Bueno, bajemos al bar que Bob debe estar allí esperándonos.
—Vamos.

VIII

El coronel Edwards llegó a su despacho el día 20 de octubre por la mañana, luego de una semana en el extranjero. Al reunir los papeles de diversos asuntos que se habían acumulado durante su ausencia, separó un informe elaborado por Jim O’Connell dándole cuenta de la marcha de la operación que le había encomendado y que terminaba solicitándole una entrevista urgente. También separó un documento que le enviaba Richard Bissell y que al margen tenía una nota de su puño y letra que decía: “En cuanto llegues comunícate conmigo para que hablemos sobre esto. RB”.

Edwards le pasó la vista por encima al documento, hizo un gesto de disgusto, y enseguida se enfrascó en la lectura del informe de O’Connell. Este le exponía las gestiones realizadas, extendiéndose pormenorizadamente en la narración de la entrevista que había tenido lugar con la presencia de Giancana y Trafficante.

Entonces volvió a leer con detenimiento el documento que le había enviado Bissell. Era una comunicación oficial del FBI firmada por su director Edgar Hoover. Y Edwards, ya puesto en antecedentes por el informe de O'Connell, pudo enseguida, como si lo estuviera viendo, comprender lo ocurrido.

Al parecer, en efecto, Sam Giancana, había aprovechado su estancia en Miami para contactar viejos socios y amigos, y hasta para solazarse un poco. Mas, en uno de sus recorridos por los bares de la ciudad, entre trago y trago, le dio por hablar del supersecreto plan de atentar contra la vida de Fidel Castro. Ahora bien, este mafioso, en tanto que capo principal de los pandilleros de Chicago, era un hombre muy vigilado por el FBI y, en cualquier parte que estuviera, solía ser seguido por sus agentes y confidentes. Uno de estos últimos había escuchado sus indiscreciones y enseguida envió un informe. Hoover, calando enseguida la posible importancia del asunto y conforme las reglas del juego jurisdiccional, le remitió enseguida al jefe de los Servicios Clandestinos de la CIA el memorándum que ahora Edwards tenía ante sus ojos.

Edwards prestó atención a un párrafo del documento que aparecía subrayado con lápiz rojo, probablemente por el propio Bissell.

El párrafo decía así:

Durante conversaciones recientes con varios amigos (en Miami), Giancana declaró que Fidel Castro iba a ser eliminado muy pronto. Ante las dudas provocadas por esta declaración, según se nos informa, Giancana aseguró a los presentes que el asesinato ocurrirá en noviembre. Más aún, indicó que se ha reunido con el potencial asesino en tres ocasiones... Giancana alegó que todo ha sido perfectamente arreglado para el asesinato de Castro y que el "asesino" convino con una muchacha (no descrita) el dejar caer una "pildora" en alguna bebida o alimento de Castro.

Edwards, con gesto irritado, dejó el papel sobre la mesa y llamó por el intercomunicador a su secretaria:

—Oye —le dijo— ¿O'Connell está localizable?... ¿En su oficina?... Bueno, dile que venga a verme enseguida.

Unos minutos más tarde, Jim "El Grande" O'Connell estaba ante él.

O'Connell, al ver la expresión irascible de su jefe, barruntó que las cosas no iban como debían.

—¿Pudo leer mi informe? —preguntó cautelosamente. —Sí. Todo lo que hiciste estuvo bien: el contacto con Maheu, el de Maheu con Rosselli, el tuyo con los dos en el "Plaza". Pero esa reunión en Miami...

—Bueno, coronel, yo no sabía que se trataba de esos dos tipos, Giancana y Trafficante, tan buscados por la Justicia. Rosselli, que sin duda tiene viejas relaciones con ellos, fue quien los introdujo en la operación. Y la idea de utilizar el veneno fue de ellos. Pero, si usted no está de acuerdo, podemos darle marcha atrás a la cosa.

—Jim, yo estoy de acuerdo con todo. Incluso podemos hacernos cargo de la confección del veneno. Pero ha surgido otro problema que no conoces. Se trata de Giancana.

—¿Qué ocurre?

—Toma y lee esto —dijo Edwards entregándole a O'Connell el memorándum de Hoover. O'Connell lo leyó rápidamente y, cuando llegó al párrafo subrayado, exclamó:

— ¡Hijo de puta! Esto es increíble. Un tipo de esa experiencia haciendo esto... Nos va a desgraciar la operación... Este hombre sólo sirve para crear líos.

—¿Es que hay algo más?

—Antes de salir yo de Miami, Rosselli y Maheu me dijeron que Giancana quería que le resolviéramos un problema personal.

—¿Qué problema?

—Resulta que este Giancana, entre otras, tiene una amante en Las Vegas, una cantante llamada Phyllis McGuire. Ahora bien, Giancana cree que la Phyllis le está pegando los tarros con un comediante, un tal Dan Rowan. ¿Y sabe usted lo que pretende el hijo de puta ese? Que nosotros pongamos una técnica electrónica de escucha en el teléfono de la habitación que ocupa Rowan en un hotel, que grabemos sus conversaciones, y comprobemos si se acuesta o no con la Phyllis.

—Ese tipo está loco. Dime, ¿cómo sabe él que nosotros podemos realizar esa clase de espionaje? De acuerdo con el informe tu no has mencionado la Agencia para nada. Rosselli, el muy cabrón, si parece haberse dado cuenta para quien tu trabajas. Pero yo creía que sólo Rosselli, aparte de Maheu por supuesto, conoce tu identidad.

—Así lo creía yo también, pero ahora no estoy tan seguro. Es posible que Rosselli les haya informado a Giancana y Trafficante que yo trabajo en la Agencia.

—Lo más probable.

El coronel Edwards quedó como cavilando.

—¿Y no pudiéramos deshacernos de Giancana? —dijo de pronto—. Probablemente el hombre con los contactos necesarios es Trafficante y me parece que Giancana es algo así como la quinta rueda del carro.

—No —dijo O'Connell—. El está metido de lleno en el asunto y Bob cree que es necesaria su participación. Bob incluso me dijo que no convenía que Giancana se marche por ahora de Miami para irse a Las Vegas a cazar a la parejita que supuestamente le pega los tarros. Eso, dice, interrumpiría las negociaciones. Por otro lado, Rosselli es algo así como un subordinado de Giancana y plantearía una crisis, si le decimos que tiene que sacar a su jefe de la operación. No, estamos embarcados con el tipo.

—Ya veo —dijo Edwards.

Se hizo un silencio entre ambos que al cabo rompió Edwards, las manos entrecruzadas debajo de la barbilla y la cabeza inclinada, hablando muy despacio, como si pensara en voz alta.

—No podemos quitarlo de en medio. Bien. Tampoco podemos meternos en eso de la escucha telefónica en la habitación del comediante... Al propio tiempo, esto último pudiera convenirnos...

De pronto levantó la cabeza y miró a O'Connell.

—Jim, ¡ya lo tengo! Está más claro que el agua.

—Diga usted.

—Giancana seguramente habla a menudo por teléfono con su amiga de Las Vegas.

—Dice Rosselli que todos los días.

—Estupendo. Nosotros, desde luego, no podemos violar la ley y todos los reglamentos, poniendo un dispositivo aquí mismo en el país para escuchar lo que hablan dos ciudadanos norteamericanos. Eso, ni soñarlo. Pero hay agencias privadas que sí lo hacen, corriendo ellas con los riesgos. Bob Maheu debe conocer unas cuantas que se dedican a eso. Bueno,

Maheu que contrate ese trabajo con alguna y nosotros, utilizando algún procedimiento adecuado, nos hacemos cargo del gasto.

—Me parece una solución. Pero creí escucharle decir que eso nos convenía.

—Por supuesto. Giancana habla a diario con su amante. Pero, además de gánster y mujeriego, ahora sabemos que es un charlatán que puede poner en peligro la operación. Y, si él está hablando más de la cuenta entre sus amigos de Miami, también lo está haciendo con la tipa de Las Vegas. Y, si tal es el caso, es muy posible que ésta comente el asunto con el comediante. ¿Me sigues?

—Desde luego. Se trataría de comprobar si hay filtraciones por la vía de Giancana.

—Exactamente. Si el resultado es negativo, el memorándum de Hoover no tiene que preocuparnos: se trataría de jactancias de un pandillero como Giancana en medio de una borrachera. En ese caso, de todas maneras, mejor dicho, desde ya, hay que tratar duro con él y decirle que está bueno de joder con sus irresponsabilidades y que, si sigue hablando mierda por ahí habrá que sacarlo de la operación y, de ser necesario, cancelarla. Pero, si el resultado es positivo, si comprobamos que Giancana le dijo algo a su amante y ésta lo comentó con el otro artista, entonces, decididamente, lo eliminamos. Y en ese caso, sin duda, Trafficante y Rosselli nos apoyarían. ¡Imagínate la reacción de éstos: los detalles de una operación tan confidencial, delicada y peligrosa, circulando de cama en cama por los hoteles de Las Vegas!

—Bien razonado, coronel, bien razonado.

—Vamos a seguir adelante con la operación. Tu volverías para Miami enseguida, ¿no es así?

—Mañana mismo, pero hay todavía un punto pendiente: lo del veneno.

—Con eso no hay dificultades. Hoy debo hablar con Dick Bissell para explicarle cómo va la operación y tranquilizarlo con lo del memorándum de Hoover. Le pediré que él mismo de instrucciones a Scheider para que prepare uno de esos tóxicos que envidiaría hasta Lucrecia Borgia. Yo personalmente me ocuparé de que sea algo manejable y efectivo. A los “amigos” de Miami díles que, en efecto, tus socios tienen relaciones con la industria química y farmacéutica capaces de preparar algo adecuado. Mantén tu leyenda de representativo de un grupo de hombres de negocios, te la crean o no.

IX

Sam Giancana estaba satisfecho. Acababa de hablar con Phyllis McGuire y ésta se había manifestado tan cariñosa como siempre, incluso reprochándole su tardanza en retornar a Las Vegas. “Te extraño mucho”, había dicho ella y Sam trató de contentarla con las mismas palabras almibaradas que utilizaba siempre y que después de todo eran las únicas que conocía del lenguaje amoroso. También le preguntó cómo le iba en el trabajo. Ella dijo que bien, pero le manifestó su preocupación por una deuda pendiente con “Moe” Dalitz —el zar de Las Vegas— y por la que éste la presionaba. “No te preocupes” dijo Sam, “que Johnny (Rosselli) me dijo tenía que informarme sobre eso y ya me ocuparé de resolverlo”. Ella respondió más tranquilizada y se despidió con unos besitos telefónicos. El reciprocó con

uno que sonó como cuando se descorchaba una botella. Luego quedó sumido en sus pensamientos, algo fruncido el entreceño.

Giancana había conocido a Phyllis en Las Vegas. Ella, con sus dos hermanas —Dorothy y Christine— formaban un trío de bellas y talentosas cantantes cuya popularidad estaba llegando a su cénit a principios de 1960. Su canción “Pretty- Eyed Baby” fue un hit al que siguieron “Pie Nic” y media docena más que constituyeron récords de venta de discos. Una noche, Giancana presencié la actuación del trío y quedó prendado de Phyllis, sin duda la más atractiva de las hermanas. Esa misma noche, luego de llenarle el camerino de flores, la vio perder en la sala de juego del casino una buena cantidad y enseguida supo que tenía una deuda por \$100 mil con la casa.

—No te preocupes por esa deuda —le dijo ya en su primera conversación—. Yo me hago cargo de garantizar su pago.

— ¡Son \$100 mil!

—¡Bah!

Y así se inició el romance más largo —y también conflictivo— de la vida de Sam Giancana.

Aquél día en Miami, luego de hablar con Phyllis, Giancana llamó a Rosselli y le dijo que quería verlo.

—¿Qué tienes que decirme de la deuda esa de Phyllis?

—Yo hablé con Moe (Dalitz) que tiene el pagaré. Le dije que el “G”⁷ lo había entrevistado mucho en los últimos tiempos y que se rumoraba que le había preguntado por el pagaré de “Maravilla” (Phyllis)... Moe dijo: “Sí, es cierto, se me olvidó decírtelo”...El pagaré está ahí y la deuda sigue pendiente.

—Johnny, ¿el “G” le preguntó a Moe por el pagaré? —Sí.

—¿Y cómo no dijo nada de eso?

—Incluso tuve que preguntarle por el asunto.

—Yo le había dicho que se deshiciera de ese papel.

—Moe dijo, “¡Espera!, yo les dije (al FBI) que Phyllis tenía aún el pagaré y se los dije porque de no ser así ella podía tener problemas con los impuestos”.

—Y ¿cómo el FBI sabía que ella tenía un pagaré?

—No se. Tal vez cogieran alguna conversación telefónica o escucharon a alguien hablar de ello. El FBI ha estado en la casa y oficina de Moe diez veces... Yo no digo que sea un chivato, pero sí lo visitan tanto es porque las conversaciones revelan cosas.

—Si, parece que de algún modo Moe está cooperando con el “G”.

—Algo ocurre... Algo le están sacando...

—Bueno, cambiemos de tema. ¿Qué hay de mi encargo de interceptar el teléfono de ese Rowan?

—Resuelto.

—¿Cómo lo lograste? Con el Jim ese, ¿no?

—No. Con Bob. Todo está arreglado. Tendrás las grabaciones y además no te costará un centavo.

—Coño, les debo una.

Jim O’Connell, en efecto, cuando regresó a Miami se entrevistó con Maheu y le dijo que la jefatura estaba satisfecha de cómo iba la operación. No le mencionó desde luego el memorándum de Hoover, porque no quería arriesgarse a que hubiera un desliz que advirtiera a

Giancana de que no se estaba al cabo de sus indiscreciones. También le dijo que, si bien la Agencia no podía encargarse de la interceptación telefónica que obsesionaba a Giancana, en cambio estaba dispuesta a pagar lo que fuera a cualquier firma dispuesta a hacerlo. Le preguntó si él conocía alguna.

—Sí —dijo Maheu—, aquí mismo en Florida hay un investigador privado amigo mío, Edward Dubois, que tiene gente especializada en ese tipo de trabajo.

—Entonces, contrata el asunto con él como si fuera de tu propio interés. Si pide un adelanto, dáselo. Luego te reembolsamos eso y también el costo total. Debe parecer algo personal tuyo.

—De acuerdo.

Lo que ocurrió varios días más tarde, sin embargo, pareció algo más típico de un filme de espionaje que una actividad incidental inserta en el marco de una gran operación encubierta de la CIA.

X

El día 29 de octubre llegó a Las Vegas Arthur J. Balletti, un experto que trabajaba para Dubois, quien esa noche se alojó en el hotel donde residía el comediante Rowan. A Balletti no le resultó difícil averiguar el número de la habitación que ocupaba aquél y al día siguiente, ya estaba al cabo de todos sus movimientos. El hombre se levantaba tarde, desayunaba y después no regresaba hasta altas horas de la noche, concluido su trabajo. “Mañana hago la tarea”, se dijo, “una vez que se marche y pase un tiempo prudencial para comprobar que no vuelve sorpresivamente”.

El pasillo estaba desierto cuando llegó Balletti a la puerta de la habitación del comediante, pero abrir la puerta resultó más laborioso que lo calculado. Era un “Yale” especial de cuya seguridad se jactaba la administración del hotel. Una vez dentro, abrió el maletín que traía consigo y colocó las herramientas que iba a utilizar y el dispositivo de escuchar sobre la cama, al alcance de la mano, pues el teléfono estaba sobre una de las mesitas laterales de aquella. Fue entonces cuando cometió un imperdonable error. Sintió hambre y, al mirar el reloj, notó que era ya pasado el mediodía. “A esta hora”, se dijo entonces, “no va a entrar nadie aquí, así que mejor bajo a almorzar y, cuando vuelva, hago el trabajo”. Para acabar de empeorar las cosas, dado lo difícil que le había resultado abrir la puerta, cuidó de que ésta no cerrara por completo. Entonces, muy tranquilo, tomó el ascensor y se fue a almorzar. Cuando regresó, la policía lo estaba esperando.

¿Qué había ocurrido?

Algo imprevisto. Durante su ausencia, una camarera había entrado en la pieza al llamarle la atención que la puerta no estaba bien cerrada. Su sorpresa fue aún mayor cuando observó que había un maletín en el suelo y todo un despliegue de raros instrumentos sobre la cama. No lo dudó mucho. Bajó a la carpeta del hotel y describió las cosas sospechosas que acababa de ver. El responsable de la carpeta ni siquiera se molestó en subir a comprobar lo que le decía. Sencillamente, llamó a las oficinas del alguacil de la ciudad, desde donde de inmediato enviaron un patrullero al hotel, de modo que cuando Balletti regresó a la habitación tres ceñudos agentes, sin apenas cruzar palabra con él, tras un registro para

comprobar que no estaba armado, le colocaron unas esposas en la muñeca, llevándose lo detenido.

La noticia de este incidente llegó enseguida a Miami y Maheu fue a ver a Giancana, contándole en tono dramático lo ocurrido. Giancana escuchó con interés, pero de pronto rompió a carcajadas como si todo le pareciera la cosa más divertida del mundo.

—Imagínate —le dijo después Rosselli a Maheu—, el ataque de risa que le dio a Sam fue tal que por poco se traga ^el tabaco que estaba fumando.

— ¡Qué tipo!

—De todos modos —concluyó Rosselli—, probablemente el episodio no tendrá mayores consecuencias.

—Eso espero.

Pero ambos se equivocaban. El episodio del frustrado intento de interceptación telefónica en Las Vegas, desencadenaría las más graves repercusiones que ellos hubieran sido capaces de imaginar.

CAPÍTULO 7

HACIA “BAHIA DE COCHINOS”

I

Pese a su aspecto vigoroso y edad —con apenas 44 años era el primer presidente de los Estados Unidos nacido en el siglo xx—, la salud de John F. Kennedy resultaba bastante endeble. Los problemas en la columna, causantes de penosos dolores de espalda, complicados con los síntomas crónicos de la enfermedad de Addison,¹ le habían llevado varias veces al quirófano y una vez le tuvieron en coma al borde de la muerte. El norteamericano medio, que sólo le conocía por fotografías y la TV y tenía de él la imagen del hombre robusto por el ejercicio, esbelto y dinámico, no podía imaginarlo, como había ocurrido en realidad durante largos periodos, trasladándose de un lugar a otro en silla de ruedas o ayudándose con muletas para caminar o comprobando, cuando viajaba, que el equipaje incluía un botiquín tan bien surtido como una farmacia. Tampoco, viéndolo tan lleno de vida, sabía de sus meditadas reflexiones sobre la muerte.

—Mi padre murió hace poco de un infarto —le dijo un día cierto amigo mientras nadaban en la piscina.

—Me enteré y lo sentí mucho —replicó Kennedy.

—Y tu, Jack, ¿te gustaría ese tipo de muerte, quiero decir, un infarto?

—Tiene sus ventajas, porque pudiera ser rápido. Pero no, preferiría morir de otra manera.

— ¡De cuál?

—De un disparo. Te pegan un tiro. Y todo acabó en un segundo.

Sin embargo, J. F. Kennedy no pensaba en la muerte durante aquellos días de mediados de noviembre de 1960, cuando descansaba en la residencia de su padre en Palm Beach de la agotadora campaña electoral en la que había ganado la presidencia de los Estados Unidos. Ni siquiera le preocupaban los ratos que —entre baños de sol, jornadas de natación y partidas de golf— debía dedicar a algunas inaplazables tareas del gobierno que pronto asumiría. En todo caso, según solía quedarse, lo único que le producía molestias era el ejército de policías secretos —todos reconocibles por sus trajes y espejuelos oscuros— que

le seguían por doquier y a los cuales había logrado burlar por lo menos una vez, escapando de su vigilancia y dándose un chapuzón en la playa, pero sólo para comprobar al día siguiente que habían puesto un guardacos- ta a patrullar el lugar. Murmuró entonces: “¿Estará pensando esa gente que Castro va a invadir Palm Beach?”.

Pero de todas maneras el descanso no podía ser completo. Una tarea que no admitía dilaciones era la selección de los miembros de su gabinete. Como tenía algunos nombres en mente, esto no le exigió mucho tiempo. Casi desde el primer momento apuntó a Dean Rusk (Departamento de Estado) y Robert McNamara (Departamento de Defensa). Luego, mientras los elementos liberales que le habían apoyado arrugaban el entrecejo, escogió a un banquero, Douglas Dillon, para otro cargo importante (Departamento del Tesoro). Al joven McGeorge Bundy le ubicó como Asesor para la Seguridad Nacional... Y después, contra todo lo esperado, retuvo a Alien Dulles en la CIA y a Herbert Hoover en el FBI. Hasta su padre, que había sido miembro del Consejo Asesor para Inteligencia Extranjera de Eisenhower, hizo una mueca de disgusto cuando supo la ratificación de Alien Dulles.

—Oye, Jack, ¿es cierto que vas a dejar a Dulles en su cargo?

—Sí. Incluso dentro de unos días vendrá aquí para un *briefing*² sobre la situación de la CIA y la comunidad de la inteligencia.

—Bueno, tu sabes que yo no me quiero meter en tus decisiones como presidente, pero hay algo que te debo advertir, Dulles y su gente en la CIA forman un equipo que conozco bien y al cual yo no le pagaría ni 100 dólares a la semana.

Jack se rió.

—Se que tu crees que no sirven para nada. Pero yo pienso distinto y a Dulles lo voy a dejar donde está. Políticamente, además, puede ser conveniente. Gustaría a los republicanos.

—Como tu quieras. Sin embargo, ten cuidado.

En realidad, Kennedy sentía entonces mucho respeto y hasta admiración por aquella suerte de “vacas sagradas” que, como Dulles, tenían una aureola de experiencia y prestigio ganada tras largos años de carrera en altas posiciones oficiales. Le gustaba además aquella atmósfera de clandestinaje en que se desenvolvía la CIA y su estilo de trabajo libre de ataduras burocráticas, protocolo y escrúpulos formales. Una vez le dijo a Bundy: “Me importa poco lo que se dice de la CIA, pues si necesito algo rápidamente, ese es el lugar al que tengo que acudir”.

II

John F. Kennedy había nacido en 1917, en el seno de una familia acaudalada,³ católica, de origen irlandés. Era el segundo de nueve hermanos de los cuales dos —Robert y Edward— también desempeñarían un papel significativo en la vida política norteamericana. Estudió en las universidades de Princeton y Harvard, participando luego en la Segunda Guerra Mundial donde tuvo a su cargo una lancha torpedera que fue hundida en el Pacífico, valiéndole su comportamiento durante aquel episodio una medalla del Congreso por heroísmo. El electorado de Massachussetts le eligió diputado (1946) y, luego, senador (1952). Escribió un par de libros —“Why England slept” (1946) y “Profiles in courage” (1954). En 1960 fue electo trigesimoquinto presidente de los Estados Unidos por la columna del Partido Demócrata.

La textura del pensamiento político de Kennedy no resulta fácil de definir, cambiante y flexible como era, y tal vez sobre todo por su tendencia a evolucionar —generalmente en ese sentido que ciertos ideólogos llaman progresista. En los inicios de su carrera política sus posiciones eran bien ambiguas y dentro de un marco convencionalmente conservador, como después de todo cabía esperar considerando el opulento medio familiar en que se formó, las tan atrasadas como rígidas ideas de su padre —inspirador y financiador de su carrera política— y, también, cierta vaga y errática inercia de su carácter de entonces. Su récord en el Congreso, le muestra si no como militante, en el mejor de los casos como indiferente expectador del McCarthismo, y muy dado a la rutina de levantar su mano en favor de algunas de las más obviamente antiobreras legislaciones de la época. Así, votó en favor de las retrógradas leyes de seguridad interna (Ley McCarran), la Ley Landrum-Griffith y otras no menos rechazadas por la opinión progresista norteamericana. Estaba incluso dispuesto a apoyar la regresiva ley Taft-Hartley, cuando gente amiga se le acercó para aconsejarlo.

—Jack —le dijeron—, para un demócrata norteamericano votar en favor de esa ley equivale a un suicidio político.

—Es que el “viejo”⁴ dice que es buena.

—Sí, pero tu sabes cuáles son sus ideas y no puedes seguir en todo sus consejos.

—Bueno, lo pensaré mejor.

Luego, prometió no votar en favor de aquella ley.

Pero a principios de la década del cincuenta, después de un *tour* por el sudeste asiático, Kennedy asumió posiciones sobre el mundo subdesarrollado —entonces mayormente sujeto a la férula colonialista— que iban incluso más allá de los criterios liberales de la época. Comprendió que en esos países había serios problemas internos complicados por los abusos del colonialismo. Y denunció en lenguaje no escuchado antes en el Congreso la política francesa hacia Indochina. Cuando, ya acercándose Diem Bien Phu,⁵ en abril de 1954, Eisenhower —siguiendo el consejo de J. F. Dulles y el vicepresidente Richard Nixon— quiso enviar tropas norteamericanas para apoyar a los franceses en aquella región, la voz de Kennedy se alzó en el Senado: “Ninguna cuantía de asistencia militar en Indochina puede conquistar un enemigo . . . que tiene la simpatía y el apoyo encubierto del pueblo”. En realidad, al asumir esas posiciones, Kennedy se estaba alineando con las fuerzas que en los Estados Unidos se pronunciaban contra el colonialismo francés, más con el objetivo de sustituir éste por la hegemonía norteamericana. Pero el joven senador fue capaz de profetizar lo que ocurriría con una política que él mismo comenzaría a poner en práctica años más tarde con resultados que también llegó a entrever: “Desparramar dinero, materiales y hombres en las junglas de Indochina, sin al menos la más remota perspectiva de victoria, sería peligrosamente fútil y autodestructivo”.

Durante los años cincuenta, probablemente muy incentivado por las presiones de su padre, John F. Kennedy había ido adquiriendo ambiciones políticas del más alto vuelo. Le ayudaban en esas aspiraciones su fina sensibilidad política para captar las tendencias más o menos profundas de la opinión norteamericana allí donde éstas desempeñaban un papel decisivo y, también, su espíritu pragmático, sin ataduras doctrinarias ni estereotipos dogmáticos —con capacidad para desprenderse de concepciones que no se correspondían con las realidades históricas del momento. Así, cuando puso los ojos en la Casa Blanca, lo hizo consciente de la crisis en que ya había caído el llamado “consenso conservador”,⁶ la

ansiedad del país por salir de la opaca rutina sin perspectivas de los últimos años del periodo de Eisenhower y el nuevo auge del liberalismo que se perfilaba en el ambiente político nacional.

J. F. Kennedy no dubitó entonces en arrojar por la borda sus ideas más tradicionalistas y presentarse como campeón de la causa del cambio y el progreso. Los liberales —pensando en su padre “Joe” Kennedy y teniendo a la vista su récord congresional— le miraron al principio con escepticismo. El supo, sin embargo, convencerlos de su sinceridad y atraerlos con sus maneras aristocráticas pero desenvueltas y simpáticas, sus inquietudes intelectuales algo simplistas pero ausentes de pedantería, y su aire de ideas románticas pero bajo control de un sentido práctico instintivo. Tenía además juventud y carisma. Y algo que sólo sus más cercanos colaboradores y opositores políticos lograron captar: una tan natural como insuperable maestría en la manipulación de la maquinaria electoral capaz de llevarlo a la primera magistratura del país.

III

Hacia mediados del mes de noviembre de 1960, Allen Dulles llamó a Richard Bissell. —Dentro de unas ocho semanas —le dijo al jefe de los servicios clandestinos— Kennedy toma posesión de la presidencia. Tengo noticias de que me va a ratificar en el cargo y ya es hora de que lo pongamos al día sobre la situación en la Agencia y las más importantes operaciones en marcha. Me ha citado para la residencia de su padre en Palm Beach dentro de unos días y quiero que me acompañes.

—De acuerdo.

—Hace falta que prepares el plan de información. Lo fundamental nada más, pero lleva todos los datos que pudieran ser necesarios. Suele preguntar mucho y a veces se interesa por los detalles.

—La principal operación que tenemos ahora es la de Cuba. Tengo entendido que usted le informó hace unos meses sobre ello.

—Sí. Luego de la Convención del Partido Demócrata, el presidente me indicó que le informara sobre esa operación y otras de la Agencia. Fue en su residencia de Hyannis en Cape Cod⁷ donde hablé con él. Por cierto que luego ocurrieron una serie de incidentes que casi nadie conoce. Te los cuento.

Y con una expresión entre apacible y divertida, Dulles narró lo siguiente.

Luego que él sostuvo la entrevista mencionada con Kennedy, Nixon se enteró de que Dulles le había hablado también del plan de entrenamiento de exiliados en Guatemala para lanzarlos en Cuba. Nixon se puso furioso. “¡No debió informarle nada a Kennedy sobre esta operación!”, le dijo al director de la CIA. “Tenía instrucciones del presidente de hacerlo”, ripostó éste y trató de calmar al encolerizado vicepresidente. Luego sucedieron otros hechos. Durante la campaña electoral, el tema de Cuba se había convertido en centro de la atención pública norteamericana y la posición de cada candidato —Nixon y Kennedy— al respecto era claro que influiría en la decisión de los votantes. Nixon optó por presionar a Eisenhower y Dulles para que se apresurara el proyecto de invasión de Cuba, pues pensaba que ésta tendría éxito y que el derrocamiento de Castro por el gobierno del cual era vicepresidente favorecería de modo decisivo su elección. Kennedy, no obstante conocer los

preparativos paramilitares de los exiliados cubanos que tenían lugar en Guatemala, optó por concentrar su crítica a la Administración republicana acusándola de no hacer nada con relación a Castro y de no apoyar a los anticastristas, a los que llamaba “combatientes por la libertad”.

Kennedy colocó así a Nixon en una posición difícil. Pues Nixon hubiera podido lanzar un contraataque revelando todo lo que hacía el gobierno de Eisenhower contra el régimen de Fidel Castro, principalmente el plan de invasión, pero ello significaba poner en peligro el éxito de un proyecto que significaba tanto para su elección. Entonces ocurrió algo curioso. En sus declaraciones ante la prensa y en los debates por TV que precedieron a las elecciones, Kennedy se mantuvo atacando a la Administración Eisenhower (a la que se debía Nixon como vicepresidente y candidato presidencial) por no hacer nada contra Castro —no obstante que sabía que se estaba trabajando en esa dirección. Y Nixon se presentó acusando a Kennedy de seguir una política agresiva e intervencionista, violadora de los tratados internacionales y quizá conducente a una TGM —no obstante que en la práctica era uno de los inspiradores e impulsores de esa política. Ambos contendientes se acusaban a sabiendas que uno y otro mentían.

Luego que Bissell —que apoyaba la candidatura de Kennedy al extremo de ofrecérsele como asesor económico en la campaña electoral— escuchó atentamente estas confidencias y tras apuntar lo inteligente (y, desde el punto de vista de la CIA, conveniente) de la táctica de Kennedy, volvió al tema principal de la conversación.

—Bueno —dijo Bissell—, respecto al plan de invasión, está claro que Kennedy tiene ya nociones aunque no una información completa sobre la escala del proyecto.

—Así es. Tendremos que hablar con él sobre eso.

—Pero hay otra cosa —prosiguió Bissell—. El “Proyecto Cuba”⁸ incluye ciertas operaciones con relación a la persona de Castro... Vamos, usted lo sabe porque hemos hablado de ello... Me refiero al proyecto con el sindicato ese para eliminarlo... ¿también le informaremos sobre ello?

—Tu no aludas al tema. Si es necesario, yo me encargaré de eso, en la forma y momento oportuno.⁹

IV

Dulles y Bissell se entrevistaron con Kennedy el 18 de noviembre.¹⁰

Hacia esa fecha, la CIA estaba metida hasta el cuello en los preparativos de la operación contra Cuba. Para entonces, sin embargo, el proyecto aprobado por Eisenhower ocho meses atrás —el 17 de marzo— había experimentado un cambio radical. Inicialmente consistía en entrenar un grupo de exiliados de origen cubano e infiltrarlos en la Isla para comenzar una guerra de guerrillas que eventualmente debía crear condiciones que culminarían en el derrocamiento del gobierno de Castro. Pero, probablemente a partir del verano, aquella relativamente modesta operación guerrillera se había transformado en una empresa de gran envergadura militar que incluía la organización y entrenamiento de un ejército pertrechado con artillería, tanques y otros blindados, apoyo naval y aéreo, y todos los requerimientos logísticos de una guerra convencional. El objetivo que se planteaba era invadir a Cuba por un punto del litoral sureño, dominar una cabeza de playa y disponer de un pequeño territorio que justificaría la proclamación allí de un gobierno con figuras del exilio.

Cuando Dulles y Bissell le informaron a Kennedy sobre la operación, éste quedó asombrado ante la magnitud del proyecto y lo avanzado de los preparativos.

En Guatemala ya eran cientos los exiliados que se entrenaban bajo la dirección de personal militar norteamericano y su número crecía según constaba en los registros de las no muy discretas oficinas de reclutamiento que funcionaban en Miami y otros lugares de la Florida y los Estados Unidos. El equipamiento para transporte de los exiliados a Guatemala y posteriormente para la invasión estaba en parte listo y en parte aprestándose. Al servicio del proyecto la CIA tenía ya un número de sus propios aviones (C-46 y C-54) y estaba adquiriendo B-26. Se compraron dos LCI¹¹ por \$60 mil, pero adaptándoseles a un costo de casi \$500 mil y se estaba negociando con una empresa naviera que aún operaba entre La Habana y Centroamérica el uso de varios de sus buques. Los aviones se utilizaban ya para transportar y entrenar exiliados, y hacer incursiones aéreas a Cuba (descargando armas y provisiones para grupos contrarrevolucionarios alzados en las montañas del Escambray) y los LCI también, una vez preparados, hacían incursiones piráticas casi de rutina contra la Isla (desembarcando alijos bélicos y realizando operaciones de infiltración y exfiltración de contrarrevolucionarios). Sumaban varias decenas los oficiales y exoficiales norteamericanos con experiencia profesional entrenando los exiliados en Guatemala, pero también en los propios Estados Unidos, Panamá y Puerto Rico —y no sólo como soldados y oficiales del ejército invasor sino en inteligencia, paracaidismo, comunicaciones y hasta como hombres-rana expertos en demolición submarina.

Kennedy, impresionado —y, según comentó más tarde, con algunas dudas— dio su aprobación al proyecto.

Pero puntualizó:

—Insisto en un punto. La decisión final sobre el lanzamiento de esa invasión queda en mis manos. De hecho, desde ahora lo aclaro, aun cuando más adelante la aprobara, me reservo la posibilidad de cancelar la operación hasta 24 horas antes del día en que se decida su comienzo.

—Conformes. Pero también queda claro que, aún cuando pendiente de su decisión final, podemos continuar en los preparativos.

—Sí. Pero sin involucrar a los Estados Unidos y, eso lo saben ustedes mejor que yo, manteniendo la máxima discreción sobre la marcha del proyecto.

—Desde luego.

Dulles y Bissell comentaban luego el resultado de la entrevista.

—Bueno —dijo Bissell—, él ha puesto algunas de las reglas del juego.

—Sí —replicó Dulles—, pero lo importante es que no ha objetado el que prosigamos con la operación.

—Lo que no quiere es que Estados Unidos se involucre en el asunto, al menos formal y públicamente. Eso lo comprendo. Pero, si algo fallara, mi criterio es que una intervención directa, incluso armada, de los Estados Unidos, puede ser inevitable... Y me parece que él no estaría dispuesto a ello.

—Jo!, Jo! No te preocupes, muchacho. La historia siempre se repite. El Poder Ejecutivo en este país muchas veces ha advertido: “No intervendremos... Arréglenselas como puedan”. Pero al final, en el momento crítico, cambia de opinión y dice: “Ok. ¿Cuántos *marines* hacen falta?”.

—Amén —dijo Bissell con un suspiro.

—Pero —continuó Dulles— tenemos que cuidar ciertos aspectos. El quiere una absoluta discreción y eso hay que tomarlo en cuenta, porque además es muy razonable. Tengo noticias de que hay rumores, incluso en la prensa, sobre la operación.

—Así es. Usted me conoce. Por ahí dicen que me comporto como un extremista en cosas de seguridad. Amory¹² comenta que soy “un glotón para los secretos”. Las medidas de discreción que he tomado son bien estrictas, pero a veces es imposible evitar las filtraciones.

—Tenemos que insistir más en eso.

V

La confidencialidad del proyecto estaba ciertamente bien comprometida.

El día 20 de octubre, el conocido periodista guatemalteco Clemente Marroquín Rojas había publicado en el periódico “La Última Hora” un artículo informando sobre el entrenamiento de los exiliados en Retalhuleu. A fines de ese mismo mes, el canciller cubano, Raúl Roa, denunciaba en la Asamblea General de la ONU el proyecto de invasión. Y apenas dos semanas más tarde, el profesor Ronald Hilton, director de una revista especializada en temas hispánico-lusitanos de la Universidad de Stanford en California, condenaba en aquella publicación la existencia de las bases paramilitares y los preparativos contra Cuba. Basándose en ese artículo, el liberal “The Nation” comenzó a circular el día 19 de noviembre con un editorial aludiendo críticamente al proyecto. Los editores de “The Nation”, además, enviaron copia del texto a las agencias cablegráficas, revistas y periódicos más importantes de los Estados Unidos.

Precisamente, el mismo día 18 de noviembre en que Dulles y Bissell se entrevistaron con Kennedy, el Inspector General de la CIA, general Lyman B. Kirkpatrick, ofreció una conferencia en el Commonwealth Club de San Francisco. Según costumbre en este Club, cuando un invitado de prestigio usaba de la palabra ante sus miembros, podían someterle a disertante preguntas por escrito. Una de las que recibió Kirkpatrick al finalizar su intervención decía lo siguiente: “El profesor Hilton de Stanford dice que hay una base financiada por la CIA en Guatemala donde se entrenan hombres para atacar a Cuba. El profesor Hilton ha declarado que, si ello ocurre, será un día muy negro para los Estados Unidos. ¿Es cierto?”.

Kirkpatrick se tomó una larga pausa para contestar, mas al cabo respondió.

—Ciertamente, sería un día muy negro... si nos descubren.

Pero estaban descubiertos y no sólo por las denuncias de Marroquín Rojas, Roas, Hilton y “The Nation”. En realidad, la operación había asumido una forma y escala tal que resultaba prácticamente imposible ocultarla.

En Miami todo el mundo sabía dónde estaban las oficinas de reclutamiento, comentaba el plan y hasta con cierto sentido humorístico bromeaba diciendo que las siglas de la CIA querían decir “Cuba Invasión Authority”.

La actividad de la Agencia era tremenda.

A Miami llegaban entonces un promedio de 700 cubanos en los 17 vuelos semanales entre esa ciudad y La Habana. Dieciocho organismos del gobierno estaban allí para recibir aquel insólito flujo de inmigrantes —siendo la CIA el principal de ellos. El movimiento de la Agencia —llevando y trayendo oficiales, agentes y exiliados— era tal, que se creó una

subsidiaria de cierto negocio de *rent-a-car* para manejar la flotilla de autos y camiones para el transporte de tantas personas. La Agencia llegó a tener un número tal de casas de seguridad en Miami y sus cercanías que los vecinos llegaron a quejarse al Departamento de Policía por la intranquilidad que creaban tantas idas y venidas, las 24 horas del día, de las gentes que visitaban esos lugares. No era para menos. A esas casas de seguridad llegaban y de ellas salían, constantemente, no sólo el personal de la CIA, sino también los representantes o miembros de los casi 700 grupos anticastristas que andaban pululando por la ciudad, pues, como decía un funcionario de la Agencia, “los cubanos llegan y enseguida crean una organización anticastrista que sólo cuenta con las siglas y los miembros de la familia de su líder”.

Y, en medio de aquel maremagnum, el proyecto de invasión era la comidilla de todos. Como dijo alguien en esos días:

“Esa operación de la CIA para invadir a Cuba es tan secreta como el Día de Navidad”.

VI

Sin embargo, el secreto era parte decisiva del plan. Y no sólo por su carácter militar e intervencionista, sino porque le permitía a Bissell —utilizando el argumento de la seguridad— justificar su monopolio personal del proyecto, impulsando este según sus concepciones y, probablemente, intereses. La idea inicial aprobada por el presidente Eisenhower y consistente en organizar una expedición de exiliados que se infiltrarían en Cuba para comenzar una guerra de guerrillas, en efecto, fue transformada en una operación en gran escala de guerra convencional sin que el Consejo Nacional de Seguridad, ni su Grupo Especial y ni el propio Eisenhower, fueran consultados o informados. “Este cambio fue una decisión interna nuestra”, reconocería más tarde Bissell. Por “nuestra” parecía aludir a sí mismo —y, en todo caso, también a Dulles. Pues, incluso dentro de la CIA, la actividad relacionada con el proyecto se llevaba a cabo sin consultas interdepartamentales, sin reuniones ni papeles, en forma completamente irregular y con el mando concentrado en las manos del jefe de los servicios clandestinos.

Bissell logró su control sobre el proyecto de invasión escogiendo él mismo al personal clave, i.e., gente de su absoluta confianza y en todo caso obediente a sus órdenes.

Tracy Barnes, su segundo en el Subdirectorio de Planes (Servicios Clandestinos) formaba desde luego parte del equipo.

Para las tareas de coordinación del proyecto, nombró a Jake Engler,¹³ un veterano de la OSS que había comandado guerrillas durante la Segunda Guerra Mundial y entrenado luego guerrilleros para la CIA en una base en Georgia, pasando después a la División del Hemisferio Occidental (a cargo de Cuba) y más tarde al frente de la estación de la Agencia en Venezuela. Un tipo robusto, con los ojos color claro, bajo, espesas cejas, era muy conocido por el carácter enérgico que le imprimía a sus actividades —no obstante que solía confesarse un hombre frustrado pues su verdadera vocación era musical y la ilusión de su vida cantar oratorios en conciertos de categoría. Engler se jactaba de su papel como coordinador del plan de invasión. “Yo soy el cemento que mantiene unido el proyecto”, decía a veces.

Bissell sostuvo —y Dulles estuvo de acuerdo con ello— en que, como la operación se iniciaba con un desembarco anfibio, era imprescindible cubrir el aspecto militar con un

“marine” verdaderamente experto. Podían desde luego haber nombrado a Bob Amory, que tenía a su cargo el Subdirectorío de Inteligencia en la CIA y en cuyo expediente constaba que había efectuado 26 asaltos de desembarco durante la Segunda Guerra Mundial — algunos en condiciones muy parecidas a los del que ahora se preparaba. Pero ni Dulles ni Bissell querían que Amory participara en el proyecto que debía según ellos mantenerse dentro de los marcos del Subdirectorío de Planes —la niña de los ojos de Dulles—, aparte de que aquel había ñas. La Agencia llegó a tener un número tal de casas de seguridad en Miami y sus cercanías que los vecinos llegaron a quejarse al Departamento de Policía por la intranquilidad que creaban tantas idas y venidas, las 24 horas del día, de las gentes que visitaban esos lugares. No era para menos. A esas casas de seguridad llegaban y de ellas salían, constantemente, no sólo el personal de la CIA, sino también los representantes o miembros de los casi 700 grupos anticastristas que andaban pululando por la ciudad, pues, como decía un funcionario de la Agencia, “los cubanos llegan y enseguida crean una organización anticastrista que sólo cuenta con las siglas y los miembros de la familia de su líder”.

Y, en medio de aquel maremagnum, el proyecto de invasión era la comidilla de todos. Como dijo alguien en esos días:

“Esa operación de la CIA para invadir a Cuba es tan secreta como el Día de Navidad”.

VI

Sin embargo, el secreto era parte decisiva del plan. Y no sólo por su carácter militar e intervencionista, sino porque le permitía a Bissell —utilizando el argumento de la seguridad—justificar su monopolio personal del proyecto, impulsando este según sus concepciones y, probablemente, intereses. La idea inicial aprobada por el presidente Eisenhower y consistente en organizar una expedición de exiliados que se infiltrarían en Cuba para comenzar una guerra de guerrillas, en efecto, fue transformada en una operación en gran escala de guerra convencional sin que el Consejo Nacional de Seguridad, ni su Grupo Especial y ni el propio Eisenhower, fueran consultados o informados. “Este cambio fue una decisión interna nuestra”, reconocería más tarde Bissell. Por “nuestra” parecía aludir a sí mismo —y, en todo caso, también a Dulles. Pues, incluso dentro de la CIA, la actividad relacionada con el proyecto se llevaba a cabo sin consultas interdepartamentales, sin reuniones ni papeles, en forma completamente irregular y con el mando concentrado en las manos del jefe de los servicios clandestinos.

Bissell logró su control sobre el proyecto de invasión escogiendo él mismo al personal clave, i.e., gente de su absoluta confianza y en todo caso obediente a sus órdenes.

Tracy Barnes, su segundo en el Subdirectorío de Planes (Servicios Clandestinos) formaba desde luego parte del equipo.

Para las tareas de coordinación del proyecto, nombró a Jake Engler,¹³ un veterano de la OSS que había comandado guerrillas durante la Segunda Guerra Mundial y entrenado luego guerrilleros para la CIA en una base en Georgia, pasando después a la División del Hemisferio Occidental (a cargo de Cuba) y más tarde al frente de la estación de la Agencia en Venezuela. Un tipo robusto, con los ojos color claro, bajo, espesas cejas, era muy conocido por el carácter enérgico que le imprimía a sus actividades —no obstante que solía confesarse un hombre frustrado pues su verdadera vocación era musical y la ilusión de su

vida cantar oratorios en conciertos de categoría. Engler se jactaba de su papel como coordinador del plan de invasión. “Yo soy el cemento que mantiene unido el proyecto”, decía a veces.

Bissell sostuvo —y Dulles estuvo de acuerdo con ello— en que, como la operación se iniciaba con un desembarco anfibio, era imprescindible cubrir el aspecto militar con un “marine” verdaderamente experto. Podían desde luego haber nombrado a Bob Amory, que tenía a su cargo el Subdirectorío de Inteligencia en la CIA y en cuyo expediente constaba que había efectuado 26 asaltos de desembarco durante la Segunda Guerra Mundial —algunos en condiciones muy parecidas a los del que ahora se preparaba. Pero ni Dulles ni Bissell querían que Amory participara en el proyecto que debía según ellos mantenerse dentro de los marcos del Subdirectorío de Planes —la niña de los ojos de Dulles—, aparte de que aquel había manifestado que el punto débil de la operación consistía en no tener el respaldo de una seria labor previa de inteligencia. Dulles y Bissell se dirigieron entonces al Cuerpo de la Marina y, sin entrar en detalles, les pidieron un oficial de las características requeridas. La Marina les envió entonces al coronel Jack Hawkins, un hombre alto, el pelo encrespado sobre un rostro de líneas ascéticamente regulares, que había combatido en Iwo Jima, participado en la Guerra de Corea y contaba con experiencia en la lucha de guerrillas de Filipinas. De Hawkins se decía que era un erudito en ciencia militar y que muy pronto se le ascendería a general. A Bisselle le encantó el tipo. “Es el hombre que necesitábamos”, le dijo a Dulles.

Para lidiar con los exiliados —que se limitaban a obedecer sin tener uno sólo de ellos conocimiento de la forma en que se iban a llevar a cabo los planes de invasión— Bissell designó a Howard Hunt y Jerry Droller.¹⁴ La gente en la CIA, cuando supo de la designación de Droller —el alemán “experto” en América Latina que no sabía español y el inglés lo chapurreaba malamente— se inquietó. Pero, al enterarse que junto a Droller trabajaría Hunt —un tipo medio aventurero, conflictivo y aprovechado, que hacía algún dinero escribiendo novelitas de espionaje— la alarma cundió por todas partes. Un alto oficial de la Agencia había descrito así a Hunt:¹⁵

“Howard tiene la gran virtud de la constancia: siempre está equivocado”.

Para hacerse cargo directo de la actividad paramilitar a nivel de la brigada invasora, Bissell aprobó a Grayston Lynch (“Gray”) y William (“Rip”) Robertson.

Grayston Lynch (“Gray”) tenía una larga trayectoria militar. Estuvo el Día-D en el desembarco a Normandía que abrió el segundo frente en la Segunda Guerra y luego se especializó en operaciones guerrilleras y desembarcos anfibios encubiertos. Cuando se retiró en 1960 con el grado de capitán, recién llegado de Laos, aceptó un contrato por \$100 mil anuales de la CIA. “Gray” era un tejano fornido, con tez, cabellos y ojos claros, que se destacaba por su energía aunque no precisamente por su espíritu de disciplina. “Gray es un tipo de Hollywood” decía Englers.

William (“Rip”) Robertson era otro tejano, exfutbolista que hizo la guerra en el Pacífico, alcanzando también los galones de capitán. Participó en el golpe de Guatemala en 1954 donde dejó el recuerdo de una grave equivocación: le ordenaron hundir un buque soviético pero, por error, lo que logró enviar al fondo del mar fue uno británico (lo cual le costó a la CIA una indemnización de \$1.5 millones y a “Rip” su puesto). Luego se dedicó a buscar oro en Nicaragua granjeándose las simpatías y amistad de Somoza. Con seis pies dos pulgadas de estatura, más bien grueso y fuerte, y con la piel curtida tan reseca que los

cubanos le llamaban afectuosamente “Cocodrilo”, “Rip” tuvo que ser contrabandeado en el proyecto a espaldas del coronel King que nunca olvidó su error en Guatemala. Como Gray, no era excesivamente disciplinado.

Las operaciones aéreas se le encargaron al coronel Stanley W. Beerli —un tipo extremadamente delgado y de calvicie avanzada en quien Bissell tenía suma confianza por la ayuda que le prestó cuando la construcción y primeras incursiones del U-2. Su tarea consistía en conseguir los B-26 necesarios y garantizar la superioridad aérea durante la invasión, a tiempo que se tomaban medidas para la “negación plausible” del gobierno norteamericano en la responsabilidad de la empresa. Beerli consiguió la ayuda de la Air National Guard de Alabama y otros estados para el reclutamiento de pilotos norteamericanos que tenían experiencia en volar B-26 adquirida durante la Guerra. A estos pilotos, que también entrenaban cubanos, se les ofrecía \$2 800 mensuales y, en caso de muerte, una pensión vitalicia para la viuda.

Bissell no olvidó el aspecto de relaciones públicas que, en determinado momento, entraría a desempeñar un papel en la operación. Escogió para ocuparse de ello a David Atlee Phillips, que contaba con cierta experiencia teatral, periodística y publicitaria, y había estado a cargo de la “Voz de la Liberación” —una transmisión radial que se utilizó cuando el golpe de Estado en Guatemala seis años atrás.¹⁶ Bissell le ordenó a Jake Englers que incorporara a Phillips y Englers enseguida llamó a este último y le dijo:

—Dave, estoy a cargo de la coordinación de una importantísima operación. Dick Bissell me indicó que te incorporara a ella. ¿A que no adivinas de qué se trata? Te doy tres oportunidades de respuesta para ver si aciertas.

Y Phillips le respondió:

—Cuba. Cuba. Cuba.

VII

Bissell también aprovechó su influencia para que algunos servicios informativos internos de la CIA crearan una atmósfera favorable al éxito del proyecto.

A fines de enero de 1961 el “Reporte Informativo” que circulaba dentro de la Agencia afirmaba: “Una encuesta privada hecha recientemente en Cuba ha mostrado que menos del 30% de la población está todavía respaldando a Fidel. En este 30% se incluyen muchos negros y los negros, como es sabido, siempre siguen en Cuba a los hombres fuertes, pero no pelean...”.¹⁷ Otro informe decía: “Muchos miembros de la milicia están presionando a los médicos para obtener certificados que los declaren no aptos para servicios militares... En la provincia de Las Villas, un gran número de milicianos se han rehusado a pelear... La concurrencia del público a los actos organizados por el gobierno disminuye... Y el apoyo del gobierno por la población rural también ha disminuido”.¹⁸ Varias semanas más tarde se circuló otro informe que rezaba así: “Mucha gente en Camagüey piensa que el régimen de Castro está tambaleándose y que la situación puede degenerar en cualquier momento en una sangrienta anarquía... Las fuerzas de oposición en el Escambray gozan de gran popularidad... La gente tiene que hacer cola para obtener pequeñas piezas de jabón y un llamado detergente que se elabora con cenizas”.¹⁹ También se hizo circular en la Agencia un “Reporte de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos” que aseguraba lo siguiente: “La

situación militar en Cuba es un sistema hirviente de odio y pasiones. ... carente de disciplina... Puede considerarse que del 75% al 80% del personal del Ejército Rebelde está en desacuerdo con el sistema político que ahora controla el gobierno... Un gran porcentaje de oficiales piensa que ya están en disposición de rebelarse contra el gobierno en determinado momento, arrastrando consigo a las tropas”.

VIII

Pero Bissell, pese a su talento, poder y actitudes voluntariosas, no lograba formar un estado de opinión unánimemente favorable a su proyecto y, ni siquiera, a veces, el respaldo de algunos altos jefes, como tampoco la obtención del personal más calificado en la Agencia. Sherman Kent, un exprofesor que había sido colega de Bissell en la Universidad de Yale e ingresado en la CIA años atrás con el prestigio de haber escrito un sesudo libro sobre inteligencia estratégica, leía con escepticismo aquellos optimistas informes que describían en términos apocalípticos la situación en Cuba. Kent, quien presidía la junta que elaboraba los importantes “Estimados Nacionales” de la Agencia,²⁰ sostenía que el éxito de la operación invasora dependía de que se produjera, simultáneamente con ella, una sublevación del pueblo cubano contra el régimen de Fidel Castro. “Sin embargo”, decía, “esto no va a ocurrir: por ahora, el gobierno revolucionario de Cuba tiene el apoyo mayoritario de la población”. Dulles y Bissell recibieron ese memorándum de Kent, titulado “Está el tiempo de nuestra parte en Cuba”, a fines de enero. Bissell leyó con actitud despectiva esa opinión y le dijo a su secretario: “Archiva esta mierda y cuida de que no circule”. Pero Kent continuó observando la situación y varias semanas después volvió a la carga con otro informe diciendo: “Probablemente (Castro) se fortalezca en lugar de debilitarse según pasa el tiempo... En realidad, el abrumador apoyo popular que tuvo el régimen al principio ha ido disminuyendo durante los últimos meses y plagándose de casos de oposición guerrillera, sabotaje y desórdenes económicos. Sin embargo, nosotros no vemos señales de que tales hechos entrañen ninguna seria amenaza contra un régimen que hoy por hoy tiene establecida una formidable estructura de control sobre la vida cotidiana de la población”. Bissell volvió a ordenar se archivara ese documento y, farfullando maldiciones sobre su excolega de Yale, nervioso e irritado, rompió uno tras otro dos lápices bicolors que tenía sobre el buró. “Este cabrón de Kent ya me tiene llenos los cojones”, dijo, mientras arrojaba violento los fragmentos azules y rojos de los lápices dentro de un cesto.

Por otro lado, dentro de la CIA, a los elementos intencionalmente marginados de la operación por Bissell, se sumaron otros que lo hicieron por su propia cuenta. A muchos, por ejemplo, les llamó la atención que Richard Helms²¹ se distanciara tanto del proyecto como para no tener ninguna responsabilidad en él. Helms, antiguo oficial de la OSS y la propia CIA, ostentaba el cargo de Jefe de Operaciones de la Subdirección de Servicios Clandestinos en la que, por tanto, se desenvolvía como segundo de Bissell en la cadena de mandos y resultando así inaudito que no estuviera involucrado hasta el fondo en el asunto. Pero Helms no sólo era un hombre atildado y de aspecto elegante e, incluso, algo culto (se había educado en Suiza y hablaba alemán y francés con soltura), sino asimismo un experto en técnicas de ascenso burocrático tan experimentado como astuto. Aparentemente, pensaba que si el plan de invasión tenía éxito —lo cual creía improbable— Bissell

acapararía toda la gloria y, si fracasaba —como su olfato le decía—, el correspondiente desastre arrastraría consigo a sus participantes de tal manera que jamás podrían volver a levantar cabeza en los predios oficiales de Washington.

Jim Flannery, uno de los asistentes de Bissell, tímidamente, le observó a este último que la falta de participación de Helms en el proyecto era ya comentario generad y que él pensaba que había que incorporarlo más activamente.

—De eso ni hablar —dijo Bissell en tono rispido—. A Dick Helms no lo quiero en este proyecto. Además, en cierto sentido está ayudando. Mientras yo me concentro en esto de la invasión, él se hace cargo de las otras tareas del subdirectorío.

Pero Flannery sabía que esta aparentemente funcional y hasta amistosa división del trabajo nada tenía que ver con las buenas relaciones entre Bissell y Helms. En realidad, Bissell tenía una actitud hostil hacia Helms —un oficial de carrera— y estaba presionando constantemente a Dulles para que se le quitara de enmedio enviándolo a trabajar a Londres. Y Helms —que consideraba al jefe de los Servicios Clandestinos un improvisado carente de profesionalismo y que además se le atravesaba en sus ambicionies de ascenso— correspondía a aquellos sentimientos diciéndole a la gente de su confianza: “Sí, Bissell es muy inteligente, pero también uno de los peores hijo de puta que he conocido”.

Flannery, sin embargo, se atrevió a insistir con otro caso.

—¿Y Bob Amory? También se comenta que al Sudirectorío de Inteligencia que él dirige no se le toma en cuenta para nada —dijo.

—¡Al carajo con la Inteligencia! —estalló Bissell—. Bob y su gente no tienen arte ni parte en este asunto. Y el “Viejo” (Dulles) está de acuerdo con eso.

—¿Algo más?

—No, no señor.

Por otro lado, bien por la forma en que llevaba adelante el proyecto o bien por la característica tendencia de los jefes burocráticos a convertir en feudos sus departamentos, Bissell tampoco lograba obtene siempre lo mejor del personal de la Agencia. De ello se quejaba a Dulles y éste enseguida circulaba una orden reiterando el carácter prioritario del proyecto de invasión a Cuba y la necesidad de que se facilitaran los mejores hombres de que se dispusiera para garantizar su éxito. Pero los jefes sieimpre encontraban algún pretexto para evadir esas instrucciones. En realidad, ya hacia 1960, como pudieron comprobar luego sus sucesivos directores, pese a sus golpes audaces y fachada de organismo ágil y a la vez disciplinado, la CIA era internamente una melcocha burocrática plagada de celos interdepartamentales, ambiciones oportunistas e intereses creados. El propio Bissell decía a cada rato: “En esta Agencia hay un montón de jefes que, cuando desean deshacerse de alguien —porque no les sirve o no les conviene— nos lo ofrecen para el plan con Cuba, soltando lágrimas de cocodrilo como si ello les costara un gran sacrificio”.

La búsqueda de personal experto y otros recursos se dificultaba aún más cuando había que buscarlos fuera de la propia CIA. Tanto Dulles como Bissell comprendían la necesidad de ese apoyo por parte de otras agencias y departamentos del gobierno, pero pretendían que esa colaboración se les prestara sin que nadie tuviera, no ya voz o voto, sino ni siquiera la más mínima información sobre el proyecto. De modo que, cuando los hombres de confianza de Bissell se dirigían por ejemplo al Pentágono solicitando ayuda —desde oficiales hasta buques y aviones, pasando por tanques y todo tipo de material de guerra—,

sin otro argumento que la exhibición de sus credenciales de la CIA, encontraban a veces el silencio por respuesta, cuando no un rechazo absoluto.

Ese último fue el caso con las Fuerzas Especiales del Ejército (Boinas Verdes) a la cual se pidieron 27 sargentos experimentados, pero sin que mediara explicación de para qué se querían. El coronel Edward Landsdale —un personaje de sonada historia y fama de conocedor de la guerra de guerrillas— logró sin embargo averiguar para qué se iban a utilizar los sargentos. Landsdale se comunicó enseguida con el subsecretario de Defensa, James H. Douglas, y le dio su opinión: “Ese proyecto de invasión a Cuba de la CIA, tal y como está concebido, va a ser un completo fracaso”. Douglas escuchó los argumentos de Landsdale y luego obtuvo una audiencia con Eisenhower en la que estuvo presente Allen Dulles y en ella, tras explicar la fragilidad del proyecto, y ante las refutaciones de Dulles, se limitó a declarar: “Yo no vine aquí a discutir sobre esa operación, sino, simplemente, a dejar constancia de que el Departamento de Defensa no desea participar en tal aventura”. En realidad, la Jefatura del Estado Mayor Conjunto (EMC), órgano supremo de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos se enteró del proyecto, aparte rumores más o menos vagos que circulaban, por pura casualidad.

Dos personas que se acreditaron como de la CIA se habían acercado a mediados de noviembre el capitán del “San Marcos” —un LSD²² de 450 pies de eslora—, anclado en la base naval de la Isla Vieques (Puerto Rico) y dijeron que iban a requisar el buque para conducir lanchas de desembarco en un lugar cerca de Cuba. De ello fue informado un vicealmirante que a su vez lo comunicó al almirante Robert Dennison (Comandante en Jefe de la Flota del Atlántico —un oficial conocido entre otras cosas por su temperamento colérico. El vicealmirante que le habló del asunto a Dennison dijo que era partidario de entregar el buque.

— ¡Al carajo con eso! —estalló Dennison.

Y llamó inmediatamente al general Lyman L. Lemnitzer, presidente del Estado Mayor Conjunto.

—Lem, —le dijo Dennison por teléfono—, debemos vernos enseguida porque tengo una historia que contarte.

Cuanto Lemnitzer supo de lo que se trataba, siguiendo su costumbre de acomodaticio jerarca militar, le dijo al iracundo Dennison:

—Bob, toma las cosas con calma... Yo voy a ocuparme de eso... Hablaré directamente con Dulles y el general Cabell.

Lo hizo y, un mes después, Dennison recibía la visita nada menos que de Richard Bissell, quien no tuvo otro remedio que explicarle a grandes rasgos el proyecto de invasión. Pero el almirante, aún irritado, no se dejó convencer. “Ese plan”, le dijo a Bissell, “no tiene posibilidades de éxito”. Y enseguida —el 20 de diciembre— envió un informe a sus superiores en Washington planteando 119 preguntas sobre su viabilidad. Sólo recibió respuesta para 12 de ellas.

IX

Pero con todas esas gestiones, incidentes, dimes y diretes, ocurrió que los jefes en el Estado Mayor Conjunto (EMC), comprendieron la trascendencia de los planes de invasión de la

CIA contra Cuba. Y, decididos a no quedar fuera del juego en proyecto tan aledaño a sus intereses y campo de acción, acordaron emprender por su cuenta un estudio hipotético sobre “las posibilidades de derrocar el gobierno de Castro”. Este trabajo se le encargó al general David N. Gray, quien preparó con su equipo un informe (JCSM-44-61) que concluyó afirmando que había seis opciones para lograr aquel objetivo: (1) Guerra económica; (2) Bloqueo; (3) Infiltración de guerrillas; (4) Lo mismo, esto es infiltración, pero con apoyo de los Estados Unidos; (5) Guerra aérea y naval, pero sin invasión; y (6) Guerra aérea y naval, con invasión de fuerzas norteamericanas. El grupo de Gray resumió entonces sus análisis de la siguiente manera: “Las opciones (1) a la (3) no tienen posibilidades de éxito. Para derrocar a Castro hay que considerar sólo las opciones (4), infiltración de guerrillas con apoyo de los Estados Unidos a (6), invasión de Cuba por fuerzas norteamericanas”.

Una vez contando con su propio plan, o, más bien, con un criterio más o menos coherente de ideas con las cuales enfrentarse al monopolio que la CIA tenía sobre la lucha anticastrista —y que incluía una obvia intromisión en el campo de lo militar—, las gentes del EMC comenzaron a mover sus influencias sobre el presidente, a fin de que éste también los tuviera en cuenta. Naturalmente, sólo disponían por el momento de un menú de varias opciones, mientras que la CIA trabajaba desde hacía tiempo con un plan más o menos elaborado y en marcha. Pero Kennedy, adoptó una actitud que les satisfizo bastante —lo suficiente como para que Dulles y Bissell rechinaran de disgusto, aunque enmascarando éste con una sonrisa de aquiescente espíritu de colaboración. Kennedy, en efecto, en una reunión del Consejo Nacional de Seguridad que se celebró el 28 de enero de 1961, cuidó de no criticar el proyecto de la CIA, pero ordenó que el EMC lo estudiara sometiéndolo a una minuciosa evaluación.

Ese trabajo se le encargó de nuevo al general Gray con instrucciones de que se asesorara de un comité formado por tres coroneles (uno por cada arma: ejército, marina y aviación) y un experto en inteligencia militar. Gray no perdió tiempo y solicitó enseguida a la CIA que le facilitaran toda la documentación disponible sobre el plan de invasión a Cuba por un ejército de exiliados anticastristas que ya se entrenaban en Guatemala. Para su sorpresa, no le enviaron ninguna documentación, aunque sí una cita para que él y los miembros del comité se entrevistaran con un grupo de dirigentes de la CIA a cargo de la operación. Gray aceptó esperando que en esa reunión se le ofrecerían, con las correspondientes explicaciones, los informes que había pedido. Mas, atónito, recibió una nueva decepción. Al encuentro, que tuvo lugar en la propia sede de la CIA, sólo concurrieron cinco o seis funcionarios de ésta quienes, en términos muy vagos, se refirieron al proyecto. Toda la exposición que hicieron tuvo un carácter oral. No presentaron un solo informe, un solo documento, un solo papel, nada. Gray, entre asombrado e iracundo, logró sin embargo controlarse a sí mismo y musitó a sus colegas “Mantengan la calma y tomen notas de todo lo que digan”. Así lo hicieron todos y luego, ya en las oficinas del Pentágono, confrontando entre ellos las notas, complementando unas con otras y organizándolas hasta lograr cierta coherencia, armaron el de todas maneras incompleto rompecabezas. Fue el documento así ensamblado el que les sirvió de base para la evaluación ordenada por el presidente Kennedy. Y la conclusión a que llegaron fue la siguiente: “El plan de la CIA podría tener éxito sobre la base de que se cumplieran estas tres condiciones: (1) si el ataque invasor se produce por sorpresa: (2) si los invasores disponen de un dominio absoluto del espacio

aéreo, esto es, si no hay un solo avión de Castro en el aire; y (3) si tenía lugar levantamientos simultáneos por parte de la población de Cuba (una posibilidad sobre la que se carecía por completo de información).

Cuando el Lugarteniente General Earl (“Buzz”) Wheeler, encargado por el EMC de supervisar el trabajo del comité de evaluación que encabezaba Gray leyó el informe, llamó a este último y le preguntó:

—Dime la verdad, ¿qué piensas tú de todo esto?

—No se qué decir.

—¿Afirmarías que ese plan de la CIA es “más o menos aceptable”?²³

—Bueno... si, tal vez se le pudiera calificar así —dijo Gray en tono vacilante.

—Dirías tu, por ejemplo, que el proyecto tiene 70% de posibilidades de fracaso y 30% de éxito? —insistió Wheeler.

—Sí.²⁴

El 3 de febrero el EMC envió a la Casa Blanca y la CIA la última versión del informe del Comité Gray (JCSM-57-61: “Evaluación Militar del Plan Paramilitar —Cuba— de la CIA”). En él se observaba con reticencia que no había datos suficientes sobre la calidad combativa de las fuerzas de asalto ni tampoco sobre los complejos aspectos logísticos del plan y que el éxito dependía en definitiva de factores políticos tales como una insurrección popular. Sin embargo, en un fraseo más diplomático el trabajo concluía afirmando que el proyecto tenía posibilidades “favorables” de éxito y que, aún no obteniéndose los resultados esperados, el esfuerzo podía contribuir a un eventual derrocamiento del gobierno de Cuba.

A fines de ese mismo mes de febrero, los tres coroneles del Comité Gray visitaron las bases de entrenamiento en Guatemala. Iban vestidos de civil, deportivamente, para que los cubanos no los reconocieran como emisarios del Pentágono. Lo que vieron no les gustó. El coronel experto de la Fuerza Aérea fue el más sincero de todos. Dijo: “Si un solo, ¡uno solo!, de los aviones de Castro, provisto de una ametralladora calibre 0.50, sobrevive los bombardeos previos a la invasión, puede hundir casi toda —y probablemente toda— la fuerza invasora”.

Los jefes del EMC comenzaron a ponerse nerviosos y hasta llegaron a enviar un experto en logística a revisar la situación en Guatemala.

Pero todos los ojos estaban puestos en Kennedy.

¿Se decidiría, por fin, el presidente a autorizar la operación invasora?

El 11 de marzo hubo una reunión crucial en la Sala del Gabinete en la Casa Blanca. Estaban presentes Dean Rusk y Thomas Mann (Departamento de Estado), Robert McNamara (Defensa), Alien Dulles y Richard Bissell (CIA), y tres jefes del EMC.

Dulles fue de los primeros en intervenir.

—No olviden ustedes —dijo en tono admonitorio— que si no se aprueba este plan de la Agencia vamos a tener un problema de qué hacer con la gente esa que preparamos en Guatemala.²⁵ Nos veríamos forzados a traerla a los Estados Unidos y los tendríamos vagando por todo el país diciéndole a todo el mundo lo que hemos estado haciendo. Thomas Mann, sin embargo, opuso con cierto énfasis algunas objeciones jurídicas al proyecto.

El jefe del EMC, general Lemnitzer, hizo algunas vagas observaciones.

Y, finalmente, tomó la palabra Bissell.

Bissell explicó oralmente el contenido de un documento que traía consigo y que se titulaba “Propuesta de Operación contra Cuba”. En resumen, dijo al terminar y siempre sin leer el texto, se trataría de un asalto anfibio, con apoyo táctico aéreo, a la ciudad sureña de Trinidad. Allí se tomaría una cabeza de playa, cerca de un área montañosa de posibles operaciones guerrilleras, y en la propia cabeza de playa desembarcarían los miembros de un gobierno provisional. Habría levantamientos simultáneos de la población.

A Kennedy no le gustó el proyecto.

—Demasiado espectacular —dijo—. Parece una operación de la Segunda Guerra Mundial. Debe buscarse otro lugar de desembarco que sea menos significativo y la operación realizarla de noche. Algo tranquilo y discreto. No podemos crear una situación que sugiera una intervención directa de los Estados Unidos.

Se acordó reexaminar el plan.

Y cuatro días más tarde se presentó en la propia Casa Blanca una nueva versión, en la que el único cambio importante a la propuesta de Bissell consistía en trasladar el punto de desembarco de Trinidad a otro, al sur de la península de Zapata, llamado Bahía de Cochinos.

Al terminar la reunión, alguien se acercó a Dulles, quien en ese momento le estaba entregando unos papeles a Bissell, diciéndole:

—Ustedes mencionaron un gobierno provisional que se proclamaría en el propio lugar el desembarco. ¿No es así?

—Exacto —contestó Dulles.

—Bueno, ¿pero dónde está ese gobierno provisional y quiénes lo componen?

—Dulles quedó desconcertado, pero Bissell vino en su ayuda diciendo:

—Ese gobierno provisional se está organizando ya y quedará constituido dentro de unos pocos días.

—¡Ah, muy bien!

X

Desde hacía cerca de un año, se había creado en Miami —gracias a los buenos oficios y el dinero de la Agencia—²⁶ el llamado “Frente Revolucionario Democrático” (FRD), cuyo coordinador era “Tony” Varona²⁷ y su responsable militar Manuel Artime.²⁸ En el FRD participaban cinco organizaciones contrarrevolucionarias, pero en realidad carecía de una genuina cohesión basada en un programa común de lucha y un liderazgo acatado por todos. Además, no incluía al más significativo grupo denominado “Movimiento de Recuperación Revolucionaria” que dirigía Manuel Ray —exministro de obras públicas del gobierno de Fidel Castro quien, luego de dejar establecida una organización clandestina interna en Cuba, se exilió. Ray era el menos reaccionario de los dirigentes anticastristas y tendía a proyectarse en favor de ciertas reformas económicas y sociales, aunque desde luego sin el radicalismo de Fidel ni por supuesto contemplando mantener relaciones con la URSS y los otros países de Europa del Este. Exagerando tales posiciones, en la CIA algunos afirmaban que lo de Ray era un “castrismo sin Fidel”.

Las pugnas e indisciplina internas en el FRD se agravaban por las actitudes de Jerry Droller,²⁹ y Howard Hunt, a quienes la Agencia había encargado las relaciones con los cubanos. Droller, ultrarreaccionario y autoritario, trataba despectivamente a estos últimos,

granjeándose antipatías por doquier. Y Hunt, tan irresponsable como siempre, más que cumplir las tareas encomendadas, se dedicaba a vivir en buenas residencias y echarse atractivas amantes, todo pagado por la CIA. Droller y Hunt, por otro lado, comenzaron a recelar el uno del otro, disputándose el mando y llegando a odiarse profundamente. A mediados de marzo, unos días después de la última reunión en la Casa Blanca en la que se discutió el proyecto de invasión, tuvo lugar otra en el Departamento de Estado en la que estaban presentes Bissell y King (CIA), Adolf Berle (Departamento de Estado), Richard Goodwin (Casa Blanca), William Bundy (Defensa) y Jim Noble³⁰ (exjefe de la CIA en La Habana).

Se acordó sin muchas discusiones nombrar un comité de exiliados anticastristas para encabezar el Gobierno Provisional que se establecería en Cuba al efectuarse la invasión.

—¿Y quiénes formarían parte de ese comité, pero, sobre todo, quién lo presidiría? — preguntó alguien.

Se hizo el silencio.

—Bueno, —dijo noble entonces—, hay un “Tony” Varona.

—¿Y quién es ese “Tony”? —volvió a preguntar Berle.

—Un político cubano que fue senador y vicepresidente³¹ o algo así cuando Batista dio el golpe de Estado a principios del cincuenta.

—¿Y quiénes más formarían ese Gobierno Provisional?

Noble adelantó entonces varios nombres, todos desconocidos para los presentes, quienes se limitaban a escuchar. El propio Bissell se mantenía callado. Evidentemente, sólo le interesaba que se constituyera el Gobierno Provisional y no quiénes lo componían o la forma en que eran elegidos.

—Bueno —dijo Berle un poco impaciente—, ¿por qué no seleccionamos ahora mismo cinco o seis de esos señores que se acaban de mencionar y con ellos constituimos el Comité o Gobierno Provisional que regirá en Cuba una vez derrocado Castro?

Noble frunció el ceño y dijo:

—En Miami hay docenas de miles de cubanos anticastristas que pudieran reunirse en una convención o algo parecido y elegir ellos mismos el Comité o Gobierno Provisional, lo que le daría a este cierto respaldo popular.

—¡Bah! —contestó Berle—. No tenemos tiempo para consultar a los cubanos. El Gobierno Provisional lo nombramos nosotros, aquí mismo, y sanseacabó.

Noble se quedó pasmado al escuchar ésto, particularmente de la voz de Berle, un abanderado del liberalismo democrático en la época del New Deal de Roosevelt. Sin embargo, recordó que esta actitud de manipulación despectiva hacia los cubanos anticastristas era algo corriente en los propios altos mandos de la CIA y, sobre todo, en la forma en que se organizaba la invasión. En esos días, durante una reunión en la sede de la Agencia, él había preguntado que cuándo se le iba a informar a los dirigentes de los exiliados la fecha en que tendría lugar aquella operación.

—No vamos a informarles nada, —contestó en tono irritado el coronel Hawkins, el erudito experto que la Marina había prestado a la CIA y causado tan buena impresión a Bissell—. Ni siquiera tenemos que hablar con ellos sobre la invasión. Esos torpes bastardos cubanos, en cuanto se enteran de algo, comienzan a regarlo por todo Miami y hasta por Cuba.

Pero, ¡si lo de la invasión lo sabe todo el mundo! —dijo Noble.

—Por desgracia. Pero yo, personalmente, no confío en uno solo de esos puñeteros cubanos.

Poco después, Bissell llamó a Noble y le dijo:

—La fecha de la invasión se acerca. Quiero que vayas a Miami, remplaces a Hunt y, si es necesario, a Droller, que lo único que hacen en crear problemas. Dedícate a coordinar a los cubanos... ¡Tienen que unirse!... ¿Me escuchaste bien?... ¡Tienen que unirse! Pero trabaja rápido que sólo disponemos de unos días para esa tarea.

—¿Aprobaría usted que lleve a Will Carr para que me ayude?

—De acuerdo. Carr habla un español perfecto y sabe persuadir a la gente.

Noble, acompañado de Carr, partió enseguida para Miami. Lo primero que hizo fue ordenarle a Hunt que regresara a Washington. Después llamó a Droller y le dijo que había que acelerar el trabajo de unificación de los líderes anticas- tristas.

—Estoy de acuerdo —dijo Droller—, pero desde luego hay que excluir al Manolo Ray ese que a mí me parece medio comunista.

— ¡Aquí no se excluye a nadie! —ripostó Noble—. Y, si insiste en ese punto de vista, al que voy a excluir de la operación es a usted.

Droller, servil como era, sólo acertó a decir:

—No, pues yo... ¡como usted diga! ¡No faltaba más!

Noble y Carr reunieron entonces a los principales dirigentes anticastristas en un salón del Motel “Skyways” de Miami. Noble delegó en Carr para que en su español impecable aunque con ligero acento mexicano, les leyera la cartilla a los cubanos. Carr cumplió la tarea usando de la palabra en términos tan breves como imperativos. “La cosa es muy sencilla”, dijo, “si ustedes no se ponen de acuerdo de inmediato y eligen un comité que los represente, el gobierno de los Estados Unidos les retira el apoyo que hasta ahora les ha dado e incluso cancela el proyecto contra Castro que está poniendo en marcha”. Los presentes asintieron bajando la cabeza: habían comprendido la orden y la acataban. Carr captó esta reacción y, luego de mirar a Noble, quien con un gesto le indicó que continuara, dijo: “Bien, electo ese comité, éste nombrará, sin perder mucho tiempo, al que será su presidente y, por tanto, el presidente provisional de Cuba una vez derrocado Fidel”. Nueva expresión de asentimiento general.

Poco después se creaba el “Consejo Revolucionario Cubano” (CRN), siendo electo para presidirlo el doctor José Miró Cardona.³² “Tony” Varona y Manolo Ray, tres días más tarde, aceptaron todos estos acuerdos y así de tan expedita manera la CIA resolvió el problema de completar los preparativos de invasión con la existencia de un “Gobierno Provisional” que sustituiría el revolucionario de Fidel Castro, una vez triunfante aquélla. El CNR, para dar fe de vida, de cuando en cuando emitía declaraciones para la prensa utilizando un estilo retórico, altisonante y, a veces, tan indiscreto, que Bissell llamó a David Phillips —el encargado de relaciones públicas— y le dijo que tomara el asunto en sus manos. El CNR utilizaba para la publicidad —como en los tiempos en que era FRD— a una firma neoyorquina: Lem Jones Associates Inc. Phillips se puso de inmediato en contacto con Jones y, como en definitiva era la CIA quien pagaba, acordó con éste que echara al cesto todo lo que recibiera del CNR y sólo publicara aquello que él —Phillips— le enviara (usualmente por teléfono). De esta manera los dirigentes del CNR se enteraban de las declaraciones que aparecían bajo su firma cuando las leían en el periódico. Phillips también tomó cartas en el desenvolvimiento del CNR en “Radio Swam” —una emisora que la CIA operaba en un islote cercano a las costas de Honduras. Por “Radio Swam” los líderes anticastristas trasmitían hacia Cuba,³³ cada uno, por cierto, arrimando la

sardina a la brasa de sus intereses. Utilizaban además un lenguaje crudo y violento contra Fidel Castro y hasta no faltaban algunos que se pronunciaban nostálgicos de los tiempos de la dictadura de Batista. Phillips cambió todo eso. Los pronunciamientos serían censurados y se manifestarían acordes con la línea de la CIA y no la de éste o aquél grupo de exiliados. No se mencionaría más a Batista. Y a Fidel Castro no se le volvería a atacar tan ferozmente, sino que siempre se aludiría a él en tono de tristeza —por haber traicionado la Revolución. La gente del CNR se excusó por los errores cometidos y prometió que todo se haría en lo sucesivo conforme las orientaciones de Phillips.

XI

Dos semanas después de haber recibido el nuevo plan de invasión, el 30 de marzo, Kennedy recibió un largo memorándum de William Fulbright, que presidía el influyente Comité de Relaciones Exteriores del Senado.

El senador Fulbright se refería en su escrito a los “rumores existentes de una mal considerada aventura”, que “constituía un secreto a voces” y en la cual “la mano de los Estados Unidos era imposible de ocultar” —particularmente en la creación de un llamado Frente Revolucionario Cubano, constituido a la fuerza y sin ninguna representatividad”. Fulbright apuntó que el proyecto de invasión contra Cuba violaba varios tratados internacionales y las propias leyes de los Estados Unidos (precisándolas una por una). El legislador también cuestionaba el plan desde un punto de vista moral. “Darle apoyo encubierto a esta actividad”, sostenía, “representa una pieza de cinismo e hipocresía por la que los Estados Unidos denuncia a la URSS en la ONU y en todas partes”. También advertía que la tai aventura invasora podría llevar al gobierno norteamericano a usar las fuerzas armadas y que, de ocurrir esto, “habremos deshecho el trabajo de treinta años de esfuerzos por amortiguar las consecuencias de otras intervenciones de los Estados Unidos en el pasado”. En lugar de organizar y financiar una invasión, Fulbright se pronunciaba por una política de tolerancia y aislamiento hacia Cuba. “El régimen de Castro”, concluía, “es una espina en la carne y no una daga en nuestro corazón”.

El subsecretario de Estado, Chester Bowles, aún sin conocerlo, tenía un hilo de razonamiento como el de Fulbright —pero sus reacciones eran más violentas. Bowles se enteró del plan de invasión una tarde cuando, sustituyendo a Rusk que se encontraba en el extranjero, participó en una reunión en la Sala del Gabinete de la Casa Blanca en que se trató el asunto. A Bowles le pareció el proyecto algo tan arriesgadamente idiota, que no quería creer que se perdiera tiempo discutiéndolo. “Cuando Dulles sugirió tal plan al presidente”, le dijo en un aparte a alguien, “debió ser echado a patadas de la oficina”. Prefirió, sin embargo, esperar el regreso de Rusk para darle su opinión. Cuando Rusk llegó, puso en sus manos de inmediato un memorándum en el que le decía que la invasión violaba “los más altos principios” y el Acta de Bogotá que había creado la Organización de Estados Americanos (OEA). “Se trata”, decía, “de una operación cuyo riesgo militar sólo puede disminuir en la medida en que intervengan las fuerzas armadas de los Estados Unidos” —lo cual le parecía un disparate. “No podemos seguir adelante con esta aventura sólo porque nos hemos enredado en ella y no podemos parar”, afirmaba, a tiempo que le pedía a Rusk

que aprovechara una próxima reunión que tendría lugar en la Casa Blanca, “para hacer abortar este absurdo”.

Cuando Bowles le entregó su memorándum a Rusk, le dijo:

—Creo que puedes matar esa cosa, si adoptas una actitud firme. Pero, si no logras hacerlo tu, quiero ver personalmente al presidente. El debe escuchar mis argumentos contra esta locura.³⁴

Según se difundía, inevitablemente, el plan de invasión, se multiplicaban las voces oponiéndose a que se siguiera adelante con la empresa. Dos profesores de Harvard, colegas de Arthur Schlesinger —ahora en funciones de asesor presidencial— se dirigieron a éste denunciando el proyecto. El periodista Tad Szulc (“The New York Times”), quien se enteró de todo durante una breve escala de tránsito por Miami, puso al cabo a su amigo el también periodista Donald H. Wilson (“Time/Life”) y éste, a su vez, informó a Edward R. Murrow (Director de la USIS u Oficina de Información de los Estados Unidos). Wilson y Murrow, alarmados, se fueron a entrevistar con Dulles en la CIA —quien ni negó ni confirmó la existencia del plan de invasión. Murrow fue entonces a hablar con McGeorge Bundy —Asesor de Seguridad Nacional— y dijo que ese plan de “usar cubanos para un ataque con sordina... contra un país pequeño... no era ni correcto ni digno de los Estados Unidos “. Bundy le escuchó, pero se limitó a decir: “Quizá tengas razón, no se; pero ya nada se puede hacer”.³⁵

XII

El 3 de abril el gobierno de los Estados Unidos publicó un “Libro Blanco sobre Cuba” explicando sus posiciones sobre el gobierno de Fidel Castro.³⁶ Y al día siguiente por la tarde se celebró una reunión en el Departamento de Estado, presidida por el propio Kennedy, y en la que estaban presentes el senador Fulbright (a quien en gesto de diferencia Kennedy sentó a su derecha), Dulles, Cabell y Bissell (CIA), Bundy (CNS), McNamara y Nitze (Defensa), Rusk, Mann y Berle (Estado), Lemnitzer y Burke (EMC) y algún otro personaje.

Kennedy le concedió la palabra al senador Fulbright, quien se limitó a repetir los argumentos contra la invasión que le había expuesto al presidente en su memorándum de unos días atrás.

Kennedy no hizo ningún comentario a esta intervención, pero entonces dijo:

—Yo voy a preguntar a cada uno de los aquí presentes qué opinan sobre este plan de invasión. No quiero comentarios. Sólo una respuesta, sí o no, a esta pregunta: ¿debemos aprobar ese plan y lanzar la invasión?

Y, poniéndose de pie, comenzó a darle una vuelta a la mesa de conferencias, dirigiéndose uno por uno a todos los presentes.

—¿Sí o no? —preguntaba a cada cual y, cuando alguno comenzaba a intentar una explicación, lo interrumpía con gesto irritado y repetía la interrogación: ¿sí o no?

Todos dijeron que sí.

Pero, para sorpresa general, pese al unánime resultado de la encuesta, Kennedy no dio su opinión.

Se limitó a decir:

—Bueno, consultaremos con la almohada.

Dulles, Bissell y otros decididos partidarios de la invasión se sintieron frustrados. Y la frustración se convirtió en alarma cuando días mas tarde, el 12 de abril, Kennedy declaró a la prensa que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos no intervendrían en ningún plan de invasión contra Cuba. Entonces, se preguntaron, ¿qué es lo que va a decidir el presidente?

XIII

Kennedy no las tenía todas consigo.

Aquella noche, sabedor de que no iba a poder conciliar el sueño de inmediato, mientras miraba un programa de televisión, pero con el pensamiento puesto en otra lejana parte, a una pregunta de Jacqueline su esposa, respondió.

—Sí, dentro de un rato voy a acostarme, pero ahora voy a dar un paseo: un poco de cansancio físico me hará bien para dormir.

Y salió a caminar por los bien iluminados —y vigilados— jardines de la Casa Blanca.

La noche estaba fresca y, sus pasos, lentos, apenas rompían el silencio al pisar ora por estrechos pasillos que atravesaban el césped u ora, aún más apagados, por pequeños tramos de verde y bien cortada yerba. Caminaba despacio, la cabeza ligeramente inclinada y las manos cruzadas en la espalda, sumido en sus meditaciones. Estas, se hallaban concentradas en un sólo punto: Cuba. Y el esfuerzo de reflexión desplegábase a todo lo largo de un frente analítico consistente en ordenar las ideas, sopesar los argumentos en favor o en contra del proyecto de invasión y, sobre una base sólida, tomar las correspondientes decisiones.

Comencemos por el principio, se dijo entonces Kennedy, y el principio —la mera esencia de todo— reside en esto: el proyecto implica una intervención en los asuntos internos de otro país. En ello el senador Fulbright tenía toda la razón. Desde luego, ya él había declarado —e incluso reiterado— que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos no intervendrían en la operación y que, en manera alguna, aquellas iban a atacar a Cuba. Pero el carácter puramente formal de esa política no podía eludirlo. Pues, ¿quién había tenido la iniciativa y elaborado el plan de invasión?, ¿quién organizaba y entrenaba el ejército de exiliados anticastristas?, ¿quién los proveía de equipamiento de combate y hasta, según los planes, escolta de buques de guerra hasta el punto de desembarque?, ¿quién lo financiaba todo? y, finalmente, ¿quién decidía si la operación, ya preparada, se lanzaba o no? Todas esas preguntas, será absurdo no reconocerlo, tenían una sola respuesta: los Estados Unidos. Pero, razonó a continuación, tal vez, este problema no tiene tanta importancia. Después de todo, hay toda una tradición histórica de intervencionismo norteamericano en este hemisferio y esa tradición, ahora en medio de la guerra fría, se proyecta incluso a escala mundial. Hay principios de derecho internacional que deben ser respetados, mas, también, esos principios —con toda su carga jurídica y ética— pueden chocar con los intereses prácticos y objetivos de la nación cuyo más alto cargo de gobierno ahora ostentaba. El había sido electo para defender esos intereses y no para actuar como adalid de ciertas ideas románticas y morales de convivencia internacional. Tenía que ser realista. Y asumir las responsabilidades —por cierto tan imprevistas como chocantes— que había contraído al aspirar y ganar la presidencia del país más poderoso del mundo. Además, quién sabe, el conflicto interno que le desgarraba, probablemente lo exageraba la sensibilidad lógica de su

inexperiencia en el ejercicio de una posición que tenía grandes retribuciones espirituales, pero seguramente, también, sus momentos de amargura y sus requerimientos de dureza. El problema, por tanto, no era jurídico ni moral, sino de índole más concreta. El acto de intervencionismo sobre el que tenía que decidir, si tenía importancia, ésta derivaba sobre todo de la reacción adversa que podía producir contra los Estados Unidos en el resto del mundo. La época de las cañoneras norteamericanas imponiendo condiciones en la región latinoamericana ya había pasado. Decenas de países coloniales se habían independizado y tenían voz y voto en un foro de tanta importancia como las Naciones Unidas, y las propias potencias aliadas a los Estados Unidos podían reaccionar negativamente ante una acción suya intervencionista tan unilateral como inocultable. La Unión Soviética, además, podía contra- atacar en otra parte, por ejemplo, en Berlín o, más sutilmente, endureciendo sus posiciones en el caso de Laos. En resumen, la invasión proyectada contra Cuba podía complicar la situación internacional de manera tan grave como imprevisible. Kennedy llegó al final del jardín, dio una vuelta, y tornó a reanudar aquel monólogo consigo mismo.

Hay otro argumento, pensó, en contra del proyecto.

Si la operación fracasaba por algún motivo y los Estados Unidos aparecían ante la opinión pública mundial como sus organizadores, el desprestigio del país, de su gobierno y hasta el suyo propio, recibirían un golpe de incalculables consecuencias. Por tanto, todo giraba alrededor de esto: si la invasión tenía o no éxito y si los Estados Unidos, en este último caso, se verían abiertamente involucrados en tal fallida operación.

Pero, especuló de pronto, ¿y si no fracasaba? ¡Qué triunfo para su gobierno!

Después de todo, el plan parecía viable.

Una figura tan seria y de tan legendario prestigio como Allen Dulles, lo impulsaba. Un tipo de reconocido y brillante talento como Richard Bissell lo había organizado todo hasta el último detalle. El Estado Mayor Conjunto —representación máxima del establecimiento militar— lo había aprobado. Los departamentos de Defensa y Estado también estaban de acuerdo. ¿Acaso esta unanimidad de criterios favorables al lanzamiento de la invasión no era una garantía de su éxito?

Y aún había otros factores a considerar.

El había hecho su campaña electoral criticando a la Administración de Eisenhower por no llevar adelante un plan como el que ahora se le proponía. ¿Iba entonces a dar marcha atrás y a permitir que sus enemigos políticos, sobre todo en las filas republicanas, le acusaran de comportarse como una “gallina”? Y también había los argumentos expuestos por la CIA. Castro recibía cada vez más armamento ruso y pronto sería casi invulnerable a un ataque militar. Un buen grupo de pilotos en aviones soviéticos. “Mig”, entrenándose en Checoslovaquia, estaban por regresar a Cuba, fortaleciéndose así la capacidad aérea de combate de Castro. Finalmente, había el problema tan enfáticamente planteado por Dulles: si no se lanzaba la invasión, ¿qué iba a hacerse con los cientos de exiliados bajo entrenamiento en Guatemala?

Por otro lado, las consecuencias de un fracaso eran relativas. Si fallaba la operación de desembarco y la toma de la cabeza de playa, los expedicionarios no estaban perdidos: podían retirarse a pelear en la zona montañosa cercana del Escambray. Y tampoco estaría nunca tan comprometido el prestigio de los Estados Unidos. El había ordenado que, en caso de aprobar la operación, ésta se desarrollaría lo menos espectacularmente posible y con el

máximo de discreción, por manera que cualquier descalabro apenas si calificaría como noticia de primera plana en los periódicos. Finalmente, y esto era lo más importante, ya él había declarado públicamente que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos no invadirían en ningún caso a Cuba, y estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Sí, concluyó, lo razonable parecería ser aprobar el proyecto.

Y más tranquilo, con un suspiro de satisfacción, Kennedy dirigió sus pasos hacia la mansión presidencial, dispuesto a darse un merecido descanso.

El presidente de los Estados Unidos, sin embargo, no hubiera dormido tan plácidamente aquella noche, de haber tenido noticias de otros hechos que estaban ocurriendo y sobre los cuales no se le informaba.

Por ejemplo, no se le dijo nada sobre qué nuevas investigaciones ordenadas por miembros del EMC demostraban que la organización, nivel de entrenamiento de los exiliados y toda la logística del proyecto eran un verdadero desastre. Tampoco sabía que, mientras él meditaba sobre el proyecto paseándose por el jardín de la Casa Blanca, Engler y Hawkins —dos de los máximos responsables en la operación— estaban en la residencia de Bissell presentándoles su renuncia por que el proyecto se hallaba fuera de control —había mucha anarquía, la selección de B-26 había sido un error y el cambio del punto de desembarco (Bahía de Cochinos en lugar de Trinidad) no sólo era ridículo sino que condenaba todo al fracaso —aparte de que, en realidad, con tal cambio, dada la distancia y las características de la región, una vez en Bahía de Cochinos, los expedicionarios no tenían ni la más remota posibilidad de ensayar un retiro hacia el Escambray.³⁷ Y, lo peor de todo. Kennedy había declarado públicamente —y con absoluto énfasis— que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos bajo ninguna circunstancia invadirían Cuba. Pero ni el EMC, ni la CIA, ni el CNR y mucho menos los exiliados que se entrenaban en Guatemala, creían que el presidente iba a hacer honor a tal promesa. Todos pensaban que se había manifestado así por razones políticas, con un objetivo publicitario y, tal vez, también para desinformar a Castro. “No”, pensaban muchos, “cuando llegue el momento, si es necesario, el presidente lanzará contra Cuba todo el poderío militar de los Estados Unidos”. Y, con esta convicción en mente, todos se lanzaron a la aventura. Y arrastraron a Kennedy en ella.

Capítulo 8

LAS CAPSULAS ENVENENADAS: BALAS PERDIDAS DEL PLAN DE INVASION

I

Su concentración en los trajines organizativos de la invasión contra Cuba por un ejército de exiliados anticomunistas no habían marginado por completo los planes de asesinar a Fidel Castro —e incluso a otros miembros de la dirigencia cubana. El CNS y la CIA continuaban con la idea de jugar esta última carta —riesgosa y no segura, pero con ciertas perspectivas de éxito. El propio Richard Bissell, jefe de los Servicios Clandestinos de la Agencia, pensaba que ambos proyectos no sólo no eran contradictorios sino complementarios. Se apoyaban entre sí y, en fin de cuentas, si uno fracasaba el otro podía salir bien. Más aún, el complot de asesinato tenía ciertas aparentes ventajas sobre el de invasión.

Bissell —decía uno de los altos expertos en inteligencia de la CIA— tiene en la cabeza una verdadera maquinaria para el pensamiento analítico, pero no desprovista por completo de sensibilidad y principios morales. El cree que, si se logra asesinar a Fidel Castro, pudieran ahorrarse las muchas vidas que costaría un levantamiento popular o una invasión. Pero este piadoso enjuiciamiento de la personalidad de Bissell no se correspondía con la realidad.

Bissell no sólo pensaba en el asesinato de líderes extranjeros para ahorrar víctimas en caso de sangrientas convulsiones políticas o guerras, sino en deshacerse de cualquier figura dirigente en otro país que resultara hostil a los intereses de los Estados Unidos, aunque ello no implicara evitar luchas civiles o militares con sus correspondientes saldos en muertos, heridos o costos materiales.

Y, cuando Bissell reflexionaba sobre el asesinato político como uno de los recursos normales de acción encubierta de la CIA, enfocaba esto con toda frialdad y, también, aplicando su talento para conceptualizar tal idea en términos de aplicación concreta, ejecutiva y debidamente organizada. En operaciones como ésta, creía firmemente —tan importantes como delicadas— no hay que pensar en términos coyunturales sino perspectivas, no en decisiones improvisadas sino en líneas de comportamiento bien definidas, no en planes contingentes sino en mecanismos bien establecidos y eficientes. A esa conclusión, por cierto, había comenzado a llegar a principios de noviembre de 1960 —un par de semanas antes de la entrevista que, junto con Dulles, había sostenido con el recién electo Kennedy.

Fue en una reunión del Grupo Especial del CNS celebrada el día 2 del citado mes cuando, discutiéndose el caso de Cuba, Livingston Merchant, Subsecretario de Estado, un poco exasperado por el carácter inconclusivo del debate, intervino con cierta irritación.

—Bueno, con todo lo que se ha dicho aquí sobre la necesidad de eliminar el liderazgo cubano yo estoy de acuerdo. Pero me pregunto y le pregunto a ustedes: ¿hay realmente elaborado un plan de acción positiva directa contra Castro, su hermano Raúl y el Ché Guevara?

Se hizo el silencio.

Entonces, Bissell preguntó en tono un poco de sorna:

—¿Y se puede saber, señor Merchant, qué entiende usted por un “plan de acción positiva directa”?

—Pues, usted verá...

—Es que ese término —insistió Bissell— encuentro difícil entenderlo.

—Lo que yo quiero decir es que... ¡vaya!... el centro del problema consiste en eliminar esos tres dirigentes... sin ellos, el gobierno cubano se quedaría sin liderazgo y, probablemente, sin cerebros que piensen.

—O sea, que habría que eliminar a los tres simultáneamente.

—Exacto. Es lo que yo creo.

Pidió entonces la palabra el general Cabell, subdirector de la CIA. Cabell sabía que Merchant no tenía conocimiento del plan de invasión contra Cuba y, mucho menos, del complot con la Mafia para asesinar a Fidel Castro. Decidió entonces acabar de desinformarlo por completo.

—Ese tipo de acción, señor —dijo mirando a Merchant—, no es fácil de llevar a cabo. Uno puede planearlo, pero los resultados son inciertos y hasta peligrosos tanto en su concepción como en su ejecución.

—¿Y por qué?

—Porque tendríamos que instrumentar el proyecto utilizando cubanos.

—¡Ahí

—Pero hay más, señor Merchant. Estoy de acuerdo con usted en que tendría que ser una acción simultánea: deshacernos de esos tres líderes de un sólo golpe. Bueno, quiero que usted sepa que hacer eso está fuera de nuestra capacidad. Es mi opinión.

Cabell miró entonces a Bissell como esperando que éste le secundaría en sus afirmaciones. Pero el jefe de los Servicios Clandestinos de la CIA se limitó a lanzar una mirada inocente a su alrededor, mientras limpiaba cuidadosamente sus espejuelos.

La reunión terminó poco después y, en un aparte, Cabell le dijo a Bissell en tono de queja:

—Usted no me apoyó en lo que dije. ¿No está de acuerdo conmigo?

—¿En lo de mantener a Merchant y toda esta gente al margen de lo que estamos haciendo? Sí, Estoy de acuerdo con la forma en que lo hizo.

—No me refiero a eso. Conozco los planes en marcha. Pero, en el fondo, ¿no es cierto que carecemos de esa capacidad para eliminar líderes extranjeros como Castro y compañía?

—Sí, es cierto. Carecemos de esa capacidad tal y como yo la concibo... Habría que crearla... ¿No le parece a usted?

Y, sin aguardar respuesta, se despidió del general con un apretón de manos.

II

En las semanas que siguieron a aquella reunión del Grupo Especial del CNS celebrada el 3 de noviembre, Bissell comenzó a pensar una y otra vez en la discusión que allí había surgido entre Merchant (Departamento de Estado) y Cabell (CIA) sobre las posibilidades de eliminar físicamente a la dirigencia revolucionaria cubana. Recordaba también los debates que sobre el mismo tema y en el propio CNS habían tenido lugar a principios de aquel año 1960. Y se devanaba los sesos razonando que en todo este proceso de toma de decisiones había algo que no funcionaba bien.

“Sí”, se decía, “finalmente, casi todo el mundo está de acuerdo en que hay que matar a Castro y quizá, también, a sus más cercanos colaboradores. Pero, a partir de ahí, se forma el más jodido de los embrollos y todo se queda en teoría, el consenso de opinión y el acuerdo en que hay que actuar... Sin embargo, excepto lo que hacemos en la Agencia, en realidad no se hace nada... ¿Y cuál es el obstáculo?... Ese tonto de Cabell quizá esta vez tiene razón... Carecemos de esa capacidad para eliminar líderes extranjeros y, he aquí lo que la gente no alcanza a comprender, es precisamente esa deficiencia la que ejerce un efecto paralizante, que impide llevar a la práctica decisiones con las cuales están de acuerdo los que dirigen este país... Si, una vez logrado el consenso sobre la necesidad de eliminar a un líder extranjero, dispusiéramos de una capacidad para poner en práctica esa decisión de manera rápida y eficiente, todo se resolvería en un abrir y cerrar de ojos... Pero esa capacidad para actuar sobre la base de un mecanismo estable, con prontitud y eficacia, como de rutina,

ciertamente no la tenemos ahora y eso es absurdo...¿Por qué poner a correr a Scheider con sus gérmenes y tóxicos o lanzarse a la búsqueda de asesinos profesionales, que a veces escapan a nuestro control, para mandar a Lumumba al otro mundo? ¿Por qué tener que contar con cubanos o mafiosos para deshacernos de Castro? Eso carece de sentido. Las improvisaciones hay que acabarlas. Debiéramos tener en la Agencia una capacidad de acción secreta, eficiente y dispuesta para cualquier momento en que haga falta eliminar a alguien que amenace nuestros intereses o seguridad nacional... Esto es esencial”.

Y Bissell, durante las semanas siguientes, continuó rumiando estas ideas.

Por fin, a principios de enero, le pareció que tenía una concepción lo suficientemente clara sobre el asunto como para iniciar la elaboración del necesario proyecto.

A tales efectos, dio órdenes para que William Harvey compareciera en su despacho. Harvey, un exagente experto en contrainteligencia del FBI, había ingresado en la CIA al fundarse ésta en 1947, convirtiéndose en toda una leyenda en esta institución. Alto, corpulento y con un fuerte temperamento sanguíneo, tenía tanta fama por su astucia y carácter decidido como por su poco diplomático sentido de la autosuficiencia, vocación donjuanesca y capacidad para ingerir increíbles cantidades de bebidas alcohólicas. Había recibido, sin embargo, la medalla por Servicios Distinguidos en Inteligencia de la CIA por su papel en la construcción del famoso Túnel de Berlín.¹ Ray Cline, uno de los más reputados especialistas de la Agencia aludiendo a él, decía: “Bill Harvey es de verdad un tipo lleno de colorido. Y capaz de cualquier cosa. Si sus superiores le dicen que tiene que matar a un dirigente extranjero, seguro que lo mata, y además lo hace pensando que eso es patriótico e incluso moral. Cuando tiene un cargo o una tarea en el exterior siempre anda con la pistola arriba: algo único entre nuestros oficiales. En realidad, es uno de esos tipos románticos que forman parte del grupo de los *cowboys* de la Agencia. La CIA, desde luego, necesita esos *cowboys*. El problema consiste en no dejarlos, mandar”.

Bissell le explicó a Harvey la esencia de su proyecto.

Harvey comprendió de inmediato de qué se trataba y estuvo de acuerdo.

—Lo que yo quiero de ti —dijo Bissell— es que me prepares un proyecto que nos permita obtener esa capacidad para eliminar dirigentes enemigos.

—Eso está claro.

—Hay tres puntos importantes que quiero elaborares en ese proyecto.

—Usted dirá.

—Primero: debe incluir una evaluación de los problemas y requerimientos implícitos en una orden de asesinar a alguien.

Harvey, con su personal estilo de cifrado, apuntó lo dicho por Bissell en un cuaderno de notas.

—Bien, ya está.

—Segundo: debe incluir la forma de montar una capacidad de asesinato permanente.

—...Permanente, sí.

—Y tercero: debe incluir el modo de identificar los agentes potenciales capaces de llevar a cabo el trabajo y una investigación sobre las técnicas de asesinato que pudieran utilizarse.

—En suma, algo así como...

—Llamémosla “Acción Ejecutiva”.²

—Habría que buscar un criptograma adecuado.

—Lo tengo: ZR/Rifle.

—Muy bien. Despreocúpese que yo me encargo de elaborarle ese proyecto.
—Recuerde: discreción absoluta.
—Por supuesto.

III

El plan consistente en preparar unas cápsulas venenosas para asesinar al líder cubano y que se había discutido alrededor de mediados de octubre en Miami entre O'Connell, Maheu y el trío gangsteril Rosselli-Giancana-Traficante, lo había aprobado Edwards en la Oficina de Seguridad de la CIA. Edwards consultó el proyecto con Bissell y éste también se manifestó de acuerdo. "Habla con Scheider en mi nombre", le dijo Bissell a Edwards, "y dile que se ocupe de eso"

Scheider recibió la orden y, unos días más tarde, se presentó a Edwards con el producto que había preparado en su laboratorio.

—Este tóxico... ¿es mortal? —preguntó Edwards.

—Sí, eso creemos.

—No, hace falta estar seguros. No vamos a arriesgar gente en una operación así sin tener garantías de efectividad.

—¿Se disuelve en agua?

—No.

—¿Deja huellas?

—Quizá...

—Entonces, no sirve.

—Es que me dijeron que era urgente. Usted mismo insistió en eso. No tuve tiempo de preparar algo mejor.

—Es urgente —dijo Edwards—, pero tómese el tiempo necesario para lograr un producto óptimo.

—Sí, señor.

IV

A fines de aquel mes de enero de 1961 Bissell parecía más inquieto que de costumbre. Acababa de leer la evaluación que sobre el proyecto de invasión había hecho el comité de Gray —a nombre del EMC y por instrucciones de Kennedy— y, aunque sus conclusiones no eran por completo desfavorables, llevaban implícitas ciertas reservas y no revelaban gran convicción acerca de sus posibilidades de éxito.

El 3 de febrero hubo aquella reunión en la Casa Blanca donde se discutió el informe de Gray. No se hicieron muchos comentarios y, cuando el propio Bissell hizo el resumen final, contrario a lo que solía ocurrir cuando hacía una exposición, no dejó impresionado a nadie. "Este hombre ha hablado de manera bastante incoherente", pensó Gray, que estaba presente. Y el Almirante Burke, en un aparte, manifestó que el plan de la CIA estaba carente de la más elemental documentación técnica —como hecho por gente sin formación militar profesional— y le parecía bastante "débil" y hasta "chapucero". El ambiente alrededor del proyecto era de cierta ambigüedad. Y esto lo captó bien Bissell cuando, al terminar la reunión, el presidente le dijo: "Dick, no olvides que yo me he reservado el derecho de cancelar esta operación hasta última hora".

Las vicisitudes por las que comenzaba a atravesar el plan de invasión provocaron que Bissell renovara su interés por el complot para asesinar a Fidel Castro. La muerte del líder cubano la veía como un complemento de la invasión pero, asimismo, como una posibilidad que tenía sus propios méritos y podía desencadenar ella sola acontecimientos favorables. Llamó entonces al coronel Edwards y le pidió que le informara cómo iba la operación con la Mafia.

Edwards se acomodó en el sillón y se dispuso a actualizarlo.

V

Dos días atrás, el 10 de febrero —alrededor de cuatro meses después de haberse acordado utilizar contra Castro el método de envenenamiento y varias semanas más tarde del rechazo de una primera remesa de cápsulas que no cumplían los requisitos necesarios— Scheider sostuvo una nueva entrevista con el propio coronel Edwards.

Scheider portaba un paquetito cuidadosamente envuelto y que contenía un pequeño frasco con varias cápsulas.

Apenas acabando de saludar, Scheider con gesto algo solemne y rostro satisfecho, colocó el paquetito sobre el buró del coronel.

—Aquí lo tiene —dijo.

—¿Qué es eso?

—Las cápsulas del veneno letal que usted me encargó. Estas son mucho mejores que las que usted rechazó antes.

—¡Ah, bueno! Pero ¿y qué contienen?

—Toxina butolina. Muy efectiva. La hemos probado con monos en el laboratorio. No falla y reúne los requisitos que usted me dijo. Puede confiar en ello.

Edwards desenvolvió el paquetito y observó el pequeño grupo de cápsulas que brillaban en el frasco.

—Esta cosa —preguntó— ¿Se disuelve en líquidos?

—Sí, señor, pero no debe utilizarse en líquidos calientes como la sopa que neutralizarían su efecto. Además debe hacerse uso de ellas, las cápsulas, lo más pronto posible, para que no pierdan su eficacia. Fuera de esos dos requerimientos, el producto trabaja como usted me dijo que deseaba.

—Esas dificultades podemos manejarlas. Ahora, dígame en qué consiste el veneno. Los jefes seguramente me lo preguntarán y debo responder con absoluta precisión.

—Muy sencillo —dijo Scheider y dio la siguiente explicación.

Entre las enfermedades de tipo bacteriano hay algunas causadas por bacilos anaeróbicos llamados *clostridios*.

Un tipo de esos bacilos, el *c. botulinum*, bajo ciertas condiciones, produce una toxina altamente venenosa que, si ingerida en alimentos, provoca una enfermedad neuromuscular —el *botulismo*— que resulta mortal.

El botulismo de origen alimenticio, continuó Scheider mientras su interlocutor asentía con expresión comprensiva, comienza a mostrar sus efectos entre las 18 y las 36 horas después de ingerida la toxina, lo que hace más difícil la sobrevivencia de la víctima porque, cuando se da con el diagnóstico, ya aquella ha comenzado a actuar. Y tampoco es fácil el diagnóstico. Por una parte, el botulismo no produce fiebre, no altera el pulso, no afecta el

sistema sensorial y no se revela en los análisis de sangre u orina. Por otro lado, presenta síntomas que pueden confundir a los médicos por parecerse mucho a los de la apoplejía, la poliomielitis, la miastenia grave y el envenenamiento por curare o alcaloide de belladona. Otros síntomas, sin embargo, pueden darle una pista a los médicos: la víctima del botulismo comienza por presentar la boca seca, náuseas, vómitos, espasmos abdominales, debilidad en los músculos del tronco y las extremidades, y pérdida de agudeza visual. Si en esta fase se logra identificar la enfermedad, los médicos pueden decidir aplicar antitoxinas que ya existen para contrarrestar el efecto del envenenamiento, pero este sería un recurso casi desesperado, pues esas antitoxinas —en base a suero de caballo— pueden agravar los síntomas del paciente y provocar un cuadro mortal de anafilaxia o de enfermedad del suero. Mientras tanto —en medio de horrible agonía— el enfermo continúa agravándose hasta que muere por trastornos respiratorios e infección pulmonar y sus complicaciones.

Los bacilos *c. clostridium*, terminó Scheider, son muy resistentes al calor (pueden sobrevivir varias horas a 100°C siempre que sea calor seco). El calor húmedo los destruye fácilmente (mueren en 30 minutos en líquido en cocción a 80°C). Por eso, recalco el bioquímico, aconsejo no utilizarlo en sopas o líquidos calientes.

El coronel Edwards, luego de escuchar atentamente aquella disertación, asintió limitándose a comentar.

—Bueno, este producto es exactamente lo que necesitábamos. Le felicito.

—Muchas gracias, señor.

VI

Bissell escuchó atentamente la información que le acababa de ofrecer el coronel Edwards. Dijo entonces mientras trataba de mantener un equilibrio sobre el buró una curiosa construcción formada por tres lápices, una regla y un frasco de goma.

—Shef, ¿y tu crees que el proyecto ese con los mafiosos tiene reales posibilidades de éxito?

—Yo creo que sí. Pero, por si acaso, no pondría todos los huevos en una sola canasta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó entonces Bissell dándole un golpe a la armazón que había formado y lanzado sus piezas— lápices, regla y goma desparramadas por la mesa.

—Me parece —contestó Edwards— que debiéramos poner en marcha otras operaciones con el mismo objetivo: eliminación física de Castro. Varias pudieran fallar, pero al menos una podría tener éxito. Y sólo necesitamos que una tenga éxito.

—¡Ah! Eso ha sido previsto. En realidad, ya hemos colaborado con la resistencia interna en Cuba en la realización de varios atentados contra Castro. Pero todos, por una razón u otra, mayormente por haber sido descubiertos por el aparato cubano de seguridad, han fracasado.

—No estaba al cabo de eso.

—Incluso preparamos un pelotón con gente profesional que se entrenó en los Everglades de Florida bajo la dirección de expertos de aquella escuela de homicidios de la OSS que había cuando la pasada guerra mundial. Tenían todos los recursos. Y hasta el apoyo de la División Aérea de la Agencia que puso a la disposición de los ejecutores del plan un avión Helio Courier L-28, ideal para ese tipo de operaciones.

—¿Y qué pasó?

—El avión logró atravesar sin problemas el espacio aéreo de Cuba y desembarcar los miembros del equipo encargado de la tarea de matar a Castro en una carretera medio

abandonada y cerca de La Habana. Entonces, el aparato regresó dejando aquella gente allí. ¿Y qué ocurrió? Según nos enteramos luego comenzaron a salir de todas partes miembros de la seguridad cubana, armados hasta los dientes, la rodearon y los prendieron a todos casi sin disparar un tiro. A estas alturas todavía no sabemos qué fue de ellos.

—Debe haber habido alguna filtración, pues sin duda los estaban esperando.

—Eso pienso yo.

—¿Y hay algún otro proyecto de esos en marcha?

—Sí. La Agencia creó una organización anticastrista llamada “Unidad Revolucionaria”. Dos cubanos, no recuerdo sus nombres,³ están al frente de ella y la hemos provisto de todo tipo de recursos, incluyendo un barco que si mal no recuerdo se llama “Tejana”. Tienen una red clandestina en Cuba y han realizado varias incursiones y actos de sabotaje. La idea consiste en provocar levantamientos entre el ejército, la policía y los estudiantes, pero con el objetivo central de matar a Castro. Yo he aprobado la operación, que está en marcha, pero no confío mucho en su éxito.

—Todo eso parece muy ambicioso y complicado.

—Eso pienso.

—La operación con los mafiosos me parece más prometedora.

—Posiblemente, pero habría que acelerarla. Lo perfecto sería que coincidiera con la invasión. ¿Te imaginas el escenario? Ni un sólo avión de combate en Cuba en el aire. Los expedicionarios desembarcando, tomando una cabeza de playa y proclamándose enseguida el Gobierno Provisional. Mientras tanto, Castro en un hospital, agonizando y con un montón de médicos a su alrededor sin poder diagnosticar la enfermedad esa... ¿cómo dijiste que se llama?

—Botulismo.

—Botulismo... ¿Y de verdad que es mortal?

—Seguro.

Bissell calló unos segundos, pensativo, dándole a Edwards la oportunidad de decirle:

—Dick, hay una pregunta que hace tiempo estoy por hacerte, pero siempre me contengo por razones de discreción.

— ¡Bah!, pregunta lo que quieras, que hay suficiente confianza entre nosotros.

—Dick, este plan de asesinar a Fidel Castro, ¿tiene la aprobación del presidente?

Bissell asumió una actitud meditabunda.

Luego dijo como midiendo muy bien sus palabras

—Shef, yo creo que sí.

—¿Tú crees o estás seguro?

—Estoy prácticamente seguro, aunque no tengo pruebas de ello. Yo pienso que el “viejo” (Dulles), aunque utilizando el estilo vago y de circunloquios obligado en estos casos, le informó a Kennedy del asunto en algún momento y que éste no puso objeciones.

—Pero, si fue así, tú no estabas presente cuando eso ocurrió.

—No. Yo no tengo una información personal, directa y de primera mano sobre ello. Pero el más elemental razonamiento me permite asumir que sí, que el presidente fue consultado, y que estuvo de acuerdo con que se lleve a cabo la operación.

—¿Y Eisenhower? El proyecto comenzó a ponerse en marcha durante su administración.

—Sin duda, al menos sin duda por mi parte, Eisenhower también fue informado. Pero recuerda, siempre utilizándose ese estilo de circunloquios que, en caso necesario, le

permitirían a un presidente negar “plausiblemente” haber sido consultado y aprobado este tipo de operaciones.

—¡Ya! Tu razonamiento me parece bastante sólido. En todo caso, está claro que Dulles nos dio luz verde para actuar cuando le hablamos del asunto meses atrás.

—Indiscutiblemente.

—Bueno, gracias por tu franqueza, en realidad no esperaba menos de ti.

—¡Bah! Estamos en el mismo bote, ¿no?

VII

El Senador George Smathers paseaba durante aquellos días con el presidente Kennedy por los jardines de la Casa Blanca, ambos entretenidos en vivaz charla. La amistad entre ambos databa de muchos años atrás. Kennedy conocía muy bien las posiciones ultraconservadoras del senador floridano y solía hacerse de la vista gorda cuando le llegaban comentarios sobre su carácter, vínculos con gentes de lo más dudosos —incluidos mafiosos— e inescrupulosidad que le hacían verse envuelto de cuando en cuando en algún sucio escándalo. Pero Kennedy apreciaba la experiencia política de Smathers y, sobre todo, le gustaba por su personalidad agradable y su conversación amena, a veces chispeante. Un paseo en yate con Smathers era garantía segura de un buen rato de refrescante esparcimiento.

Sin embargo, aquella tarde el diálogo entre ambos giraba alrededor de cuestiones muy serias. Todas en torno a Cuba.

Smathers conocía bien este país —decíase también que era casi un experto en asuntos latinoamericanos— y últimamente estaba trabajando muy duro para acrecentar su fuerza electoral en la Florida, con la avalancha de cubanos que arribaban huyendo del régimen imperante en la vecina república.

Súbitamente, Kennedy, pasando un brazo sobre los hombros de Smathers y adoptando un tono confidencial de voz, le preguntó:

—¿Y cuál sería tu opinión sobre un plan de resolver el problema de Cuba asesinando a Fidel Castro?

Smathers detuvo sus pasos y separándose de Kennedy para mirarlo de frente, dijo asombrado:

—Pero, ¿es que alguien te ha propuesto eso?

—No te ocupes de si me han propuesto o no ese plan. Sólo quiero tu opinión.

—Oye, Jack, tu sabes que si hay alguien a quien yo odio en este mundo, ese alguien se llama Fidel Castro. Pero no, tratar de resolver el problema con Cuba matándolo, no me parece una buena idea.

—Eso pienso yo. Por otro lado, ¿cuál sería la reacción, por ejemplo, en Suramérica?

—Muy negativa.

—Eso creo. Más todavía. Si Castro muere asesinado, ¿quién va a recibir el crédito por el crimen?

—No te quepan dudas, Jack: los Estados Unidos.

Sí, no importa quién lo mate, cómo lo mate o dónde lo maten, la culpa se le cargaría a los Estados Unidos.

—Incluso a ti.

—Cierto.

Días más tarde, cenando con el propio Smathers, éste volvió a sacar a relucir el tema.

—Jack, ¿te acuerdas lo que hablamos el otro día sobre la posibilidad de un plan para asesinar a Castro?

Mas, esta vez, Kennedy miró al senador mientras los rasgos de su rostro se endurecían y un chispazo de incomodidad le brillaba en los ojos.

No dijo una sola palabra, pero golpeó con el puño cerrado la mesa en tal gesto de colérica violencia, que la vajilla se estremeció toda y un plato se hizo añicos.

Smathers, que no esperaba tal reacción, se limitó a balbucear:

—Bueno, hombre, bueno... Cambiemos de tema.

Y comenzó a hablar de otra cosa.

—Oye, te voy a hacer una pregunta y me gustaría la respondieras con sinceridad.

—Diga usted.

—¿Cuál sería tu opinión sobre un plan para resolver nuestro problema con Cuba ordenando asesinar a Fidel Castro?

—¿Usted bromea o me habla en serio?

—Hablo en serio.

—Mi respuesta es muy sencilla: no, yo no estaría de acuerdo con ese plan.

—Asimismo pienso yo.

VIII

En una suite del tan caro como arquitecturalmente conspicuo Hotel Fountainebleu en el litoral de Miami Beach, cuatro hombres, cómodamente sentados en torno a una mesita donde ya están a medias y aún vacías varias botellas de whisky y cerveza, discuten acaloradamente en medio de una nebulosa atmósfera de humo de tabacos y cigarrillos. Tres de ellos —Sam Giancana, Johnny Rosselli y Joseph Shimon— junto con otro más ahora ausente —Robert Maheu— comparten el uso de la suite, y desprovistos de sus chaquetas, el nudo de la corbata aflojado y las mangas de la camisa arremangadas, parecen los más excitados por la disputa. Un cuarto personaje, Santos Trafficante, mantiene la compostura en el vestir y, cuando interviene, lo hace más mesuradamente. Son cerca de las doce de la noche y recién acaban de venir del Convention Hall de Miami Beach donde esa noche del 12 de marzo de 1961 se había celebrado la pelea por el campeonato mundial de boxeo en la división de los pesos completos.

—Para mí estaba claro que Patterson ganaba —decía Shimon, un exdetective íntimo amigo de Maheu y admirador de Giancana y Rosselli—. Tiene más técnica que Johansson.

— ¡Bah! —ripostó Rosselli—. Patterson ganó por un golpe de suerte. Johansson le aventaja en casi todo: peso, estatura, alcance... Y es además un gran fajador.

—¡Qué ventajas ni ocho cuartos! —terció Giancana—. Una librita o dos más de peso. Un centímetro o dos más de estatura y alcance... La pelea era pareja y ganó el mejor: Patterson.

—Sin embargo —argumentó Trafficante—, entre el segundo y el quinto round Johansson estaba ganando por buen margen y yo vi a Patterson muy mal en el cuarto: no podía hacer nada contra los jabs que recibía. Tan es así que en esos rounds el árbitro y los jueces

estaban dándole puntos de ventaja al sueco... La cosa sólo cambió cuando Patterson pudo encajar ese gancho de izquierda.

— ¡Qué clase de gancho! —comentó Giancana—. Johansson cayó en la lona como una piedra. Muchos creyeron que era un resbalón, pero yo me di cuenta que de allí no se levantaba... Llevo muchos años viendo boxeo y en eso nunca me equivoco.

La verdad es que el hombre hizo un esfuerzo por ponerse en pie al conteo de siete, pero vino al suelo de nuevo y, cuando logró incorporarse, ya había pasado el conteo de diez. Así es el boxeo —comentó en tono filosófico Giancana—. Sobre todo el de ahora, que no se puede comparar con el de antes.

—En eso estoy de acuerdo —intervino Shimon—. Marciano tenía dinamita en los puños, pero no sabía boxear. Walcott y Charles eran buenos, porque los otros eran muy malos... El mismo Patterson reconoce que Sonny Listón le Pudiera ganar, y Listón tampoco es cosa del otro mundo...

Ninguno de esos que he mencionado le hubiera aguantado tres rounds a Joe Louis.

— ¡Ah, pero ese fue el más grande de todos!

—Sí señor, incluso le hubiera podido a Dempsey y a . . .

Pero en ese momento entró en la pieza Robert Maheu.

—Te demoraste —le dijo Shimon.

—Muy poco —observó Maheu exhibiendo una sonrisa de satisfacción—. Del Convention Hall fui a hacer una diligencia. Lo resolví todo en cinco minutos y aquí estoy. ¿Qué les pareció la pelea?

—Estupenda.

—A mí también. Pero dentro de poco tendremos en el cartel otra más interesante y que también terminará con un nocaut. Sólo que la persona que reciba ese nocaut no se va a levantar más nunca de la lona...

— ¿Te refieres a...?

—Sí. A ese mismo.

Y Maheu, sentándose en un cómodo sillón, luego de apurar un trago, puso sobre sus muslos el portafolios que traía consigo.

—¡Miren esto! —dijo y abriendo el portafolios mostró su contenido: estaba lleno de billetes de diversas denominaciones formando cada una un bloquecillo sujeto por una banda de papel.

—¡Coooño! —dijo Shimon.

Pero Giancana y Trafficante, como gente acostumbrada al espectáculo, se limitaron a esbozar una leve sonrisa.

Trafficante sorbió lentamente un poco de cerveza y luego preguntó:

—¿Y lo otro? Es lo más importante.

—Sí —repitió Bosselli—, ¿y lo otro?

Maheu rebuscó en el bolsillo izquierdo de su chaqueta y extrajo de ella un pequeño paquetito: el mismo que Scheider le había entregado al coronel Edwards un mes atrás.

—¡Aquí está el “líquido” (sic)! Me lo acaban de entregar.

Giancana, Rosselli y Trafficante se acercaron a *Maheu* y miraron con curiosidad el paquetito que éste último tenía en las manos, pues lo sostenía con ambas como para cuidarlo mejor.

—Y eso, ¿es efectivo? —preguntó Giancana.

—Por supuesto —respondió Maheu.
—Quiero decir —insistió Giancana— ¿capaz de producir la muerte tal y como conviene?
—Exacto. No sería una muerte instantánea —replicó Maheu—. El tipo puede sobrevivir dos o tres días, pero se muere seguro. Una clase de muerte bien jodida, aunque no me dieron detalles.
—Bueno, mejor si no tiene efecto inmediato. Hay que darle chance al “activo” que la suministre.
—¿Y cómo se usa? —preguntó Rosselli.
—Esa pregunta es importante —observó Trafficante.
—Muy sencillo. La pastilla⁴ se desliza en un alimento. En cualquier alimento menos en líquidos calientes como una sopa. Eso sí, su efectividad no es eterna. Hay que utilizarla lo más pronto posible.
Trafficante asintió y se dirigió entonces a Rosselli.
—Johnny —dijo—, nuestro hombre debe estar allá abajo esperando en el Salón Boom Boom. A mí me conoce mucha gente por aquí y tu eres quien ha estado en contacto con él últimamente. Mejor ve a verlo ya y le entregas el dinero y el material ese.
Sí, Johnny, el tipo debe estar impaciente —añadió Giancana—. Señores, este es un “contrato” de Johnny y yo casi no tengo que ver nada. ¿No es así?
Johnny Rosselli asintió, se puso la chaqueta y, tomando el paquetito, se dispuso a salir. Cinco minutos más tarde, estaba en el Salón Boom Boom, concurrido a esa hora, pero no tanto como para que no viera enseguida a un individuo que, solitario, tomaba una cerveza en una mesa cercana a la puerta, hacia donde dirigía la mirada de cuando en cuando. Se vieron casi al mismo tiempo.
Rosselli le hizo una seña y, sin adentrarse en el salón, con un gesto como de alguien que súbitamente recuerda algo olvidado, se volvió y comenzó a caminar lentamente hacia el vestíbulo del hotel. El sujeto que tomaba la cerveza llamó al camarero, pagó indicándole que se quedara con el cambio como propina, y salió en pos de Rosselli.
En el vestíbulo simularon un encuentro casual.
— ¡”Tony”! —dijo Rosselli—. ¿Cómo te va?
—Okey.
—Aquí tengo el material —dijo Rosselli en voz baja.
—Afuera, dámelo afuera —contestó el otro con un inglés chapurreado.
—Bueno acompáñame.
Y ambos salieron a la calle conversando como viejos amigos que acabaran de encontrarse luego de largo tiempo sin verse.

IX

“Tony” era Manuel Antonio de Varona, una figura bien conocida en los medios políticos cubanos antes de la revolución de Fidel Castro. No muy alto, cuadrado de cuerpo, tez blanca y ojos detrás de espesos espejuelos de carey, en la incipiente calvicie destacaba una frente que, según quienes le conocían bien, era prueba palpable de que la amplitud de ésta no guarda ninguna relación con el cociente de inteligencia, como suele creerse. Era, sin embargo, un político experimentado. Había participado en las luchas estudiantiles contra la dictadura de Machado a principios de los años treinta y, cuando alrededor de 1940 se estabilizó la vida constitucional en Cuba, ocupó

un puesto entre los líderes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) que alcanzó el poder al ganar las elecciones en 1944 su máximo dirigente, Ramón Grau San Martín. Las elecciones de 1948 le dieron la presidencia —por el propio partido— a Carlos Prío Socarrás, quien luego nombró a Varona como Primer Ministro, exiliándose —como el mismo

Prío— al producirse el golpe de Estado de Batista en marzo de 1952. Con el derrocamiento de la tiranía, Varona regresó a Cuba. Tenía fama de hombre torpe, pero en realidad no lo era tanto como para no comprender el carácter genuinamente revolucionario del régimen de Fidel Castro y, luego de tantos años participando como uno más en la corrompida atmósfera política de los tiempos de Grau y Prío, decidió exiliarse de nuevo, marchando hacia Miami donde, como uno de los dirigentes del llamado grupo “Rescate Revolucionario Democrático” (RRD), se dedicó a trabajar contra el gobierno de Castro, soñando con un retorno de Cuba a la época anterior al golpe de Estado de Batista.

Las actividades de Tony Varona en el exilio eran complejas. Siendo una de las cabezas del RRD, pero con ínfulas de dirigente máximo, participaba como coordinador en el llamado “Frente Revolucionario Democrático” formado —a instancias de la CIA— por media docena de grupos anticastristas. Y cuidaba sus relaciones con aquellos norteamericanos de diverso pelaje a quienes había ayudado en sus negocios en aquellos viejos tiempos en que —con Grau o Prío en el poder— tenía influencia política bien tarifada. Entre esas viejas relaciones estaban Meyer Lansky y otros renombrados miembros de la Mafia.

La CIA encomendó la atención de “Tony” Varona —como su *case officer*— nada menos que al notorio Howard Hunt.

Era a Hunt a quien “Tony” solía quejarse del poco generoso apoyo que, según él, le daba la Agencia.

—Tu gente —le decía a cada rato “Tony” a Hunt— da el dinero a cucharaditas.

—Es que tu pides mucho.

—Pero, ¿qué son para ustedes \$10 o \$20 millones, si consigo derrocar a Fidel?

—Sería poco dinero en verdad, si realmente pudieras hacerlo.

—¡Yo puedo hacerlo, coño, yo puedo!

—Mi gente no está segura de eso.

—Yo tengo treinta años de experiencia en la política cubana. He sido senador y Primer Ministro. Mi organización clandestina dispone de mucha gente en Cuba y yo estoy en comunicación constante con ella. ¿Qué otro dirigente aquí tiene esos avales?

—¿Estás en comunicación constante con tu gente en Cuba?

—Sí, por carta y cables cifrados.

—”Tony”, ¡por Dios!, conocemos tus “cifrados”. Hasta un niño de escuela puede traducir su contenido. El G-2 en Cuba conoce toda tu correspondencia.

—¿Tu crees?

—Por supuesto.

— ¡No había pensado en eso!

Por otro lado a espaldas de Hunt, “Tony” mantenía sus contactos con Meyer Lansky. A este capo mafioso le había sacado buen dinero en la época en que, siendo ministro de Prío, aquel tenía que pagar por el apoyo oficial a sus operaciones en los casinos de La Habana. Pero ahora, cuando le pedía dinero para financiar su grupo anticastrista, el judío se tornaba más resbaloso que una anguila.

Un día, Lansky le dijo a “Tony”.

—Estoy dispuesto a dar hasta un millón de pesos por la cabeza de Castro.

—Bueno, ¿y por qué no me los da a mí? Yo le garantizo que.. .

—No, sería una mala inversión. En cambio, le voy a poner en contacto con alguien que necesita una persona como usted para cierto trabajo que, si tiene éxito, sería el fin de Castro.

—Eso me interesa. ¿De quién se trata?

—De Santos Trafficante. Usted sabe quién es, ¿no?

—Desde luego.

—Bueno, a Santos ya le dije cómo puede localizarlo a usted. El lo llamará en estos días. Pero, ¡cuidado!, se trata de algo muy confidencial y no debe hablar sobre esto absolutamente con nadie.

—Confíe en mí, que para los secretos soy una tumba.

Apenas una semana más tarde “Tony” recibió un mensaje de Trafficante, citándolo para cierta esquina poco concurrida, casi en las afueras de Miami, a las 8 pm. “Tony” debía ir completamente solo y en un taxi del que se bajaría a varias cuadras de distancia.

“Tony” acudió puntualmente a la cita. Un gran Cadillac negro le recogió enseguida y, a media marcha —casi a velocidad de paseo— comenzó un recorrido a través de varias desiertas avenidas. Dentro del Cadillac estaba Santos Trafficante, junto al cual se sentó “Tony” mientras un chofer —callado y de aspecto inexpresivo— conducía el vehículo.

“Tony” comprendió que la entrevista se celebraría en el propio automóvil.

El capo mafioso fue directo al grano. Se estaba preparando un plan para asesinar a Fidel Castro utilizando un poderoso veneno. Esto era posible disponiendo de alguien con acceso a Castro o a los alimentos que éste ingería.

—¡Pero encontrar un tipo así es muy difícil! —exclamó “Tony”.

—No tanto como parece —replicó Trafficante en tono tranquilo—. Yo tengo un hombre de mi confianza en La Habana que trabajaba como *dealer*⁵ en el casino del “Habana Hilton”, al que ahora han cambiado de nombre. Se llama Manuel de Jesús Campanioni y, aunque quizá ya no sigue como empleado del hotel, sí conoce allí mucha gente, seguramente a alguien de la cocina que pudiera introducir el veneno. Castro frecuenta mucho el hotel, donde suele ocupar una suite. Sería cuestión de esperar la oportunidad para deslizarlo en una comida.

—¡Ah, eso cambia las cosas! Yo estaría dispuesto a participar en ese plan. Pero ¿cuál sería mi papel?

—A mí me resultaría muy difícil ir a La Habana y que no me detengan.⁶ Lo mismo ocurriría con mis socios y amigos.

Hay que enviar el veneno a Cuba para que lo guarde gente de confianza, contacte con Campanioni y le de instrucciones para actuar, esto es, para que identifique alguien en la cocina del hotel capaz de llevar a cabo el trabajo. ¿No dirige usted un grupo clandestino en La Habana que pudiera ocuparse de todo eso?

—Desde luego. Cuente conmigo para ello.

—No esperaba menos de usted. Pero le advierto que todo esto debe realizarse manteniendo el más absoluto de los secretos.

—Eso está más claro que el agua.

—Bueno, estamos de acuerdo en lo fundamental. Cuando todo se encuentre listo, por ejemplo, el veneno, se le localizará a usted de nuevo e indicará dónde y cuándo recogerlo.

Enviarlo a Cuba a gente de confianza y que entre en contacto con Campanioni ya es asunto suyo.

—Desde luego.

X

El auto avanzaba ahora por un amplio boulevard y, a través de las ventanillas, se veía cómo quedaban atrás, cual gigantescos esqueletos verticales, las estructuras de unos altos edificios en construcción. Trafficante se recostó aún más cómodamente en el respaldo del asiento y, luego de un breve silencio, emitió un suspiro como de nostalgia.

—¡La Habana! —dijo entonces—. ¿No la extraña usted?

¡Cuánto deseo volver por allá, reanudar los negocios y conversar con tantos amigos que aún permanecen en Cuba!

—Una vez liquidado Fidel —observó “Tony”—, usted y todos sus colegas podrán regresar y dedicarse a sus actividades como siempre. Sobre eso le doy mi palabra. Puede usted confiar en mí.

—Sí, estoy seguro de que va a ser así. Más aún: eso forma parte de los compromisos que estamos haciendo ahora. Recuperar y poner en marcha mis negocios y los de mis colegas en La Habana, una vez que todo vuelva a la normalidad con la liquidación de Castro, lo entiendo como un pacto de caballeros entre usted y yo.

—Desde luego.

Callaron por unos instantes, pero de pronto dijo “Tony”:

—Hay un pequeño problema.

—¿Qué problema?

—Toda esa operación de que hemos hablado supone gastos, viajes, gestiones y cosas por el estilo. Incluso para llevarla a cabo se necesitan equipos de comunicación que faciliten los contactos con La Habana. En otras palabras, hace falta dinero.

—Trataremos de resolver eso. ¿Conoce usted a Johnny Rawlston?⁷

—A mí me presentaron no hace mucho a un hombre de negocios norteamericano que se llamaba así. También dijo que representaba varias compañías interesadas en derrocar a Fidel y recuperar sus inversiones en Cuba. Sí, lo recuerdo perfectamente.

Estupendo. Bueno, él se encargará de hacerle llegar a usted algunos recursos y, en su momento, será quien le entregue el “material” de que hablamos para eliminar a Castro.

—De acuerdo.

Unos minutos más tarde, el lujoso auto se detenía junto a la acera de una calle algo alejada del centro, pero frecuentemente transitada por taxis. “Tony”, luego de despedirse de Trafficante con un fuerte apretón de manos y de apearse del vehículo, tomó el primero que acertó a pasar por el lugar. Le brillaban los ojos miopes con un fulgor de satisfacción y, a la vez, de sorpresa ante el insólito complot al que se le acababa de incorporar. También pensó: “La CIA, ¡bah!, no sirve para nada. Lansky, Trafficante y toda esta gente sí tienen imaginación y recursos. ¡Con ellos da gusto trabajar!”.

No le pasó por la mente que, detrás del proyecto en que acababa de involucrarse, estaba la propia CIA, ahora actuando a todo tren. La cadena de contactos Trafficante-Rosselli-O’Connell, en efecto, actuó con tal rapidez que apenas una semana más tarde, en su propia oficina, Richard Bissell le daba a O’Connell \$50 mil⁸ y una orden a cierto almacén de la Agencia para la entrega de unos sofisticados equipos de comunicaciones. “El resto del

dinero, hasta \$150 mil o lo que sea”, dijo, “se le pagará a ese cubano y los otros que han colaborado en la operación una vez consumada ésta”. Tres días después, “Tony” recibía una llamada telefónica. Debía estar, la noche siguiente, sobre las 11 pm, en el Salón Boom Boom del Hotel Fountainebleu donde, como se ha narrado, recibió las cápsulas venenosas de manos de Rosselli.

X

Los miembros del Consejo Nacional Revolucionario (CNR) que encabezaba Miró Cardona con el acuerdo de que ocuparía la presidencia provisional de Cuba una vez triunfante la invasión, habían sido hospedados por la CIA en el Hotel Lexington de Nueva York. El 12 de abril, muy temprano, Miró Cardona recibió una llamada telefónica informándole que estaba invitado para una cena esa misma noche en el “Century Club” —situado en West 43 Street y N. No debía faltar porque en ella se tratarían asuntos muy importantes. Cuando, a la hora que se le señaló, Miró llegó al restaurant, el *maitre* le condujo de inmediato a una mesa donde ya le esperaban tres personas: Adolph Berle, subsecretario de Estado, Arthur Schlesinger, asesor del presidente y John Plank, uno de los dos profesores de Harvard que semanas antes protestaron por el plan de invasión, pero que ahora se había convertido en uno de sus colaboradores.

Plank actuó como traductor.

—Venimos a hablar con usted—le dijo Berle a Miró— por instrucciones del presidente.

Miró, entre halagado y sorprendido, preguntó:

—¿Del propio presidente Kennedy?

—Así es.

—Pues, ustedes dirán de qué se trata.

—Muy sencillo. ¿Leyó usted las declaraciones que acaba de hacer a la prensa el presidente acerca de que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos no intervendrán con un ataque o invasión a Cuba?

—Sí, las leí. ¡Claro, se trata de una declaración propagandística! Si la operación que se está preparando en Guatemala fracasara o corriera peligro de fracasar, para mí y mis colegas del Consejo no caben dudas de que habrá una intervención armada de los Estados Unidos. Bueno, doctor, se trata precisamente de eso. El presidente no quiere malentendidos y por eso nos envió para que habláramos con usted. El problema consiste en que, cualquiera que sea la suerte del plan de invasión que está en marcha en Guatemala, las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos no van a intervenir. Las declaraciones del presidente de ninguna manera tienen un carácter propagandístico. Reflejan con exactitud una decisión presidencial. Y el propio señor Kennedy, en un gesto de consideración hacia usted y los miembros del Consejo, desea que esto quede perfectamente claro y que no haya confusiones al respecto.

La frente de Miró Cardona se cubrió de un frío sudor.

Con manos temblándole ligeramente se quitó los espejuelos y, utilizando una servilleta, comenzó a limpiar sus cristales.

—Pero, ¿qué dice usted? ¿Insinúa que los Estados Unidos no van a intervenir si, por ejemplo, la invasión estuviera a punto de fracasar?

—No, doctor Miró, no insinuó nada. Yo le estoy *afirmando* un hecho.

—¡No lo puedo creer!

—Estamos hablando en nombre del presidente de los Estados Unidos. Sería más prudente de su parte creer lo que le decimos.

—Pero ¿y el apoyo que el gobierno de este país nos ha ofrecido?

—Los Estados Unidos los han apoyado a ustedes en la lucha contra Castro todo lo que ha podido. Supongo que no habrá quejas sobre el particular. Sin el apoyo de los Estados Unidos no existiría plan de invasión por la brigada de exiliados ni, perdóneme la franqueza, tampoco existiría el Consejo Nacional Revolucionario que usted preside. Pero hay un límite y es el que el presidente ha establecido al declarar que no enviará fuerzas militares norteamericanas a Cuba.

Este diálogo lo sostenían Berle y Miró Cardona. Schlesinger permanecía callado. Y Plank se limitaba a traducir.

Berle volvió a tomar la palabra:

—El hecho es que los Estados Unidos no pueden verse involucrados en esta operación.

— ¡Pero, si todo el mundo sabe que son los Estados Unidos los que están detrás del plan de invasión! —dijo Miró— Y nadie, absolutamente nadie, objetará esa participación de los Estados Unidos. Además, ¡diez mil cubanos por lo menos se unirán a los invasores!

—Bueno, si de verdad se les unen diez mil cubanos, ya nos ocuparemos de que tengan armas para combatir.

Miró calló un momento y luego preguntó:

—Resumiendo, ¿hasta dónde llegará el apoyo de los Estados Unidos?

Y entonces el que intervino fue Schlesinger:

—Hasta la playa —dijo—, nuestro apoyo llega hasta que los invasores desembarquen en la playa. No más allá.

—O sea —insistió Miró—, que no se enviarán tropas norteamericanas a Cuba en caso de ser necesario.

—Exacto.

—Yo no lo entendía así.

—Y por eso, cumpliendo instrucciones del presidente, nos reunimos con usted para aclarar bien ese punto.

Miró, con el rostro demudado, se limitó a decir:

—No es lo que habíamos pensado... No señor... Dios mío, ¡que desastre!

Y con gesto desconsolado, musitando algunas frases confusas, aún cuando la cena apenas recién comenzaba, pidió permiso para retirarse.

Plank le acompañó hasta la puerta.

— ¡No pueden abandonarnos así! No pueden, —dijo Miró al despedirse.

—Yo tampoco creo que los Estados Unidos los van a abandonar, —le respondió el profesor tratando de consolarlo y, luego de estrecharle las manos como despedida, no pudo reprimir un gesto de conmiseración al ver cómo el presidente del CNR se alejaba, con paso vacilante y moviendo la cabeza de un lado a otro —como en actitud de rechazo e incredulidad.

XI

El mismo 12 de abril de la cena en Nueva York de Miró Cardona con los emisarios de Kennedy, había convocada una reunión en la Casa Blanca.

McNamara (Defensa), Lemnitzer (Estado Mayor Conjunto) y el coronel Gray, que había dirigido el estudio de la cúpula militar sobre el plan de invasión de la CIA, habían decidido ir juntos en el mismo automóvil hacia la mansión presidencial a fin de aprovechar el tiempo cambiando impresiones. Gray consumió casi toda la conversación ofreciéndoles la información de un experto que había enviado a Guatemala y acababa de regresar. No traía buenas noticias.

Toda la logística de la operación era un desastre. Al revisar los buques que conducirían a los expedicionarios el experto comprobó horrorizado no sólo que la gasolina que supuestamente sería trasegada a mano se guardaba en tanques que pesaban más de 400 lbs sino que, además, estaba almacenada junto con los explosivos. Saliendo lo más apresuradamente que pudo de aquel lugar, mientras vigilaba que a nadie se le ocurriera encender un cigarrillo, el experto pidió entonces revisar los mapas con el plan de desembarco. Con un solo golpe de vista comprendió la situación. La distancia a recorrer entre los buques que transportaban a los invasores y la playa era demasiado grande y tomando en cuenta los demás factores en juego llegó esta conclusión: “La capacidad para desembarcar a los invasores en tres días es puramente marginal sin resistencia e imposible con resistencia”. El experto aludió, aunque sólo vagamente pues ese no era su trabajo ni disponía de información suficiente, a que había muchas pugnas entre los cubanos que se entrenaban (incluso se hablaba de que un grupo de ellos se había rebelado contra sus dirigentes) y también entre los cubanos en su conjunto y los militares norteamericanos que tenían el mando completo de la operación —los cuales vivían separados de aquellos, no los entendían y, por supuesto, ninguno hablaba español. Los cubanos, además, había oído decir el experto, estaban dispuestos a llevar a cabo la invasión, pero absolutamente convencidos de que, detrás de ellos, vendrían las tropas norteamericanas a realizar el verdadero trabajo. McNamara y Lemnitzer no hicieron comentarios.

Entonces, Gray, para que todo no quedara en el aire y tratando de mostrar siquiera un destello esperanzador, dijo:

—Bueno, a pesar de lo dicho, el carácter sorpresivo del ataque y una absoluta superioridad aérea pudieran decidirlo todo en nuestro favor. Además, se afirma que va a haber un levantamiento popular al producirse la invasión.

McNamara y Lemnitzer asintieron.

Durante la reunión Bissell brindó un informe sobre la situación. Las tropas de la Brigada 2506 ya habían sido trasladadas de Retalhuleu y otras bases a Puerto Cabezas en Nicaragua, donde se embarcarían para Cuba. Dos días antes de la invasión aviones B-26 con las insignias cubanas bombardearían tres bases aéreas en Cuba y luego retornarían a Estados Unidos, donde sus pilotos declararían ser miembros de la FAR de Castro, que acababan de desertar aprovechando la escapada para realizar el ataque. El objetivo de esta operación era doble: destruir la fuerza aérea de Cuba y darle credibilidad a un desembarco diversionista que tendría lugar en la parte más oriental del país. La Brigada 2506 llegaría a Bahía de Cochinos sobre la medianoche del domingo 16, es decir, al comenzar el lunes 17. Toda la operación, sin embargo, quedaba sujeta hasta última hora a la decisión del presidente, quien daría la señal (“go”) de comenzarla el mediodía del viernes 14 (para el ataque a las bases aéreas) y el mediodía del domingo 16 (para el desembarco de la invasión).

Bissell estaba más inquieto que nunca.

La fecha de la invasión había sido fijada para el 10 de abril, pero luego se pospuso para una semana después, el 17 —una posposición que le había irritado.

Bissell solía salir de sus oficinas todos los mediodías y, a grandes zancadas, darse un paseo de una hora por los jardines aledaños de la Agencia. En eso consistía todo el ejercicio físico que le daba a su enorme corpachón y con él, además desfogaba la casi insoportable tensión nerviosa a que siempre estaba sometido.

Mientras marchaba, aquel día, descargaba mentalmente su cólera contra Kennedy:

—Ya está decidido a autorizar la invasión —pensaba—, sin embargo no se le ve entusiasmado sino, a veces, vacilante... Siempre insistiendo en que no haya espectacularidad... que todo se haga con el menor ruido posible... que los Estados Unidos no aparezcan involucrados... Siempre dejando las cosas para *mañana*...¹¹ ¡Al carajo con ese *mañana!* ¡*Mañana*, bah!... Tengo que hacer algo.

Y, mientras así monologaba consigo mismo, acertando a pasar junto a un pequeño arbusto, con una de sus manos le arrancó un gajo y comenzó a deshojarlo y, luego, a romperlo en pedacitos, que iba arrojando a lado y lado del cementado trillo por donde caminaba, repitiéndose: —Tengo que hacer algo.

Súbito, se le ocurrió una idea que le hizo retornar de inmediato a su oficina y ordenar que le localizaran al coronel Jack Hawkins para que viniera a verle de inmediato.

Hawkins se presentó enseguida y, luego de un rato de recibir instrucciones de Bissell, dijo: —Salgo esta misma noche para Guatemala. En Guatemala, el erudito coronel llevó a cabo una rápida inspección de las bases de Retalhuleu, Trax y otras, donde se organizaba la invasión. Habló con algunos oficiales norteamericanos que dirigían la operación, se informó de una manera rápida sobre la situación de los armamentos y conversó brevemente con dos o tres de los cubanos que le presentaron como los responsables de más confianza y entusiasmo.

El día 13 de abril dio por terminada su inspección y, según lo acordado, envió un cable cifrado, urgente, a Richard Bissell, el cual rezaba así: “Cumplida la tarea que usted me encomendó. Lo que he observado aumenta mi confianza en que esta fuerza (la Brigada) no sólo puede llevar a cabo misiones iniciales de combate sino también lograr el último objetivo: derrocar a Castro. Los oficiales de la Brigada están entusiasmados, son inteligentes y están motivados por el más urgente deseo de entrar en combate... Me dijeron que, entre los cubanos, el espíritu de ganar una pelea es tradicional. .. Tienen un nivel de entrenamiento que en algunos aspectos es superior al que usualmente reciben los soldados de los propios Estados Unidos... Se trata, verdaderamente, de una fuerza formidable... La capacidad de combate aéreo de que disponen también es notable... Los oficiales de la Brigada confían en que pueden llevar a cabo la tarea ellos solos y no esperan ayuda de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos”.

Cuando recibió el cable, Bissell respiró satisfecho. Hawkins había participado en muchas de las reuniones en la Casa Blanca en las que se discutía el proyecto de invasión. Y, las pocas veces que había hablado, Kennedy le escuchaba con una expresión de respeto y admiración. “Si alguien impresiona al presidente”, se dijo Bissell, “es Hawkins y la opinión de éste puede ser decisiva”, Bissell se ocupó de que una copia del cable del coronel llegara inmediatamente a las manos de Kennedy. Llegó por supuesto. Y surtió su efecto.¹²

XII

Conforme los detallados planes de invasión a Cuba, el día 15 de abril aviones B-26 bombardearon aeropuertos cubanos de La Habana, San Antonio de los Baños (no lejos de la propia capital) y Santiago de Cuba. El objetivo evidente era destruir lo que tuviera el gobierno cubano como fuerza aérea de combate. La acción tuvo como saldo 7 muertos y 44 heridos.

Y el gobierno norteamericano quedó convencido de que, cuando se lanzara la invasión, sus aparatos tendrían un dominio absoluto del cielo. Para darle una cobertura a la incursión, se hizo descender en Florida un B-26 con las insignias cubanas. De modo que, cuando Cuba denunció en la ONU el ataque, Adlai Stevenson mostró las fotografías de un B-26 con la falsa identificación diciendo que el bombardeo lo protagonizaron pilotos cubanos que se habían alzado contra el régimen de Castro. El ardid no tardó en ser descubierto y Stevenson —que no había sido informado— reconoció luego haber pasado por la vergüenza de llamar mentiroso al canciller cubano Raúl Roa cuando, como pudo comprobar, el mentiroso era él mismo.

Al día siguiente, 16 de abril, se efectuó en La Habana el sepelio de las víctimas del bombardeo. Fidel Castro despidió el duelo, acusando a los Estados Unidos de aquella agresión y anunciando —en un dramático giro de su discurso— el carácter socialista de la Revolución Cubana.

Mientras tanto, las tropas invasoras, que habían salido de sus bases en Guatemala, llegaban a Puerto Cabello, Nicaragua, embarcándose en varios buques con protección naval norteamericana.¹³ Surcaron las aguas del Caribe sin ninguna dificultad. Y el lunes 17, a la 1:30 am se inició el desembarco de los primeros batallones mientras un grupo de vigilantes costeros daba la señal de alarma y se enfrentaba a los invasores en el más desigual de los combates.

Fidel Castro recibió de inmediato el aviso.

En modo alguno se mostró sorprendido. Los indicios de que la hora del ataque se acercaba los había captado muy bien. Últimamente, sólo dormía unas horas por la tarde, para pasar más descansado la vigilia de toda la noche y la mañana. El bombardeo del día 15 a las bases aéreas le había anunciado con dos días de antelación que la llegada de la fuerza invasora era inminente. Aquel bombardeo, además, apenas había dañado su muy limitada pero eficaz defensa aérea, porque desde semanas antes, previéndolo, había dispersado sus aviones de combate, dejando a la vista del enemigo sólo viejos aparatos inservibles.

Para Fidel Castro sólo era un enigma el lugar o lugares por donde se produciría la invasión. Pensando que podía tratarse de la Isla de Pinos, había convertido ésta en una verdadera fortaleza. Pero calculando que también podía tener lugar por las zonas montañosas orientales había desplegado fuerzas por aquella región que estaban en constante alerta. Ciertamente imaginó que podían venir por Bahía de Cochinos, pero lo dudaba pensando que los organizadores del ataque no iban a ser tan “idiotas” (sic) como para lanzarse por una zona donde el gobierno revolucionario había realizado enormes inversiones de infraestructura, otorgado becas para que estudiaran en La Habana a cientos de hijos de cienegueros, alfabetizado a casi toda la población adulta y elevado las condiciones de vida en aquellos lugares —antes tan inhóspitos como miserables— a niveles jamás soñados por sus habitantes. Otra incógnita para Fidel Castro consistía en si la invasión iba a realizarse a

un tiempo por varios puntos de desembarco o por uno sólo donde el enemigo lanzaría todos sus recursos de guerra. La opción en Washington había sido esta última, con base a algunos razonamientos no deleznales, pero con desestimación de los riesgos implícitos en tal estrategia. Los invasores, en efecto, tendrían más posibilidades de establecerse atacando por un solo punto, pero el gobierno ano también tendría la ventaja de poder concentrar sus fuerzas en un solo frente.

Al conocer el arribo de los invasores por Bahía de Cochinos.¹⁴ Fidel Castro puso en acción de inmediato las milicias y su fuerza aérea.

Los batallones de milicianos que estaban en las cercanías de la Ciénaga de Zapata recibieron órdenes de marchar contra el enemigo. El choque fue violento. El apertrechamiento de los milicianos, particularmente durante las primeras horas, era tan elemental como pobre, aunque su disposición de combate —como suele ocurrir cuando se pelea con un espíritu patriótico exaltado por la convicción de que se lucha contra un ejército mercenario al servicio de una potencia extranjera— resultaba tremenda. La brigada invasora 2506 disponía de una cantidad impresionante de recursos de guerra; bazukas, morteros, cañones antitanques, carros blindados y artillados, un enorme número de ametralladoras, apoyo de tropas paracaidistas y fuerte cobertura aérea de B-26. Pero, no obstante que muchos de sus miembros estaban convencidos de la supuesta justeza de la causa que defendían y se hallaban realmente dispuestos a pelear, carecían de un espíritu heroico como el de la resistencia que encontraron y su capacidad para asumir los riesgos del combate no dejaba de tener limitaciones. La CIA les había hecho creer —o dejado que creyeran— que, si la invasión se veía al borde del fracaso, las fuerzas aéreas y navales de los Estados Unidos —incluso el propio ejército norteamericano— intervendrían en el último momento para salvarlos de la derrota.

XIII

Era un cálculo esperanzador, pero erróneo. La misma tarde del domingo 16, cuando ya los barcos conduciendo a los invasores a su impresionante escolta de buques de guerra norteamericanos habían partido rumbo a Cuba, en el cuartel general de la CIA en Washington se tenían unas noticias deseó razonadoras: los análisis de las fotos de los U-2 sugerían que por lo menos una parte de la fuerza aérea de Castro había salido indemne del bombardeo del día anterior.

—No importa —dijo el coronel Beerli, responsabilizado con todas las operaciones aéreas—, mañana por la mañana damos otro golpe con los B-26 y hacemos polvo los aparatos que le queden a Castro.

Pero el general Cabell (sustituyendo a Dulles que se encontraba en Puerto Rico) tuvo sus dudas de que esa acción estuviera autorizada y, acompañado de Bissell, fue a consultar con Dean Rusk en el Departamento de Estado.

Rusk llamó al presidente por teléfono. La conversación fue breve. Y, cuando colgó el teléfono, les informó a Cabell y Bissell.

—El piensa como yo —dijo—. Nada de enviar B-26 desde Nicaragua a Cuba. Lo acordado fue que, luego del golpe de ayer, cualquier nueva operación aérea debe partir de la Pista existente en Bahía de Cochinos que se supone que la Brigada va a tomar.

Y, como Cabell y Bissell protestaran, le preguntó al primero:

—¿Quiere usted mismo hablar con el presidente?

Pero Cabell, luego de mirar a Bissell, encogiéndose de hombros, respondió:

—No, carece de sentido.

Al día siguiente lunes, aunque con horas de retraso, comenzaron a llegar las noticias de que el desembarco se había producido, que la fuerza aérea cubana estaba haciendo estragos tanto en los B-26 como en los buques que llevaban las tropas y suministros, y que la resistencia encontrada era superior a lo calculado.

Por la tarde, Cabell fue a ver a Rusk y desde el apartamento en el que éste último vivía en el hotel Sheraton-Park, llamaron a Kennedy.

Cabell tomó el teléfono:

—Señor presidente —dijo—, aquello parece que va muy mal. Ayer le propusimos un golpe aéreo con los B-26 de Nicaragua y usted no aprobó la idea. Ahora la situación es tal que, aunque usted estuviera de acuerdo, ya no hay tiempo para que una operación desde Nicaragua tenga éxito. Necesitamos su autorización para lanzar un ataque decisivo contra las fuerzas de Castro utilizando los *jets*¹⁵ del (portaviones) "Essex" "que está cerca de las costas de Cuba... ¿Cómo?... Sí, señor, enseguida se lo pongo.

Y, dirigiéndose a Rusk, le dijo:

—Quiere hablar con usted.

Rusk tomó el teléfono. Sólo escuchaba, apenas musitando de cuando en cuando un "si... si... entendido... " y, cuando colgó se limitó a comunicarle a Cambell:

—Su propuesta ha sido desaprobada... ¡Ah!, también ordenó que el "Essex" se aleje hasta no menos de 30 millas de la costa cubana.

El lunes por la noche, cerca de 24 horas después del desembarco de la Brigada, todas las noticias apuntaban hacia el desastre. El martes, temprano en la mañana, Dulles, que había retornado de Puerto Rico, informó en una reunión en la Sala del Gabinete de la Casa Blanca que los invasores "están atrapados en la playa". Ese día se lo pasaron Jack y Robert Kennedy, Bissell y algunos de los más conspicuos miembros de la plana mayor del gobierno, entrando y saliendo de aquella Sala —entrando llenos de ansiedad pero con la esperanza de recibir alguna promisoría nueva, y saliendo desalentados y sombríos.

Ese mismo martes por la noche, a las 10:15, el presidente y su esposa hacían su entrada en la recepción tradicional que el Poder Ejecutivo daba en honor de los congresistas. Kennedy, vestido de etiqueta, parecía tranquilo y hasta sonreía estrechando manos por doquier.

Jacqueline, con un bello vestido largo, sin mangas, y un broche de diamantes en el cabello saludaba a cuantos se acercaban a ella. Bailó una pieza con su esposo y luego aceptó la invitación del senador George Smathers de acompañarlo en otra. Apenas habían dado unos pasos, cuando "Bobby" Kennedy se aproximó a ellos interrumpiéndoles, mientras decía en voz tan baja como le permitía su excitación.

—La mierda chocó con el ventilador... La cosa se ha virado de tal manera que ustedes no lo creerían.... Tengo que avisarle a Jack.

Y poco después los dos Kennedys, discretamente, desaparecían del salón.

Faltaban sólo unos minutos para que los relojes marcaran la medianoche, cuando llegaron al gabinete donde ya les esperaban McNamara, Risk, Lemnitzer, Burke, Rostow, Bissell y otros. Varios de ellos procedían también de la recepción y como el presidente, vestían de

smoking, mientras Lemnitzer y Burke exhibían toda una constelación de medallas en sus uniformes de gala. Salvo tal vez Kennedy, taciturno pero sereno, todos tenían estampado en el rostro el sello del pesimismo y la consternación. Bissell, con un atuendo de calle, destacaba por su gigantesca talla, aspecto demacrado y ademanes nerviosos, sacando un pañuelo cada cinco minutos para limpiar los espejuelos empañados por el sudor. A Kennedy le expusieron rápidamente la situación. Los aviones de combate, las antiaéreas, los tanques y las tropas de Castro —mejor apertrechadas y decididas que lo calculado— no sólo estaban rechazando con todo éxito la brigada invasora, sino que era obvio que avanzaban en un claro intento de arrinconarlas en las mismas playas por donde habían desembarcado: su aniquilación era cuestión de horas.

El momento —dijo Bissell— es desesperado.

—Señor presidente, —añadió Burke— hay varias cosas que aun podemos hacer. Una decisiva consistiría en desembarcar una compañía de infantes de marina... Bueno, si eso no lo considera conveniente... Podemos dar apoyo de artillería a la brigada desde nuestros destructores... ¿Tampoco?... Entonces autorice a nuestros *jets* para volar a tres millas de las costas y hacer desde allí lo que puedan.

Los generales Lemnitzer y White (Jefe del Estado Mayor de la Marina de Guerra) apoyaron esto último:

—Sí. Debe autorizarse que los *jets* de la Marina actúen.

Y Bissell corroboró:

—Es la mejor solución. Enviar los *jets* a hacer su trabajo sobre la playa.

Pero Kennedy, con voz firme y recalando cada una de sus palabras dijo:

—No. He dicho, *una y otra vez*, que los Estados Unidos no enviarán sus fuerzas a combatir.

—Pero —insistió Burke—, nuestros *jets* sin marcas que los identifiquen, pudieran sobrevolar las playas... aunque sea sólo como una demostración de fuerza.

No. Tampoco me gusta esa idea. Los *jets* serían atacados forzándolos a disparar.

Burke, ya exasperado, dijo entonces:

—Un destroyer... ¡nada más que un destróyer nuestro... puede abrir fuego y mandar al infierno los tanques de Castro!

Kennedy miró al Almirante con una expresión de reprimida cólera, pero controlándose se limitó a responderle secamente:

—No. Lo vuelvo a repetir. No quiero a los Estados Unidos involucrados en esto.

Fue cuando Burke estalló:

—Pero, ¡mil infiernos!, *ya* estamos involucrados en esto.

Rusk, tratando de suavizar el ambiente de tensión que se había creado y recordando que semanas atrás, para tranquilizar a Kennedy, los proponentes del plan de invasión habían asegurado que en el peor de los casos los miembros de la brigada podían hacer una retirada hacia las sierras del Escambray y en éstas desarrollar una lucha guerrillera, intervino entonces para sugerir en tono constructivo:

—¿Y las lomas?

Más, para sorpresa general, Bissell dio esta respuesta:

—No. Ni pensarlo. Esas montañas están lejos y, además, a la brigada no se la preparó para una lucha guerrillera.

Kennedy, luego de lanzar una mirada en la que parecían mezclarse el azoramiento con la ira, se mantuvo sin embargo silencioso, bajando la cabeza como sumido en sus propios

pensamientos. Evidentemente le habían engañado asegurándole el éxito de una empresa sobre la cual siempre —hasta última hora— tuvo sus dudas. Como había comentado con alguien ayer, ¡qué gran error cometió al dejar a Dulles al frente de la CIA! Y qué trágicamente ridículo le parecía ahora el otrora brillante y ahora tan nervioso y alicaído Bissell. No obstante, la situación más peligrosamente delicada procedía en este momento de la actitud adoptada por el ala militar representada por Lemnitzer, White y Burke, quienes presionaban —aduciendo las posibilidades de salvar la operación— por una intervención más o menos abierta o disfrazada de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Quizá, incluso, aunque ingenuamente no advertida por él, esa contingencia había sido contemplada desde un principio en el proyecto. Pero, ¿acaso era esta una solución admisible? Miró a “Bobby”, quien en aquel instante hacía unos acalorados comentarios mientras señalaba ciertos puntos en un mapa. Su hermano era tal vez la única persona, entre todos aquellos que lo rodeaban, en quien podía confiar. A “Bobby”, en un breve intercambio de ideas, le había dicho ayer.

Dean (Rusk) tiene razón. No podemos involucrarnos más en una aventura como ésta, tan mal concebida como llevada a cabo. En las Naciones Unidas, me dijo, ya tenemos una situación más que embarazosa y casi inmanejable. Khrushov esta haciendo más bulla con sus declaraciones y denuncias de la que podemos tolerarle con dignidad. Una participación norteamericana más evidente en todo esto se convertiría en un escándalo internacional mayor del que los Estados Unidos pueden soportar.

Sí, yo entiendo tu preocupación.

Y aún hay otra cosa. Yo he dado mi palabra, públicamente, de que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos no van a intervenir. Y, para mí, que ese es un compromiso sagrado. No, pésele a quien le pese, esa promesa la voy a cumplir.

—Pero, en tal caso, como van las cosas, el éxito de la operación está en peligro.

—Más que en peligro.

—Burke y los otros dicen que es posible salvarla.

—Pero con una intervención nuestra, que yo no voy a autorizar. No, yo creo que esa operación se está hundiendo y no hay quien la saque a flote.

—¿Y la brigada? Tenemos un compromiso con esos hombres.

—En eso estamos de acuerdo. Hay que hacer todo lo que podamos por ellos. Evitar que el prestigio de los Estados Unidos se afecte aún más y preservar cuantas vidas sea posible entre la gente de la brigada me parece que va a ser lo más importante, si el curso de los acontecimientos, tal y como van, no cambia.

—Más claro. Tú piensas que no hay nada que hacer para salvar una operación que ya parece insalvable, sino tratar de reducir los daños.

—Me parece lo mejor.

Ahora, como despertando de un largo sueño, no obstante que su ensimismamiento sólo había durado unos segundos, Kennedy volvió a intervenir, pero con el tono de voz y gesto de quien ha tomado una decisión.

—Caballeros —dijo—, son casi las dos y media de la madrugada y el tiempo apremia. He aquí lo más que estoy dispuesto a autorizar. Hoy, antes del amanecer, seis B-26 desde “Happy Valley” (Nicaragua) pueden salir hacia la zona de combate y realizar allí su tarea. Los *jets* del “Essex” pueden también volar pero no para combatir, sólo para darles

protección a los B-26, y sin disparar, nada más que interponiéndose entre ellos y los aparatos enemigos. ¿Entendido?

—Esto me parece muy ambiguo —comentó Burke dirigiéndose a Lemnitzer—, pero algo es algo.

Dean Rusk, un poco sorprendido, se acercó entonces a Kennedy.

— Pero —le dijo—, ¿esto nos involucra más en la operación!

A lo que el presidente, llevándose el filo de la mano derecha al cuello, respondió:

—Dean, ya estamos involucrados en eso hasta aquí.

A las 2:46 am, mientras Burke redactaba apresuradamente una nota con destino final al “Essex” y Bissell abandonaba con precipitación el lugar para desde el cuartel general de la CIA enviar el correspondiente mensaje a Nicaragua, la reunión se dio por terminada.¹⁶

XIV

Pero ya no había nada que hacer.

El destino de la Brigada 2506 ya había sido escrito apenas unas horas después de su desembarco, cuando, al amanecer, conforme las órdenes dadas por el propio Fidel Castro, los aviones de su fuerza aérea no se dedicaron a proteger la infantería que se enfrentaba a los invasores sino a atacar los buques de desembarco —donde venían tropas, armas y suministros. Como en el caso de las tropas que peleaban en tierra, los pilotos cubanos, disponiendo sólo de un puñado de B-26, Sea Fury y T-33, se lanzaban al aire con tanta audacia como precisión en el fuego. El primer día de combate ya habían derribado cinco aviones enemigos y hundido dos buques y un par de barcasas invasoras. Por otro lado, según pasaban las horas, la desigualdad en los recursos bélicos comenzó a tornarse contra la brigada al reforzarse el enemigo con el arribo al teatro de guerra de ametralladoras, morteros, tanques y hasta antiaéreas.

En realidad, Fidel Castro había dado desde el primer momento con la estrategia ganadora. Mientras sus aviones de combate y antiaéreas limpiaban el cielo cubano de enemigos, sus tropas, avanzando por los dos caminos que conducían a las costas del desembarco, a sangre y fuego, llegaron a éstas, haciéndose fuertes primero en un punto (Playa Larga) y creando las condiciones para batir al invasor cuando sólo les quedara un último redacto (Playa Girón).

Alrededor de las 5 pm del miércoles todo se había acabado.

La invasión que la CIA había preparado —con el apoyo del Pentágono y todo el gobierno de los Estados Unidos— durante más de un año, había sido hecha trizas en menos de 72 horas.

XV

Mientras los buques que transportaban la Brigada 2506, con su fuerte escolta naval norteamericana, surcaban las aguas del Caribe acercándose a Bahía de Cochinos, los miembros del CNR que presidía Miró Cardona corrían una insólita aventura. Will Carr (CIA), sin noticia previa, los había recogido por el mediodía a todos en el Hotel Lexington y los montó en un par de automóviles que los condujeron al aeropuerto de Idleport. Allí, sin

saber qué estaba pasando, debieron esperar varias horas. A eso de las siete de la noche se les ofreció una pequeña cena.

Carr no les dio la más mínima explicación del sentido de esos trajines.

—Ibamos a tomar un avión aquí en Idleport, pero el tiempo no lo permite —fue lo único que les dijo luego de la ce-

Hasta aquí Página 352

A partir de aquí Página 369

Johnny Rosselli —“un sujeto íntimamente vinculado a Sam Giancana, el prominente miembro del bajo mundo de la delincuencia chicogoense”— se había descubierto que la amante de este último, una tal Judy Campbell, tenía también relaciones íntimas con el presidente de los Estados Unidos. Y las pruebas de ello eran contundentes. El FBI tenía grabadas más de setenta conversaciones entre la Campbell y J. F. Kennedy. Desde luego, el FBI no tenía interceptados los teléfonos del presidente, pero sí los de Sam Giancana. Y la Campbell solía hacer sus llamadas a la Casa Blanca ¡desde la propia residencia del capo mafioso en la ciudad de Chicago!

Esta información debió traumatizar a Bobby Kennedy quien enseguida captó las implicaciones políticas de aquella situación. Pues, si su hermano compartía una amante con Giancana, este último tenía como quien dice en sus manos —vía chantaje o escándalo— la presidencia de los Estados Unidos.

Pero había otra complicación más.

Cerca de un año antes, en mayo de 1961, el FBI le había informado a Bobby Kennedy que la CIA estaba envuelta en un complot con Sam Giancana y otros mafiosos. El FBI pudo haber llegado a la conclusión de que el objetivo del complot era asesinar a Fidel Castro, deduciéndola de los incidentes de fines de 1960 —indiscreciones de Giancana en Miami e interceptación telefónica en Las Vegas— y el encubrimiento de esos hechos por parte de la CIA. Y ahora Bobby Kennedy se enfrentaba a otro problema. Pues, si Sam Giancana no sólo compartía una amante con su hermano el presidente sino que, además, estaba involucrado en un complot con la CIA Para asesinar a Fidel Castro, aquel mafioso podía

también poner en peligro —igualmente vía chantaje o escándalo— todos los planes que el Grupo Especial (Ampliado) intentaba poner en práctica para lograr el derrocamiento del dirigente cubano.

Bobby Kennedy, con presumible amargura, decidió entonces adoptar ciertas medidas inmediatas para hacer frente a la situación. Una de ellas consistió en suspender prácticamente la persecución a que el Departamento de Justicia tenía sometido a Sam Giancana con el fin de llevarlo a los tribunales, lograr su condena y meterlo en la cárcel. Ordenó que en lo sucesivo la actividad contra el mafioso se limitara a una vigilancia durante las 24 horas del día, pero cuando éste protestó por ello —sugiriendo así que iba a lanzar una contraofensiva— la vigilancia se atenuó y el Departamento de Justicia retiró su petición de que se le llevara a interrogatorio para someterlo a juicio. Bobby Kennedy dispuso además que el programa de 33 puntos de Lansdale (“Operación Mangosta”) se aplicara sólo en una primera fase de colección de inteligencia. Y unos meses más tarde logró que J. F. Kennedy rompiera —al menos públicamente— sus vínculos con Frank Sinatra, cuyos nexos con la Mafia (particularmente la de Chicago) conocía todo el mundo. Por otro lado, el propio presidente Kennedy había recibido copia del memorándum del FBI en que se revelaba la existencia del triángulo amoroso que él componía con la Campbell y Giancana. Muy probablemente, dadas las estrechas relaciones entre el presidente y su hermano Bobby, ambos debieron discutir el asunto. Bobby —que era muy puritano en cuestiones de sexo y matrimonio— debió aludir a razones de orden moral, pero sin duda enfatizando la bomba de tiempo política que aquellas relaciones llevaban implícita. Por comentarios que hizo posteriormente, también parece que le dijo a su hermano el presidente:

—Esas relaciones tuyas con la Campbell no sólo te ponen a ti y a la presidencia en manos de un tipo como Giancana, sino algo peor: los ponen a ambos, a ti y a la presidencia, en manos de ese cabrón que es Edgar Hoover.

Sin embargo, parece que fue Hoover el que puso fin al romance del presidente con Judy. El 22 de marzo de 1962, el director del FBI visitó la Casa Blanca para una merienda de trabajo con J. F. Kennedy.

¿Qué hablaron Edgar Hoover y el presidente durante esa entrevista?

No existen documentos que den respuesta a esa pregunta.

En cambio, una investigación posterior reveló que, luego de aquella conversación, no volvió a producirse ningún contacto —al menos telefónico— entre J. F. Kennedy y Judy Campbell.

V

En la decisión de limitar por el momento la Operación Mangosta a una fase de colección de inteligencia debió desempeñar también un papel el nuevo director de la CIA, John A. McCone, que había asumido el cargo en noviembre de 1961.

McCone era un hombre de negocios muy conservador y que militaba en las filas del Partido Republicano. Había alcanzado altas posiciones en la administración de Eisenhower (subsecretario de la Fuerza Aérea y presidente de la Comisión de Energía Atómica). Pero, cuando Kennedy le nombró director de la CIA —y de toda la comunidad de inteligencia norteamericana— la sorpresa fue general. McCone no sólo era republicano sino que no

tenía antecedentes de haber trabajado para la OSS o la CIA y carecía por tanto de experiencia en el campo de actividad para cuya dirección se le designaba. Sin embargo, Kennedy sabía lo que estaba haciendo. Su primera reacción, luego del desastre de Bahía de Cochinos, fue la de dismantelar por completo la Agencia. Después, pensándolo mejor, decidió que lo más práctico era reorganizarla, convivir con ella y utilizarla de acuerdo con sus propias concepciones. Para tales fines un hombre como McCone resultaba ideal, considerando su gran prestigio como empresario muy ejecutivo, serio y eficiente. Con McCone, en efecto, la actividad de la CIA experimentó un vuelco. Continuó desde luego desempeñando su papel como aparato de espionaje y subversión a escala mundial; pero, ahora, sin la autonomía, improvisación y aventurerismo que caracterizaron la era de Dulles y Bissell. McCone comenzó por rodearse de los elementos políticamente más conservadores pero profesionalmente más capaces hasta entonces marginados de la Agencia. Aparte su subdirector, el general Marshall Carter nombró al confiable Lyman B. Kirkpatrick como director ejecutivo, al experimentado analista Ray Cline como jefe del subdirectorío de Inteligencia y al ultrarreaccionario pero astuto y eficiente Richard Helms como jefe del subdirectorío de Servicios Clandestinos. McCone, a diferencia de Dulles — que dedicaba todo su tiempo a las intrigas de las acciones encubiertas— le dio la importancia que tenían las actividades de inteligencia a las que otorgó una máxima prioridad. En su estilo de trabajo —más bien colectivo— tampoco había lugar para las dilaciones e ineficiencias del burocratismo. Al respecto corrió cierta vez por la Agencia una anécdota bien expresiva. McCone llamó por teléfono a un alto funcionario pidiéndole ciertos datos. Estos eran tantos que el funcionario tuvo que tomar un lápiz y papel para apuntarlos. Cuando McCone terminó su pedido, aquél, lanzando una mirada de susto a la larga lista, dijo: “Es mucha la información que usted me solicita, señor, supongo que si le urge tanto la querrá para mañana”. Pero, atónito, escuchó que el Director le contestaba desde el otro lado de la línea telefónica: “¿Para mañana? No, señor. Para hoy... Si yo la quisiera para mañana, se la pediría mañana”.

Puede presumirse que cuando algunos de los expertos de la CIA comenzaron a estudiar el programa de 33 puntos presentado por Lansdale como contenido de la Operación Mangosta, quedaron despavoridos. Se trataba, sin duda, de algo así como un proyecto novelesco concebido por la más calenturienta imaginación. Algo puramente cerebral y sin ningún contacto con la realidad objetiva. Lansdale no sólo desconocía por completo la situación en Cuba sino también los requerimientos operativos más elementales implícitos en sus propuestas. Daba por hecho que éstas —incluso las más audaces— podían sin duda ponerse en práctica y, también sin duda, producir los resultados apetecidos. El proyecto en su conjunto, además, se ajustaba a un rígido cronograma que supuestamente conduciría de modo tan preciso como fatal al derrocamiento del gobierno de Fidel Castro el venidero mes de octubre. Era, en suma un proyecto a lo Dick Bissell —pero elaborado por alguien bien lejos de poseer el talento del exjefe de los Servicios Clandestinos de la Agencia.

McCone prestó atención a las observaciones de sus más cercanos colaboradores —muy especialmente a las del Subdirectorío de Inteligencia, cuyas informaciones y análisis, por vez primera en la historia de la institución, recibían la debida consideración por parte de un director. Y McCone, decidido a evitar el desprecio por la labor de información y análisis que, entre otros factores, habían conducido a la catástrofe de Bahía de Cochinos, discutió concienzudamente con sus asesores el plan de Lansdale (contrastándolo con su concepción

de la “Operación Mangosta” como una táctica de hostigamiento económico incluyendo sabotajes) y, al parecer, llegó a la conclusión de que era necesario se introdujeran en aquella propuesta elementos de mayor racionalidad.

Pero esta no era una tarea fácil.

Para los hermanos Kennedy la permanencia en el poder de Fidel Castro constituía no sólo un desafío a los Estados Unidos, sino una obsesiva pesadilla y hasta una humillación personal. El presidente Kennedy, no pudiendo sustraerse del recuerdo de Bahía de Cochinos, solía repetir una y otra vez a sus íntimos con un dejo de amargura en la voz: “Pero ¿es que voy a tener que cargar con esa cruz toda mi vida?”. Y luego, entre quejoso y exigente, comenzaba a lanzar imprecaciones demandando que se hiciera algo contra Cuba. Bobby Kennedy —especie de eco de los sentimientos de su hermano— incluso se comportaba a veces con una actitud histérica reclamando la adopción de medidas contra el régimen que encabezaba el líder de la vecina isla. Los dos hermanos, Pues, querían acción. Y desde luego que también el propio McCone quería acción, pues deseaba tanto como aquellos el derrocamiento de Castro, tal vez más, y, como director de la CIA, estaba dispuesto a impulsar todas las actividades de Inteligencia y subversión de que disponía la Agencia para ello. McCone, sin embargo, estaba decidido a que ese esfuerzo se llevara a cabo con seriedad y eficiencia —no con el espíritu aventurero que había conducido por ejemplo al fiasco de Bahía de Cochinos. Pero, ¿cómo discutir con los Kennedy —jóvenes, inexperimentados e imaginativos, dominados por el rencor y casi desesperados por poner en práctica planes tanto más atractivos para ellos cuanto más audaces— el programa de 33 puntos de la Operación Mangosta propuesto por Lansdale?

Fue probablemente a fines de aquel mes de febrero de 1962 que McCone decidió hablar sobre el tema con el presidente en una entrevista en la que estuvo presente el hermano de éste. Aunque por encima de todo un hombre de negocios, el director de la CIA no dejaba de ser también ducho en diplomacia política. Por tanto, no atacó sino que elogió el proyecto de Lansdale, pero al propio tiempo enfatizó que tenía ciertos aspectos que debían analizarse más antes de ponerse en práctica: por ejemplo, la falta de una buena labor previa de inteligencia capaz de ratificar cada punto del programa o de modificarlo si las informaciones recogidas así lo aconsejaban.

La sorpresa de McCone —que esperaba una discusión larga y seria sobre el tema— fue mayúscula cuando vio que su propuesta era aceptada inmediatamente.

—Sí —dijo John F. Kennedy—. Yo creo que hay que comenzar por llevar a cabo ese trabajo de inteligencia antes de lanzarnos a acciones concretas. Uno de los fallos del proyecto de invasión por Bahía de Cochinos consistió precisamente en eso: la falta de información. Imagínese usted que, entre otras cosas, se suponía que el desembarco tendría lugar por una playa de arena fina y resultó que lo que había allí era una costa de arrecifes coralinos que por poco acaba con las embarcaciones y los hombres.

Y luego, dirigiéndose a su hermano, el presidente dijo:

—Bobby, ocúpate de que en ese Grupo Especial Ampliado se siga la orientación de comenzar primero y llevar a cabo durante el tiempo que se requiera la labor de inteligencia necesaria antes de que se lancen las actividades previstas en la Operación Mangosta.

—Así se hará —prometió Bobby Kennedy.

Poco después, satisfecho del resultado de la entrevista, aunque sorprendido por el súbito frenazo que los Kennedy le daban a los aspectos más agresivos del proyecto de Lansdale,

McCone se retiraba. No podía imaginar que el cambio tenía bien poco que ver con la importancia de la labor de inteligencia que él defendía, sino con la vulnerable coyuntura por la que pasaban el presidente y su hermano —con Sam Giancana atravesado en sus vidas a virtud del triángulo amoroso con la Campbell y su complicidad con la CIA en la conjura para asesinar a Fidel Castro.

VI

El día 7 de mayo, Lawrence Houston (Consejero General de la CIA) y el coronel Sheffield Edwards, se reunieron con Robert Kennedy, a petición de éste, para un *briefing*. En esa reunión Houston y Edwards le informaron a Bobby Kennedy sobre la operación de la CIA con la Mafia para asesinar a Fidel Castro.

Bobby Kennedy —que tenía nociones sobre el asunto por el memorándum que le había enviado Hoover casi un año atrás, el 22 de mayo de 1961— escuchó en silencio.

—Había que ver —declaraba tiempo después Houston— la expresión acerada de los ojos del Sr. Kennedy, según recibía aquella información, cómo se le cuadraban apretadas las mandíbulas y el tono bajo y preciso de su voz las veces que dijo algo: todo él transpiraba un definido sentimiento de infelicidad.

Pero Bobby Kennedy no condenó la operación.

Lo que yo quiero —dijo al final— es que en lo sucesivo cualquier tipo de operación como ésta con la Mafia me sea informada.

Houston y Edwards asintieron, ratificándole sin embargo Rué aquella operación había sido cancelada desde hacía tiempo. Y varios días después —el 14 de mayo— respondiendo a una solicitud de Bobby Kennedy, el coronel Edwards le envió un memorándum resumiendo todo lo que le habían informado oralmente sobre el complot CIA-Mafia, en ese memorándum se volvió a reiterar que los planes de asesinato de Fidel Castro habían sido cancelados. Pero en ambas ocasiones —en la entrevista y en el memorándum— el coronel Edwards no estaba diciendo la verdad.

—¡El coronel Edwards le estaba mintiendo descaradamente a Bobby Kennedy! —diría años más tarde William Harvey.

Y Harvey tenía sobrados motivos para hablar así.

Entre fines de 1961 y principios de 1962, el ego de este corpulento y temperamental oficial de la CIA debía estar conmovido de satisfacción. Una tras otra se le venían encomendando importantes responsabilidades —y todas le prometían un ascenso más acelerado en su carrera de lo que había podido concebir hasta entonces. A comienzos de 1961 Richard Bissell le había encargado la elaboración del ultrasecreto proyecto “Acción Ejecutiva” (ZR/Rifle) que contemplaba la creación de una capacidad en la CIA para asesinar líderes extranjeros. En las postrimerías del propio año se le había puesto al frente de la “Fuerza de Tarea W” —el aparato creado en la CIA para llevar a la práctica la “Operación Mangosta” aprobada por el Grupo Especial (Ampliado) del CNS. Y ahora —alrededor de mediados de noviembre de 1961— se le asignaba un tercer y no menos importante trabajo.

Ello ocurrió cuando Richard Bissell le llamó a su despacho.

—Como sabes —le dijo Bissell— yo ceso en mi cargo aquí en la Agencia el próximo mes de febrero y me va a sustituir Helms.

—Sí, eso es lo que se rumora por ahí.

—Pues, es cierto. Ahora bien, Dick (Helms) y yo acordamos reactivar una importante operación encaminada a la eliminación de Fidel Castro. ¿Conoces algo de esto?

—No, en realidad no.

—Es una operación muy secreta que inició la Agencia junto con ciertos elementos de la Mafia y que consistía en envenenar a Castro precisamente en los días en que tendría lugar la invasión por Bahía de Cochinos. Ambos planes fracasaron, pero ahora se trata de proseguir el de envenenamiento. Tú estarías a cargo de esto.

—De acuerdo.

—Algo importante además: ¿recuerdas el proyecto “Acción Ejecutiva” o ZR/Rifle que te encargué a principios de año?

—Yo empecé a trabajar enseguida en eso, pero...

—No necesito explicaciones. Lo que quiero señalarte es que esta reanudación de la operación de envenenamiento la vamos a poner dentro del contexto de ZR/Rifle.

—Entendido. Pero ¿continuaríamos utilizando a esa gente de la Mafia?

—Esa sería una decisión que tendría que tomar Dick Helms. Yo voy a llamarlo y pedirle que te reciba. Desde ahora debes actuar siguiendo sus indicaciones.

—Así lo haré.

Harvey se entrevistó poco después con Helms y este le ratificó lo expuesto por Bissell acerca de la reactivación del complot con la Mafia para asesinar a Fidel Castro.

La conversación fue breve y terminó cuando Helms le dijo a Harvey:

—Ahora, póngase en contacto con el coronel Edwards que es quien tiene todos los antecedentes de esta operación.

Harvey fue entonces a ver a Edwards y éste le impuso de todos los detalles del complot. Finalmente, Edwards le dijo a Harvey: Debes ponerte en contacto enseguida con Jim O’Connell. Yo quiero que Jim se mantenga aún vinculado a esta operación por un tiempo, de manera que no pierda su sentido de continuidad. Pero tu eres por supuesto, desde ahora, el que está responsabilizado con ella.

Poco después —ya entrado el año 1962— William Harvey Y Jim O’Connell, puestos de acuerdo, hicieron un viaje a Miami para entrevistarse con Rosselli, a quien citó para el encuentro.

Harvey, ya ejercitando la jefatura de la operación, le dijo a Rosselli:

—Ahora sí vamos a tener éxito con este proyecto. Usted debe mantener sus contactos con los cubanos que participaron en él la vez anterior. En cambio, no quiero que haya más tratos con Maheu ni con Giancana.

—Conforme. Pero hacen falta nuevas cápsulas (venenosas). Las otras, ni se sabe a dónde fueron a parar. ¿Puede arreglarse eso?

—Por supuesto.

El 8 de abril, Harvey, O’Connell y Rosselli se reunieron en Nueva York para cambiar impresiones sobre la marcha del complot. Rosselli informó que todo iba bien, pero reiteró que hacían falta las cápsulas envenenadas. Harvey le dijo que todavía no estaban listas. Pero diez días más tarde en la sede de la CIA en Washington, O’Connell recibió una llamada desde la División de Servicios Técnicos.

—Tenemos aquí algo con instrucciones de entregárselo a usted —le comunicaron.

—Enseguida voy para allá.

O'Connell fue de inmediato a los laboratorios de la Agencia donde recibió, cuidadosamente envuelto, un frasquito que contenía cuatro cápsulas. Eran de toxina butolina, según le informaron, pero todavía mejor preparadas —y, por tanto, más eficaces— que las elaboradas en ocasiones anteriores.

O'Connell, sin perder tiempo, entregó el paquetito a Harvey y éste, luego de hablar por teléfono con Rosselli, tomó un avión rumbo a Miami.

Cuando se encontraron, Harvey preguntó:

—¿Cómo va la operación?

—Todo perfecto —contestó Rosselli—. Ya hablé con el cubano que va a realizar la tarea.

Es el mismo que utilizamos el año pasado.

—¿No fallará ahora?

—Yo espero que no. En realidad, esa persona y los otros cubanos que están con él tienen la intención no sólo de liquidar a Fidel, sino también a Raúl Castro y el Che Guevara.

—OK —dijo Harvey, luego de pensarlo un poco—. Estoy de acuerdo. Está muy bien todo eso que ellos quieren hacer.

—¿Y las cápsulas?

—Aquí las tienes —respondió Harvey, sacando de un bolsillo de su chaqueta el pequeño paquete que poco antes le había entregado O'Connell—. Son aún mejores que las que se intentó utilizar la otra vez. Estas son eficaces en cualquier parte, en cualquier momento y con cualquier cosa.

—Estupendo.

—Entonces, todo está arreglado.

—No, todo no. Los cubanos dicen que hay que suministrarles ciertas cosas... armas, equipos de comunicación y navegación... qué se yo.

Harvey reflexionó un momento.

—Bueno —dijo al cabo—, hazme una lista de lo que quieren.

Dos días más tarde Rosselli le suministraba la lista y Harvey, luego de echarle un vistazo, dijo:

—OK, no hay problemas.

A la siguiente semana se entrevistó de nuevo con Rosselli, dándole la dirección de un lugar donde debía estar al otro día a cierta hora y, también, el duplicado de las llaves de un vehículo.

Rosselli estuvo puntual en el sitio convenido: la esquina de una calle bastante desierta, frente a un área de estacionamiento. Allí esperó un rato hasta que vio acercarse una camioneta tipo U-Haul que se introdujo en el parqueo y de la cual el conductor, sin mirar a ningún lado, descendió para desaparecer en cuestión de segundos. Entonces Rosselli se dirigió a la camioneta, la arrancó con las llaves que le había dado Harvey y partió del lugar. Poco después se introducía con el vehículo en el amplio garage de una casa en los suburbios de la ciudad, donde un hombre miope, trabado y algo calvo le esperaba. Rosselli se apeó del vehículo, saludó al individuo y, luego de comprobar que no había nadie por las cercanías, abrió la puerta trasera de la camioneta. Ambos miraron lo que había dentro. No pudieron evitar mirarse uno a otro con una sonrisa cómplice y satisfecha.

—¿Qué te dije? —comentó Rosselli frotándose las manos— ¿Cumplimos o no cumplimos lo que se te prometió?

—Cumplieron —dijo el otro, que era nada menos que “Tony” Varona.
—Ahora les toca a ustedes hacer buena su palabra.
—No les fallaremos —dijo “Tony” y volvió a lanzar una mirada al interior de la vagoneta y su carga: explosivos, detonadores, rifles, pistolas, radios y radar para embarcaciones. Ese mismo día y aproximadamente a la misma hora. Harvey, ya de regreso en Washington, le informaba al coronel Edwards:
—El cubano tiene las cápsulas envenenadas y también los materiales y equipos que pidió. Todo esto sólo costó \$5 mil.
—¿Tu crees que esta vez la operación tenga éxito y liquidemos a Castro?
—Yo creo que sí.

Esta conversación tuvo lugar sólo una semana antes de que Edwards le informara a Bobby Kennedy que la operación de la CIA para asesinar a Fidel Casto se había cancelado meses atrás y decidido no ser reactivada.

VII

Hacia el verano de 1962 los hermanos Kennedy llegaron a la conclusión de que nuevamente eran favorables las condiciones para impulsar la Operación Mangosta y, en general, una nueva ofensiva contra Cuba. Las informaciones de que se disponían revelaban que la economía cubana atravesaba por un periodo de crisis —en gran medida producto de la desorganización e ineficiencia productivas agravadas por el bloqueo norteamericano—, pero al mismo tiempo Castro mantenía su actitud desafiante hacia los Estados Unidos y todos los indicios señalaban que con la cooperación de la Unión Soviética estaba fortaleciendo aceleradamente la capacidad militar de su país para responder a cualquier ataque norteamericano. Algunos —entre ellos McCone— insinuaban que los rusos podían estar preparándose para instalar “misiles ofensivos” en la isla. Aparte todo ello —y la animosidad anticastrista de los más altos niveles del gobierno de los Estados Unidos— se acercaban las elecciones legislativas parciales de noviembre y Cuba, nuevamente, constituía una pieza decisiva de las campañas tanto de los demócratas como de los republicanos. Era el momento para que John F. Kennedy aprovechara políticamente su por otro lado sincera aversión y combativa actitud contra el régimen cubano.

El viernes 10 de agosto, en las oficinas del secretario de Estado, Dean Rusk, se celebró una reunión del Grupo Especial (Ampliado) que comenzó acordando dar por terminada la fase de inteligencia de la Operación Mangosta y abriendo el debate acerca de las medidas concretas de acción y adoptar contra Cuba. La discusión la inició el coronel Lansdale sometiendo una propuesta —“Curso B Acelerado”— que incluía operaciones para “ejercer todo tipo de presiones políticas, diplomáticas, económicas, psicológicas y otras con el fin de derrocar el régimen de Castro sin una intervención abierta de los Estados Unidos”. Ese plan, luego de intenso debate, fue rechazado. El intercambio de ideas, entonces, a pesar del ceño adusto de Lansdale, adquirió un rumbo más reflexivo. McNamara (Defensa) se

manifestó preocupado porque las actividades de los agentes anticastristas pudieran dañar a los Estados Unidos ante los ojos de la opinión pública mundial. Esto sugirió al general Taylor (Estado Mayor Conjunto) que debía considerarse la posibilidad de cambiar los objetivos de la Operación, consistentes en el derrocamiento de Castro, por otros que representaran un esfuerzo concentrado por llevar ese régimen al fracaso. McCone (CIA) — con gesto enfáticamente aprobatorio de Rusk— señaló que, dado que no era fácil sacar a Castro del poder, la línea más razonable consistía en tratar de distanciarlo de los viejos comunistas.⁸

—Si aceptamos el “Curso B Acelerado” que aquí se ha propuesto —dijo McCone—, estamos corriendo el riesgo de invitar a que en Cuba se produzca una insurrección interna que acabaría por convertirse en un baño de sangre como en Hungría. Es decir, que tal desenlace forzaría a una intervención directa y abierta de los Estados Unidos. ¿Estamos en condiciones de llevar a cabo esa intervención? ¿Sería conveniente? Si la respuesta a estas preguntas es negativa, entonces mi proposición tiene mucho más sentido porque evitaría los riesgos de una insurrección interna de consecuencias actualmente impredecibles. Los asistentes a la reunión estuvieron de acuerdo con ese razonamiento aunque haciendo la salvedad de que debían mantenerse —y aún reforzarse— las operaciones de sabotaje. Pero la alusión de McCone a las posibilidades de que en Cuba se produjera un levantamiento que daría lugar —interviniendo los Estados Unidos— a un baño de sangre, sugirió en algunos de los presentes la idea de resolver los problemas con el gobierno de Fidel Castro asesinando a este último.

Parece que fue McNamara quien puso el tema sobre la mesa, aunque no como propuesta sino como interrogación:

—¿Y qué pasaría —se dice que preguntó— si se eliminara a Fidel Castro?

McCone, según su propia versión posterior, replicó de inmediato.

—Si por eliminar, como es usual en estos casos, se entiende asesinar, yo creo que sobre eso no hay nada que discutir. Es un procedimiento fuera de lugar en lo que al gobierno de los Estados Unidos y la CIA concierne. Es una idea que el gobierno norteamericano no puede tomar en consideración desde un punto de vista ético y moral. Yo me opongo a que ese tema se discuta aquí e incluso a que se le mencione en las actas de esta reunión.⁹

Edward Murrow, director de la USIA o Agencia de Información de los Estados Unidos, que estaba presente, secundó a McCone.

Pero durante algunos minutos el asunto mantuvo caldeado el ambiente.

Por otro lado, Lansdale, que había estado tomando notas de lo que se decía en la reunión, envió tres días más tarde —el 13 de agosto— un memorándum a Harvey definiendo el listado de actividades a realizar contra Cuba. Entre ellas incluía la “liquidación de sus líderes”.

Cuando Harvey leyó esto último en el documento tuvo uno de esos raptos de cólera tan típicos de su temperamento. Le envió enseguida una nota a Richard Helms, quejándose de la indiscreción de Lansdale y, sin poder contenerse, le pidió una entrevista a este último apareciéndosele en sus oficinas poco después.

Apenas saludó, Harvey le espetó al coronel:

" McCone parece que vino a enterarse un año después de los complots de la propia CIA contra la vida de Fidel Castro. Pero la interpretación que dio a la pregunta de McNamara se pudiera explicar también por la rivalidad existente entre la CIA y el DIA (Defense

Intelligence Agency) creado por el mismo McNamara y que representaba los intereses del Pentágono. Años más tarde McNamara calificaría la “operación Mangosta” (e implícitamente los complotos contra la vida de Fidel Castro) como una “perfecta estupidez” sólo comprensible dentro de la atmósfera enajenante de la Guerra Fría.

—¿Revisó usted bien ese memorándum que me envió?

—Claro que sí.

—¿Incluso la parte en que habla de la “liquidación de los líderes cubanos”?

—Bueno, sí, también.

—¿Y no se da cuenta usted de que es tan inadmisibile como imbécil aludir a eso en un documento oficial... ponerlo por escrito?

—Bueno, yo... es decir...

—Eso que ha hecho usted, me veo obligado a repetírselo, es tan inadmisibile como estúpido.

—Lo siento, como es un documento interno y clasificado yo creí que...

—¡Usted no debiera creer nada! Para su información, sepa que yo mismo taché esas palabras del memorándum.

— ¡No me diga! Pero...

—No hay peros que valgan. Buenas tardes.

Y se marchó con el rostro aún encendido por la ira.

Durante la segunda mitad de agosto la actividad del gobierno norteamericano con relación a Cuba se intensificó aún más. El día 20 el general Taylor le dijo al presidente Kennedy que el Grupo Especial (Ampliado) no veía posibilidades de un levantamiento interno en Cuba sin una intervención militar directa de los Estados Unidos y que él era partidario de imprimirle mayor agresividad a la Operación Mangosta. El día 23 McGeorge Bundy circulaba el Memorándum No. 181 del CNS en el que se decía que, por instrucciones del presidente, “la línea de actividad del Plan B Plus de la Operación Mangosta debía desarrollarse a toda velocidad”. Al día siguiente, 24, en una conferencia de prensa John F. Kennedy declaraba: “Yo no soy partidario de invadir a Cuba... por el momento”. Mientras tanto, 7 500 *marines* —con el apoyo de 4 portaviones, 20 destroyers y 15 buques de transporte de tropas— llevaban a cabo un ejercicio militar (Philbriglex-62) en un islote cercano a Puerto Rico. El objetivo de ese ejercicio, se supo, consistía en liberar a una supuesta “República de Vieques” de la tiranía de un dictador llamado “Ortsac”. La intención era evidente. Bastaba con deletrear el nombre “Ortsac” al revés.¹⁰

Capítulo 10

JUEGOS OPERATIVOS

I

Bajo el impulso de la Operación Mangosta, la estación de Miami se convirtió en la mayor que tenía la CIA en todo el mundo. Su nómina llegó a contar entre 600 y 700 oficiales, agentes y otros empleados, pero indirectamente trabajaban para ella más de 3 mil personas. Su presupuesto llegaba a unos \$500 millones anuales.

A la estación se la bautizó con el nombre de JM/WAVE y se la trasladó de su anterior domicilio en Coral Gables en un lugar del sur de Miami, ocupando el edificio de la abandonada Estación Naval y Aérea de Richmond, un inmueble que la Marina donó a la Universidad de Miami, a condición de que la cediera por un tiempo para su uso por la CIA. El jefe de JM/WAVE era Theodoro Schackley, un hombre que, pese a su juventud (34 años), ya había estado al frente de las estaciones de Laos y Vietnam del Sur, trabajando luego en Berlín bajo las órdenes de William Harvey. Schackley, alto, incansable y de un distinguido acento bostoniano en su manera de hablar, tenía como segundo a Gordon Campbell, un tipo de también aventajada estatura, cabellos plateados y curiosos hábitos — como el de vivir en un lujoso yate.

Según crecía en personal y recursos, JM/WAVE comenzó a parecerse cada vez más, en su estructura y funcionamiento, al cuartel general de la CIA que ya en 1962 se había mudado de los viejos y carcomidos edificios al costado del Lincoln Memorial para su nueva, enorme y suntuosa sede en medio de los bosques de Langley, Virginia, no lejos de Washington. JM/WAVE llegó a ser algo así como un pequeño microcosmos copiado al carbón de su casa matriz en Langley —con su papeleo, compartimentación, recelos e intrigas en la lucha por el ascenso y hasta ostentación en el exhibicionismo de las jerarquías burocráticas. Schackley y Gordon tenían para su uso conspicuos Cadillacs. Los funcionarios de un segundo nivel utilizaban Pontiacs. Y la masa de oficiales y agentes de inferior categoría —el elemento lumpen del espionaje y la subversión, como se decía— tenía que conformarse con más modestos Chevrolet, Plymouth y Dodge.

El flujo de personas entre Langley y Miami llegó a adquirir tal intensidad que a mediados de 1962 se comentaba que más de la mitad de los pasajeros del vuelo diario de la Eastern Airline entre Washington y la ciudad floridana eran de la CIA. Muchos de ellos se movían constantemente en un sistemático ir y venir. Pero una buena parte estaba constituida por gente designada para trabajar en JM/WAVE por tiempo indefinido y a veces se mudaban con familia y todo para Miami. Este movimiento masivo influyó incluso en el mercado de bienes raíces de la ciudad: los solares, casas y apartamentos subieron de precio. En JM/WAVE, entonces, se organizó una pequeña unidad para facilidades de alojamiento del personal que llegó a contar con una verdadera red de viviendas así como suites en hoteles y moteles situados en puntos apropiados de la urbe. La escala de estas actividades era tal que resultaba imposible mantener la discreción. En Miami, todo el mundo sabía que la “Hospedería de la Universidad” (*Universty Inn*) —cerca del *campus* de ese centro de estudios—, igual que el Hotel Dupont Plaza, eran casas de tránsito para personal de la CIA. Y que agentes, oficiales y elementos vinculados a la Agencia solían utilizar para alojamiento y puntos de reunión lugares como el Stuft Shirt Lounge del Holiday Inn de la avenida Brickwell y también el Lounge de los hoteles Ambassador, Weverly Inn y 27 Birds. Cualquiera chistoso al que se le ocurriera por entonces llegar a uno de esos lugares sobre las nueve de la noche y gritar sorprendentemente un estentóreo “¡Atención!”, hubiera podido comprobar la acción de los reflejos condicionados al ver que más de la mitad de la concurrencia se ponía inmediatamente en pie —cuadrándose.

La estación JM/WAVE de la CIA en Miami, para llevar a cabo sus actividades de espionaje, subversión y piratería en Cuba, llegó a disponer de más de medio centenar de firmas de negocios que utilizaba como fachada para sus operaciones. Estas empresas aparecían legalizadas para funcionar como agencias de viajes, comercio de diversa índole,

investigaciones detectivescas privadas, talleres de reparación de motores, explotación pesquera, investigaciones marinas... Incluso venta legal de armas. A veces, para dar consistencia a su leyenda, realmente se desenvolvían actuando como tales. Pero, en la práctica, se dedicaban a su tarea fundamental de recoger información sobre la coyuntura interna en Cuba a través de sofisticados medios de comunicación con los agentes en La Habana y otros lugares o de los exiliados que recién acababan de abandonar el país; organizar, trazarles sus planes de acción y facilitarles recursos de todo tipo a los grupos subversivos anticastristas que operaban dentro y fuera de la isla; facilitar embarcaciones de alta velocidad, capacidad de movimiento en las más diversas condiciones marinas y fuertemente artilladas,¹ para operaciones de comandos e incursiones de infiltración y exfiltración de agentes por las costas cubanas así como descargar en éstas armas, explosivos y medios de sabotaje; entrenar y proveer medios de navegación y combate a elementos especializados en asaltos de corte pirateril a buques mercantes, embarcaciones de pesca y guardacostas que vinieran de o fueran a los puertos cubanos.

JM/WAVE devino así no sólo en la más grande —por su personal y recursos— de las estaciones de la CIA, sino también la más activa, indisimulada y belicosa. Pero estas características le hubiera sido imposible lograrlas sin un apoyo no ya sólo institucional — como el que le brindaba la Universidad de Miami y periódicos como el “Miami Herald”— sino a nivel de las autoridades de la Florida y el propio Miami. A la CIA se le permitía hacer y deshacer a su antojo, incluso violando la legislación —federada, estatal y municipal— vigente. Podía registrar sin problemas firmas falsas de negocios, realizar fraudes en las declaraciones juradas, llevar a cabo viajes marítimos y aéreos sin autorización, almacenar sin permiso armas y explosivos, evadir impuestos, violar día por día y hora por hora la Ley de Neutralidad y las regulaciones de inmigración de los Estados Unidos. En realidad, una lancha rápida, obviamente con una carga rara y visiblemente bien artillada, podía pasar junto a un guardacostas de servicio sin ser molestada —con la sola condición de que desde abordaje se le diera el grito de contraseña cotidianamente acordado con JM/WAVE. Más aún. En Miami bastaba a un chofer que contraviniera el código del tránsito el mostrar su carnet de la CIA, para que la policía le perdonara la multa y lo despidiera con una palmadita en el hombro y una sonrisa cómplice en el rostro.

II

La CIA —generalmente operando a través de JM/WAVE— organizaba y proveía de recursos a las numerosas organizaciones contrarrevolucionarias que comenzaron a operar en Cuba casi desde 1959. Al principio esa actividad era dirigida desde la estación de la CIA que operaba en la embajada norteamericana en La Habana siguiendo las instrucciones del cuartel general de la Agencia en Washington. Fue trabajando de esa manera que se planeó en julio de 1960 el asesinato o “accidente” contra Raúl Castro. Pero, a partir del 3 de enero de 1961, cuando apenas tres semanas antes de finalizar su mandato el presidente Eisenhower rompió las relaciones diplomáticas con Cuba, la dirección de los grupos subversivos comenzó a llevarse a cabo utilizando la estación de la CIA en Miami. Esta tarea la realizaba la Agencia infiltrando agentes en la isla que enseguida se conectaban con los grupos de oposición clandestina y manteniendo con ambos comunicación a través de los más refinados métodos disponibles en la época —desde correspondencia portando mensajes

con tinta invisible y microfilmes ocultos hasta equipos de radio con sistemas de cifrado y descifrado automáticos. La Agencia también lograba infiltrar por las costas más desiertas cargamentos de armas y explosivos que luego se distribuían a través de las redes de espionaje, subversión y sabotaje existentes en el país. Y durante un periodo suministró todo tipo de apoyo —incluyendo lanzamiento de armas y vituallas por vía aérea— a grupos de guerrilleros “alzados” en las montañas, singularmente en las de la Sierra del Escambray en la región central de la isla.

A los casi, para la época, fabulosos recursos puestos en juego por la CIA contra la Revolución Cubana, particularmente a través de JM/WAVE, el gobierno de la isla solo podía poner los más modestos de su novel aparato de Seguridad del Estado. Era un enfrentamiento bastante desigual, sobre todo en los primeros tiempos, pues luego —sorprendentemente dado el desequilibrio en medios materiales y humanos— la lucha entre ambos contendientes tendió a emparejarse y en un balance final —con el proceso revolucionario y su máximo líder aún en pie y tan desafiantes como décadas atrás— no pareciera que la CIA tiene motivos para jactarse de su ejecutoria, como no sea en términos del carácter tan multilateral como intensivo de sus actividades, y su cuantía *in crescendo*. Entre 1959 y 1963 la Agencia, partiendo del aliento y organización de solo unos pocos grupos clandestinos de oposición, logró montar todo un universo de decenas y decenas de organizaciones contrarrevolucionarias (se dice hasta alrededor de trescientas) convenientemente dotadas de medios de comunicación, instrucciones operativas, armas, utilaje para actos de sabotaje y similares, dinero; bajo su dirección, las acciones de terrorismo (desde atentados a centros de producción hasta asesinatos) pasaron desde unos cuantos de fácil sumatoria con sólo leer la prensa cubana de 1959 a la increíble (y, por demás, reconocidamente subestimada) cifra de más de 5 700 el solo año de 1962; y las bandas de “alzados” en las montañas, considerando nada más los seis meses que corren entre marzo y septiembre del propio año 1962, pasaron de 42 a más de 80. Todo ello sin contar emprendimientos tales como la abortada invasión por Bahía de Cochinos y las tres docenas de complots contra la vida de Fidel Castro. Cómo la contrainteligencia —y los otros órganos de la Seguridad del Estado de Cuba— pudieron hacerle frente —y en la mayor parte de los casos neutralizar— tan mortal y abrumadora ofensiva, requeriría una exposición que trasciende con mucho los objetivos de esta obra. Algunos elementos de juicio, acudiendo a las fuentes oficiales cubanas, sin embargo, pudieran apuntarse al respecto.

III

Una buena parte de las operaciones de la CIA —como las aéreas para incendio de cañaverales, bombardeo a instalaciones portuarias y ataques a unidades mercantes o pesqueras— las llevaban a cabo aviones o embarcaciones procedentes de Miami o algún otro lugar de la Florida. También partiendo de esas bases se utilizaban “buques madres” que conducían embarcaciones más ligeras que llegaban hasta puntos desiertos de las costas cubanas donde solían dejar ocultas armas y explosivos destinados a planes de sabotaje. A tal efecto, la CIA había creado en Miami, entre otros, el “Grupo de Misiones Especiales” con equipamiento adecuado y hombres debidamente entrenados para estas tareas.

Realizaron cientos de misiones y desembarcaron armas a escala sólo cuantificables en toneladas.

Algunas de esas operaciones contemplaban proyectos muy ambiciosos, pero que no siempre tuvieron éxito.

En 1962 se liquidó por los órganos de Seguridad del Estado —incluyendo los cuerpos de guardafronteras, milicias y otros— una red denominada Frente Occidental Unido (FOU) que encabezaba, bajo control y con recursos de la Agencia, un exoficial de la tiranía llamado Esteban Márquez Novo (que utilizaba diversos nombres de guerra: “Abad”, “Plácido”, “El tío”, “Charlie” y “Valentín”). La red —que llegó a contar con 517 integrantes— tenía como centro varios puntos de la provincia occidental de Pinar del Río, pero con ramificaciones en La Habana e Isla de Pinos. Poseía una organización militar con estado mayor y ocho comandancias en distintas zonas, disponiendo de más de 200 armas automáticas, cientos de barras de explosivos plásticos y un sinnúmero de otros medios —incluyendo los de comunicación con Miami—, aunque Márquez Novo viajaba frecuentemente a esta ciudad en lanchas rápidas, para sus contactos con JM/WAVE. Bajo la dirección, entre otros, del capitán San Luis² —un veterano de la lucha guerrillera de sólo 22 años— los órganos de Seguridad del Estado pudieron aniquilar la red completa. Cercado, Márquez Novo destruyó toda la documentación que traía consigo y se suicidó.

A veces se trataba de incursiones con objetivos más específicos.

Durante la noche del 20 al 30 de octubre de 1962 —en medio de la conmovedora Crisis de los Misiles— fue infiltrado, en un lugar de las costas de Cuba, Miguel Ángel Orozco Crespo, nada menos que el jefe de los Grupos de Misiones Especiales de la CIA (JM/WAVE). Orozco desembarcó con una docena de hombres con el propósito concreto de sabotear las

* Elíseo Reyes, quien cayó años después combatiendo junto al Ché Guevara en Bolivia. minas de cobre de Matahambre (Pinar del Río). Traían consigo material que, si llega a explotar allí, le hubiera costado la vida a más de 400 trabajadores. Este sabotaje había sido discutido y aprobado por el Grupo Especial (Ampliado) del CNS en el contexto de la “Operación Mangosta”.

Sin embargo, un instrumento fundamental de las actividades de la CIA contra el gobierno de Fidel Castro lo constituían las organizaciones contrarrevolucionarias que operaban en Cuba a veces con parte de su dirigencia refugiada en Miami y, siempre, desenvolviéndose en íntimo contacto —por radio, a través de agentes y otros medios— con la Agencia. Entre 1960 y 1962, por ejemplo, ésta tenía vínculos o manipulaba directamente decenas de ellas tales como el “Movimiento Revolucionario del Pueblo”, “Movimiento de Recuperación Revolucionaria”, “Movimiento Revolucionario 30 de Noviembre”, “Movimiento de Recuperación Cubano”, “Resistencia Cívica Anticomunista”, “Frente Anticomunista de Liberación (I y II)”, “Unidad Revolucionaria”, “Rescate Revolucionario Democrático”, “Directorio Revolucionario Estudiantil” —y muchas más. Curiosamente casi todas utilizaban el término “revolucionario” porque, dado el ambiente político existente en Cuba, era el único aceptable para reclutar gentes con el fin de realizar actividades que representaban exactamente lo contrario. A pesar de ello, ninguna de esas organizaciones alcanzó una membresía numéricamente significativa ni logró contar con las simpatías de sectores importantes de la población.

Por otro lado, casi desde un principio, los órganos de Seguridad del Estado de Cuba — cuando aún se encontraban en su más incipiente etapa de desarrollo inicial— descubrieron algunas técnicas operativas que rápidamente probaron su eficacia.

En noviembre de 1959, cuando todavía Fidel Castro no llevaba un año en el poder, la CIA organizó una agrupación subversiva llamada “Milicia Anticomunista Obrera y Campesina” (MAOC). El “delegado” principal de la Agencia en esta organización —por cierto que compuesta fundamentalmente por elementos de la derrocada dictadura de Batista algunos de ellos con notorios antecedentes de criminalidad se hacía llamar “Fausto” y su rabioso anticomunismo le permitió intimar bastante con el mayor Robert Van Horn (jefe principal de la estación de la CIA en La Habana) y su cercano colaborador el coronel Nichols. Tanto Van Horn como Nichols trabajaron durante meses con “Fausto” en la preparación de un plan terrorista que incluía la voladura de la refinería “Esso” y la de la planta termoeléctrica y Tallapiedra en La Habana, el apoyo a grupos de alzados en El Escambray y otras provincias, así como en varios proyectos de atentados contra la vida de Fidel Castro y otros dirigentes de la Revolución.

“Fausto” a veces entraba en contacto con Van Horn a través de Geraldine Shamma³—una rica viuda bostoniana. Geraldine poseía una suntuosa residencia en el barrio habanero de Miramar y, junto a la piscina, había construido dos habitaciones donde ocultaba contrarrevolucionarios y armas. Sabiéndose vigilada, escribía sus mensajes a “Fausto” y sus colegas de actividades subversivas en papelitos que envolvía en papel de celofán y ponía dentro de la boca de su perrito —un cocker spaniel negro llamado “Kipper”— con el que solía pasear por las tardes. En el hueco del árbol que había en el césped que rodeaba una iglesia cercana —y que le servía de “buzón”—, luego de extraer el paquetito encelofanado de la boca de “Kipper”, dejaba sus mensajes.

En noviembre de 1960, un día, el G-2 se presentó en la casa de Geraldine, la detuvo, se incautó de un gran *caché* de armas y, luego de una redada por la ciudad, arrestó a los miembros de la MAOC y otros contrarrevolucionarios. Geraldine estuvo presa por un tiempo,⁴ pero Van Horn salió indemne por su status diplomático, aunque por mucho tiempo estuvo intrigado por la forma tan precisa y completa con que se había deshecho aquella organización subversiva a la que dedicó tanto esfuerzo. La respuesta a esa incógnita era muy sencilla “Fausto” —con quien había mantenido relaciones durante prácticamente un año organizando todo tipo de operaciones terroristas contra el gobierno de Fidel Castro— era un oficial de la Seguridad del Estado.

La penetración de un grupo subversivo por los aparatos de seguridad cubanos a veces tenía un desenlace rápido.

A principios de septiembre de 1962, el contrarrevolucionario Juan Galimenéndez Acosta le confió a otro miembro del llamado “Movimiento de Recuperación Cubano”:

—Ya pronto vamos a dar otro golpe.

—¿De qué se trata?

—Ven conmigo.

Y Galimenéndez llevó a su amigo a un lugar donde le mostró unos materiales que tenía cuidadosamente escondidos:

—¿Y qué es esto?

—Material para confeccionar cápsulas incendiarias.

—¡Pero es mucho material!

—Lo suficiente para quemar quince cines, quince terminales de ómnibus y tres comercios.

— ¡Alabado sea Dios!

—Un fenómeno, chico, lo que tengo aquí es un fenómeno.

—¿Y cuándo será el golpe?

—Ya te avisaré.

Unos días más tarde, cuando transitaba por una calle de La Habana en su automóvil, acompañado de un cómplice, Galimenéndez fue detenido.

Tenía 80 cápsulas incendiarias y dos pomos de permanganato de magnesio en el maletero del vehículo. Tres de ellas explotaron poco después del registro, pero sin ocasionar daños. Galimenéndez nunca supo que el supuesto miembro de su grupo al que había confiado sus planes terroristas era un agente de la Seguridad del Estado.

En realidad, había ocurrido lo siguiente.

El Gobierno Revolucionario de Cuba se mantuvo muy firme, desde el primer momento, en el principio de enfrentar la oposición subversiva evitando el uso de ciertos repudiados métodos represivos. Esta política se consideraba parte inseparable de las concepciones éticas del proceso revolucionario. Pero, además, se sustentaba en el hecho de que a la lucha contra la tiranía se habían sumado muchos cubanos —en verdad la mayoría del pueblo— entre otros motivos como reacción ante los crímenes que aquella había cometido por mantenerse en el poder utilizando al por mayor el maltrato físico, la tortura y el asesinato. En Cuba, las víctimas —centenares y quizá miles— de aquellos procedimientos, cuando cayó la dictadura, recibieron consideración de mártires, y sus victimarios —salvo los que lograron huir del país— fueron condenados conforme a la gravedad de sus acciones (en un número de casos a la pena de muerte) en juicios públicos presenciados por toda la población.

Esta cancelación de la violencia física contra los prisioneros, sin embargo, tuvo una quizá inesperada consecuencia. Los Órganos de la Seguridad del Estado se vieron forzados a desarrollar al máximo técnicas de investigación y penetración del enemigo. La vigilancia —facilitada por el apoyo popular—⁵ de los movimientos de personas sospechosas involucradas en actividades subversivas y terroristas —generalmente, como se comprobaba luego, con apoyo de la CIA— adquirió grados de refinamiento excepcionales. Y se descubrió que la violencia física no sólo era cruel y abusiva, sino además ineficiente. El patrón del interrogatorio a un detenido asumía formas típicas. El detenido comenzaba por negar los cargos y dar una versión equívoca sobre sus actividades. Los oficiales de seguridad le escuchaban y luego —cortésmente pero con firmeza— le narraban, día por día y hora por hora, lo que en realidad había estado haciendo en ocasiones durante un periodo de meses. Atónito, el detenido se veía forzado a reconocer acciones que había llevado a cabo y a veces ni recordaba —no al menos con la precisión con que se le exponían. El derrumbe psicológico era inmediato y, a partir de ahí, lo confesaba todo.

Otro método consistió en la penetración de las organizaciones contrarrevolucionarias —un trabajo tenso, sutil y exigente, pero que al parecer el aparato cubano de seguridad logró convertir en una de sus especialidades. Entre mediados de 1959 y principios de la década del sesenta se calcula que hubo momentos en que en Cuba operaban más de 300 organizaciones clandestinas contrarrevolucionarias. Pero prácticamente todas tenían entre sus miembros a agentes de la seguridad quienes, en muchos casos, habían ganado tal nivel de confianza en el grupo que llegaron a convertirse en sus jefes. Recordando aquella época,

en un trabajo de los órganos de Seguridad del Estado se dice: “No sabemos si hay en el mundo otros ejemplos de una penetración de contrainteligencia como la que se logró en Cuba”. Y el propio Fidel Castro le confió una vez a un periodista: “El gran éxito de nuestra seguridad fue desarrollar las técnicas de investigación y de penetración de las organizaciones enemigas. Esa fue la clave”.

La labor de penetración y posterior neutralización de los grupos contrarrevolucionarios por el aparato cubano de la Seguridad forzó a la CIA entre 1961 y 1962 a reconsiderar toda su estrategia subversiva. Hasta entonces había trabajado utilizando grandes redes de agentes cuya actividad se hacía confluír en torno a objetivos cuidadosamente preparados. Pero el sistema comenzó a entrar en crisis cuando la contrainteligencia cubana adquirió experiencia suficiente como para evitar lanzarse improvisadamente contra este o aquel individuo o grupo conspirador, sin comprobar antes —a veces mediante complicados juegos operativos— que no se trataba de una más amplia y peligrosa red subversiva cuya aprehensión completa era necesario lograr. A partir del periodo citado, entonces, la CIA comenzó a dismantelar su sistema de redes (cada una con su jefe, su radista y su enlace con las células clandestinas) y a sustituirlos por otro más compartimentado en que cada agente o grupo de sólo unos pocos actuaba de manera independiente aunque provisto de todos los recursos necesarios —incluyendo los de sus propias e individualizadas comunicaciones con el centro principal en los Estados Unidos.⁶

El apoyo a la oposición armada en las montañas contra el gobierno revolucionario de Cuba lo mantuvo la CIA como una de sus actividades permanentes. Los primeros grupos habían surgido ya en 1959 y los componían exmilitares de la dictadura, criminales de guerra y prófugos de la justicia, dedicados al saqueo y el asesinato de las regiones donde operaban. Fueron liquidados en unos meses, sobre todo por las milicias campesinas —que tuvieron precisamente por origen el combatir aquel bandidismo, inspirando luego en Fidel Castro la idea de organizar también tales milicias en las zonas urbanas y a escala nacional. Pero a mediados de 1960 resurgió el fenómeno. Ahora lo constituían elementos contrarrevolucionarios de origen o con vínculos en los medios rurales y que se autocalificaban como “alzados” contra la tiranía comunista.

La participación de la CIA en este rebrote de bandidismo encubierto como actividad contrarrevolucionaria está bien documentado. Un agente suyo, Ramón Ruiz Sánchez (“Augusto”), por ejemplo, tenía a su cargo la coordinación de los principales grupos y les daba instrucciones utilizando radios y medios de comunicación suministrados por la Agencia. Desde la Florida (y Guatemala) aviones B-26 sobrevolaban constantemente la región montañosa del Escambray lanzando armas, equipos de todas clases y avituallamientos. Ello formaba parte del plan de invasión de abril 17 de 1961. Pero la respuesta del gobierno de Fidel Castro resultó eficaz. Entre octubre de 1960 y febrero de 1961 se llevó a la práctica la “Operación Jaula” que consistía en un gigantesco sistema de cercos y peines que llegaron a cubrir una zona de más de 3 300 km². Los “alzados” — caídos en combate o detenidos— fueron barridos y no pudieron desde luego desempeñar el papel que de ellos esperaba la CIA cuando el desembarco invasor por Bahía de Cochinos. Sin embargo, a partir del verano de 1961 las actividades de este tipo se reiniciaron, llegando a extenderse por todo el país y adquirieron gran impulso con la Operación Mangosta. En marzo de 1962 se calculaba que había unas 42 bandas operando en El Escambray y otras partes de Cuba, pero apenas seis meses más tarde, en septiembre, eran

casi 80. El gobierno cubano creó en el ejército la sección de “Lucha contra bandidos”, pero esta vez demoraría mucho más tiempo en tener éxito, pues los últimos grupos llegaron a operar hasta 1965.

El historiador norteamericano Arthur M. Schlesinger (“Los mil días de Kennedy”) apuntó una vez que “la gente de la CIA temía que los agentes de Castro se hubieran infiltrado en las bandas de guerrilleros... Castro... era un maestro en acciones contra guerrillas”. Pero probablemente el mismo Fidel Castro hubiera rechazado ese elogio a su persona. W no consideró en ningún momento a los “alzados” como genuinos guerrilleros que combatían por ideales patrióticos, sino como simples criminales al servicio de los Estados Unidos a los que había que exterminar como tales a toda costa. Sobre ellos dijo en una ocasión: “Las bandas mercenarias estaban imbuidas de una mentalidad de espera y supervivencia. No atacar, no desarrollar una guerra con el objetivo destruir una fuerza, sino fundamentalmente esperando siempre el momento en que se produjera una invasión, y que con la participación de los Estados Unidos se resolviera la cuestión. Y por lo tanto su mentalidad era la de cometer fechorías, cometer asesinatos de campesinos honrados... (de maestros... estudiantes... alfabetizadores... Su actividad fundamental era sembrar el terror, matar, asesinar. No combatir”.

Fue una lucha larga, dura y cruel.

Los “alzados”, bien armados, se extendieron actuando en grupos por todo el país, proliferando sobre todo en las serranías de la región central de El Escambray. Llegaron a alcanzar un alto nivel de entrenamiento en aquella vida azarosa en las montañas, desenvolviéndose con gran movilidad en vastos y escabrosos escenarios de impenetrable espesura, y, cuando cercados, lograban eludir la persecución ocultándose en los más inverosímiles escondrijos como grutas naturales y túneles construidos por ellos mismos. La banda del matancero “Pichi” Catalá, por ejemplo, cuando acorralada, solía desaparecer de la noche a la mañana como por arte milagroso. Finalmente, pudo ser aprehendido y, ante los ojos asombrados de sus captores, dio a conocer su secreto. En la región de sus operaciones tenía un número de perfectamente construidos subterráneos con lechos para dormir, armas y vituallas como para vivir días y días sin ver la luz del sol. “Pichi” Catalá, se supo luego, tenía desde antes de meterse a guerrillero algo más que nociones sobre técnicas de excavación minera. Otra banda que operaba en su misma zona había copiado sus métodos, pero incluso con un toque de refinamiento decorativo: su guarida en el subsuelo tenía una bonita y floreada alfombra de rafia.

Los alzados en un número de ocasiones contaban con campesinos que, ganados por un elemental anticomunismo o por temor a las represalias, les ocultaban y suministraban alimentos. Entre aquellos, sin embargo, menudeaban los individuos de instinto verdaderamente criminal que asaltaban las viviendas más aisladas en los montes dejando tras ellos un rastro de latrocinios y asesinatos. Tal política de terror provocó que la mayoría de los habitantes de las zonas donde predominaba aquel bandidaje —incluyendo a muchos militantemente revolucionarios— tomaran sus medidas.

El caso de Ambrosio “Puro” Villalobos adquirió caracteres de leyenda.

“Puro” —un campesino alto, rostro anguloso y recio aspecto— vivía en un área donde operaban algunas de las más temibles bandas del Escambray. Exhibiendo sus credenciales de tan convencido como decidido revolucionario, logró que se le facilitaran las armas y municiones que necesitaba para hacerle frente a cualquier grupo de alzados que osara

atacarle. “Puro”, en unión de sus hijos, construyó entonces todo un sistema de trincheras alrededor de su casa y varios túneles que iban desde las camas donde dormía la familia hasta aquéllas. A la rústica pero eficaz fortificación incluso soldados, oficiales y milicianos, no osaban acercarse sin una identificación —a gritos— previa. Sabían que la vigilancia organizada por aquel *guajiro* no cesaba ni un momento las 24 horas del día y que el simple acercamiento de un extraño sospechoso provocaba una tal cerrada descarga de fuego que era difícil salir con vida del lugar.

Por otro lado, los temores de la CIA —aludidos por Schlesinger— en el sentido de que las bandas podían ser objeto de la penetración por “agentes de Castro”, no carecían por completo de fundamento.

Las campañas de la “Lucha contra bandidos” representaron no sólo el despliegue a escala masiva de las fuerzas del gobierno —Ministerio de las Fuerzas Armadas, Ministerio del Interior y Milicias Nacionales Revolucionarias— y el surgimiento de mecanismos campesinos de autodefensa, sino también la puesta en práctica de imaginativos juegos operativos de inteligencia y contrainteligencia cuya descripción parecería insertarse más fácilmente en las páginas de una novela o el celuloide de un filme que en el contenido de los secos informes oficiales en que —con burocrática sintaxis y aquí o allá equívoca ortografía— se daba cuenta de las operaciones realizadas.

El caso de Alberto Delgado Delgado —que años más tarde la novel industria cinematográfica cubana hizo famoso como “El Hombre de Maisinicú”— resulta de los más ilustrativos.

Alberto —joven, atlético y de facciones regulares ornadas por un fino y negro bigote— tenía 28 años cuando, alrededor de 1960, llevaba la vida normal de un miembro del Ejército Rebelde destacado en la Unidad militar de Morón en la provincia de Camagüey. Fue en esa época cuando comenzó a padecer de ataques epilépticos que aconsejaron trasladarlo a La Habana para su tratamiento médico. Llegó —con su esposa y pequeño hijo— a la capital, comenzando a vivir en la casa de una hermana. A poco de estar allí, Alberto y su esposa Tomasa observaron que su cuñado y un hermano eran elementos contrarrevolucionarios que mantenían relaciones con los familiares de un alzado en El Escambray llamado José Tápanes. Alberto comprendió enseguida las posibilidades que ofrecía esta situación y se dirigió a sus superiores del Estado Mayor del Ministerio de las Fuerzas Armadas.

—A través de mi cuñado —planteó—, yo puedo intimar con el hermano de Tápanes y su novia, sacarles mucha información y, ¿quién sabe?, vincularme a un grupo de bandidos y trabajar con ellos según las instrucciones que se me den.

Recibió una respuesta cautelosa:

—Vamos a estudiar este caso. Mientras tanto, tú y tu mujer vayan adoptando una actitud de tibieza hacia la Revolución. En su momento, si se aceptaran tus sugerencias, tendrían que ir asumiendo con la mayor naturalidad posible posiciones contrarrevolucionarias.

—De acuerdo.

Poco después, las propuestas de Alberto eran aceptadas, trasladándosele para los órganos de Seguridad del Estado, aunque formalmente se le dio un cargo en el INRA⁷ que le obligaba a visitar con frecuencia la ciudad de Trinidad, al sur de El Escambray. En esos viajes Alberto comenzó a trabar relaciones con elementos desafectos al régimen —algunos vinculados como colaboradores de las bandas que operaban en las cercanías montañosas. A éstos,

Alberto solía insinuarles que tenía contacto en el poblado de Morón, al norte de Camagüey, que podían ser útiles cuando fuera necesario a algún jefe o grupo de alzados salir del país.

—No —le dijeron—. Eso no va a ser fácil. ¿Cómo trasladar un grupo de gentes desde estas lomas hasta un lugar como Morón, a un montón de kilómetros de distancia?

—Con eso —respondió Alberto— no va a haber problemas. Yo estoy gestionando con el INRA que me nombren administrador de la finca Maisinicú, aquí, no lejos de Trinidad. Cuando yo tenga esa finca en las manos, ¡ni se sabe la cantidad de cosas que podremos hacer! Una de ellas sería la de utilizar sus vehículos para trasladar gente a Morón o donde sea.

— ¡Ah, eso cambiaría las cosas!

Alberto fue en efecto nombrado administrador de la finca y, aparentemente, puso ésta al servicio de los alzados, llegando incluso a darle trabajo en ella a todo tipo de elementos contrarrevolucionarios. Con los camiones de la propia finca, además, Alberto comenzó a trasladar grupos de alzados hasta Punta Alegre, norte de Camagüey, donde supuestamente un “pescador” los recogería en su lancha y los llevaría hasta un cayo cercano donde una embarcación de mayor porte los trasladaría a los Estados Unidos. Una vez que Alberto se marchaba de regreso en el camión, ya disponiéndose a abordar la lancha, súbitamente, se cerraba un cerco en el que los esperanzados viajeros caían presos —todos sin excepción. Entre los cabecillas que cayeron en esta trampa estuvo —junto con diez alzados de un grupo— Julio Emilio Carretero, que dirigía una de las bandas más importantes de El Escambray y tenía un largo historial de crímenes, entre ellos el asesinato del joven alfabetizador Manuel Ascunce Domenech.

La noche en que Carretero quería salir —un hombre de aspecto temible, con su traje de campaña y largas barbas cubriendo un rostro duro— las cosas no marcharon como fueron planeadas y Alberto se vio forzado a decirle a aquel cabecilla:

—Tendremos que posponer el viaje para mañana, parece que la lancha del pescador tiene problemas.

La confianza en Alberto era tal, que Carretero le contestó:

—No importa, nos escondemos en algún lugar por ahí y esperamos a mañana.

Con toda su sangre fría, para evitar cualquier suspicacia que pudiera surgir luego, Alberto le planteó:

—Si tú quieres, yo sigo con ustedes hasta mañana y también me embarco con el grupo.

Pero Carretero movió negativamente la cabeza.

—No, Alberto —dijo—, mejor te quedas: tú le haces falta aquí a nuestra gente.

—Como tú digas.

Fue la noche siguiente cuando se aprehendió a Carretero y su grupo.

Sin embargo, poco después comenzaba a cambiar la suerte del audaz infiltrado.

Desde La Habana comenzaron a llegar mensajes a los elementos contrarrevolucionarios de Trinidad advirtiéndoles que Alberto trabajaba para los órganos de Seguridad del Estado y, se dice, tanta confianza tenía éste en sí mismo que hizo aumentar las sospechas cometiendo alguna que otra indiscreción.

Hacia fines de marzo o principios de abril de 1964, los rumores sobre la verdadera personalidad de Alberto habían cobrado tanto cuerpo que sus superiores lo llamaron.

—Alberto —le plantearon—, vamos a tener que suspender tus actividades. Entre los enemigos ya se comenta abiertamente que tú trabajas para nosotros. Sabemos que hace poco vino un barbero de La Habana y corrió la voz de que tú eres del G-2. .

— ¡Bah, esos son cuentos! Los bandidos tienen confianza en mí, sobre todo desde que traje a vivir a Tomasita⁸ a la finca. El trabajo puede continuar.

—No. Tú estás “quemado” y no quieres reconocerlo.

— ¡Pamplinas de la gente!

—Te repetimos que no. Tu vida peligra y para nosotros tu vida es más importante que la de todos esos bandidos juntos.

—Bueno, unas operaciones más, y suspendemos el trabajo. Miren, estoy arreglando para, dentro de poco, “sacar del país” a José León González.

—¿A “Cheíto”?

—A “Cheíto”. Según la cuenta, ya ha asesinado cinco personas. Cuando lo agarremos, discutimos lo de suspender este trabajo.

José León González (“Cheíto”), como Carretero, era uno de los principales jefes de banda en El Escambray, pero calculando que las posibilidades de continuar sus operaciones eran ya casi nulas y su captura muy próxima, había decidido irse del país. Aparentemente con esa intención entró en contacto con Alberto, fijándose el 28 de abril (1964) como fecha para su salida. Esa noche se presentó en la casa de Alberto quien, aunque algo sorprendido por el tono de voz con que le llamaban, salió a su encuentro. Varias armas de fuego lo esperaban fuera, apuntándole. Una, la de “Cheíto” Poco después, culminando un buen rato de torturas e insultos, colgándole de un árbol, lo ahorcaron.⁹

Un caso distinto —pero de sorprendente desenlace— fue el del famoso Filiberto Cabrera, también llamado “Filo” o “Pancho el Grande”.

Quien conoció a “Filo” años después de los acontecimientos de que fue protagonista hubiera ciertamente quedado sorprendido. Era entonces un hombre ya anciano, de hablar tranquilo y uno de esos rostros de mirada noble que en Cuba suelen encontrarse sobre todo en las áreas rurales. Suerte de *guajiro* de pura cepa, corpulento y tan astuto como intrépido organizador, se había convertido en un contrarrevolucionario que durante meses y meses tuvo en jaque a las fuerzas del gobierno. Estaba íntimamente vinculado a Osvaldo Ramírez, jefe principal de las bandas que operaban en El Escambray, llegando a crear una casi fabulosa “cadena”, (sic) de suministros entre la costa sur y las montañas de más de 200 km de longitud. Como “Puro” Villalobos —pero en un sentido literalmente opuesto— “Pancho el Grande” era una leyenda en la Sierra, su verdadera identidad un enigma y su complicidad con Osvaldo Ramírez una de las claves para el desenlace de la batida oficial contra los alzados.

Fue cuando se puso en acción uno de los episodios de la “Operación Molino” que utilizaba el Departamento de Seguridad del Estado del gobierno.

La “Operación Molino” era un juego operativo que mezclaba —con un dramático toque teatral— actividades de infiltración, inteligencia y contrainteligencia.

Un ejemplo típico de la “Operación Molino” pudiera describirse así.

Cuando los órganos de Seguridad aprehendían a un alzado de cierto nivel o a alguno de los más importantes colaboradores de las bandas residentes en algún pueblo cercano a sus zonas de operaciones, lo sometían al interrogatorio de rutina. A veces, el arrestado

confesaba todo lo que sabía. Pero, en ocasiones, resultaba evidente que disponía de información importante que sin embargo se cuidaba bien de ocultar.

En tales casos, los jefes solían decidir:

—Bueno, aquí vamos a montar otra “Operación Molino” a ver qué pasa.

Y entonces, una noche, se montaba al detenido en un jeep, escoltado por varios milicianos, mientras se le decía:

—Te vamos a trasladar a una unidad de policía del pueblo más cercano. Tus custodios llevan una carta de remisión con tus antecedentes y sugiriendo que estás en disposición de colaborar con nosotros.

—Como ustedes quieran, pero ya les dije todo lo que sabía y no van a sacarme nada más.

—De acuerdo.

El jeep emprendía entonces la marcha con el detenido y su escolta pero, de pronto, a medio camino, se detenía como imprevistamente descompuesto. El chofer se apeaba, levantando el capó y con una linterna revisaba el motor. Luego se volvía a sus acompañantes:

—Es un problema serio y que yo no puedo resolver ahora —decía entonces.

—¿Y qué hacemos? —preguntaban los milicianos.

—Yo sugiero que ustedes sigan a pie con el detenido, lleguen al pueblo próximo que no está tan lejos y desde allí llamen por teléfono a nuestra unidad informándoles de este percance. Ellos, seguro, van a enviarme ayuda. Yo me quedo aquí cuidando el vehículo.

Aceptada la proposición, los milicianos —con el detenido amarrado o esposado— emprendían entonces la marcha por aquel camino en medio de las penumbras de la noche. Unos minutos más tarde, súbito, el silencio nocturno era interrumpido por un violento tiroteo con ráfagas de ametralladora.

— ¡Emboscada de bandidos! —gritaban los milicianos, mientras el detenido aprovechaba la oportunidad de huir viendo caer a sus escoltas y aparecer, agresivo, al grupo asaltante.

— ¡No me maten! —gritaba entonces a estos últimos. ¡Yo soy de ustedes! ¡Yo soy de ustedes!

Los atacantes, mostrábanse sorprendidos, luego de registrar a los milicianos caídos, tomar sus armas y proceder a un rápido registro en el que, entre otros documentos obtenían la comunicación remitiendo al preso como posible colaborador, con violencia se hacían cargo de este último llevándoselo a un campamento cercano. Allí, le interrogaban. ¿Era realmente un anticomunista vinculado a las bandas? Y, si lo era, ¿cómo explicar el contenido del documento definiéndolo como un posible colaborador del régimen?

El hombre, aterrorizado, insistía en la falsedad de lo expuesto en aquel papel. No, él no era un colaborador. Lo habían arrestado, pero no lograron sacarle ninguna información.

Y, como prueba de su fidelidad a la causa contrarrevolucionaria, comenzaba a citar nombres, lugares, planes de acción y todos aquellos datos que había negado conocer ante las autoridades. El grupo asaltante escuchaba con atención. Finalmente, ante tantas pruebas, parecían aceptar la sinceridad del individuo y lo daban como un nuevo incorporado a la banda.

Ya amaneciendo, reiniciaban la marcha, mas siendo de pronto sorprendidos por el fuego nutrido de un destacamento miliciano que les tenía rodeados. Enseguida se rendían y, desarmados, se les conducía —junto con el detenido que tan poco tiempo había logrado disfrutar de su relativa libertad— a la más próxima unidad de Seguridad del Estado. De nuevo, allí, se le interrogaba echándole en cara cuanto sabía de las actividades de las

bandas y ocultado en los interrogatorios anteriores. Para que no volviera a las andadas de sus mentiras, además, se le careaba con uno de los bandidos aprehendidos con él poco antes y que había escuchado todo lo que había dicho cuando cayó en manos del grupo. Ante las evidencias, el hombre acababa por confesar todo —absolutamente todo— lo que sabía. No podía imaginar que había sido objeto de una “Operación Molino”.

Porque la ruptura del jeep había sido una farsa. Los escoltas “muertos” en la “emboscada”, un rato más tarde, sacudiéndose el polvo de la ropa y recogiendo sus boinas, estaban vivitos y coleando. Y los “bandidos” que habían tendido la propia emboscada, se lo habían llevado y escuchado la información que brindó sobre sus contactos con las bandas —incluyendo nombres, número y ubicación—, eran todos miembros de la Seguridad del Estado, como también lo eran los milicianos del cerco matutino que lo había vuelto a capturar.

Fue una “Operación Molino” la que permitió descifrar el enigma y detener al famoso “Pancho el Grande”.

Un detenido, luego de la “emboscada” y en conversación con los supuestos bandidos, aterrizado al ver que éstos no creían en sus protestas de ser uno más entre ellos, trató de convencer a sus hoscos interlocutores demostrando que sus contactos contrarrevolucionarios eran tan reales como importantes.

—Yo he trabajado con “Pancho el Grande” —dijo.

—¿Con “Pancho el Grande”? ¡Bah, esa mentira ni tu mismo te la crees!

—Les juro que es así.

—Bueno, vamos a ver, ¿y quién es “Pancho el Grande”?

—Filiberto Cabrera.

—¡No me digas!

—Sí, es Filiberto Cabrera y trabaja directamente con Osvaldo Ramírez.

Filiberto, cercado y sorprendido, cayó poco después preso, sin que opusiera resistencia. Se le llevó a la ciudad de Trinidad sometiéndole a un cuidadoso interrogatorio. El trato fue respetuoso y también cargado de sencillas discusiones políticas.

—Mire, Filiberto, sabemos que usted es un campesino pobre y honrado a quien esos bandidos tienen confundido. Usted debiera estar con esta revolución y no contra ella. Usted debiera rectificar. ¿Por qué no colabora con nosotros?

—¿Con ustedes? ¿Para que me *afusilen*? ni hablar de eso. Yo se que a todos los alzados que ustedes han cogido por Jatibonico, Vueltas, Corralillo, Güines... ¡qué se yo!, *les han dado paredón*.¹⁰

—¡Eso no es cierto! La pena de muerte sólo se le ha aplicado a aquellos bandidos que han cometido asesinatos y otros crímenes. La mayoría sólo han recibido pena de prisión... algunos de veinte años... otros de tres o cinco años... según los delitos cometidos.

—¡A otro con ese cuento! ¿Y qué le pasó a mi amigo Delfín Mas? La propia jefatura de los *alzaos* me dijo que hace quince días lo prendieron y, a pesar de que ofreció colaborar con ustedes, lo *afusilaron*.

—Eso no es cierto. Delfín Mas está vivo y, además, ahora nos apoya en la lucha contra los bandidos con sus conocimientos como *práctico*¹¹ en esta zona.

—Y, si Delfín está vivo, ¿por qué no me lo dejan ver?

—¿Eso lo convencería?

—Eso significaría que la jefatura de los *alzaos* son unos hijos de la gran puta que me engañaron.

—Muy bien. Delfín está ahora en el campo practicando en una operación. Cuando regrese, se lo traemos para que hable con él.

—Ojalá sea verdad.

—Pero, si es verdad, ¿usted colaboraría con nosotros?

—Sí.

—¿Seguro?

— ¡Oiga, yo soy hombre de una sola palabra!

—Muy bien.

Tres horas más tarde, Delfín Mas fue presentado a Filiberto Cabrera. Se abrazaron emocionados y conversaron largo rato.

Al cabo, Delfín dijo:

—”Filo”, nosotros estábamos equivocados. Estos revolucionarios son gente buena y lo que quieren es ayudar a los campesinos pobres como nosotros. Tú deberías hacer como yo y unirte a ellos.

—Si, veo que andaba por mal camino... un camino que no va a ninguna parte. Los “alzaos” van a ser exterminados. Yo también voy a ayudar a esta gente.

Aquella misma noche un grupo de altos oficiales se entrevistó con Filiberto. La atmósfera era relajada y hasta amistosa. Y, ya confiado, el detenido se extendió en detalle sobre la forma en que llevaba a cabo sus operaciones y eludía la persecución de que era objeto. Pero alguien mencionó a Osvaldo Ramírez, el gran cabecilla de las bandas de El Escambray.

Filiberto quedó pensativo y luego dijo:

—Yo he trabajado mucho tiempo con Osvaldo.

—Bueno —comentó un oficial—, en otra ocasión hablaremos de sus relaciones con Osvaldo. Ahora, ya para nosotros no es tan importante lo que nos diga, porque de un momento a otro lo capturamos.

—¿A Osvaldo? —preguntó Filiberto asombrado.

—Sí, a Osvaldo. Le tenemos un cerco del que no podrá escapar.

Pero “Filo” soltó una carcajada.

—Si —dijo finalmente, tornándose serio—. Yo conozco todos los movimientos de ustedes con ese cerco, pero no se hagan ilusiones. A Osvaldo no lo van a coger ustedes así como así.

—¿Y por qué no?

—Muy sencillo. Osvaldo está oculto en un lugar ¡fuera del cerco!

Y ¡qué dice usted!

—Lo que acaban de oír.

—¿Y cómo usted sabe eso?

—Porque yo mismo le avisé lo del cerco, lo saqué de allí y lo llevé a un lugar seguro.

Y ¡coño! ¿Y a dónde lo llevó?

—No se lo pueden imaginar.

—¿Dónde, por favor, lo escondió? ¿Dónde está ahora?

—No me lo van a creer, pero está en un lugar cerquitica, ¡pero cerquitica!, de mi propia casa.

—¿Y se encontrará todavía allí?

—Seguro.

Unas horas más tarde, la carrera de Osvaldo Ramírez —jefe máximo de las bandas de El Escambray— había terminado para siempre.

V

Los complots para el asesinato de Fidel Castro y el derrocamiento de su gobierno adquirieron particular impulso poco antes de la invasión por Bahía de Cochinos e inmediatamente después, durante los meses que siguieron a aquel sonado descalabro. En esos proyectos se le acreditaba un papel decisivo a la unidad de los grupos contrarrevolucionarios. Con tal fin se trabajaba en dos direcciones. Una consistía en unir a los exiliados anticastristas que se hallaban en los Estados Unidos en una sola entidad política (propósito que se concretó con la fundación del CNR) y otra en unir a los grupos clandestinos que operaban dentro de Cuba (desarticulados y luchando cada uno por su cuenta contra el régimen). Ambas actividades se llevaban a cabo, hasta abril de 1961, en función del objetivo invasor por Bahía de Cochinos. Al CNR correspondía el papel de un liderazgo manipulable que se proclamaría Gobierno Provisional de Cuba una vez desembarcada la Brigada 2506. A los grupos clandestinos internos se les suponía capaces de desencadenar una oleada de levantamientos populares —acompañada de acciones terroristas— en apoyo de la invasión. En las lucubraciones de Dulles y Bissell, además, estaba el hacer coincidir todas esas operaciones con el asesinato de Fidel Castro.

La idea de articular los grupos de oposición actuantes en Cuba se trató de llevar a la práctica por todos los medios posibles. Uno consistió en la creación del llamado “Frente Unido Revolucionario”.¹² Y, para esta tarea, la CIA logró concertar, entre otros, a tres conocidos anticastristas que tenían vínculos con otros que operaban en Cuba, pero que a principios de 1961 se encontraban en Miami. Uno de ellos era Humberto Sorí Marín, un excomandante del Ejército Rebelde que había sido ministro de Agricultura del gobierno revolucionario, desertando unos meses después. A Sorí Marín se le encargaron los aspectos militares del proyecto. Otro era Rogelio González Corzo, conocido contrarrevolucionario, a quien se asignó la responsabilidad de servir de enlace entre “Unidad” y la CIA. Finalmente, a un tal Rafael Díaz Hanscom, fundador de la denominada “Sociedad Anticomunista de Cuba” (SAC) se le nombró coordinador general de la empresa.

La CIA proveyó a “Unidad” de armas, equipos y dinero. También puso a su disposición un yate (“Tejana III”), que había pertenecido antes a un rico hacendado azucarero cubano. El “Tejana III” fue inscrito por la CIA como propiedad de una supuesta compañía (“Interkey Transportation Co.”) y fue readaptado dotándolo de poderosas máquinas (capaces de hacer 30 nudos por hora en mar picado) y ametralladoras ocultables calibre 30 y 50. Hizo varios viajes a Cuba para desembarcar clandestinamente ametralladoras, rifles Garand M-1, explosivos plásticos C-3 y C-4, y otros recursos bélicos. Sorí Marín gustaba de celebrar sus conferencias con los personeros de la CIA viajando a bordo del “Tejana III”.

El proyecto de la CIA con el trío Sorí Marín-González Corzo-Díaz Hanscom era bien ambicioso.

Incluía el asesinato de Fidel Castro en medio de un con- mocional teatro de acontecimientos tales como un motín en la base aérea de San Antonio de los Baños, no lejos de La Habana, una rebelión de varias unidades navales y una revuelta en ciertas estaciones policíacas.

Sorí Marín —un hombrecillo flaco y menudo, parlanchín y temperamental, con ínfulas de dirigente— definió con palabras secas pero bastante precisas, ante sus amigos de la CIA la índole del plan:

—Se trata de un *putsch* —dijo.

Pero, cuando se hablaba del asesinato de Fidel Castro, le salía enseguida su carácter alardoso.

—¡Bah, esa es la parte más fácil de la operación! —solía decir—. Yo, que he estado muchas veces junto a Fidel presenciando una concentración popular o una parada militar, les digo que con eso no hay problemas. Bastarían unas petacas incendiarias en la tribuna, aprovechar la confusión y, ¡zas!, cualquiera se echa al pico a Fidel.

A fines del mes de febrero González Corzo fue infiltrado en Cuba. El 1 de marzo fueron lanzados en paracaídas en un lugar de la provincia de Camagüey tres agentes a los que se asignó la tarea de contactar con varios dirigentes contrarrevolucionarios, persuadirlos de la necesidad de unirse y colaborar con el proyecto, y distribuir entre ellos parte de las armas disponibles.¹³ El 13 de marzo, por una playa de la costa norte de la provincia de La Habana, se infiltraron Sorí Marín, Díaz Hanscom y un tal Manuel Puig Miyar. Desembarcaron con ellos un enorme cargamento de armas, explosivos y otros medios bélicos: ametralladoras, carabinas M-1, granadas de fragmentación e incendiarias, petacas incendiarias, nitroalmidón explosivo, pistolas, municiones en gran cantidad y así por el estilo.

Unos días después, el 18 de marzo, luego de la prudente dispersión inicial, lograron reunirse en cierta casa del reparto Flores, una barriada de gente medianamente rica que recién había surgido al margen del litoral oeste habanero —un poco más allá de Miramar, el área residencial un poco pasada de moda de la alta burguesía cubana de otros tiempos. Los resultados de este cónclave, iniciado por la mañana, no parecían sin embargo prometedores.

Las discusiones habían comenzado cuando González Corzo, con expresión de seguridad, planteó:

—Hay algo que debe quedar bien claro aquí. Yo soy el Comandante en Jefe de esta operación y, como tal, además, su único responsable ante las autoridades de la CIA.

Sorí Marín sonrió con sorna:

—¿Y a tí quién te ha dado esos galones?

—Eso fue lo acordado.

—No exactamente, coño, no.

Y surgió una violenta disputa que, al cabo de las horas, aún parecía no tener fin.

Súbito, hacia el mediodía, sintieron que alguien tocaba a la puerta de la casa.

—Mira tú quién es —dijo Sorí Marín dirigiéndose a Díaz Hanscom, el menos conocido de todos, mientras arrojaba nervioso al piso el enésimo “Camel” que fumaba.

Díaz Hanscom se dirigió a la puerta mas, apenas entreabierta ésta, un puntapié la hizo chocar contra la pared, mientras un grupo de agentes uniformados de Seguridad del Estado entraban en la sala, metralletas en mano. González Corso y Díaz Hanscom, instantáneamente, levantaron los brazos en señal de rendición. Y Sorí Marín, que intentó sacar su pistola, detuvo enseguida su gesto al ver las bocas de varias armas apuntándole directamente y prestas a hacer fuego.

Unos minutos después, esposados, salían del lugar. La “Operación Unidad” había terminado.

Este complot —sin que, al parecer, sus participantes estuvieran al cabo de ello— lo auspició la CIA con el objetivo de hacerlo coincidir con el plan de invasión de Bahía de Cochinos; pero, fracasada ésta, se pusieron en marcha rápidamente otras operaciones que también vinculaban el proyecto de asesinar a Fidel Castro con el de derrocar su gobierno revolucionario .

A mediados de junio de 1961 se organizó una de esas operaciones.

Su ejecución se le encargó a un tal Luis Torroella con el nombre de código “AMBLOOD”, quien tenía cierto historial de trabajos con la CIA. Luego del episodio de Bahía de Cochinos, por cierto, sus comunicaciones a la Agencia reflejaban el desaliento y confusión dominantes en las filas de la oposición clandestina, una de ellas, por ejemplo, informaba que “la desesperación y el desconcierto reinan entre nosotros aquí en Cuba” y “la falta de dirección y acciones internas están impidiendo la resistencia cívica”. Como respuesta a esas observaciones, Torroella recibió de la estación CIA de Miami (JM/WAVE) la encomienda de precisar bien “la fuerza moral de los grupos amigos y las posibilidades de una futura insurrección interna, si esta es provista de ayuda material”. Tal ambiciosa perspectiva, sin embargo, quedó bien pronto marginada ante el objetivo prioritario más concreto de un atentado contra la vida de Fidel Castro.

El 14 de junio de aquel año, en efecto, se celebró una reunión en la oficina de ventas de terrenos de un reparto cercano al centro de La Habana —el Casino Deportivo— ya bastante urbanizado y con viviendas recién construidas para su compra a plazos por familias de las capas medias. A esa reunión acudió un individuo que dijo llamarse “León” (¿Torroella?) y venir de los Estados Unidos como emisario del “Frente Revolucionario Democrático”. “León” les comunicó a los presentes en el cónclave que contaba con todo el dinero necesario para llevar a cabo el asesinato del líder cubano. Alguien hizo una pregunta.

—¿Y las armas necesarias para ese trabajo?

Pero “León” miró significativamente a uno de los participantes en el cónclave, quien se encargó de la respuesta.

—Con eso no hay problemas. Mi hermana tiene relaciones con gente de la Base Naval de Guantánamo y por ahí entrarán en Cuba y llegarán a nuestras manos.

—¡Ah, bueno!

Allí mismo se ultimaron los detalles del atentado.

Se llevaría a cabo aprovechando alguna ocasión previsible en que el automóvil de Fidel Castro pasara por la Ciudad Deportiva (precisamente no lejos de donde se celebraba aquella reunión), en las avenidas de Santa Catalina y Boyeros —tránsito casi obligado del centro de la ciudad al aeropuerto internacional de La Habana. Según el plan, un primer jeep interceptaría el auto de Fidel y otro lo atacaría con bazucas, mientras desde otros vehículos varios hombres apostados garantizarían el éxito de la operación lanzando granadas y disparos.

Un proyecto semejante, sin embargo, requería semanas de preparación y ese fue el tiempo que necesitaron los órganos de Seguridad del Estado —que venía siguiéndole los pasos a Torroella— para conocer el complot y, en el momento en que se consideró oportuno, arrestar a todos sus participantes (24 de septiembre) y decomisar su equipamiento: dos bazucas, tres carabinas M-1, tres ametralladoras Thompson calibre 45, dos cajas de granadas de fragmentación y un radio-receptor.

Los planes para atentar contra la vida de Fidel Castro, a partir del caso “AMBLOOD”, adquirieron gran impulso precisamente sobre las medianías de 1961.¹⁴

Otro complot, mucho más complejo, que implicaba el doble asesinato de Fidel y su hermano Raúl Castro —simultáneamente con una autoagresión en la Base Naval de Guantánamo capaz de provocar la intervención militar de los Estados Unidos contra Cuba— fue frustrada el mes de julio de aquel año.

Esta operación tuvo varios nombres —tanto por la parte norteamericana como por la cubana—, tales como “Acción Inmediata”, “Patty”, “Candela” y “Patty Candela”.

En ella se hallaba involucrada desde luego la CIA, pero según una fuente la principal responsabilidad la tenía la Oficina Naval de Inteligencia (ONI) de la Marina de los Estados Unidos, quizás con la participación del Almirante Arleigh Burke —cuyo nombre aparece vinculado aquí o allá en más de un atentado contra los dirigentes cubanos.

Los protagonistas del complot eran miembros de una red clandestina que incluía a Alfredo Izaguirre de la Riva, José Pujáis Mederos, Jorge García Rubio, Octavio Barroso y otros.

Los tres primeros citados eran gente relativamente joven y procedente de familias ricas.

Algunos de ellos parece tenían contacto con el “Movimiento Revolucionario del Pueblo” (MRP). Y sin duda, la figura más destacada entre ellos era la de Alfredo Izaguirre de la Riva (con Pujáis Mederos como segundo). Alfredo —un hombre de estatura mediana, tez muy blanca, unos 30 o 35 años de edad y mirar pensativo— se había incorporado a las filas de la contrarrevolución desde 1959, vinculándose a la embajada norteamericana con algunos de cuyos funcionarios trabó amistad y montó una especie de negocio consistente en acelerar, mediante pago, el trámite de visas de aquellos cubanos que querían marcharse del país. Posteriormente se trasladó a Santiago de Cuba donde continuó realizando tan lucrativa operación con el cónsul norteamericano en esa ciudad.

Un día, el cónsul le dijo:

—Chico, Alfredo, debieras trabajar con nosotros.

—Es lo que hago, ¿no?

No, no me refiero a lo de las visas. Me refiero a trabajar para una agencia del gobierno de los Estados Unidos. Tu eres un anticastrista convencido y valiente, pero necesitas que alguien oriente tus actividades contra el régimen.

—De acuerdo. Pero, ¿para quién trabajaría?

—Para la CIA.

— ¡Ah, si me aceptan, estoy dispuesto a ello!

En septiembre de 1960 Izaguirre salió para los Estados Unidos recibiendo allá entrenamiento en el uso de armas y explosivos. A su regreso comenzó a formar parte de una organización antigubernamental. En febrero de 1961 —cuando ya estaba a todo tren el plan de invasión por Bahía de Cochinos— volvió a los Estados Unidos para un cursillo de repaso, pero su entrada clandestina en Cuba la hizo dejando caer un cargamento de armas (bazucas, ametralladoras y rifles) en la finca de su padre en la provincia de Oriente y no lejos de la Base Naval de Guantánamo. Cuando el desembarco de la Brigada 2506 no pudo hacer nada en favor de los invasores, pero una vez que todo terminó se reunió con sus mas cercanos colaboradores.

—Hay que hacer algo —dijo—. No podemos permanecer cruzados de brazos mientras a los de la Brigada los juzgan y, a lo mejor, los fusilan a todos.

—No podemos ni debemos hacer nada —comentó alguien—, si no tenemos instrucciones y apoyo de los americanos.

—Cierto.

—¿Por qué no vas otra vez al Norte y hablas con ellos?

—En eso he estado pensando.

—Eso sí, lo importante es que hables con gente del máximo nivel.

—Conforme.

En la segunda quincena de mayo de 1961 Alfredo Izaguirre llegó a los Estados Unidos y rápidamente se dirigió a Washington. Sostuvo una reunión con “Frank Bender”, “Maurice Bishop” y otros oficiales de la CIA quienes, ante su insistencia, le arreglaron una entrevista nada menos que con el general Maxwell Taylor, quien en aquellos días trabajaba intensamente con el hermano del presidente, “Bobby” Kennedy, en un informe analizando las causas del fracaso de la invasión. Al parecer fue también en esos días que Izaguirre contactó con altos oficiales de la oficina de Inteligencia Naval quienes, parece posible deducir, planearon el complot “Patty Candela”.

—Y en esta operación —preguntó Izaguirre—, ¿qué papel juega la CIA?

—El mando de esta operación lo tenemos nosotros en la ONI, pero con la Agencia no hay problemas: ella cooperará.

—Bueno.

La operación, algo complicada, debía llevarse a cabo el 26 de julio de aquel año 1961. En esencia, suponía una triple y casi simultánea acción: en La Habana y Santiago de Cuba, mientras hablaban en los actos de celebración de esa fecha, Fidel y Raúl Castro serían muertos a tiros disparados desde lugares cercanos y debidamente escogidos. Al mismo tiempo, cerca de la Base Naval de Guantánamo, seis morteros harían fuego contra ésta mientras un séptimo mortero lo haría contra la unidad militar cubana próxima a la Base. Ambas partes —la norteamericana y la cubana— se sentirían agredidas, contestarían el ataque y darían inicio así a un incidente capaz de justificar una intervención armada de los Estados Unidos.

Pero el 17 de julio —apenas diez días antes de la fecha para la que se tenía planeada la operación— casi todos los encartados en el complot fueron detenidos, sin que hasta la fecha se sepa cómo los órganos de la Seguridad del Estado pudieron descubrir una operación como “Patty Candela” —tan cuidadosamente planificada.

Entre los complotados que lograron escapar estaban el propio Alfredo Izaguirre, José Pujáis y otros.¹⁵ Izaguirre pudo mantenerse oculto durante un tiempo, pero finalmente fue aprehendido a fines del propio año 1961. A Pujáis le salvó de caer en la redada la casualidad de que, días antes de que se llevara ésta a cabo, se encontraba en la Florida informando sobre el desenvolvimiento de la operación y arreglando el contrabando de las armas necesarias a través de la Base Naval de Guantánamo. Al conocerse en la CIA el fracaso de la operación llamaron a Pujáis.

—Con Izaguirre huyendo —le dijeron—, por ahora no es posible contar con él. Pero queremos que, en tu condición de segundo al mando de la organización, te infiltres en Cuba para poner de inmediato en marcha otros planes.

—No, no se puede hacer nada. Casi toda nuestra gente cayó presa.

—La de la última operación (“Patty Candela”) sí, pero tenemos otras de reserva. Cuando llegues a Cuba te conectarás de inmediato al MRP y trabajarás con ellos siguiendo instrucciones muy precisas que te vamos a dar.

—De acuerdo.

Los nuevos planes de la CIA tenían cierto fundamento. Poco antes de producirse la invasión por Bahía de Cochinos y ya previendo su inminente arribo, las fuerzas de la Seguridad cubana habían llevado a cabo una redada en gran escala que puso a buen recaudo (bajo detención) a decenas de miles de contrarrevolucionarios. Estos no pudieron desempeñar así el papel de apoyo a la famosa Brigada 2506 que tenía previsto la Agencia. Sin embargo, la redada no fue tan eficaz como para incluir a todo el aparato clandestino de oposición al gobierno. Y entre las organizaciones algunos de cuyos principales efectivos lograron evadir la acción de las autoridades estaba el “Movimiento Revolucionario del Pueblo” (MRP). Esta entidad la había fundado Manuel Ray Rivero, un alto funcionario (Ministro de Obras Públicas) que se había exiliado meses después, inconforme con el régimen que encabezaba Fidel Castro. El MRP era el mejor estructurado de los movimientos de oposición y tal vez el que contaba con mayor número de miembros —usualmente reclutados en las capas medias de altos ingresos y los sectores obreros mejor pagados. Con Ray exiliado, sus actividades en Cuba las dirigían, entre otros, Reynold González González (coordinador nacional) y Antonio Veciana Blank (jefe de la Sección de Acción y Sabotaje).

Siguiendo las instrucciones de la CIA, José Pujáis, luego de infiltrarse en Cuba, entró inmediatamente en contacto con el MRP, poniendo en práctica un programa de espionaje y terrorismo que debía culminar —como era usual— con el asesinato de Fidel Castro y otros dirigentes. No avanzaron mucho en la tarea. El 8 de agosto —unas dos semanas más tarde de su llegada— José Pujáis (junto con Octavio Barroso, otro de sus colaboradores y participantes en “Patty Candela”) fue detenido.

Pero, mientras tanto, el MRP impulsaba otra —la más grave por sus potenciales implicaciones— gran operación.

Todo comenzó cuando una mujer joven, algo regordeta y de grandes y expresivos ojos negros, su cabellera recogida en la frente con un “rolo” y el resto cubierta con un pañuelo, fue sorprendida en el momento en que colocaba dos petacas incendiarias en los estantes de la tienda “Sears”¹⁶ en el mismo corazón de La Habana.

Sometida a interrogatorio se mostró al principio muy discreta.

—¿Cómo se llama usted?

—Dalia Jorge Díaz.

—¿Cuál es su domicilio?

—Calle 42 número 904, apartamento 2, esquina a Novena en Miramar.

—¿Casada?

—Soltera.

—¿Qué hacía usted a las 5 y 55 de la tarde de hoy en “Sears”.

—Compraba.

—¿Sólo eso?

—Bueno... usted lo sabe... colocaba esas petacas.

—¿Se da usted cuenta de que es culpable de un acto de terrorismo que pudo costar muchas vidas inocentes?

—Cumplía una tarea.
—¿Quién más la acompañaba en la ejecución de esa “tarea”?
—Nadie. Lo hice yo sola.
—¿De dónde procedían esas petacas incendiarias?
—No se.
—Mire, la ayudaría a confesar. De todos modos nos vamos a enterar.
—No sé.
—¿Eso es todo lo que va a declarar?
—Sí.

—Bueno, en cuanto esté lista el acta se la mostramos para que la firme.
El acta que poco después firmaba Delia Jorge sólo tenía once renglones. Pero los datos obtenidos, junto a otros disponibles, al parecer permitieron a la contrainteligencia cubana deducir la existencia de un plan terrorista en gran escala y del cual las petacas incendiarias colocadas en “Sears” sólo representaban la “señal” del inicio de su puesta en práctica —comenzando con el incendio de las también conocidas tiendas “Fin de Siglo”, “J. Vallés” y la cafetería del “Hotel Capri”. De la acción de “Fin de Siglo” —también utilizando dos petacas incendiarias— se había encargado a otra mujer, María de los Angeles Habach, y con la acción de “J. Vallés” estaba responsabilizado Antonio Veciana Blank. Ahora bien, María de los Angeles era la secretaria de Antonio Reynold González (como se apuntó antes, coordinador Nacional del MRP) y “Tony” Veciana (según también se señaló, el jefe de Acción y Sabotaje de esa organización).

El proyecto del MRP era, sin embargo, mucho más ambicioso. Los actos de terrorismo en los establecimientos mencionados solo tenían por fin crear una atmósfera conmocional en el país y distraer la atención de los órganos de Seguridad del Estado. El verdadero objetivo consistía en un complot para asesinar a prácticamente toda la dirigencia cubana —y de un sólo golpe.

A tales efectos, utilizando un familiar como intermediario “Tony” Veciana había alquilado el apartamento 8-A del edificio ubicado en Avenida de las Misiones número 29 —una de cuyas ventanas daba casi al frente de la terraza norte del antiguo Palacio Presidencial. Allí tendría lugar —el 4 o 5 de octubre, es decir, apenas una semana después de la colocación de las petacas incendiarias— un acto masivo de recibimiento popular al presidente Osvaldo Dorticós a su regreso de un viaje por los países socialistas y, como era usual entonces, en aquella terraza convertida en tribuna estaría presente el pleno —o casi el pleno— del liderazgo cubano. Para tal momento se había preparado debidamente Veciana, quien logró introducir en el apartamento una bazuca con la que realizaría el atentado. Se había previsto que, una vez disparada el arma y comprobada su mortal cosecha, en medio de la confusión y el terror de las decenas de miles de personas participantes en la concentración, los autores del hecho podrían huir.

Pero nada de esto ocurrió.

Descubierto el complot, la mayoría de los conjurados fueron arrestados,¹⁷ aunque “Tony” Veciana —presumiblemente ayudado por su oficial de control en la estación CIA de La Habana—¹⁸ logró escapar a los Estados Unidos donde inició una larga carrera como terrorista profesional del grupo “Alfa 66”.

Por otro lado, el plan de la CIA de asesinar a Fidel Castro con la complicidad de la Mafia —particularmente utilizando a Johnny Rosselli— y elementos contrarrevolucionarios de origen cubano continuó desarrollándose bajo la dirección operativa de William Harvey, con el apoyo del coronel Edwards y bajo la supervisión del nuevo jefe de los Servicios Clandestinos, Richard Helms.

Al principio, Harvey estaba satisfecho de la marcha del trabajo. Un día no precisado de mayo de 1962 Rosselli le dijo: “Las armas y las cápsulas envenenadas ya están en Cuba”. Poco después, el 16 de junio, le reportó: “El cubano (Tony Varona) ha enviado tres de sus hombres a Cuba”. Pero luego pasó el tiempo sin que ofreciera ninguna noticia. Harvey comenzó a impacientarse, cada vez más nervioso y escéptico. En septiembre —los días 7 y 11— sostuvo sendas reuniones en Miami con Rosselli.

—Esto no marcha bien —dijo Harvey.

—El cubano me dijo que va a enviar otro equipo de tres hombres a Cuba con la idea de penetrar la escolta de Castro.

— ¿Y las cápsulas?

— ¡Ah!, no hay problema: esa “medicina” está en un lugar seguro de La Habana.

Harvey movió la cabeza en gesto de duda.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Rosselli.

—Dime.

—A mí me está pareciendo que esta operación no va a ninguna parte y que va a ser necesario cancelarla.

—¿Tu crees?

—Me temo eso.

VII

Aproximadamente un mes después de aquella conversación entre Harvey y Rosselli, una noticia estremecía la Casa Blanca. El día 14 de octubre el Centro de Interpretación Fotográfica de la CIA, analizando fotografías de los U-2, llegó a la conclusión de que la URSS había logrado introducir secretamente en Cuba “cohetes (nucleares) ofensivos”. El presidente Kennedy, luego de asegurarse de la certeza del descubrimiento, convocó de inmediato al Comité Ejecutivo del CNS, para tomar decisiones respecto a la conducta a seguir. Se iniciaban así los famosos Trece Días de la Crisis de los Misiles¹⁹ que mantendrían al mundo al borde de la catástrofe de una guerra nuclear. En la Casa Blanca la atmósfera era de tragedia inminente. Los miembros del CNS y otros asesores de Kennedy sometieron tres opciones al presidente: ataque aéreo, bloqueo naval o invasión contra Cuba. Kennedy dubitaba, decidido a que los cohetes fueran sacados del vecino país, pero presionando con la acción más probablemente eficaz y al mismo tiempo prudente. El 22 de octubre, J. F. Kennedy, en un mensaje televisado a toda la nación, informó sobre la existencia de “misiles ofensivos” soviéticos en Cuba, anunció el establecimiento inmediato de un bloqueo naval contra la isla y exigió a la URSS la inmediata retirada de aquellas armas nucleares.

La tensión no sólo era soviético-norteamericana-cubana sino mundial.

Cualquier movimiento, declaración o error podía desatar una conflagración sin precedentes en la historia universal.

Fue en aquellos días de crítica delicadeza cuando, súbitamente, los Kennedy y la plana mayor del CNS se enteraron de que William Harvey, como responsable de la “Fuerza de Tarea W” (la parte de la CIA en la Operación Mangosta), por su cuenta y riesgo, había enviado tres comandos para desembarcar en Cuba y preparar las condiciones para una invasión norteamericana.

La noticia llenó de pavor al máximo nivel del gobierno de los Estados Unidos.

J. F. Kennedy estalló:

—¡Pero ese hombre (Harvey) está loco! ¿Quién autorizó a ese hijo de puta a actuar por su cuenta en estas circunstancias? ¡Detengan esa operación!

Mas la orden llegaba un poco tarde. La salida de siete de los comandos pudo suspenderse, pero tres de ellos ya navegaban rumbo a Cuba. De la suerte que corrieron no se supo nunca. Probablemente fueron detenidos por la flota de guerra norteamericana que en ese momento bloqueaba la isla, evitándose así que la situación se complicara aún más de lo que estaba. El día 28 de octubre Khrushov aceptó la propuesta de los Estados Unidos de retirar los cohetes a cambio de una presunta promesa de suspender sus amenazas y ataques contra Cuba. Fue un acuerdo bilateral que provocó la negativa reacción de Fidel Castro. A Cuba no se la había tomado en cuenta en las negociaciones y éstas hubieran rendido más frutos de habersele exigido a los Estados Unidos otras medidas —como la retirada de la Base Naval de Guantánamo— más amplias, concretas y capaces de garantizar el cese de la agresiva hostilidad norteamericana.²⁰

De todos modos, luego de los acuerdos entre Kennedy y Khrushov para resolver la crisis, la Operación Mangosta fue cancelada y también —dado su fracaso— Helms decidió dar por terminada la operación que durante dos años y medio se había estado llevando a cabo con la Mafia.

A mediados de febrero de 1963, en efecto, Harvey y Rosselli volvieron a reunirse, esta vez en la ciudad de Los Angeles.

—La jefatura —dijo Harvey— dio por terminado nuestro proyecto de asesinar a Castro.

—Yo me esperaba eso. Algo no salió bien. De todos modos, ¿tienes alguna instrucción que darme?

—Sí. Rompe todo tipo de relación con los cubanos.

—De acuerdo, pero ellos lo van a sentir.

—¿Acaso tu les dijiste alguna vez que había una recompensa de \$150 mil por matar a Castro?

—No, nunca se los dije.

—Bueno, mejor así. De todo esto lo que queda es nuestra amistad.

—Seguro.

Pero Harvey no le dijo a Rosselli que, además de haber sido cancelada la operación, a él, Harvey, lo habían relevado de su jefatura en la “Fuerza de Tarea W” y suspendido de todo cargo que implicara responsabilidad. Los Kennedy no habían olvidado el peligroso episodio de los comandos durante la crisis de octubre. Y exigieron a la dirección de la CIA que lo cesantara o ubicara en una posición desde la que no pudiera ocasionar daños.

VIII

La increíble paradoja de este caso es que, en los días —principios de 1963— en que Harvey recibía instrucciones de cancelar el complot contra la vida de Fidel Castro, seguro ya de que las cápsulas envenenadas se habían perdido sin remedio o ido a parar a manos incapaces de llevar a cabo el atentado, ocurría que aquéllas estaban a punto de salir del escondrijo donde se guardaban en La Habana y de tomar el criminal rumbo para el que habían sido confeccionadas.

Las cápsulas estaban en buen recaudo en casa de Leopoldina Grau Alsina (“Polita”), sobrina del expresidente Grau San Martín, la cual en esa época estaba vinculada a uno de los muchos grupos contrarrevolucionarios actuantes entonces en Cuba (“Rescate”). “Polita” le entregó luego las cápsulas a Manuel de Jesús Campanioni, perteneciente a otro grupo contrarrevolucionario (“Movimiento de Acción Revolucionaria” o MAR) —el sujeto vinculado a Trafficante y los mafiosos que controlaban los casinos en época de Batista. Campanioni, que había sido *dealer* de las mesas de juego del “Habana Hilton” conoció allí a Santos de la Caridad Pérez Núñez, quien resultó que militaba en su misma organización contrarrevolucionaria (MAR).

Campanioni y Pérez Núñez se encontraron una tarde de principios de enero de 1963 en la esquina de M y 25 en el Vedado (esquina del hotel “Habana Hilton”, ahora llamado “Habana Libre”), suscitándose un diálogo en que el primero trató de reclutar al segundo para que se incorporara al MAR, pero ocurriendo que este último le dijo que no perdiera tiempo en eso, pues ya él se había afiliado a tal organización. Entonces Campanioni, luego de comprobar a través de su interlocutor que Fidel frecuentaba el mencionado hotel, le preguntó si estaba dispuesto a realizar un atentado contra la vida del líder cubano.

—¿Y cómo hacerlo? —preguntó Pérez Núñez.

—Tenemos cápsulas con un líquido venenoso que es mortal.

—¿Y si no actúa?

—Es imposible que no sea eficaz, porque lo mandaron los americanos.

—Bueno, de acuerdo.

Tres días más tarde Campanioni le entregó a Pérez Núñez las cápsulas letales, guardadas en un estuchito de yugos y prendedor de corbatas.

Pérez Núñez, al principio, guardó el estuchito en la gaveta de una mesa en la cafetería del hotel, pero luego optó por meter las cápsulas en el refrigerador —sacándolas de cuando en cuando para meterlas en el estuchito y ocultar éste en la mesa. Finalmente, decidió dejarlas en el refrigerador y esperar su oportunidad.

Una noche, en efecto, Fidel Castro llegó al “Habana Libre” y poco después Pérez Núñez recibía el encargo de prepararle un batido. “¡Por fin llegó el momento!”, debió decirse y comenzó a preparar la leche, el chocolate y el hielo. Entonces, cuando todo estuvo listo para echar a andar la batidora, se dirigió al refrigerador para sacar el ingrediente que faltaba: el diminuto cilindro plástico conteniendo la mortal toxina botulina, la cual había ocultado en el fondo del equipo. Pérez Núñez se agachó metiendo la mano en el frío y tanteando hasta que tocó la cápsula. Pero resultó que ésta, con la baja temperatura, se había pegado a la nevada serpentina del refrigerador y se vio en la necesidad de tratar de separarla. Esfuerzo infructuoso: estaba como soldada a la cubierta congelada del metal y no había manera de desprenderla. Nervioso e irritado, Pérez Núñez insistió, aunque sus dedos

estaban ya entumecidos. Nada. Entonces hizo un último y violento esfuerzo, y ahí fue donde ocurrió el incidente increíble: la cápsula, con sus forcejeos, acabó por destruirse.

Epílogo AQUEL MEDIODÍA DEL 22 DE NOVIEMBRE DE 1963

I

Mediodía del 22 de noviembre de 1963.

En la habitación de un hotel de París, se desarrolla una reunión entre un cubano aún relativamente joven y dos oficiales de la CIA. El cubano se llama Rolando Cúbelas Secades y tenía cierta notoriedad en determinados medios revolucionarios de Cuba por haber participado en una conspiración contra la vida de determinadas figuras de la dictadura batistiana, alzándose poco después con un grupo en las montañas de El Escambray. Luego del triunfo revolucionario del 1.º de enero de 1959, Cúbelas, vinculado a actividades de los estudiantes universitarios, comenzó bien pronto a perder prestigio por sus actitudes oportunistas, carácter turbulento y vocación por la buena vida. En ese periodo realizaba frecuentes viajes al exterior y en uno de ellos, en 1961, fue escogido por la CIA que inició con él un laborioso trabajo de reclutamiento. En la Agencia, a Cúbelas —considerado un “alto funcionario con acceso a Castro”— se le identificó con el criptónimo de MA/LASH y se consideró que poseía las condiciones —y la disposición— necesarias para llevar a cabo el asesinato de Fidel Castro.

Uno de los oficiales de la CIA presentes en la reunión que ahora tiene lugar es Desmond Fitzgerald,¹ quien había sustituido a William Harvey en la “Fuerza de Tarea W” del Plan Mangosta² y, cancelado éste, ocupado el cargo de jefe de la sección de Cuba en la División del Hemisferio Occidental de la Agencia. Cúbela, por su carácter, resultaba un verdadero dolor de cabeza para la gente de Langley. Estaba dispuesto a matar a Fidel Castro (“ejecutarlo” como él decía) aunque exigía condiciones: desde armas especiales hasta una entrevista con Robert Kennedy. El arma especial que quería para realizar el atentado (un rifle FAL con mira telescópica y silenciador) no era técnicamente posible confeccionarlo. Pero la entrevista con el hermano del presidente la resolvió Fitzgerald con una invención muy simple: le dijo a Cúbela o AM/LASH que Bobby, a pesar de sus deseos, no podía recibirlo por exceso de trabajo pero que lo había enviado a él —Fitzgerald— como su representante personal. Cúbela se tragó la pildora. Y entre ambos llegaron a confeccionar una conjura contra Cuba que contemplaba desembarco de comandos, uso de todo tipo de armas y explosivos, preparación de rutas de escape, golpe de Estado y hasta establecimiento de un gobierno que tendría el inmediato reconocimiento de cinco países. La pieza maestra del plan, sin embargo, consistía en un atentado contra la vida de Fidel Castro que ejecutaría Cúbela. Y precisamente en esta reunión del 22 de noviembre de 1963 el punto central de discusión consiste en cómo llevar a cabo esa operación.

Fitzgerald puso en manos de Cúbela una pluma estilográfica, diciéndole:

—Este es objeto muy sencillo, inocente y de uso cotidiano, pero con el cual se puede matar a Castro.

—No entiendo.

—Enseguida te explico. Esta estilográfica la preparó cierta División de Servicios Técnicos. Al utilizarla, funciona un microdispositivo interno que dispara un tóxico mortal a través de una aguja hipodérmica tan pequeña y fina que la víctima ni siquiera siente el pinchazo.

—¿Un tóxico?

—Sí. Y se recomienda usar Black Leaf-40, que puede adquirirse en cualquier comercio especializado.

—¿Y qué?

—Tu tienes acceso a Castro. Basta con que de alguna manera hagas llegar esto a sus manos. Cuando lo use, es hombre muerto.

—¡Bah! —dijo Cúbela—. Es una operación muy riesgosa y no estoy seguro de que eso funcione. Yo creí que ustedes me facilitarían algo más viable y sofisticado.

— ¡Pero esto no falla y es seguro!

—No se qué decir.

Y comenzó una discusión que sólo quedó interrumpida cuando sonó el timbre del teléfono y Fitzgerald atendió la sorpresiva llamada.

Cúbela y el otro oficial vieron que palidecía.

—¿Cómo? —dijo Fitzgerald— ¿Hace sólo unos momentos? Pero ¿es noticia cierta?

Y, cuando escuchó la respuesta, colgó, mientras decía a sus interlocutores.

—Señores, por hoy esta reunión ha terminado. Acaba de ocurrir algo terrible.

—¿Qué sucedió?

—Algo terrible —sólo acertó a repetir Fitzgerald, dejándose caer en un sillón.

II

Mediodía del 22 de noviembre de 1963.

El mismo día y hora en que el oficial de la CIA Desmond Fitzgerald entrega a Rolando Cúbela una estilográfica preparada para asesinar a Fidel Castro, el periodista francés Jean Daniel conversa con el líder cubano en una modesta residencia de la famosa playa el Varadero, a 130 km de La Habana. Daniels, pocas semanas antes, había sostenido una entrevista en la Casa Blanca con J.F. Kennedy y era portador de lo que podía interpretarse como un mensaje del presidente norteamericano que sugería una apertura exploratoria acerca de las posibilidades de normalizar las relaciones cubano- norteamericanas. En realidad, la entrevista de Varadero era la continuación de la que se había iniciado dos días antes, cuando sorpresivamente Fidel Castro se apareció en la habitación del hotel en La Habana donde se alojaba el periodista. Era un gesto característico del dirigente revolucionario el abandonar las formalidades de una audiencia en el palacio de gobierno e ir de manera inesperada al encuentro de algún visitante con el que le interesaba dialogar. Como siempre, vestía su uniforme de campaña verde olivo y la boina guerrillera ladeada en la cabeza que culminaba su figura atlética. Daniels no prestó atención a aquella barba universalmente conocida sino a los ojos, no grandes, pero curiosamente expresivos, y a los suaves matices de su voz.

Fue una entrevista larga —aquella nocturna antes del posterior encuentro, dos días después, en Varadero. Fidel Castro llegó alrededor de las diez de la noche y se marchó cuando, mirando uno de sus dos relojes de pulsera, comentó “Caramba, son las cuatro de la madrugada”. Daniels insinuó: “Pero aún tengo temas que discutir”.

Fidel quedó silencioso y luego dijo:

—¿Cuándo te marchas?

—Se suponía que hoy, vía México, para Washington. Pero el vuelo ha sido suspendido.

Llevo tres semanas entrevistando gentes mientras esperaba esta conversación que es la más importante.

—Te invito a que te quedes dos o tres días más.

—Aceptado.

—Yo, mañana, es decir, hoy, puesto que son las cuatro de la madrugada del 21, tengo mucho que hacer. Pero mañana día 22 podemos volver a hablar. En Varadero por ejemplo, allí almorzamos, hablamos y luego me acompañas para mostrarte algunas de las cosas que estamos haciendo por las cercanías.

—De acuerdo.

—Tu verías a Kennedy cuando regreses a los Estados Unidos. ¿No es así?

—El mismo me lo pidió. Parecía muy interesado.

—Bueno, puedes convertirte en algo así como en un emisario de la paz... Pasado mañana se te recogería aquí y continuamos hablando en Varadero.

—Se lo agradezco mucho.

Después de aquella larga entrevista nocturna y según lo acordado, el 22 de noviembre por el mediodía, en el comedor de aquella casa de Varadero, el periodista francés trataba de concentrar la conversación en aquellos aspectos de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos que aún le quedaban pendientes por aclarar. ¿Podría concretar algo más las posiciones del líder cubano? “Rara posición la mía”, pensaba, “en que de periodista me he venido a convertir en una especie de enviado extraoficial del gobierno norteamericano ante uno de los más controvertidos dirigentes en la política mundial.”

Miró a su alrededor. En la mesa, muy pocos comensales: Fidel Castro, uno de sus ayudantes, él y dos o tres personas más, generalmente silenciosas. Dos como camareros servían con actitud diligente. Un escolta uniformado se sentaba cerca del teléfono y lanzaba ojeadas a la puerta bien guardada por otros hombres de uniforme, jóvenes y bien armados. Pero el ambiente en torno al exquisito almuerzo era informal y agradable.

—Luego de comer y descansar un poco te llevo a que veas una Granja del Pueblo.

Pasaremos por Matanzas —dijo Fidel.

—Bueno. Encantado.

En ese instante sonó el teléfono y un escolta vino a donde Fidel Castro.

—Le llama el presidente Dorticós. Dice que es urgente.

Fidel, excusándose ante Daniels, se levantó y tomó el teléfono:

—Sí... soy yo... ¡¿Cómo?! ¿Y cuándo fue eso? Hace unos minutos... Un momento...

Y dirigiéndose a Daniels le dijo:

—Es sobre Kennedy... en Dallas... Algo malo ha sucedido... Muy malo... ¡pero muy malo...!

Mediodía del 22 de noviembre de 1963.

El mismo día y hora en que el oficial de la CIA Desmond Fitzgerald le entregaba a Rolando Cúbela la estilográfica con un dispositivo oculto para asesinar a Fidel Castro y en que el periodista francés Jean Daniels se entrevistaba con este último portando lo que podía interpretarse como un mensaje de apertura hacia Cuba del presidente de los Estados Unidos, la limosina en que iba John F. Kennedy junto a su esposa Jacqueline —de visita en la ciudad de Dallas, Texas— viraba suavemente a la izquierda en la calle Elms y, pasando frente al almacén de Depósito de Libros Escolares situado en la esquina, enrumbaba hacia la Plaza Dealey.

Había una gran multitud a ambos lados de la Avenida saludando al primer magistrado. La esposa del gobernador Connally, sentada junto a éste delante de los Kennedy, le dijo entonces al presidente:

—Usted no puede decir que la ciudad de Dallas no lo quiere.

El presidente esbozó una sonrisa por toda respuesta.

Tal vez pensaba en ese momento en lo equivocado que estaban sus más cercanos colaboradores al advertirle lo peligroso de una visita a Dallas. Era una de aquellas ciudades de Texas que habían florecido de la noche a la mañana a partir del descubrimiento del petróleo en el estado durante los años treinta. Urbe pujante y en proceso de desarrollo industrial era famosa por poseer más multimillonarios per cápita que cualquiera otra del país y, también, por la ideología conservadora de la mayor parte de sus habitantes y el carácter agresivo de sus grupos más ultraderechistas. Adlai Stevenson y el senador Fulbright —de conocidas tendencias liberales— habían estado recientemente allí y se fueron tan pronto como les fue posible ante la actitud hostil de las gentes del lugar. El mismo anuncio de la visita de Kennedy había provocado el envío a la Casa Blanca de decenas de anónimos amenazando con matarlo. El 22 de noviembre —día de su llegada— los principales periódicos publicaron anuncios pagados con su foto y leyendas tales como “se le busca por traidor”. Las calles estaban empapeladas con pasquines y volantes repudiándolo. Pero aún conociendo todo esto, Kennedy insistió en que iría a la ciudad y ya no sólo porque debía intervenir en el diferendo que enfrentaba el senador de ideas liberales Ralph Yarborough con el muy conservador John Connally (gobernador y protegido de Lyndon B. Johnson), sino porque, como le dijo a Bobby, las actitudes políticas de la población de Dallas constituían para él un desafío y hacía “más excitante el viaje”. Por ello, tal vez Kennedy continuaba ahora con gesto risueño saludando a la gente que se le agolpa en las aceras.

La limosina que lo conduce comienza ya a dejar atrás una curva de la avenida y pasa por debajo de un frondoso árbol.

En ese instante suena un disparo inmediatamente seguido de otro.³ El presidente se lleva de pronto una mano hacia el cuello, pero deteniendo el ademán a medio camino, mientras su cabeza se mueve con rapidez hacia la izquierda: ha sido impactado en la garganta por un balazo que viene desde el frente.

El gobernador Connally se vuelve entonces hacia la derecha para ver qué ocurre y exclama: ¡“Oh, no... no”, mientras Jacqueline repite como un eco las mismas palabras y toma las muñecas de su esposo —quien no dice nada y mira con una rara expresión estampada en el rostro.

Dos segundos más tarde resuena otro disparo.

Esta vez, la cabeza de Kennedy es impulsada hacia adelante: otro balazo, venido desde atrás, le ha atravesado la espalda a la altura de la línea del hombro, un poco a la derecha de la columna vertebral (y, fracciones de segundos después, otro proyectil alcanza al gobernador Connally cerca de la axila y le sale por la tetilla derecha). Jacqueline, vuelta por completo hacia su esposo, lo abraza.

Pero no han transcurrido aún cinco segundos cuando se producen otros dos disparos, casi simultáneamente. La cabeza y el cuerpo de Kennedy son ahora empujados con violencia hacia adelante (tiro desde atrás) y, enseguida, hacia atrás (tiro desde el frente). Y, aunque desmadejado, su cuerpo cae con rapidez hacia la izquierda (a 100 pies por segundo) hasta que su cabeza choca violentamente con el respaldo del asiento. Acaba de recibir los balazos mortales.

Uno o dos disparos más impactan ahora a Connally, destrozándole la muñeca derecha e hiriéndole en el muslo izquierdo.

Jacqueline, aunque aterrorizada (luego apenas recordaría sus movimientos) suelta de pronto a Kennedy y comienza a trepar por el guadaequipajes de la limosina para recoger fragmentos del cráneo de su esposo —regados por el vehículo y hasta el pavimento. Un miembro del servicio secreto —los demás, impávidos, no hacen nada— corre y palanqueándose con las piernas en el parachoques trasero la lanza contra su asiento para protegerla de la balacera.

La comitiva de autos que precedía o seguía al presidencial así como los motociclistas de la escolta casi detuvieron la marcha en medio de la confusión y el espanto. El chofer de la limosina en la que iba Kennedy —un hombre de casi 60 años y con sus reflejos medio adormecidos—, en lugar de pisar el acelerador como señalan las reglas para estos casos, aminoró también la velocidad y prácticamente frenó el vehículo. Esta vacilación fue fatal, porque ella permitió que transcurrieran los segundos en que se dispararon los balazos fatales. Reemprendió la marcha por fin y poco después llegaba al Hospital Packland en medio de un verdadero caos. El cuerpo del presidente logró ser colocado en una camilla e introducido en la institución. Pero ya apenas había nada que hacer. Y, un rato más tarde, J. F. Kennedy, presidente de los Estados Unidos, fue oficialmente declarado muerto.

IV

¿Quién mató al presidente Kennedy?

Durante décadas, aquel asesinato ha sido objeto de las más pugnaces polémicas, pesquisas y teorías.⁴

Dos tesis contradictorias, polares han ocupado el centro de ese debate.

Una: la oficial representada por las conclusiones de la Comisión Warren⁵ —un grupo de alto nivel nombrado por el propio Poder Ejecutivo de los Estados Unidos, recién ocurridos los acontecimientos. *Según esta versión, JFK fue muerto por la acción individual y sin otros cómplices de un hombre joven llamado Lee Harvey Oswald —aprehendido casi inmediatamente después de cometido el crimen.* Oswald, afirmase, disparó tres veces con un rifle desde atrás y desde lo alto del sexto piso del Depósito de Libros Escolares de Texas en la Plaza Dealey. Uno de los tiros falló. Dos acertaron al presidente: en la espalda casi en la línea del hombro y en la parte posterior de la cabeza. La bala que penetró por la espalda

salió de su cuerpo e impactó por tres lugares distintos, hiriéndolo gravemente, así como al gobernador Connally que iba en la misma limosina presidencial. Dos días más tarde, cuando se le trasladaba a otra cárcel, Oswald fue a su vez victimado por Jack Ruby —un individuo que alegó haberlo hecho por móviles patrióticos.

Otra: la sostenida por participantes en más amplias indagaciones —incluyendo algunas también oficiales a nivel congresional⁶ o de miembros del poder judicial⁷ y un buen número de investigadores privados. *Según esta versión JFK no fue asesinado por la acción espontánea de un solo individuo como Lee Harvey Oswald, sino que resultó víctima de una verdadera conspiración —premeditada, organizada y llevada a cabo por determinados o determinados grupos enemigos suyos.* Oswald, conforme este enfoque, desempeñó simplemente el papel de instrumento o chivo expiatorio de los confabulados para matar al presidente. Oswald probablemente no disparó y, si lo hizo, de su rifle no salió la bala mortal. Tampoco es cierto —como sostuvo la Comisión Warren— que sólo hubo tres disparos. Las pruebas testimoniales y objetivas prueban que hubo por lo menos seis. Y ni hablar que se tratara de un solo tirador. Actuaron por lo menos dos, probablemente tres, y tal vez más. El proyectil fatal, además, no vino desde atrás y desde un punto tan alto como el alegado (lo cual excluye a Oswald como presunto asesino) sino desde el frente.⁸

Finalmente, Connally no fue impactado por una “bala mágica” que, desafiando las leyes de la física, siquiera la más increíble trayectoria que se pueda concebir, sino por otra que se disparó después que el presidente estaba mortalmente herido.

¿Dónde se encuentra la verdad?

¿Fue el presidente Kennedy víctima de la acción aislada y por su sola cuenta de un individuo como Lee Harvey Oswald o, por el contrario, cayó ultimado por varios asesinos conforme lo decidido por un grupo de conspiradores que organizó el complot para darle muerte?⁹

V

Durante los “mil días” de su administración, Jack Kennedy sumó a los que votaron por él un número de partidarios (particularmente, en los últimos tiempos, negros), pero también se ganó una masa de antipatizantes y aún enemigos —algunos de ellos acérrimos.¹⁰ No hay que pensar que esto último ocurriera por profundas discrepancias ideológicas en las que estuviera en juego la naturaleza del régimen económico-social predominante en los Estados Unidos. Alrededor de los años sesenta —como antes y después— las concepciones predominantes lo mismo en el Partido Republicano que en el Demócrata eran unánimes en cuanto a la superioridad de tal régimen y sobre la línea de defender los intereses globales norteamericanos tanto frente a la URSS como en cuanto a las otras potencias occidentales y los países que comenzaban a llamarse subdesarrollados. Y Kennedy no sólo compartió y actuó siempre conforme esas visiones del mundo sino que, una vez en la Casa Blanca, se rodeó de un conjunto de sus más típicos representativos.¹¹

Por otro lado, Kennedy, no obstante que con sus características actitudes dubitativas y cautelosas, comenzó a impulsar desde su alto cargo ciertos cambios en la política tradicional del gobierno, controversiales para la época pero que la historia demostraría que eran necesarios para el mejor funcionamiento del sistema. Así, introdujo el intervencionismo estatal de inspiración keynesiana¹² para regular los altibajos cíclicos de la

economía, promover el crecimiento del producto nacional y combatir el desempleo. Se convirtió, llegado el momento —ante la marea incontenible de la lucha de los negros y los conmocionales choques provocados por los racistas en el otoño de 1962 en Alabama y la primavera de 1963 en Mississippi— en un tan firme defensor de los derechos civiles de aquella masa brutalmente discriminada que envió al Congreso (junio de 1963) un proyecto de ley que, si bien fue aprobado con cambios y luego de su muerte, puede considerarse el más importante avance en ese campo desde los tiempos de la Guerra de Secesión y ciertamente el mayor logro del movimiento liberal norteamericano de la década de los sesenta. Aún manteniendo decididas posiciones frente a la URSS y sin descuidar —pues, más bien aumento— los presupuestos y recursos bélicos de los Estados Unidos, Kennedy fue adelantando paulatinamente hacia posiciones a favor de un cierto régimen de convivencia pacífica con la URSS y no dudó en desafiar a los halcones de la guerra fría firmando el Tratado de Moscú, prohibiendo la mayoría de los ensayos nucleares (agosto de 1963). Kennedy, en fin, no obstante su susceptibilidad ante cualquier real o supuesta amenaza a los intereses imperiales de los Estados Unidos —y algún que otro grave error de política cometido en ese sentido—¹³ fue capaz de comprender que, detrás de los movimientos revolucionarios de lo que luego se llamó el Tercer Mundo, no estaba siempre la “mano de Moscú” y sí, por lo general, el atraso económico, la explotación colonialista y la injusticia social, proponiendo entonces como remedio los cambios estructurales internos y la ayuda externa necesarios para promover el desarrollo.

En realidad, estas políticas le ganaron a Kennedy el respaldo de la gran mayoría del pueblo norteamericano. Una encuesta de opinión llevada a cabo en noviembre de 1963 —unos días antes de su asesinato— arrojó que el 63 % de la ciudadanía apoyaba su proyecto de ley sobre derechos civiles de los negros y 60% estaba satisfecha de su gestión como gobernante. Había obtenido la aprobación, incluso, de once millones de personas que votaron por Nixon, lo cual prácticamente le garantizaba la reelección en 1964. Por otro lado, había perdido 6.5 millones de votos (el 70% de ellos debido a la ley de derechos civiles de los negros) —un dato bien expresivo de la hostilidad que sus acciones habían provocado en los sectores más conservadores de la sociedad norteamericana, por no mencionar la ultraderecha, que en aquellos tiempos había adquirido una fuerza sin precedentes como lo demostraba la proliferación de organizaciones tales como la de John Birch Society, los Minutemen, la Christian Anti-Communist Crusade, el American Nazi Party y otras. La textura ideológica de la ultraderecha era parecida a la de los conservadores, pero exagerada hasta los límites más caricaturescos del absurdo. Se pronunciaba contra el intervencionismo estatal no ya sólo en la forma en que el keynesianismo pro-corporativo de Kennedy lo hacía en la economía, sino en cualquier otra forma o en cualquier otro aspecto de la vida social. Una parte se manifestaba por el aislacionismo en la política exterior del país y otra se inclinaba en favor de posiciones más agresivas, belicosas e intervencionistas. La mayoría, si no la totalidad, era racista de tomo y lomo que lo mismo nutría las filas del Ku Klux Klan que aplaudía actitudes como las del jefe de la Comisión de Seguridad Pública de Birmingham (Alabama) cuando el 3 de mayo de 1963 lanzó una jauría de furiosos perros entrenados contra la masa de negros manifestantes que recorría la ciudad reclamando sus derechos.¹⁴ La capacidad para la repulsa ideológica de estos elementos trascendía a veces regímenes y límites de clase. Odiaban desde luego a la URSS y el comunismo, a Cuba y a Castro, pero resulta interesante

—por no decir prodigioso— el hecho de que, cuando sobre los años sesenta, el sociólogo norteamericano William Domhoff escribió su libro sobre la llamada clase gobernante o superior que en los Estados Unidos constituía la “élite del poder” (Wright Mills), se sintiera obligado a demostrar que la ultraderecha estaba equivocada al considerar que Nelson Rockefeller era un “comunista encubierto”.

VI

La ultraderecha tenía contactos, vínculos e influencia en la cima del poder en los Estados Unidos: en los órganos legislativo, ejecutivo y judicial; en las agencias y departamentos federales; en los gobiernos de los estados y sus dependencias, en las fundaciones más influyentes en la política doméstica e internacional; en los medios masivos de comunicación; en las fuerzas armadas —en todas partes.

Un fenómeno de interés —aunque aún no bien estudiado en toda la complejidad de su trama y urdimbre— consiste en el sistema de interrelaciones entre las figuras y organizaciones de esa corriente ideológica, no obstante su heterogeneidad en otros aspectos. Las motivaciones que sustentaban esos vínculos podían ser desde luego muy variadas; pero, en un número de casos, sin duda, tendían a concurrir en una actitud crecientemente hostil hacia la administración de Kennedy. Esta circunstancia era capaz de interconectar elementos tan disímiles como la ultraderecha, la CIA, la Mafia y los grupos de acción de los exiliados anticastristas.

Todos ellos podían constituir —y de hecho, como enseguida se verá, constituían— una suerte de sistema de vasos comunicantes o tela de araña tan densa y compacta como capaz de actuar coordinadamente llegado el momento.

VII

Véase, por ejemplo, el caso de la CIA.

La ultraderecha tenía sus militantes ideológicos en la Agencia, donde a los distintos niveles no faltaban quienes culpaban a Kennedy por el fracaso de Bahía de Cochinos (no autorizó el segundo golpe aéreo ni ordenó la intervención de las fuerzas armadas norteamericanas); por la pérdida de prestigio que también sufrió al mostrar su incapacidad para prever la colocación en Cuba de los misiles nucleares que llevaron a la crisis en octubre de 1962;¹⁵ por la cesantía de Dulles,

Cabell y Bissell; por la creación de un aparato rival (el DIA en el Pentágono); por las medidas para restablecer la autoridad de los embajadores en las estaciones de ultramar; por la decisión de reducir sus presupuestos en un 20%; y por el esfuerzo de reorganizarla sometiéndola a un mayor control del Poder Ejecutivo.

Los altos mandos de la CIA (como McCone, director; y Helms, jefe de los Servicios Clandestinos), sus niveles intermedios (como, para sólo citar un caso, David Atlee Phillips) y sus agentes en la base (como David Ferrie y Clay Shaw, dos nombres que tienen que ver con esta historia), eran típicos representantes de la ultraderecha. Muchos de ellos odiaban a Kennedy. Y esto resultaba tan sabido que, recién asesinado este último, Bobby le preguntó a McCone: “¿Mató la CIA a mi hermano?”. McCone dijo que no, pero Bobby quedó

silencioso, como rumiando sus propios pensamientos (en realidad, sabía más que McCone sobre la vocación de la CIA por el asesinato de dirigentes).

Por otro lado, la Agencia tenía contactos estrechos con los grupos de acción anticastristas —a los que organizaba, financiaba y entrenaba— y con la crema de la Mafia a raíz de sus complots para atentar contra la vida de Fidel Castro. Más claro. La CIA —dominada por la ultraderecha tanto en sus filas como en sus cuadros de dirección— estaba bien conectada con la Mafia y los grupos anticastristas más violentos. Y, casi desde los tiempos de su fundación, había desarrollado y perfeccionado una extraordinaria capacidad para organizar conjuras culminantes en asesinatos.

VIII

Nótese ahora el caso de la Mafia.

Varios capos de la Mafia tampoco las tenían todas consigo bajo el gobierno de Kennedy — muy particularmente por el largo historial de Bobby en la lucha contra el crimen organizado y que ahora, con el cargo de Fiscal General de la República, le convertía en una verdadera amenaza. Como precisamente comprobaron el capo mayor de la Luisiana, Carlo Marcello, y el jefe gangsteril del sindicato de camioneros, Jimmy Hoffa. A Marcello, Bobby —a los tres meses de asumir el cargo— lo mandó prender y, esposado, se le metió en un avión que vino a aterrizar horas después en un agreste lugar de Guatemala. Marcello retornó ¡legalmente y, un día, según declararon testigos, en medio de un rapto de furia excitado por los tragos, refiriéndose a alguno de los Kennedy estalló: “*¡Livarsi na pietra di la scarpa!*” —un grito de guerra típico de mafiosos (“¡Quitadme esta piedra del zapato!”). Sus aclaraciones posteriores empeoraron las cosas. No, dijo, no se refería a Bobby, en realidad, no había dicho nada de eso. El comprendía muy bien que “a un perro que muerde no basta con cortarle la cola (Bobby) sino que es necesario cortarle la cabeza (JFK)”. A Hoffa, pese al criterio jurídico de sus asesores, Bobby también había ordenado proseguirle una causa que le llevara a la cárcel. Pero esto, como apuntó Santos Trafficante, era asunto “delicado”. Ello ocurrió cierto día de septiembre de 1962, durante un almuerzo del capo con José Alemán¹⁶ en el Scott Byron Motel de Miami Beach.

Dijo Trafficante refiriéndose al presidente Kennedy:

—¿Has visto cómo su hermano (Bobby) está golpeando a Hoffa, un hombre que es trabajador, que no es un millonario, sino un amigo de los obreros manuales? El (JFK) no sabe que este tipo de encuentro es muy delicado. Recuerda mis palabras: ese hombre (JFK) va a recibir lo suyo.

—Sin embargo —argumentó Alemán—, a pesar de todo, yo creo que va a ser reelecto.

—No, José, lo van a matar.¹⁷

La Mafia —cuyos *capos* multimillonarios coexistían perfectamente con las capas conservadoras de los más acaudalados representantes del mundo de la industria de las finanzas—, según se ha visto a lo largo de esta obra, tenía relaciones con la CIA y, según se apuntará enseguida, también con los grupos de acción anticastristas. La Mafia —con su larga historia de rivalidades, confabulaciones y crímenes—, como lo comprobó la propia CIA en más de una ocasión, podía llegar a los niveles más sofisticados concebibles en el arte del asesinato.

IX

Y tómesese en cuenta, finalmente, el caso de los grupos exiliados de origen cubano. Estos elementos, sobre todo aquellos de los más involucrados en acciones terroristas, no veían con buenos ojos a Kennedy, quien, sostenían, les había fallado en el apoyo que necesitó la Brigada 2506 cuando lo de Bahía de Cochinos y, además, en los últimos tiempos les estaba zafando el cuerpo —retirándoles la ayuda e incluso, a veces, reprimiéndolos. Contenían su pequeño grano de verdad algunas de esas quejas. Kennedy, en realidad, no había renunciado por completo a la lucha contra Fidel Castro.¹⁸ A principios de 1963 incluso apretó aún más las tuercas del bloqueo económico contra Cuba y declaró en una conferencia de presidentes centroamericanos en Costa Rica que iba a “construir un muro (de aislamiento) alrededor de ese país”. En junio del mismo año, aunque manifestándose resignado ante la imposibilidad de derrocar el gobierno cubano, Bobby ordenó que continuaran las actividades de espionaje, subversión y sabotajes (“para mantener allá el espíritu de resistencia”). Y así por el estilo. Mas, por otro lado, el Grupo Especial (Ampliado), la Fuerza de Tarea W (CIA) y la Operación Mangosta, fueron desactivados. Los fabulosos recursos de la estación JMAVAVE de la Agencia en Miami — en hombres y recursos— se reajustaron. El apoyo al Consejo Revolucionario Cubano (CRC) apenas se mantuvo a nivel de cortés retórica. La idea de una nueva invasión pasó al limbo del olvido. Y al FBI se le encargó dismantelar algunas bases de almacenamiento de armas y entrenamiento paramilitar de exiliados —como ocurrió con la del lago Ponchartrain, cerca de Nueva Orleans, a fines de julio de 1963. La frustración y el rencor entre los elementos del exilio, consecuentemente, había comenzado a cundir por doquier. Miró Cardona, aún presidente del arqueológico CRC, le pidió una audiencia a Bobby Kennedy que le fue concedida. Salió de la entrevista decepcionado, para declarar con amargura: “Las promesas y acuerdos sobre una segunda invasión no se van a cumplir... Nos han vendido”. Y el más connotado de los cabecillas del terrorismo entre los exiliados. Orlando Bosch, escribió un panfleto acusando a Kennedy de traición (y enviándole un ejemplar).

Los grupos de exiliados anticastristas estaban bien conectados con la CIA —que los había criado, provisto de recursos y dado toda clase de entrenamiento en técnicas de terrorismo y acciones paramilitares— y algunos de ellos tenían contactos y recibían fondos de la Mafia. Al mismo tiempo, no carecían de vínculos —a veces íntimos— con personajes y organizaciones de la ultraderecha. El Orlando Bosch arriba mencionado aludió cierta vez en una conversación telefónica interceptada a la ayuda que podía obtener de H. L. Hunt (“...el hombre de los pozos...”)¹⁹ y planeó uno de sus atentados terroristas (atacar un buque mercante soviético) utilizando cañones facilitados por los Minutemen. Estos grupos tenían gente familiarizada tanto con el uso de armas de tal calibre como en el de rifles de mira telescópica. Cualquiera de ellos podía acertarle en la cabeza al blanco móvil de una persona que viajara en un vehículo a decenas y aún centenares de metros de distancia.

X

Si la teoría de la conspiración para asesinar al presidente Kennedy es la acertada y Oswald fue sólo una especie de cabeza de turco o chivo expiatorio como lo proclamó él mismo

luego de su arresto,²⁰ convendría sin embargo no verter excesivas lágrimas pensando en el triste destino que le cupo como una suerte de angelical víctima del complot —pobre muchacho de ingenuas tendencias idealistas de izquierda caído en una trampa de la cual no salió con vida. La biografía de Oswald no justifica esa imagen —que fue la que dicho sea de paso intentó dar la Comisión Warren, a partir de ciertas presiones del FBI.²¹

La biografía de Oswald apunta con argumentos muy convincentes sus vínculos con la comunidad de inteligencia de los Estados Unidos —particularmente con la ONI u Oficina de Inteligencia Naval²² y tal vez también con la CIA Oswald tenía estrechas relaciones con Guy Banister y con David Ferrie.

Banister, que había sido agente del FBI y, hasta su expulsión, miembro de la policía de Nueva Orleans, era propietario de una agencia de detectives y en ejercicio de su vocación como profesional del anticomunismo²³ se dice que actuaba como coordinador de los Minutemen en el estado de Luisiana. Borrachín y temperamentalmente violento, su más íntimo amigo y empleado era un tipo de aspecto algo extravagante pero de peligrosos antecedentes llamado David Ferrie —que trabajaba para la CIA, era piloto del mafiosos Marcello y entre sus ocupaciones tenía la de entrenar exiliados anticastristas. Las sospechosas andanzas de Ferrie, en vísperas del asesinato de Kennedy (a quien, por cierto, una vez aludió arguyendo que “es necesario matarlo”), le convirtieron en el más importante testigo del Fiscal Jim Garrison.²⁴

Oswald podía haber hecho una carrera como actor y no sólo por sus posibles actividades de inteligencia durante los dos años de su estancia en la URSS (siempre hay algo de histrionismo en un espía). Un día se le vio distribuir folletos por las calles de Nueva Orleans de un supuesto “Comité Pro Justo Trato a Cuba”; escenificar una riña con cierto cabecilla de un grupo anticastrista (Directorio Revolucionario Estudiantil o DRE, formado por elementos terroristas); y posteriormente sostener un debate por radio con este último (y declarando: “Soy marxista”) —todo lo cual luego se probó había sido una farsa. Pero las investigaciones revelaron después otros hechos curiosos. La sede del “Comité Pro Justo Trato a Cuba”, según constaba en el pie de imprenta de los panfletos arriba mencionados y el lugar donde se guardaban los propios panfletos, estaban en una oficina (544 Camp St. de Nueva Orleans) que era precisamente la oficina de Guy Banister —un punto usual de reunión y almacenamiento de armas de los grupos anticastristas, donde solía recalar Ferrie. En realidad, Oswald, Banister y Ferrie, formaban un trío bien conectado con la ultraderecha, la CIA, la Mafia y los grupos de acción de exiliados anticastristas.

El historial de Jack Ruby —quien asesinó a Oswald dos días después de su detención bajo las propias narices de la policía de Dallas— es no menos expresivo.

Ruby había sido delincuente juvenil en Chicago —recadero de la pandilla de Al Capone entre otras actividades— y llegó a estar complicado en un asesinato alrededor de 1940. Luego de muchas idas y venidas por el país, siempre vinculado a elementos del hampa, ya en las cercanías de 1950 se estableció en Dallas.²⁵ Allí, entre otros negocios, se concentró en la operación de “El Carrusell” —un establecimiento de bebidas y pizzas que por la noche ofrecía espectáculos de strip tease.²⁶ Durante esos años amplió enormemente sus relaciones con el bajo mundo de la delincuencia (y también con la policía de Dallas). Sobre 1960 Ruby tenía vínculos probados con por lo menos dieciséis gangsters y mafiosos —y cinco de ellos²⁷ trabajaban para los Lansky, Trafficante y Compañía en los años dorados del

auge de los casinos de juego en La Habana (a donde Ruby realizó tres viajes a fines del verano de 1959).

De sus declaraciones posteriores se deduce que Ruby tenía también contactos con personajes del gran mundo de los negocios multimillonarios de Texas como Clint W. Murchison y H. L. Hunt.²⁸

¿Tenía Ruby otros vínculos con la ultraderecha? Los datos disponibles no son concluyentes, pero indican que al menos, por algún motivo, luego de los sucesos del asesinato de Kennedy y Oswald, tenía muchos temores con relación a la Birch Society. Tal vez por ello fue que le imploró a Earl Warren —cuando éste lo entrevistó en la prisión de Dallas— que, por favor, le trasladara a Washington, donde podría declarar todo lo que sabía y sentirse protegido.

No se sabe por qué Warren se negó a acceder a esa petición.

Entonces Ruby manifestó:

—Se los digo, caballeros, toda mi familia está en peligro. . . Hay una organización aquí, Jefe de la Justicia Warren. . . Hay una Birch Society ahora mismo muy activa y Edwin Walker²⁹ es uno de sus dirigentes. . . Tome mi palabra en lo que vale, Jefe de la Justicia Warren. . . Desafortunadamente para mí, por yo darles la oportunidad del poder, por el acto que cometí y que ha puesto mucha gente en peligro... ¿comprende usted?

—No —contestó Warren—, no entiendo eso...

—¿Usted borraría lo que he dicho pretendiendo que nada ha pasado?

—Señor Ruby, yo se cómo se siente usted respecto a la John Birch Society.

—Es muy poderosa.

—Sí. Yo también creo que es muy poderosa.

Ruby, por otro lado, según el Fiscal Jimmy Garrison, era un “cartero” y “empleado” de la CIA.

XI

Si los partidarios de la teoría de la conspiración están en lo cierto, como evidencias abrumadoras parecen indicarlo, entonces no hay duda de que pocas veces en la historia —tal vez nunca— ha ocurrido un proceso de encubrimiento como el que tuvo lugar con el crimen de la categoría magnicida que dio fin a la vida de John F. Kennedy. Ni siquiera, en tal caso, sería fácil encontrar en los anales de cualquier país civilizado —por no hablar ya de una potencia como los Estados Unidos— tal suma de explicaciones simplistas y contradictorias, tal cúmulo de distorsión de hechos, falsificación y aún desaparición de documentos, tal impresionante número de muertos entre complicados y testigos. Tampoco hay datos recordables que apoyen como antecedentes la decisión de un grupo de máximo nivel —la Comisión Warren— de retener como clasificados (secretos), durante tres cuartos de siglo (hasta el año 2038) buena parte de los elementos de prueba que pudieran haber esclarecido un asesinato que conmovió al mundo.

Desde luego, son demasiadas las interrogantes provocadas por la forma en que se llevó a cabo la encuesta judicial posterior al crimen como para descartar la tesis de que realmente hubo una conspiración.

Ejemplo: ¿Fue realmente Oswald quien mató a Kennedy?

La Comisión Warren dijo que sí. Oswald y sólo Oswald, disparando con su rifle desde el sexto piso del Depósito de Libros Escolares, mató a Kennedy; luego, fue a su casa y, al salir de ella rumbo a la sala de cine donde fue aprehendido, se tropezó con el oficial J. D. Tippit, a quien también mató con su revólver.

Pero surgen muchas dudas.

Oswald declaró que no tenía rifle. Todavía, suponiendo que eso fuera una mentira suya, ¿con qué rifle le disparó al presidente? Los primeros policías que subieron al sexto piso del Depósito de Libros declararon —y así lo reconoció el oficial experto en armas que levantó el acta correspondiente— que allí habían encontrado un *Mauser 7.65*.³⁰ Sin embargo, a Oswald se le acreditó poseer un rifle italiano *Mannlicher-Carcano*³¹ —con el cual, dicho sea de paso, era difícil acertar a aquella distancia (del sexto piso del Depósito de Libros al punto donde iba la limosina de Kennedy), más difícil aún hacerlo con un blanco móvil (la limosina a 45 km. por hora); todavía más difícil ocasionando tales daños (a Kennedy y, luego, a Connally) y absolutamente imposible de lograr por un tirador tan malo como Oswald (según constaba en su récord de los tiempos en que estuvo en la Marina). Pero, si Oswald fue capaz de realizar tal hazaña —que luego un grupo de los mejores tiradores profesionales de los Estados Unidos trataron inútilmente de igualar—, aún quedaría por ver cómo realizó la atlética proeza de descender cuatro pisos *en menos de dos segundos* — como testificaron varias personas que lo vieron recién terminado el tiroteo— y tomarse tranquilamente un refresco —sin jadeos ni muestras de cansancio— y en el primero de los pisos de aquel edificio. También resultaría portentoso que le disparara, matándolo con su revólver, al oficial Tippit, cuando, según ciertas evidencias, parece que Tippit fue ultimado por un arma automática (*pistola*) y el revólver que se le ocupó a Oswald estaba cargado con sus seis balas sin disparar.

La teoría de un Oswald que primero asesina a Kennedy y luego, en un rapto mas de su carácter violento mata al oficial Tippit, se trató de enfatizar mostrando unas fotos en que aparece en el patio de su casa esgrimiendo un rifle en una mano y un ejemplar del periódico comunista “Daily Worker” en la otra.

Pero, he aquí otra duda, ¿eran auténticas esas fotos?

El propio Oswald, cuando las vio estando ya en prisión, estalló indignado:

—¡Esas fotos son una falsificación! Es mi rostro, sí, pero el cuerpo es de otro.

Y varios expertos consultados estuvieron de acuerdo con él.

Basta ver las fotos, en efecto, y, sin ser especialista en la materia, darse uno cuenta de que se trata de un típico montaje fotográfico —desde la barbilla para abajo. La barbilla de Oswald era suave y redondeada, algo puntiaguda. La que aparece en las fotos es más bien cuadrada —dando una mejor impresión de hombre enérgico y decidido. Las fotos se dice que fueron tomadas por la mañana. Las sombras que hay en el rostro parecen probarlo así, pero las del suelo son las que proyecta el sol cuando ya está cayendo la tarde. Y el puntillazo final dado por uno de los fotógrafos a quien se pidió las examinara y que, luego de observarlas atentamente, preguntó:

—¿Y cuándo se tomaron estas fotografías?

—El 29 de marzo.

—Qué extraño.

—¿Por qué?

—¿Han notado ustedes la abundante vegetación que aparece en el lugar donde se tomaron estas fotos?

—Sí, claro.

—¿Y no vieron algo raro?

—¿Qué debíamos ver?

—¡Oh, algo interesante! Yo vivo en Dallas y soy un gran observador de la naturaleza... Mi oficio, ¿saben?. Pues, en Dallas, no es marzo sino a fines de abril y principios de mayo que usted puede ver esta yerba crecida, estos arbustos florecidos y este follaje en los árboles.

Otro ejemplo: ¿cuántos disparos hubo en la Plaza Dealey aquel trágico mediodía y cuáles

—por dónde y desde dónde— alcanzaron a Kennedy?

La Comisión Warren sostuvo que sólo hubo tres disparos, hechos por Oswald desde lo alto del sexto piso del Depósito de Libros, luego que la limosina presidencial pasó por delante de este edificio. Un disparo falló: dos balazos impactaron a JFK: en la espalda y la cabeza, el primero saliendo por la garganta e hiriendo por tres lugares distintos al gobernador Connally. Esta versión —llamada por los críticos teoría de la “bala mágica”— es consecuente sin embargo con las tesis de que hubo un sólo asesino, Oswald, tirando desde atrás y desde lo alto.

Pero riñe con otras evidencias.

Las pruebas posteriores —como el famoso filme de Zapruder,³² grabaciones radiales, testimonios de personas presentes en el lugar cuando ocurrieron los hechos y otros indicios, comprobados por docenas de expertos utilizando los más sofisticados instrumentos y recursos científico-técnicos— sugieren una escena por completo distinta. Parece que hubo, *por lo menos*, seis disparos.³³ Uno, en efecto, falló e hirió ligeramente a un espectador del desfile. Cuatro le acertaron al presidente: el primero *tirado desde el frente*, le atravesó la garganta; el segundo, *tirado desde atrás*, le penetró por lo alto de la espalda; el tercero y cuarto, casi simultáneos, pero viniendo uno *desde atrás* y otro *desde el frente*³⁴ le dieron en la cabeza y por lo menos uno era mortal. Otros disparos (¿dos o más?) fueron los que hirieron gravemente al gobernador Connally.

El otro aspecto crucial mencionado —por dónde y desde dónde los disparos acertaron a Kennedy— constituye todavía uno de los misterios del caso. Dado que las declaraciones de decenas de testigos presenciales, filmes y grabaciones radiales, aún constituyen motivo de polémica, quedaba sin embargo la posibilidad de esclarecer los hechos utilizando el elemental, socorrido y hasta judicialmente obligado procedimiento de analizar los resultados de la autopsia.

Pero, en ese sentido, increíblemente, también hay serios problemas.

Oficialmente declarado muerto en el Hospital Parkland de Dallas, los restos del presidente —envueltos en una bolsa de las utilizadas para estos casos y colocados en un féretro— fueron llevados al aeropuerto donde en un avión, acompañado por familiares y personas cercanas, los condujeron a Washington —practicándosele de inmediato la autopsia en el Hospital Naval de Bethesda, tomándose fotos y rayos X, y rindiéndose el correspondiente informe:

Más, ninguno de esos tristes —aunque inevitables— movimientos están claros.

Según afirman algunos testigos, el cadáver de Kennedy no arribó a Washington en las mismas condiciones, bolsa y féretro en que salió del hospital de Dallas. Los resultados de la autopsia —particularmente el cráneo— han sido objeto de toda clase de críticas y debates.

Pues, las heridas en la cabeza, tal y como las describen unánimemente los médicos y enfermeras de Dallas, no coinciden con lo informado por los autopsistas de Washington. Tampoco coinciden —ni uno ni otro— con la versión de la Comisión Warren. Y las versiones de los médicos de Dallas, los autopsistas de Washington y la Comisión Warren, difieren todas a su vez con las fotografías y rayos X de la autopsia que utilizaron para sus investigaciones los miembros del Comité sobre Asesinatos de la Cámara (1976-1978) —tratándose al parecer de fotos y radiografías falsificados. De hecho, incluso, hay diferencias entre las propias fotos y las radiografías.

Pero estas contradicciones —que parecerían añadir, al crimen de que fue víctima Kennedy, la injuria a sus restos mortales— no tienen nada de inocentes. El problema consiste en que la verdad sobre los resultados de la autopsia hubiera revelado si el presidente recibió uno o más balazos en la cabeza y si éstos fueron disparados desde atrás, desde el frente o desde ambos lados. En este último caso —que los más serios investigadores dan por cierto— la teoría oficial de la Comisión Warren se derrumbaría, el reconocimiento de que hubo una conspiración resultaría inevitable y, más grave aún, la certeza de que hubo un encubrimiento tendría entre sus complicados a toda la cúpula —incluida la institucional— del poder en los Estados Unidos.

XII

Por otro lado, si el encubrimiento implicaba desechar cualquier idea de que hubo un verdadero complot detrás del asesinato de J. F. Kennedy y, por tanto, nada más que un culpable, Lee Harvey Oswald, resulta evidente que era necesario demostrar las motivaciones que tuvo éste último para cometer el crimen. La versión oficial, entonces, aseveró que Oswald era un hombre de ideas izquierdistas —un apasionado simpatizante de la URSS y de Cuba. Tal versión llevaba implícita una sospecha: ¿no sería Oswald un instrumento de la URSS y Cuba para ultimar a Kennedy? Sobre todo, Cuba, pues ¿acaso no era posible que Fidel Castro, enterado de los intentos de la CIA para asesinarlo, respondiera vengativamente a esta amenaza ordenando matar a Kennedy?

Ciertos hechos, se dijo, parecían sustentar esas tesis.

Oswald, luego de licenciarse de la Marina, había vivido durante un tiempo en la URSS —donde incluso se casó con una rusa. Oswald era un propagandista del castrismo como lo demostraba su actividad en el “Comité Pro Justo Trato a Cuba” de Nueva Orleans. Oswald, había viajado a México en septiembre para solicitar visa en la embajada de Cuba para pasar por La Habana en tránsito hacia la URSS, y dando allí, por cierto, un gran escándalo porque no la pudo obtener de inmediato —lo cual resultaba poco sorprendente considerando, como lo probaban las fotografías mencionadas, que Oswald era un tipo temperamentalmente violento.

Los sostenedores de estas tesis, sin embargo, encontraron luego ciertas dificultades para darle credibilidad a sus argumentos.

Indicios cada vez más irrefutables sugieren más bien que la estancia de Oswald en la URSS se explica por estar cumpliendo tareas de inteligencia para la ONI.³⁵ Las declaraciones de su esposa Marina, cuando ya viuda, se dice tendieron más a incriminarlo que a exculparlo.³⁶ El “Comité Pro Justo Trato a Cuba”, como se apuntó más arriba, era una fachada detrás de la cual estaban ultras anticomunistas de la especie de Guy Banister, David Farrie y los

exiliados, anticastristas. Y, a estas alturas, ni siquiera está probado que fuera Oswald realmente el que estuvo en la embajada cubana de México y no alguien que se hizo pasar por él.

La teoría de que Oswald estuvo en México tiene a todas luces el sello de una artimaña de la CIA.

El operativo de la Agencia que más insistió en darle credibilidad a la supuesta gestión de visa hecha por Oswald en la capital mexicana fue David Atlee Phillips, quien en 1976 —al inicio de las investigaciones del Comité sobre Asesinatos del Congreso— declaró a la prensa que hubo un filme y grabaciones hechos por la CIA que prueban que Oswald estuvo en la embajada de Cuba. Pero, cuando le pidieron a Phillips que mostrara tan importantes materiales, se excusó diciendo:

—No, ya no existen. Fueron destruidos en una actividad de rutina.

David Atlee Phillips, además, según todos los indicios, es el mismo “Maurice Bishop” que tenía a su cargo al agente de la CIA y terrorista Tony Veciana y, según las declaraciones de este último en el Congreso, un día Bishop le instruyó para que tratara de sobornar a un primo suyo que trabajaba en la misión diplomática de Cuba en México, ofreciéndole dinero si declaraba que vio allí a Oswald solicitando la famosa visa. Veciana no tuvo éxito en esta gestión, pero cuando algún tiempo después le preguntó a Bishop si la oferta de dinero para el soborno se mantenía en pie, éste le dijo en tono cortante: “No. Olvídate de todo eso. Y, sobre todo, jamás comentes este asunto con nadie”.

La realidad es que, si hubo encubrimiento en el caso del asesinato de Kennedy, la CIA estuvo metida hasta el cuello en todo ese cómplice proceso. Contaba además con las posiciones de influencia claves para hacerlo. Nada menos que Alien Dulles —el exdirector de la Agencia cesado por Kennedy a raíz de la aventura de Bahía de Cochinos— era uno de los siete miembros de la Comisión Warren. Y otro de los miembros de esa Comisión era Gerald Ford —que años más tarde sustituiría a Nixon en la presidencia—, bien conocido en aquella época como vocero de la CIA en el Congreso. Además, como enlace entre la Comisión Warren y la propia CIA, se nombró nada menos que a Richard Helms —quien luego llegó a director de la Agencia—, uno de los principales involucrados en los complots para asesinar a Fidel Castro. Helms, es notorio, hizo todo lo posible por obstaculizar las labores de la Comisión Warren y, cuando el Comité sobre Asesinatos del Congreso le imputó ese cargo, rojo de ira, respondió: “¿Y por qué tenía que ser yo quien diera información a la Comisión Warren? ¡(Según ustedes) yo debí llenar un camión con documentos y enviárselos a la Comisión!”³⁷

El evidente fracaso de la teoría de que Oswald estuvo en la embajada de Cuba en México y de otras maniobras³⁸ dirigidas a involucrar a Fidel Castro en el asesinato del presidente Kennedy sugieren que parte del complot contra este último consistía en presentar al propio Oswald en el papel de un asesino que actuaba como instrumento del dirigente cubano.

Cuando esto falló, entonces, se acusó nada menos que a Khrushov. Y, cuando ello tampoco pudo sostenerse, se optó por otras teorías —como la de la Mafia como única responsable.

En realidad, según se ha sugerido antes, la forma en que se cometió el crimen y las manipulaciones que hicieron posible el encubrimiento posterior, indican a todas luces que se trató de un proceso mucho más complejo y en el que participaron, por lo menos, elementos de la ultraderecha, la CIA, la Mafia y exiliados terroristas de origen cubano —un conjunto lo suficientemente influyente y poderoso como para mantener, durante casi treinta

años, la complicidad de instituciones y personas en las más altas posiciones del gobierno norteamericano.

XIII

El 10 de abril de 1992 y en medio de la controversia provocada por el filme de Oliver Stone (“JFK”) en la prensa escrita y los noticiarios de radio y televisión de todo el mundo ocupó lugar cimero una noticia.

El Dr. Charles Crenshaw, exintegrante del servicio de traumatología del Hospital Parkland de Dallas, quien estuvo entre los médicos que atendieron a John F. Kennedy en sus últimos momentos de agonía, declaró que éste había muerto de una herida en la cabeza producida por una bala disparada desde el frente. Crenshaw, en realidad, no añadía nada nuevo a lo sostenido durante años por decenas de investigadores y lo sugerido por los catorce médicos y enfermeras de aquel hospital que estuvieron alrededor del moribundo presidente. Pero, tal vez, no se había producido antes por testigo tan calificado una declaración tan rotunda y capaz de arrojar al cesto de los grandes fraudes de la historia el dictamen de la Comisión Warren (nótese que Crenshaw afirmó que el disparo mortal vino *desde el frente*, lo cual elimina a Oswald como asesino a la vez que apuntala aún más la teoría de la conspiración). Pero lo más interesante de las declaraciones de Crenshaw consistió en que, cuando le preguntaron por qué había mantenido el silencio durante tantos años, respondió: “Por miedo. Hubiera provocado un escándalo que me hubiera excluido de la práctica médica”. O, quizá, lo hubieran matado.

Es decir, hubiera corrido la misma suerte de las tres docenas de personas que, por haber estado complicadas de una u otra manera con el crimen o por haber dispuesto de información relacionada con él o por haber sido testigos presenciales de algún hecho relacionado con el crimen, perecieron poco después —en la mayor parte de los casos, asesinadas.

El listado es impresionante.

Y lo encabezaría por supuesto el primero y más importante de los testigos victimados: Oswald. Pero a Oswald lo mató Jack Ruby 48 horas después del trágico acontecimiento. Y el mismo Jack Ruby falleció unos pocos años más tarde clamando que le habían inyectado virus carcinogénicos.

Además, ocho personas vinculadas a Ruby murieron durante los tres años posteriores al 22 de noviembre de 1963. Dos de ellas por “causas naturales”. Pero tres cayeron a balazos, uno fue degollado y otro pereció por un golpe de karate en la garganta. En otro caso, el dato disponible sólo dice: asesinada.³⁹

Por otro lado, el destino de algunos de los principales acusados y testigos del proceso por el asesinato del presidente que inició en 1967 el Fiscal de Distrito Jim Garrison no fue mejor. David Ferrie —vinculado a la CIA, la Mafia, Banister, Oswald y los exiliados anticastristas, quien no pudo justificar sus extraños movimientos en vísperas del magnicidio— falleció antes de poderse llevar a los tribunales, víctima de una extraña “hemorragia cerebral”. Eladio del Valle —exiliado anticastrista íntimo de Ferrie— pereció el mismo día y hora en que este último: la cabeza abierta a machetazos y con un disparo en el corazón. La Dra. Mary Sherman, relacionada con el caso de Ferrie, fue muerta a tiros en la cama y a su cadáver le prendieron fuego. Clayde Johnson —que sabía de las relaciones

entre Ferrie, Oswald, Ruby y otros— fue golpeado antes de comparecer en los tribunales y finalmente muerto a tiros. Clay Shaw —uno de los principales acusados de Garrison, quien logró llevarlo a juicio, siendo absuelto no obstante los cargos que pesaban sobre él— murió algún tiempo después por circunstancias bastante sospechosas. El Dr. Nicolás Chetta, forense que atendió los casos de Ferrie, Sherman, Shaw y otros vinculados con el primero, murió de un infarto, pero su cuñado —también médico y eventualmente su auxiliar— cayó asesinado.

Cuando los miembros de la Comisión Warren interrogaron a Frank Martin —capitán en el Departamento de Policía de Dallas de quien se afirmaba poseía mucha información sobre el asesinato del presidente Kennedy—, el oficial pareció dudar unos instantes, pero enseguida se recuperó para decir en tono de convencimiento:

—No. Por favor, no me hagan preguntas. Lo mejor que puedo hacer es no hablar.

Martin reaccionaba como por puro instinto de conservación.⁴⁰ Porque el sheriff Buddy Walthers —quien encontró una bala en el área del asesinato del presidente y la entregó a un individuo que dijo ser del FBI, desapareciendo luego tanto el individuo como la bala— fue menos prudente que Martin y hasta llegó a adquirir fama de que "sabía mucho y hablaba demasiado". Walthers —en los días del periodo álgido de las investigaciones de Garrison— fue alcanzado por un disparo en medio de un tiroteo policíaco y murió. Otro caso, aunque algo más complicado es el de Betty Mooney McDonald. Resulta que un testigo, Walter Reynolds, vio cómo mataban al oficial J. D. Tippit —a quien según la Comisión Warren ultimó Oswald. Reynolds declaró: "No, yo estaba allí y a Tippit no lo mató Oswald". Poco después, Reynolds mismo era asesinado y el principal acusado del homicidio se libró de la cárcel por una coartada que le ofreció Betty Mooney McDonald. Pero a ésta, poco después, se la arrestó y un día amaneció ahorcada en la celda de la estación de policía donde estaba presa.

Sin embargo, entre los posibles testigos cuya información hubiera sido decisiva para el esclarecimiento de la muerte de Kennedy, los asesinatos no ocurrieron con tanta frecuencia como los "accidentes". Lee Bowers, que estaba en la torre de control ferroviario detrás de la Grassy Knoll y desde allí vio la llegada antes del crimen de tres automóviles, los movimientos de tres hombres con uno de ellos utilizando un radio y los fogonazos que se produjeron en aquel lugar —todo lo cual pudo describir con asombrosa exactitud— murió poco después al chocar su auto mientras, según los forenses, estaba pasando por una especie de "extraño shock". William Haley, el chofer de taxi que supuestamente condujo a Oswald después del asesinato de Kennedy, pereció en otro accidente automovilístico: el primero que experimentara un taxista de Dallas en casi 30 años. James A. Warrell, que declaró haber visto salir a uno de los asesinos de Kennedy del Depósito de Libros Escolares, perdió la vida cuando su moto chocó con un auto: tenía 23 años. Hale Boggs —nada menos que miembro de la Comisión Warren que discrepaba de algunas de sus tesis y era un crítico del papel del FBI— desapareció un día mientras volaba en su avión.

Aparte de los "accidentes", una suerte de epidemia de "suicidios" abatió a otro buen número de testigos. Dorothy Kilgallen —conocida periodista que estuvo a cargo de reportar el juicio contra Jack Ruby—, dos años después del asesinato de Kennedy le dijo a una amiga que ya disponía de todos los datos que necesitaba para aclarar el misterio de aquel crimen. Cinco días más tarde apareció muerta y la versión oficial fue "suicidio". Además, dos días después, la amiga a quien había hecho la confidencia amaneció también muerta

“por causas indeterminadas”. El vicesheriff Roger Craig, quien vio a un hombre correr desde el Depósito de Libros Escolares, tomar una vagoneta “Rambler” y huir, recién muerto Kennedy, y cuyas declaraciones fueron una y otra vez alteradas, fue víctima de toda clase de presiones, tuvo que cambiar de trabajo varias veces y, un día, apareció “suicidado”. Albert Guy Bogard, testigo de las gestiones de un supuesto Oswald tratando de adquirir un automóvil, fue encontrado muerto dentro del suyo, asfixiado por los gases de una manguera conectada a su sistema de combustión, declarándosele también “suicidado”. George DeMohrenschildt fue otro caso. Era un individuo de peregrinos antecedentes. Hijo de un ruso blanco que vivía en los Estados Unidos llevando la doble vida de un hombre de negocios (petróleo) y agente de varios servicios de inteligencia (particularmente la CIA). Era amigo íntimo del matrimonio Oswald. DeMohrenschildt sostenía que Oswald —por su carácter que él bien conocía— era incapaz de asesinar a Kennedy y hasta comenzó a escribir un libro que iba a titular con aquella frase famosa del propio Oswald: “*I’m a patsy*”. Atrajo por tanto el interés del Comité sobre Asesinatos de la Cámara de Representantes, que envió un investigador para que se entrevistara con él en su casa de Palm Beach, Florida. El investigador llegó (27 de marzo de 1977) y tocó el timbre de la casa. Nadie respondió. Y el investigador se retiró pensando que no había nadie. Sí había, DeMohrenschildt estaba allí dentro, sólo que muerto: tenía volada la tapa de los sesos. Versión oficial de la policía: “Suicidio”.⁴¹

El saldo de esta serie de muertes de personas de una u otra manera vinculadas al asesinato del presidente Kennedy —como complicados, testigos o informantes— resulta en verdad más asombroso.

Diecisiete fueron asesinadas.

Cuatro aparecieron supuestamente “suicidadas”.

Cuatro perecieron en aparentemente casuales “accidentes”.

Once se diagnosticaron muertas por “causas naturales o indeterminadas” —en varios casos calificadas de sospechosas.

Como señaló el londinense “Sunday Times” en un artículo basado en los resultados de la consulta hecha a un grupo de expertos en cálculo (actuarial) de probabilidades: sólo existe científicamente una posibilidad entre 100 mil trillones⁴² de que esas muertes hayan sido casuales —cualquiera que fuese su origen.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

No hay libros especialmente dedicados a los complots de la CIA para asesinar a Fidel Castro.¹ La información sobre el tema hay que localizarla en el por el contrario abundante material disponible sobre la CIA, la Mafia y lo que en general Hinckle y Turner llamaron la “guerra secreta contra Castro”. Por otro lado, el estilo utilizado en la presente obra exigió no sólo la consulta de otras fuentes de referencia convencionales —enciclopedias, diccionarios biográficos, publicaciones periódicas, cronologías y por supuesto documentos—, sino también la localización de fotografías de la época, guías y mapas urbanos, filmes y videos, visita a museos y recorrido por ciertos lugares (o el recurso, cuando conocidos, de la memoria visual). Se aprovecharon entrevistas que permitieron

extraer testimonios de interés. Y no faltaron —subyacentes en la obra— experiencias personales del autor que tal vez algún día se puedan explicitar.

De todas maneras —como reiteración del carácter no ficcional de la narración y en reconocimiento de la deuda contraída con un buen número de autores— se relacionan a continuación algunos de los trabajos más consultados. Se excluye la cita de aquellos sobre historia de Cuba y de los Estados Unidos —y de las relaciones entre ambos países— e investigaciones del propio autor que, aunque desempeñaron un papel importante en la ubicación perspectiva de los acontecimientos, desbordarían el espacio disponible para el cumplimiento de esta obligada rendición de cuentas bibliográficas.

FUENTES OFICIALES

(a) de los Estados Unidos

La más importante utilizada en esta obra fue el conocido Informe del Comité Church del Senado: “Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders”, US Senate Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities”, US Printing Office, Washington DC, 1975.

Los antecedentes de la investigación congresional que dio lugar a este documento se encuentran en los escándalos que en la opinión pública provocaron el conocimiento de las acciones de la CIA a través de un largo periodo de tiempo, pero particularmente desde fines de los años sesenta y durante la primera mitad de la década del setenta.² Presionado por la misma opinión pública nacional e internacional, el presidente Ford nombró una comisión encabezada por el vicepresidente Rockefeller para investigar algunas de esas actividades de la CIA que tanto estaban contribuyendo al desprestigio de ésta y del propio gobierno norteamericano. En esos días, por cierto, se celebró en la Casa Blanca un almuerzo en honor de un grupo de antiguos directores de “The New York Times” y en cierto momento Ford aludió a que en aquella comisión sólo participaban personas de suma confianza y responsabilidad porque, de lo contrario, “cosas terribles emergerían a la opinión pública”. Sorprendidos, varios de los presentes inquirieron: “¿Como cuáles?” Y el presidente, ante el asombro general, respondió: “Asesinatos”. Al otro día la prensa narraba el incidente alentando las expectativas sobre el Informe Rockefeller que, sin embargo, por su contenido superficial y conciliador, pasó sin pena ni gloria —transfiriéndosele luego al Comité Church.

Pues el Senado disponía —pese a los obstáculos interpuestos por ciertos intereses tradicionalmente contrarios a cualquier supervisión congresional de los organismos de inteligencia— un “Select Committee to Study Governmental Activities with Respect to Intelligence Operations”, que a la sazón presidía el senador demócrata Frank Church (la Cámara de Representantes también organizó luego su propio “Select Committee on Intelligence”). El así llamado Comité Church, mientras tanto, había decidido conocer qué había de cierto en las denuncias sobre complots de la CIA para asesinar líderes extranjeros, declarando luego: “Investigar el asunto de los asesinatos resultó un desagradable deber, pero un deber que el Comité tenía que cumplir. El trabajo realizado comprende 8 000 páginas de testimonios bajo juramento procedentes de 75 personas que testificaron durante

60 días de audiencias y numerosas entrevistas del equipo de investigación. Los documentos que obtuvo el Comité incluyen expedientes de Agencias y Departamentos, la Casa Blanca y las bibliotecas presidenciales de Dwight Eisenhower, John F. Kennedy y Lyndon Johnson”. El Informe del Comité Church, pese a la oposición conservadora encabezada por el Senador Barry Goldwater (de quién se dice tuvo siempre vínculos con ciertos elementos mafiosos), fue publicado a fines de 1975. Y, pese a ciertas debilidades (ausencia de algunos testigos importantes aún vivos y no consideración de los elementos de juicio aportados por otras investigaciones), constituyó una documentada e irrefutable denuncia de varios de los complots aparentemente gestados en los más altos niveles del gobierno de los Estados Unidos y mayormente instrumentados por la CIA para asesinar a Patricio Lumumba, Fidel Castro, R. L. Trujillo, Ngo Dim Dienh y el alto militar chileno René Schneider. La sección referida al caso de Fidel Castro, sin contar las referencias contenidas en otras partes del documento, ocupa 121 de las 346 páginas del Informe e incluye los fragmentos más sustantivos de los interrogatorios a protagonistas de aquellos hechos tales como Richard Bissell, Richard Helms, Sheffield Edwards, Jim O’Connell, Joseph Schneider, William Harvey, Robert Maheu, Johnny Rosselli y otros. Algunos importantes personajes involucrados en aquellas confabulaciones —supuestamente autorizándolos o poniéndolos en práctica— no pudieron testimoniar, sin embargo, debido a haber fallecido por causas naturales (Eisenhower, Dulles, Cabell, Barnes, Fitzgerald y, en medio del proceso investigativo, Edwards). Por otro lado, los Kennedy, John y Robert, habían sido asesinados años antes (1963 y 1968). Sam Giancana pereció a tiros en su propia casa, precisamente cuando sólo faltaban cinco días para su comparecencia ante el comité senatorial. Y Rosselli —que llegó a declarar en ese y luego otro comité— poco después apareció, su cadáver, en un tonel que flotaba en playa cercana a Miami, con su cuerpo acribillado a balazos y puñaladas.

En el documento se revelan las conspiraciones de la CIA para atacar contra la vida de Fidel Castro —no todas, sino algunas, particularmente aquella que se desarrolló en complicidad con la Mafia y el llamado Caso “AM/LASH” Los inculpados, sometidos a severo interrogatorio y declarando bajo juramento, reconocieron su participación en los hechos. Incluso, a veces, extendiendo su confesión hasta los más dramáticos detalles. Edwards recordó que Bissell le pidió localizara a alguien que pudiera asesinar a Castro. Bissell confirmó que había solicitado a Edwards que encontrara a alguien para asesinar a Castro y pensaba que fue Edwards el de la idea de contratar miembros del sindicato del juego que operaba en Cuba. “Alleged Assassination Plots...”, pág. 74

Sheffield Edwards estaba muy enfermo cuando fue interrogado por la Comisión y (poco después) falleció. Edwards testificó ante la Comisión:

Edwards-, Este proyecto (de asesinar a Fidel Castro utilizando la Mafia) fue aprobado por Allen Dulles, director de la CIA, y el general Cabell, subdirector. Ambos han fallecido.

Presidente (de la Comisión): ¿Y cómo sabe usted, coronel, que el proyecto había sido aprobado por esos dos caballeros?

Edwards: Porque yo personalmente informé a Allen Dulles... y Cabell.

(*Idem.*, pág. 96).

La discusión (sobre la operación de asesinar a Fidel Castro utilizando la Mafia) fue circunspecta. Edwards deliberadamente evitó el uso de 'malas palabras'... Edwards

recordaba que Dulles asentía, presumiblemente comprendiendo y aprobando. Ciertamente, no hubo oposición... Bissell (presente en la reunión) testificó que le sonaba 'altamente plausible' esa descripción de Edwards.

(*Idem.*, pág. 95).

El dinero y las tabletas (venenosas) fueron entregadas en un encuentro entre Maheu, Rosselli, Trafficante y el cubano en el Hotel Fountainebleu de Miami. Como recordó Rosselli, Maheu... abrió su maletín de mano y un montón de dinero cayó en sus muslos. . . también sacó las cápsulas y explicó cómo utilizarlas. Según recuerdo, no podían usarse en sopas calientes y cosas por el estilo, sino en agua o similar, y no durarían eternamente, había que hacerlo lo más pronto posible. . . Otra versión de la entrega de las cápsulas la ofreció al Comité Joseph Shimon, un amigo de Rosselli y Giancana quien declaró que había acompañado a Maheu para ver en Miami la pelea entre Patterson y Johansson por el Campeonato Mundial de los pesos completos y que él, Giancana, Rosselli y Maheu compartían una suite en el Hotel Fountainebleu... Shimon declaró que Maheu dijo que el líquido (*sic*) era para ponerlo en un alimento de Castro, que Castro enfermaría y moriría a los dos o tres días, y que la autopsia no revelaría qué cosa lo había matado... Shimon testificó que el cubano fue contactado a la salida del salón Boom Boom del Hotel Fountainebleu.

(*Idem.*, pág. 81-82).

El contenido de estos interrogatorios de los senadores del Comité Church y las respuestas que recibieron —en muchos casos con descripciones tan minuciosas como se evidencia en las citas anteriores—, complementadas con otras fuentes dignas de crédito, fue lo que permitió reconstruir con la mayor fidelidad un buen número de escenas que se narran en esta obra —y las cuales, por tanto, suelen deber muy poco a la imaginación del autor.

(b) De Cuba

Si del lado norteamericano la mejor fuente de información oficial sobre la CIA y sus complotos de asesinato de Fidel Castro es el Informe del Comité Church, de la parte gubernamental cubana la más completa fuente abierta de información sobre el mismo tema es el álbum “Las Reglas del Juego: 30 años de historia de la Seguridad Cubana”, elaborado por la Comisión de Historia de los Órganos de la Seguridad del Estado, Ministerio del Interior, La Habana, 1989. Elementos complementarios de esa obra se encuentran además en el Museo de Seguridad del Estado, inaugurado en 1989 en una antigua y remodelada residencia de la 5ta Avenida y Calle 14 de la otrora —y aún— lujoso reparto Miramar (Municipio Playa de La Habana). Allí, entre un sinnúmero de piezas de interés, se exhiben actas de las cuales un lápiz —aunque en incómoda posición— puede extraer una buena cantidad de datos útiles. En realidad, el carácter esencialmente gráfico y denunciativo de los materiales de “Las Reglas del Juego” y el Museo no menguan sus posibilidades de fuentes de consulta tan provechosas como imprescindibles. Igual ocurre en el caso de la valiosa información que, con tiempo y laboriosidad, puede extraerse de la prensa cubana de la época —que ya, progresivamente, hacia los años en que se desenvuelven los acontecimientos narrados, debe considerarse como fuente oficial—, de algunos filmes y, desde luego, de los discursos y otras intervenciones públicas de Fidel Castro.

La literatura sobre la CIA es tan amplia que sería posible intentar con ella varios tipos de clasificación. Una consistiría en distinguir las obras generales de las dedicadas al tratamiento de aspectos específicos de su actividad. Otra separaría los autores según provengan o no de la propia Agencia. Y aún en este caso podría discriminarse entre aquellos que se escribieron con un fin apologético (casi siempre los dirigentes, por no mencionar a los que lo hicieron por encargo de la propia CIA) de los que tuvieron una inspiración denunciadora (por lo general oficiales y agentes de menor rango).

Sorprendentemente, en efecto, considerando que se trata de un aparato de inteligencia, contrainteligencia y operaciones encubiertas, la misma CIA ha producido una significativa cosecha de autores. Nada menos que Allen Dulles abre la serie, aunque sus trabajos no se refieren a la Agencia propiamente dicha, sino más bien a hechos ocurridos durante la Tercera Guerra Mundial (“El Clandestinaje Alemán” y “Rendición Secreta”) o a diversos episodios históricos de espionaje (“The Craft of Intelligence”, Signet Books, New York, 1965, que se dice redactó Howard Hunt). Años después, dos de los sucesores de Dulles en la dirección de la CIA, William Colby (1973-1976) y el Almirante Stanfield Turner (1977-1981), escribieron sus memorias. Ambas —aunque sin gran provecho— fueron consultadas para la elaboración del presente libro.

Las de Colby (“Honorable Men”, Simón & Schuster, New York, 1978), en algunos capítulos, reincide en lo que algunos de los subordinados suyos consideraron sus torpes fantasías en el periodo en que era uno de los responsables de las operaciones de la CIA en Vietnam: así luego de reconocer su oposición a que se publicara el resultado de las investigaciones del Comité Church (ante el cual hubo de testificar), llega a sugerir que después de todo éstas exculpan a la CIA —dado que sus complots de asesinato no tuvieron éxito. Las de Turner (“Secrecy and democracy: the CIA in transition”, Houghton Mafflin Co., Boston, 1985), evasivas —excepto cuando defiende las operaciones encubiertas como aceptable instrumento de intervención en otros países— apenas si alude a los complots de asesinato en unos pocos renglones de vaga ética filosófica, tal vez recordando el día en que, siendo director, se interesó porque la CIA libraba a los Estados Unidos de la existencia de Fidel Castro, el Ayatola Khomeini y Muammar Qadafi.

Aparte los directores, otros miembros de la CIA de más bajo nivel escribieron libros de memorias o trabajos más o menos informativos y analíticos. El de Cord Meyer (“Facing reality, from World Federalism to the CIA”, Harper & Row Publishers, New York, 1980), quien estuvo más de 25 años en la nómina de la Agencia, recibiendo tres veces la Medalla por Servicios Distinguidos en la Inteligencia, tiene algunas páginas interesantes como aquellas en que expone su criterio de que los complots de la CIA para asesinar dirigentes extranjeros —incluyendo “el disparatado de involucrarse con la Mafia para eliminar al líder cubano Fidel Castro”— no pudieron iniciarse sin una autorización presidencial (afirmación que, desde luego, tiene varias lecturas). De mayor importancia es el libro de Ray S. Cline (“Secrets, Spies and Scholars”, reeditado bajo el título “The CIA under Reagan, Bush and Casey”, Acropolis Book Ltd., Washington, 1981). Cline, aún lúcido y activo a principios de la década del noventa, se inició en la OSS y pasó después a la CIA donde siguió una trayectoria que le llevó desde jefe de la estación de Taiwán hasta subdirector de Inteligencia (1962), trasladándose luego al Departamento de Estado —se dice que por conflictos con Richard Helms— y actuando más tarde como asesor de Reagan y Bush. Con una carrera

semejante resultaría ingenuo abrir su libro esperando una obra crítica y no apologética. Y así resulta en efecto. Sólo que siendo Cline un hombre de talento y enorme experiencia, su trabajo contiene una tal sustantiva cantidad de información —expuesta además de manera muy coherente— que resulta de consulta obligada.

También procedente de la CIA, pero manteniendo un enfoque radicalmente distinto, es Víctor Marchetti, quien elaboró su libro con la colaboración de John D. Marks, un experto en inteligencia del Departamento de Estado (“CIA and the Cult of Intelligence”, Alfred Knopf, New York, 1974), El manuscrito de esta obra —destinada a dejar una huella indeleble en la historia de la Agencia—, por orden judicial, tuvo que ser sometida por los autores a la censura de la propia CIA,³ la cual ordenó eliminar 339 pasajes (cerca del 20% de su contenido). Pleiteando judicialmente, los autores lograron salvar buena parte de esos pasajes, pero aún así en la edición de 1974 aparecen —como en muda expresión de protesta— un número de espacios en blanco (los correspondientes a partes del texto donde se mantuvo la censura). “CIA and the Cult of Intelligence”, con sus datos, análisis y críticas (además de un extraordinario apéndice conteniendo las minutas de una conferencia secreta que ofreció Richard Bissell a principios de 1968) quedó enseguida como una de las obras clásicas sobre el tema. Sin embargo, cuando aún no se había disipado la conmoción que en ciertos círculos produjo su publicación, salió a la luz pública el libro de otro exmiembro de la CIA, Phillip Agee (“Inside the Company: CIA Diary”, Penguin Books Ltd., 1975), provocando no menor escándalo con sus revelaciones sobre la vida interna de la Agencia, métodos de reclutamiento, empresas e instituciones de fachada y hasta el nombre real (y en clave) de sus agentes en diversos países de América Latina. Ambos libros —el de Marchetti y el de Agee—, con sus iconoclastas irreverencias entre la CIA, influyeron sin duda en algunos aspectos de la concepción de la presente obra.

Ese mismo año, aunque con mucha menor resonancia, comenzó a circular el pequeño volumen de Patrick J. McGarvey (“CIA: the myth and the madness”, Penguin Books, 1975), que parece harina de otro costal. La propia identidad de McGarvey no resulta demasiado clara y su trabajo adolece de la falta de tratamiento de las operaciones encubiertas y otras actividades de la Agencia. En cambio, resulta muy crítico de su organización y funcionamiento, su denso aparato burocrático, el rejuego interno de intereses creados, la comisión de notorios errores operacionales, el increíble derroche de recursos y, como resultado, su impresionante nivel de ineficiencia en todos los órdenes. Más transparente, por otro lado, resulta el caso del libro de Ralph W. McGehee (“Deadly Deceits: my 25 years in the CIA”, Sheridan Square Publications Inc., New York, 1983). McGehee, un jugador estrella de fútbol, ingresó en la CIA con la esperanza de hacer una carrera personalmente provechosa y, a la vez, patriótica. Destacado en Japón, Tailandia (varios años), Vietnam (corto tiempo) y otros lugares, al cabo de los años sus frustraciones le llevaron a escribir un libro anecdótico pero de tan incisivas críticas que hubo de sufrir la misma agonía de Marchetti en su lucha a brazo partido con los censores de la Agencia. El texto no obstante las partes vetadas, refleja sinceridad y muestra las muy raramente heroicas pero muchas veces amargas experiencias por las que tiene que pasar un oficial de la CIA, cuando es capaz de mantener una posición digna en medio de las arbitrariedades e intrigas de los jefes, las ineficiencias burocráticas y hasta los crímenes (Vietnam) de una organización a la que entregan los mejores años de su vida. Leyendo a McGarvey y McGehee, se entiende mejor la conclusión a que llegó el general Maxwell Taylor al

comentar el fracaso de Bahía de Cochinos: “En realidad, en esa operación nunca estuvimos ni siquiera cerca de la posibilidad de tener éxito”.

Por otro lado, salvo excepciones, los mejores trabajos sobre la CIA no son los secretamente encargados por ésta (que los hay) ni los escritos por exmiembros de ella. Una obra más o menos reciente, elaborada no tanto con un sentido crítico sino, más bien interpretativo, es la de Rhodri Jeffreys (“The CIA and American Democracy”, Yale University Press, New Haven, 1989). Del mismo año y mucho más interesante por sus enfoques, estilo y amplitud del recuento histórico, cabe también mencionar la de Nathan Miller (“Spying for America: the hidden history of US Intelligence”, Bantam Doubleday Dell Publishing Book, Inc., New York, 1989). Sin embargo, para obtener versiones más abiertamente comprometidas con una inspiración denunciadora, habría que remontar la búsqueda bibliográfica hasta varios años atrás, comenzando por el bien conocido trabajo de David Wise y Thomas Ross (“The Invisible Government”, Random House, New York, 1964) que cuenta también con una excelente edición cubana (aunque lamentablemente prologada y anotada). “El Gobierno Invisible” aún guarda vigencia informativa en muchos aspectos y no puede regateársele su mérito como una de las obras pioneras sobre el tema.

Fue seguida, apenas tres años más tarde, por el pequeño libro de Gregorio Selser (“CIA: de Dulles a Raborn”, Ediciones Política Americana, Argentina, 1967), probablemente el mejor trabajo sobre la CIA escrito por un latinoamericano. Selser, ya desaparecido (1991), prueba en esta obra —donde la pasión denunciadora se fundamenta en una caudalosa pero bien organizada documentación— su profesionalidad como maestro que fue del periodismo investigativo.

Por otro lado, no resulta casualidad que tanto Wise y Ross como Selser, dediquen varios capítulos a narrar la organización, aventuras y desventuras de la tristemente famosa Brigada 2506 (Bahía de Cochinos). Pues, el carácter dramático, obsesivo y en gran escala de las operaciones de la CIA contra la Cuba de Fidel Castro, ha alentado la producción de algunas de las mejores obras que se han escrito sobre la propia Agencia.

La más impresionante de todas por su volumen de información es sin duda la de Warren Hinckle y William W Turner (“The Fish is red; the story of the secret war against Castro”, Harpers & Row Publishers, New York, 1981). “The Fish is red”, cuyo aporte a la preparación de este libro fue verdaderamente sustancial, resultó de un esfuerzo investigativo de varios años llevado a cabo por dos destacados periodistas que prácticamente agotaron las fuentes bibliográficas y testimoniales vivas existentes sobre el tema. La documentación de que dispusieron fue tal que en un gesto de militancia cívica la ofrecieron al Comité Church (que, al parecer, inexplicablemente, no la utilizó). Aunque no comparable en lecturabilidad a otras obras sobre la CIA como la de Bob Woodward (“Veil: the secret wars of the CIA, 1981-87”, Pocket Books, Simón & Schuster Inc., New York, 1987), debido a la densidad del material utilizado, pero aún así bien escrita, “The Fish is red” quedará sin duda como extraordinario ejemplo de rigurosa indagación periodística —honrada y altamente profesional.

El episodio de Bahía de Cochinos estimuló la producción de otros importantes trabajos. Dos merecen citarse: el de Haynes Johnson y el Peyter Wyden. Johnson elaboró su libro (“The Bay of Pigs: the leaders story of Brigade 2506”, W.W. Norton & Co. New York, 1964) partiendo de los más bien unilaterales testimonios de los jefes de origen cubano de la brigada invasora (Manuel Artime, José Pérez San Román, Erneido Oliva y Enrique Ruiz

Williams) —lo que explica tanto sus méritos como sus limitaciones. Pero Wyden (“Bay of Pigs”, Touchtone Books, Simón & Schuster, New York, 1979) decidió lanzarse por otro camino: hizo a un lado a quienes actuaron como simples instrumentos del gobierno de los Estados Unidos y la CIA, y concentró su esfuerzo investigativo en los personajes que a esos altos niveles del poder norteamericano concibieron, organizaron y financiaron aquella catastrófica empresa. El libro de Wyden, elaborado con fuentes vivas de primera mano, está escrito además con sostenida amenidad, resultando extremadamente útil —por su exposición de caracteres y episodios— para la confección de la presente obra.

LA MAFIA

La Mafia, cuya existencia en los Estados Unidos se reconoce desde fines del siglo pasado, ha dado lugar a una prolífica bibliografía, incluyendo desde informes de investigaciones congresionales (Comité Kefauver, 1951) hasta literatura testimonial de algunos miembros de la organización que se entregaron a la Justicia como Vincent Teresa (“My Life in the Mafia”), Joseph Valachi (“The Valachi Papers” por Peter Maas) y Jimmy Fratianno (“The Last of the Mafiosi”). Un recuento histórico breve y ameno puede encontrarse en el trabajo de Jristo Kolev (“La Cosa Nostra”, Editorial Sviat, Sofía, 1985, con versión al español de la Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1989). Más riguroso tratamiento del tema se halla en el libro de Humbert S. Nelli (“The Business of Crime”, Oxford University Press, New York, 1976). Y una acuciosa y amplia información en la excelente bibliografía de David Scheim (“Contract America: the Mafia Murder of President Kennedy”, Kensington Publish Corporation, New York, 1988), aunque las tesis de la obra propiamente dichas resultan difícilmente aceptables (la Mafia como casi única responsable del asesinato del presidente Kennedy).

En realidad, el problema para la elaboración del presente libro no consistió en el acopio de información general sobre la Mafia sino más bien sobre los directos participantes en el complot de la CIA para asesinar a Fidel Castro (el grupo de Chicago y personajes tales como Giancana, Rosselli, Trafficante, etcétera). Sobre la Mafia de Chicago y Giancana, sin embargo, se dispuso del trabajo de un exagente del FBI, William F. Roemer (“Man against the Mob”. Random House Inc., 1989) que describe con lujo de detalles la historia de la organización en esa ciudad y de sus principales capos —incluido sobre todo Sam Giancana, cuya vida y milagros Roemer, en su función detectivesca, pudo seguir durante años. Sobre el propio Giancana y algunos aspectos íntimos de su vida, resultó inútil la autobiografía de Antoniette Giancana (“Mafia Princess: growing up in Sam Giancana Family”, escrita con la ayuda de Thomas C. Renner, Avon Books, The Hearst Corporation, New York, 1984). El lector, por tanto, no debe sorprenderse porque en la presente obra se llegue a detalles tales como la dirección y el teléfono de Giancana o escenas íntimas tales como la violenta que tuvo con su hija al aludir ésta con admiración a Fidel Castro, pues la información procede de personas que estuvieron tan cerca del notorio *capo* como las citadas.

El libro de Sam y Chuck Giancana (“Double Cross”, Warner Books Inc., New York, 1992), ahijado y medio hermano respectivamente del famoso *capo* chicogoense, ofrece informaciones que, si aquí y allá controvertibles, en muchos casos incluye también revelaciones de veracidad indudable. Las tesis de esta obra, en esencia, no refutan sino más

bien complementan las sostenidas en el presente libro. En lo que respecta a los sucesos del 22 de noviembre de 1963 en Dallas, los Giancana ofrecen datos tan sensacionales —aunque por comprobar— como los nombres de los expertos tiradores que cometieron y/o elaboraron en el magnicidio, el cual aparece como una confabulación de la CIA y la Mafia a la que no fueron ajenos elementos de la ultraderecha (estando implicados de alguna manera también Lyndon Johnson y Richard Nixon). Según esta versión, Sam Giancana proveyó tres de los asesinos (Richard Cain, Chuck Nicoletti y Milwaukee Phil Alderesio). Carlos Marcello suministró dos (Charles Harreson y Jack Lawrence). Santos Trafficante otros dos (cuyos nombres no se dan, pero que pertenecían a los grupos terroristas anticastristas). La CIA, por su parte, reclutó para la tarea a cuatro individuos —más bien para el encubrimiento. Estos eran el contrarrevolucionario (luego complicado en lo de Watergate) Frank Sturgis, los oficiales Roscoe White y J. D. Tippit, y el propio Oswald. White y Tippit habrían estado encargados de matar a Oswald (que era el chivo expiatorio), pero las cosas salieron mal y Roscoe tuvo que eliminar a Tippit. Oswald no disparó un tiro, pero probablemente Richard Cain (exoficial de la policía íntimo de Giancana) sí lo hizo, precisamente desde el sexto piso del Depósito de Libros Escolares. Todas estas revelaciones aparecen en “Double Cross” como confidencias de Giancana a su medio hermano. Giancana era un tipo particularmente charlatán y jactancioso, muy bien entrenado además en el arte de mentir. Sin embargo, su versión de los hechos —y detalles tales como el aporte de nombres y apellidos— tiene mucha coherencia con el resultado de otras investigaciones. Es muy posible que las cosas ocurrieran como se narra en el libro mencionado, que corrobora lo expuesto en esta obra y sugiere una respuesta afirmativa a la pregunta ya clásica sobre el tema: ¿Fue la CIA quien asesinó a Giancana?

KENNEDY

La obra más provechosamente consultada sobre la familia Kennedy en general —y en particular sobre el presidente y su hermano Robert— fue la excelente de Peter Collier y David Horowitz (“The Kennedys: an American Drama”, Warner Books Editions, Simón & Schuster, New York, 1984). Para el periodo de la administración de Kennedy, desde luego, se trabajó con dos obras fundamentales: la de Theodoro Sorensen (“Kennedy”, Harper & Row, New York, 1965) y la de Arthur Schlesinger Jr. (“A thousand days”, Houghton Mifflin, Boston, 1978). También resultó inútil la revisión de la trayectoria gubernamental de Kennedy que ocupa un buen número de páginas del libro de Alien J. Matusow (“The unraveling of America”, Harper & Row Publishers, New York, 1984). Sobre el asesinato de JFK abundan tanto las teorías como el material bibliográfico. Sólo la documentación oficial resultante de las investigaciones de la Comisión Warren y el Comité sobre Asesinatos de la Cámara de Representantes ocupa 55 volúmenes. Y el trabajo de investigadores privados que luego se tradujo en la publicación de libros incluye docenas de títulos, algunos como el pionero de Patrick Buchanan (“Who Killed Kennedy?”) alcanzando la categoría de “best sellers”, y otros argumentando las tesis de la conspiración y que colocaron en el candelero de la controversia a un sinnúmero de autores (Festernwald, Prouty, Scott, Weisberg. . . incluso Jim Garrison, el renombrado fiscal de distrito de Nueva Orleans cuyas denuncias justificaron a Oliver Stone el convertirlo en personaje central del controvertido y altamente recomendable filme “JFK”).

En los apuntamientos que se hacen en la presente obra sobre el magnicidio, desempeñaron un papel decisivo, por una parte, las fuentes consultadas sobre los complots contra Fidel Castro y el gobierno de Cuba, y, por otro lado, su concordancia con los datos obtenidos en otros trabajos sobre quienes forman parte de la galería de sospechosos involucrados en el crimen. En tal sentido, el libro arriba mencionado de David E. Schein (“Contact America”) resultó utilísimo, aunque sus unilaterales tesis despierten algunas reservas. Igualmente al día en cuanto al resultado de las últimas investigaciones y muy valioso, tanto por la documentada denuncia del encubrimiento como por sus tesis acerca de las causas impulsoras de la conspiración, fue el libro de Robert V. Groden y Harrison E. Livingston (“High Treason: the Assassination of President Kennedy and the New Evidence of Conspiracy”, Berkley Books, New York, 1990). Entre las conclusiones de Groden y Livingston, vale la pena citar la siguiente: “El Comité de Inteligencia del Senado, (el periodista) Jack Anderson los exmiembros de la Comisión Warren y otros han declarado que si la Comisión Warren hubiera sido informada (por la CIA) de los complots contra Castro, ello hubiera podido cambiar todo su punto de vista sobre el asesinato de Kennedy. Pero, ¿significa esto acaso que Castro se desquitó matando al presidente? No, esto significa que algunos de los hombres involucrados en aquellos complots —y a los cuales el presidente trató de controlar— desempeñaron luego un papel decisivo en su asesinato. El aparato establecido para destruir a Castro terminó destruyendo a John F. Kennedy”.